

A BORDO DE UNA NAVE **LLAMADA CUBA**



Enrique
Ubieta
Gómez

A BORDO DE UNA NAVE **LLAMADA CUBA**

Enrique Ubieta Gómez



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 2025

Edición: Ramón Elías Laffita

Diseño de colección e ilustración de cubierta: Claudia Alejandra Damiani

Corrección: María de los Ángeles Navarro

Composición: Idalmis Valdés Herrera

© Enrique Ubieta Gómez, 2024

© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 2025

ISBN 978-959-06-2713-2

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión,
por escrito, acerca de este libro
y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO



NUEVO MILENIO
GRUPO EDITORIAL

Calle 14, n.º 4104, entre 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba
editorialmil@cubarte.cult.cu
www.nuevomilenio.cult.cu

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ (La Habana, 1958). Investigador, ensayista y periodista. Fue director del Centro de Estudios Martianos (1994-999) y de la Cinemateca de Cuba (2002-2006). Fundó y dirigió las revistas *Contracorriente* (1995-2000) y *La calle del medio* (2008-2016). Condujo, además, la 4.ª época de la revista teórica del PCC *Cuba Socialista* (2016-2024). Actualmente es director de la revista *Revolución y Cultura* desde 2024. Ha recibido los premios: Enrique José Varona de Ensayo (1990), el de la Crítica Científico Técnica (2002) y el de la Academia de Ciencias de Cuba (obra colectiva, 2008). Posee la Distinción por la Cultura Nacional (2002), la Medalla Hazaña Laboral (2016), la Réplica del Machete de Máximo Gómez (2019) y la Medalla Alejo Carpentier (2021). Ha publicado más de veinte títulos, entre los que destacan: *Ensayos de identidad* (Letras Cubanas, 1993); *De la historia, los mitos y los hombres* (Editora Política, prólogo Cintio Vitier, 2001); *La utopía rearmada* (Casa Editora Abril, prólogo Arleen Rodríguez Derivet, 2002); *Cuba, ¿revolución o reforma?* (Casa Editora Abril, 2012, 2.ª ed., Ocean Sur, 2019); *Ser, parecer, tener* (Casa Editora Abril, 2014); *Zona roja* (Casa Editora Abril, 2016, traducido al inglés, italiano y francés, prólogo Ignacio Ramonet); *Diario de Turín* (Casa Editora Abril, 2021, traducido al italiano, prólogo Graziella Pogolotti) y *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba* (Acercándonos Ediciones, Buenos Aires, prólogo Néstor Kohan, 2022). Es uno de los seis fundadores de la Sociedad Cultural José Martí, miembro de la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad, de la Unión de Periodistas de Cuba y del Consejo Nacional de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

Índice

Prólogo	8
Breve explicación preliminar	19
La isla desconocida (enero de 1999)	22
Explicación innecesaria	24
I	
Dios salve a América, vivencias de un bárbaro en Roma (septiembre de 2001)	26
Aeropuertos (noviembre de 2001)	29
II	
Médicos posmodernos (2002)	31
Los cimientos perdidos (2002)	33
Negros y blancos (2002)	38
III	
Los barrios marginales, los <i>malandros</i> y las brigadas médicas cubanas (2006)	58
Los pueblos indígenas y los médicos (2006)	73
¿Dos izquierdas?: socialismo y capitalismo (2006)	96
IV	
¿Qué es ser VIP en Cuba? (julio de 2008)	115

Sergio, ¿el héroe o el <i>pesao</i> ? (septiembre de 2008)	118
Ser cubano en tiempos de crisis (17 de junio de 2009)	120
De locos y cuerdos (8 de diciembre de 2010)	121
Todo lo que vi (11 de octubre de 2011)	122
V	
La rebeldía del homo <i>frívolus</i> (2012)	124
La nostalgia construida o la «memoria» emocional (2012)	134
VI	
Ser o tener, ¿cuál es tu prioridad? (11 de septiembre de 2012)	142
Linajes opuestos para un imaginario del ser (26 de enero de 2013)	145
La Cenicienta negra vence los maleficios ancestrales del vudú —y ya no es tan negra— (7 de marzo de 2013)	148
Coraje (30 de marzo de 2013)	149
Ser revolucionario en Cuba, hoy (3 de julio de 2013)	151
Oprah Winfrey y el bolso de los 38 000 dólares (10 de agosto de 2013)	157
Los muchachos de la Lenin, 36 años después (21 de julio de 2013)	160
Imitadores del ser y la nada (22 de julio de 2013)	161
Tony, el condiscípulo (6 de noviembre de 2013)	163
Cuba: derechos culturales (6 de diciembre de 2013)	165
VII	
De la vida y la muerte (12 de diciembre de 2014)	169
Gilbertman (24 de febrero de 2015)	171
Dudas y certezas de una visita (22 de marzo de 2016)	174
La patria posible (13 de mayo de 2016)	177

VIII

Papá, sé fuerte, todo va a estar bien (2016)	184
Reinaldo Villafranca Lantigua, <i>Coqui</i> (2016)	191

IX

Un almendrón, ¿dos banderas? (4 de octubre de 2016)	195
Las coordenadas de la Utopía (22 de noviembre de 2016)	199
Las falacias en su centro (18 de julio de 2017)	203
¿Lo mejor de uno y otro sistema?	209
Jóvenes y viejos (26 de diciembre de 2017)	216
Por una cultura de vida diferente (14 de diciembre de 2018)	219
Debates ideológicos, intereses económicos (noviembre de 2018)	224
Ideología y Revolución: a 60 años de la partida (31 enero de 2019)	228
Darwinismo social y Destino Manifiesto (22 de julio de 2019)	235
Diez frentes de combate de la nueva cultura (26 de julio de 2019)	240
Saber y participación social	242

X

Diario de Turín (2020)	248
La Habana, lunes 20 de julio	263
No podemos respirar (2020)	264
El día después (2020)	269

XI

La mística revolucionaria (24 de septiembre de 2021)	274
Cuba no es una isla, es una llave (agosto-diciembre de 2021)	276
Las palabras y los actos (18 de abril de 2022)	292
Rebeldes ante la apatía (2 de enero de 2023)	296

Bibliografía	299
---------------------	-----

Prólogo¹

¿De qué trata este libro? ¿De Cuba, de sus debates, del rumbo de la revolución? Sí, pero trata de algo más, y de eso vengo a hablar en la medida en que este libro se publica en un país de un continente en decadencia, en un momento en el que el desarrollo capitalista ha chocado contra sus límites. Trata, a mi modo de ver, de lo que se quiere y de lo que se puede ya no querer, sino *querer querer*. Mediante una selección atinada de artículos escritos desde la experiencia vivida y desde la reflexión que la atraviesa, el libro nos permite acercarnos a distintas dimensiones de la vida en Cuba de la mano de alguien que escribe con atención, sutileza y claridad. Y de este modo, nos permite pensar en común, pensar en lo que está y nos está pasando.

La noción del hombre nuevo, vale decir, la persona nueva, ha sido desprestigiada como si obedeciera a un afán ingenuo, idealista —no en el sentido de los ideales, sino en el sentido de una concepción errada del mundo que separa la materia de su forma— inútil. Y es extraño, porque esa noción atraviesa tanto la filosofía como aquellas otras disciplinas que se ocupan del comportamiento humano: la biología evolutiva, las ciencias de la educación, la literatura, la psicología, la economía, el derecho y otras ciencias sociales y políticas. ¿Qué es la virtud?, ¿cómo puede cultivarse?, ¿qué es el bien y la dignidad?, ¿cuáles son las facultades?, ¿cómo se pueden desarrollar?, ¿en qué medida el entorno económico, político, social, interviene en el desarrollo de esas facultades?, ¿qué es lo justo y lo injusto?

Pensar, como hacen algunas malas novelas, que las personas son de un modo determinado, el único posible, significaría negar los cambios que se han producido a lo largo de la historia, negar el

1 Escrito para la edición española.

modo en el que las personas oprimidas, esclavos, mujeres, personas colonizadas, racializadas, explotadas, etcétera, con sus luchas, han obligado a que otras personas y colectivos las vean, las reconozcan, respeten su existencia.

Los seres humanos son y se hacen, y ambas cosas son ciertas. Tan malo resulta idealizar lo que pueden llegar a ser, como idealizar lo que son en cada momento histórico concreto, erigirlo en verdad inamovible y convertir, entonces, una supuesta antropología en una ideología que, para variar, está al servicio de quienes, desde su privilegio, prefieren que la historia no se mueva.

Proponer el ideal ilustrado como la solución de todos los problemas es tan ingenuo como cualquier otro programa político que se olvide de la historia. No porque ese ideal pudiera o no ser bueno, sino porque la propuesta se salta el proceso, se salta el camino. Para que llegue a darse una auténtica separación de poderes, para que existan leyes justas que de verdad atiendan a la luz de la razón y sean, además, aplicadas con justicia, y para que exista la independencia civil kantiana sin la cual la democracia es una ilusión, hace falta la lucha y, por tanto, exponer y argumentar qué se hará con la violencia de quienes rechazan la propuesta.

Por eso, no importa que se haya citado mil veces; forma parte de la historia, no es un mito, sino un documento accesible tras ser desclasificado, y pone de manifiesto que las ideas suceden en la historia, no en el aire, no separadas de la materia en la que son y pueden llegar a ser.

El secretario de Estado para Asuntos Interamericanos Lester Mallory, tras constatar el 6 de abril de 1960 que «la mayoría de los cubanos apoya a Castro (la estimación más baja que he visto es del 50 %)\», propone:

Deben tomarse rápidamente todas las medidas posibles para debilitar la vida económica de Cuba. Si tal política es adoptada, debe ser el resultado de una decisión positiva y fomentar una línea de actuación que, mientras sea tan hábil y discreta como sea posible, haga los mayores avances en el objetivo de negar dinero y suministros a Cuba, disminuir los salarios monetarios y reales, provocar hambre, desesperación y derrocamiento del gobierno.²

2 <https://nsarchive.gwu.edu/document/27400-document-1-state-department-memorandum-decline-and-fall-castro-secret-april-6-1960>

A continuación, Mallory sugiere empezar con una medida concreta con respecto al azúcar. La respuesta firmada y sellada de Roy Richard Rubottom, Jr., entonces subsecretario de Estado para Asuntos del Hemisferio Occidental, es: «sí».

Desde entonces, a lo largo de más de sesenta años, las actuaciones de los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos se han mantenido en la misma línea. En este sentido puede consultarse la siguiente colección de documentos <https://nsarchive.gwu.edu/briefing-book/cuba/2022-02-02/cuba-embargoed-us-trade-sanctions-turn-sixty> que registra la continuidad en lo que el profesor de la American University William M. Leo Grande describe como «un complejo mosaico de leyes, proclamaciones presidenciales y reglamentos» a través de los cuales se ha mantenido el bloqueo a Cuba. La colección abarca hasta 2021, pero estamos en 2023 y la agresión no ha cambiado; en algunos aspectos, ha empeorado.

Ya sé que quienes critican las dificultades que a veces comporta vivir en Cuba están cansados de que esto se use como argumento. Puede que no sea el único argumento. Pero hasta que esas acciones del Gobierno de los Estados Unidos no cesen, resulta muy poco admisible que, desde los Estados Unidos, o en colaboración con sus políticas, se exija con una mano la libertad que sus gobiernos destruyen con la otra, sin cesar, año tras año.

Hasta que esa actividad destructiva no desaparezca será imposible saber lo que habría sido la Revolución Cubana si no hubiera habido bloqueo, tal como es imposible saber lo que habría sido el Chile de Allende si no hubieran bombardeado el Palacio de la Moneda. Porque las ideas no están separadas de los hechos. Por eso la cultura no basta. Por eso el conocimiento requiere actos. De tal manera, que quienes quieren tener razón y decir que hay un sistema mejor para la isla, no pueden en verdad tenerla mientras que la agresión no cese.

La honestidad, esa cosa, dicen, aburrida, exige que para comparar dos sistemas, uno no tenga una pistola económica apuntando y disparando todo el tiempo. Pero la historia sucede en una arena política donde la honestidad no existe, y se ata la mano del luchador, y luego se atreve alguien a decir que ha perdido. Lo más llamativo, lo más revelador, es que quienes sinceramente creen que, en una lucha en igualdad de condiciones, la Cuba no revolucionaria, la Cuba que ellos defienden, sería mejor, no pueden conseguir que el Gobierno

de los Estados Unidos desate la mano del luchador, no pueden conseguir que les dejen demostrar su punto de vista. No pueden porque la democracia que buscan y que encuentran en los Estados Unidos prefiere la pistola.

La cantinela, dicen, se repite; pero lo que no se repite, lo que cada día pasa de manera diferente, es el dinero: el dinero que podría llegar a Cuba y nunca llega. Y el dinero que no debería llegar, pero llega en partidas que no van destinadas a la justicia comercial, sino a seguir cumpliendo las indicaciones de Mallory en su objetivo de conseguir «el desencanto y la desafección basados en la insatisfacción y las dificultades económicas».

Nadie puede tampoco afirmar que cree que este trabajo de destrucción de la vida en un país se está haciendo porque los gobiernos de los Estados Unidos experimenten un dolor y una sincera inquietud debida al hecho de que algunos artistas en Cuba tal vez no puedan expresar plenamente ciertos sentimientos pensados, debido, a su vez, al hecho de que tal vez haya errores y haya quien considere erróneamente que esos sentimientos pensados están subvencionados por quien trabaja en la destrucción del país, aunque acaso no lo estén. Nadie puede creerlo porque si el Gobierno de los Estados Unidos estuviera experimentando ese dolor y esa pena terrible por los artistas, ¿qué no experimentaría y qué no haría con los países, muchos de ellos aliados suyos, que asesinan y mutilan a mujeres, a hombres, a niñas y niños? No parece, no, que sea el dolor ni la pena lo que ha impulsado a los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos, sino el interés económico, el deseo de obtener beneficio, y el interés político, el deseo de acabar con el ejemplo de quien no se pliega a sus órdenes.

Es pues en un el tablero de juego inclinado con violencia sobre el que se desarrollan los intentos, los logros y los errores de la Revolución Cubana.

¿Recuerdan a Sócrates?, ¿recuerdan que Sócrates decía que era peor cometer injusticia que sufrirla? Decía, con otras palabras, que son más felices, más dichosos, quienes la sufren porque no han perdido su dignidad. ¿Recuerdan que Sócrates prefirió morir? La cuestión es que las ideas, de nuevo, suceden en la materia, y la materia no es nítida, y menos lo es en una civilización como la nuestra. Hablaba Sócrates de quien pueda alegar para su defensa, entre otras cosas, no haber «ejecutado ninguna acción injusta de que se avergüence», pero

¿cuántas personas pueden alegarlo en un mundo donde las personas han de colaborar, lo quieran o no con empresas, Estados, estructuras que dañan y cometen injusticias? Y, por otro lado, ¿qué hay de la vida de esos patriarcas que mueren con un gesto de beatitud en la cara, rodeados de sus familiares, tras haber sido cómplices de horrores que ya ni recuerdan? Decía Sócrates que tendría que conversar con esas personas que se sienten dichosas de su éxito cuajado de injusticias para saber si de verdad lo son. Pero esas personas morirán sin que ningún Sócrates les haya hecho una sola pregunta, y crean que mueren felices. Quizá no se trate entonces de la felicidad, no, al menos, de la idea de la felicidad hoy vigente, fruto de una subjetividad construida tanto por la industria cultural como por las recompensas monetarias, por la introducción de la previa angustia económica que será luego supuestamente aliviada por quien la ha creado. Quizá de lo que se trate es de cómo desaparecen las preguntas de Sócrates, cómo deja de importar, y de poder importar, si es mejor cometer injusticia que sufrirla; quizá de lo que se trate es de la clase de vida que hoy, en estos días, es posible *querer querer*. De la clase de carácter que es posible querer tener. De lo que enorgullece y lo que decepciona. A una persona y a un país.

Ubieta se refiere en su libro a «esa indiferencia del dinero con respecto a su origen, no importa si robado mientras no se pruebe, o heredado, o ganado en la ruleta de un casino». Y añado, o ganado en la explotación de otros países o de personas trabajadoras concretas con vidas concretas, o ganado mediante la extracción y explotación de recursos naturales concretos que cuando ya no están, no vuelven.

Como se sabe, la huella ecológica es una forma de medir el impacto que la humanidad ejerce sobre el planeta. Es la superficie ecológicamente productiva necesaria para producir los recursos consumidos por un individuo, así como la necesaria para absorber los residuos que genera. Se expresa en hectáreas globales. Lo que el planeta puede suministrar se sitúa en torno a las 2 ha per cápita. En promedio, un europeo necesitaría 4,5 ha, mientras que un estadounidense necesitaría 6,6 ha; aquellos países con un bajo índice de desarrollo humano tanto en educación como en salud, necesitarían entre 0,7 y 2 ha. Como también se sabe, Cuba es el único país donde se da a la vez una huella ecológica justa, 2 ha, y un alto índice de desarrollo humano. Si volvemos a la indiferencia del dinero, y le damos

la vuelta, podríamos hablar de la huella del dinero y suponer que una gran parte de los europeos con algún bienestar camina como si llevara personas esclavas imaginarias, que son, sin embargo, reales, a su lado. Según su patrimonio y recursos, lleva una, o dos, o cinco o quince personas que trabajan en otros países o en el suyo propio con horarios infames, sin papeles, sin vida propia, personas a quienes les han arrebatado sus tierras, la limpieza del aire, el agua. Personas que mueren de enfermedades curables porque los recursos se destinan a las grandes estupideces europeas, estadounidenses, etcétera, personas que respiran los gases que no llegan a las zonas ricas, personas que comen la comida barata infestada de insecticidas para que otras puedan pagar un sobreprecio por esa comida llamada ecológica, más saludable.

Llevan, llevamos, personas esclavas a nuestras espaldas, y personas muertas. Canta Nacho Vegas: «Yo tengo un Tapies, dice Juan Luis / Yo tengo un Antonio López, dice Jaume / ¿Quién de los dos sabrá decir/ Cuántos muertos tiene a sus espaldas?». De modo que la cosa se complica porque a veces sucede que nacer en determinadas zonas de un país supone estar ya cometiendo injusticia.

Entonces, sin un idealismo del mal que elige ver en los seres humanos meros despojos de sí mismos, y sin un idealismo del bien que elude las complicaciones y las dificultades de la conducta ética, se trata ahora de preguntarse qué necesitamos, no solo para la felicidad, la dignidad, la calma, sino también para sobrevivir con justicia a los desastres que se anuncian y que ya están llegando.

Parto de dos premisas. La primera atañe al declive energético, al calentamiento global y al límite de los llamados recursos naturales, el agua, el aire no contaminado, los sumideros que guardan, canalizan e intentan, pero ya no pueden, dar salida a los residuos. La crisis será continua porque los límites no cambian y el capitalismo choca contra ellos.

La segunda atañe al comportamiento de los seres humanos. La biología evolutiva nos recuerda que somos organismos entrelazados con el ambiente. Que nuestro comportamiento depende de estímulos, sustancias, obstáculos y posibilidades externas e internas. Nos recuerda, por tanto, que la igualdad de oportunidades es un mito, y que la ciencia ha ido a su modo llegando a la política: la única igualdad posible ha de contemplar aquel «de cada cual según sus capacidades,

a cada cual según sus necesidades». Sin olvidar que capacidad y necesidad no son meras cualidades internas, sino que se labran en relación con el medio. Entonces, en la medida en que somos organismos, querer, y *querer querer*, no es algo que dependa solo de la voluntad, depende del contexto, y de las herramientas para afrontar, enfrentar o transformar ese contexto.

No solo —escribe Ubieta en 2014—, la vida necesita de un sentido, también lo exige la muerte. «No me pongan en lo oscuro a morir como un traidor», decía Martí. Morir diez años antes o después no extiende o disminuye la vida; pero puede anularla. Morir en vida no es estar preso, como lo están Gerardo, Tony o Ramón, como lo estuvieron René y Fernando. Otros murieron al pactar, al abandonar la cárcel. Yo quiero morir bien, no importa si antes o después. Que otros, entonces, canten mis canciones y calcen mis zapatos.

Y queda resonando ese «otros murieron al pactar». ¿Es posible en nuestros países no nacer ya pactados? Probablemente no. ¿Puede la crisis ecológica, que será económica y social, ser abordada con justicia en un país no revolucionario o en revolución? Seguro que no.

Ubieta plantea el hecho innegable de que en Cuba hay personas que viven en condiciones muy difíciles. «Son hombres y mujeres atrapados en las redes de la pobreza. Los revolucionarios cubanos tenemos que pelear por ellos [...] Que no carezcan de la alimentación elemental, puedan estudiar y reciban atención médica gratuita de primero, segundo y tercer grados, los diferencia de sus pares latinoamericanos». ¿Es suficiente esa diferencia?

Imaginen que alguien le dice, desde fuera, a Sócrates, siendo Sócrates no un hombre, sino una isla: Dado que no es solo a tu propia vida a lo que vas a renunciar, sino a las condiciones de vida del país que eres, un país chantajeado, amenazado y agredido porque ha buscado la justicia y «limpiar la costra tenaz del coloniaje», cede, Sócrates. Cede, pacta, entrégate a una supuesta democracia que será recompensada con ayudas y planes Marshall durante un tiempo, aunque luego, muy, muy probablemente, todo derive en una desigualdad sin barreras, en un sálvese quien pueda una vez que el capital humano del país y sus recursos y su tierra hayan sido vendidos al mejor postor.

O imaginen que alguien, de nuevo desde fuera, le dice lo contrario. Imaginen que, sin estar jugándose la piel al lado de Sócrates, tiene la

desfachatez de decirle que se juegue la suya, que se juegue su hambre y sus dificultades, y dice: No cedas, Sócrates, porque si cedas, si como país que eres, cedas uno de los escasos lugares que quedan en el planeta donde lo que cuenta no es solo el precio, si entregas eso, si eliges vivir con muertos, esclavos y fantasmas, si dices que prefieres cometer injusticia, si que las personas que viven en condiciones tan difíciles no hicieron la revolución para vivir así, ni la heredaron para eso, si ni siquiera les preguntas, si reniegas de un apoyo que todavía tienes, si lo haces, desaparecerá la posibilidad viva de no entregarse, de no pactar, de no ceder ante la fuerza y oponerle la justicia.

No, no imaginen. Nada puede ser dicho desde fuera en lo que atañe a Cuba. Pero sí puede ser dicho con respecto a lo que nos atañe aquí.

Muchas personas en mi entorno —escribe Ubieta—, deben enfrentar enemigos más concretos e inmediatos que el imperialismo norteamericano, al menos eso parece, cuando la corrupción, la burocracia, la doble moral, la insensibilidad, el «sálvese quien pueda» se imponen. Creo, como ellos, que ese es el enemigo principal. Pero no podemos confundir su nombre: se trata del capitalismo, de su capacidad para regenerarse dentro del socialismo.

El capitalismo se regenera, y con él la idea no ya, como se vendía, de que todas las personas puedan ser millonarias sin serlo, al parecer, a costa de nadie. Eso era antes. Eso era cuando se vendía también la idea de que la producción y los recursos eran ilimitados. Y era cuando la explotación de los seres humanos que la hacían posible no se divulgaba. Ahora el capitalismo no disimula, ya no necesita ocultar nada. Ahora lo que dice es: «corre, date prisa, llega primero porque no hay recursos para todos», «corre, acapara, rapiña, y yo te daré algunas migajas que otros no tendrán»; «aunque es posible que de aquí a unos años si el desastre avanza yo tampoco las tenga»; pero eso no te lo digo, «corre, sométete a decisiones que solo benefician, y a corto plazo, a mi poder», «corre, no tengas criterio, no pienses».

Crecimos con la frase de Galileo en la obra de Brecht, con la réplica que Galileo le da a su discípulo, Andrea. Dice Andrea: «Desgraciado el país que no tiene héroes». Y poco después contesta Galileo: «No, desgraciado el país que necesita héroes». Así nos formamos, como si el teatro de Brecht no fuera dialéctico, sino un conjunto de citas de calendario. Como si ese teatro hablara de un mundo donde se puede

elegir, tenerlos o necesitarlos. Pero nada empieza desde cero. Ubieta se atreve a escribir: «pobre la generación que no produce héroes». Nuestro mundo capitalista cínico, un mundo que jamás suscribiría esas palabras, cómo aplaude, sin embargo, a las personas heroicas cuando aparecen, si bien luego es muy capaz de dejarlas atrás, y pienso ahora en las personas trabajadoras que fueron llamadas esenciales durante la pandemia.

No queremos entender que Galileo le está replicando a Andrea en una situación concreta. Y no queremos entender que el peso de la frase no está en la palabra héroe, sino en la palabra desgracia. Porque el hecho es que somos una civilización cuyo motor es un sistema que produce desgracia. Y la desgracia avanza. Avanzan las catástrofes, los desastres, el declive de la energía, la desigualdad. El Galileo de Brecht también dijo: «La victoria de la razón solo puede ser la victoria de los que razonan». Cuando después Galileo preguntó a un pequeño monje: «por qué no eran más los que razonaban», el monje respondió: «¡Están cansados!». Y sucede que ambos, Galileo y el pequeño monje, como también Andrea y Galileo, estaban diciendo cosas que eran ciertas.

Cuando leo en el libro de Ubieta lo que hacen y lo que dicen las brigadas médicas cubanas, encuentro algo que el capitalismo no puede tener, porque incluso cuando en el capitalismo hay personas con comportamientos generosos, son comportamientos solitarios o, a menudo, al servicio de ciertas ideologías que, queriendo o sin quererlo, cumplen fines muy poco honorables; resulta, en cualquiera de los dos casos, fácil que deriven en caridad, y el problema de la caridad es que con su existencia sostiene aquello que quiere combatir. Por eso aquí, en nuestro país, importa la lucha por la atención primaria, porque se está defendiendo algo que no es individual, que no es el buen hacer de cada médica y médico individual, sino ese todo que es más que la suma de las partes y que se produce cuando las partes están relacionadas entre sí por algo mayor que ellas mismas, algo que aquí llamamos sanidad pública y que cada día es atacada, mermada, porque es incompatible con los beneficios privados capitalistas.

Escribió Simone Weil: «Siempre que una persona se eleva a un grado de excelencia aparece en ella algo impersonal, algo anónimo». Así sucede con el lenguaje de las personas que componen las brigadas cubanas. Aquí nos han acostumbrado tan mal que ese lenguaje,

al menos en un primer momento, nos aleja; preferimos el morbo de lo individual, el morbo del ego. Como si no pudiera existir la individualidad sin narcisismo. No obstante, y en contra de lo que se suele pensar, los egos se parecen entre sí mucho más de lo que se parecen los individuos cuando se saben parte de una colectividad. Porque entonces los individuos interaccionan, mientras que los egos no se arriesgan nunca a perder ese morbo que consideran que les hace únicos y solo les hace clones repetidos, no interaccionan, sino que alimentan su propia complacencia, su supuesta superioridad.

Sé que no se trata de elegir. El comportamiento de cada persona no ha de imponerse políticamente. Lo que sí cabe hacer es construir las condiciones para que un comportamiento pueda o no pueda darse. Construir, pongamos, las condiciones que puede o podría crear el socialismo si le dejaran, y además tuviera suerte, y además practicara sin cesar la rectificación, cosa que en cada vida individual y colectiva es siempre necesaria.

Cita Ubieta esta frase de José Manuel Prieto sobre sus años de Revolución: «Éramos buenos, no cabía duda, pero nos moríamos de aburrimiento». La demagogia se dice de muchas maneras, también la que usa Prieto. Cualquiera puede jugar con ella: machacábamos al niño obeso en la escuela, y cómo nos divertíamos; acosábamos a las adolescentes, seis contra una en las esquinas, y cómo nos divertíamos; nos ponían la mesa los criados y, después de la fiesta, limpiaban las vomitonas y otros restos de nuestras juergas, y cómo nos divertíamos. Pero la demagogia cansa. Prefiero la precisión, decir que el aburrimiento es una pausa entre dos acciones que permite pensar. Decir también que engordar el ego puede terminar siendo mortalmente aburrido, porque hay un aburrimiento que sirve para imaginar, y otro que no tiene pausa, que es voraz como el ego, cuyo apetito nunca cesa. Decir que a veces el aburrimiento es la pausa que precede a la aventura, a la risa, al placer, a la epopeya. Y decir, en fin, que si no queremos vivir con esclavos, ni muertos, ni criados a nuestras espaldas, no es porque seamos seres humanos buenos, y ojalá lo fuéramos, sino porque necesitamos que no haya muertos, ni esclavos, ni criados, sino personas con toda su potencia para afrontar lo que hay y lo que está llegando: la lucha por un uso racional de los recursos, la lucha para que este planeta siga siendo habitable, la lucha por la igualdad sin la que no puede darse la acción colectiva que

haga viable *querer querer* vivir de otra manera. «No es posible tener un planeta seguro sin justicia» se afirma en un reciente informe publicado por una comisión internacional de más de cincuenta personas procedentes del mundo de la ciencia. Y la ciencia también necesita de la historia, de las personas organizadas, de su hacer más allá de las hermosas afirmaciones.

Decir, entonces, que por más que pesen los errores, pesarán siempre menos que la gratitud debida a quienes en Cuba convierten, y no solo por su propio interés, el «qué pasaría si» en «qué pasa si». Convierten el qué pasaría si un país quisiera, hoy, ahora, con los sistemas políticos y económicos vigentes a su alrededor, con la complicidad en la agresión, la omisión o la fraternidad del resto de la tierra, vivir una vida justa, en qué pasa si convierten el conocimiento en acto.

BELÉN GOPEGUI

Breve explicación preliminar

Un amigo español me decía recientemente en La Habana que Cuba parece un barco detenido en un desagüe, al que marineros y oficiales abandonan, y cuyas partes están listas para ser colocadas a buen precio en el mercado. Error, le dije. Cuba navega. No se detiene. Por eso no cesan los bombardeos mediáticos y se bloquea toda sustitución de herrajes y piezas deterioradas. Por eso quieren rendir por hambre y falta de medicamentos a sus tripulantes y sus enemigos intentan seducirlos con puertos «seguros» y finales zanjoneros. Los piratas abordan la embarcación, pero no físicamente. No son seres humanos tuertos con patas de palo y afilados cuchillos en la boca. El abordaje se realiza mediáticamente, en las redes sociales. El combate no es cuerpo a cuerpo, sino mente a mente. No se enarbolan verdades o mentiras, sino *fake news*... No se intercambian noticias o reflexiones, sino chismes, rumores, que no exigen comprobación. El propósito es desviar el rumbo del barco, hacerlo encallar en alguna playa desierta.

Me han pedido un libro que explique la tozudez numantina de ese barco y la decepción de una parte de su marinería, que no eluda la descripción del estado de ánimo durante las severas tormentas ni la euforia de los amaneceres victoriosos, que muestre sus luces y sombras, sus claroscuros. No creo en recuentos estadísticos que ejecutan disecciones premeditadas. Tampoco me parece posible que un lector, sistemáticamente bombardeado con noticias y especulaciones «noticiosas» construidas o manipuladas, que no viva en Cuba, pueda entender su realidad si ajustamos el texto solo a los hechos que esa prensa describe. No podemos seguir su guion: tenemos que escribir el nuestro.

Los entresijos de la guerra cultural pueden comprenderse mejor si se describen sus manifestaciones cotidianas. No se enfrentan simplemente dos opciones políticas (tras las que de manera llana se esconden intereses imperialistas y trasnacionales); se enfrentan dos concepciones del éxito y la felicidad, dígame, dos sistemas de vida. Es, sobre todo, una guerra entre la cultura del ser y la cultura del tener. Por eso he aprovechado la ocasión para hacer un repaso de lo publicado hasta hoy y reunir en un volumen crónicas y ensayos breves que testimonian los avatares de esa guerra, repastos «costumbristas», debates ideológicos y reflexiones más sosegadas, escritos en los últimos veinte años, que explican los sucesos más recientes, directamente abordados en los textos finales. No hablo solo de Cuba (aunque su Revolución sea el centro: el barco en el que navegamos), porque no es posible entendernos sin entender el mundo en el que vivimos. Los tomo, y en cada caso así lo señalo, de anteriores libros míos: *La utopía rearmada* (2002), *Venezuela rebelde* (2006), *Cuba, ¿revolución o reforma?* (2012), *Ser, parecer, tener* (2014), *Zona roja* (2016), *Diario de Turín* (2021), *La isla posible* (2022).

Los ensayos y artículos seleccionados han sido dispuestos en orden cronológico, pues todos aparecieron primero de forma independiente. En ellos el lector podrá hallar a los héroes de la Cuba de hoy, pero también a quienes han remado hacia la costa firme, estén o no en el país. No incluyo textos de mis primeros dos libros, *Ensayos de identidad* y *De la historia, los mitos y los hombres*, publicados en 1993 y 1999, respectivamente, que tendrán una reedición independiente.

He acompañado a las brigadas cubanas de la salud en sus andanzas quijotescas por Centroamérica, Haití, Venezuela, por el África Occidental e, incluso, por la Europa primermundista. Los he visto librar combates por la vida frente al cólera, al ébola o la covid-19. Por eso en el libro alternan los relatos de briosos marineros y marineras con la descripción y las motivaciones probables de sus detractores. No persigo a los médicos y las médicas. No es la medicina como ciencia la que me interesa: persigo el ideal social que ellos representan.

Solo un breve ensayo antecede en el tiempo a todos: «La isla desconocida» (1999), reproducido en libros, revistas y periódicos cubanos. Si lo coloco nuevamente como pórtico de los más recientes, es porque marca el inicio de una nueva etapa y refleja el sentido de mis búsquedas como revolucionario cubano. Aquí hallará el lector también

mi participación en diversas polémicas y apreciaciones circunstanciales sobre hechos claves de la historia reciente de mi país. Cuba es el escenario hoy de una nueva etapa en la vieja batalla ideológica entre el reformismo (que acepta o se acerca, voluntariamente o no, al decimonónico autonomismo, en el caso cubano) y el espíritu revolucionario. Este libro toma partido por el segundo.

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

La isla desconocida (enero de 1999)

«Un hombre llamó a la puerta del rey y le dijo, dame un barco».¹ Así comienza una hermosa narración de José Saramago, cuya primera edición se destinó a recaudar fondos de ayuda a Centroamérica. Pero los hechos ocurrieron de otra manera: el pueblo acudió impaciente al palacio real y no esperó a que el monarca concediera el deseo. Tomó el barco por asalto como el cielo de la esperanza. Desde entonces La Isla Desconocida —que así cuenta Saramago que se llamaba la embarcación— navega en pos de sí misma, la utopía en pos de la utopía, buscándose y hallándose siempre a medias, en mares cercanos a los dominios reales.

Cuarenta años después, los tripulantes de ese barco —los hijos y en ocasiones, los hijos de los hijos de aquella primera hornada de revolucionarios— han desembarcado también en Centroamérica como brujos modernos en batas blancas, transformando repentinamente en nueva embarcación la selva hondureña, guatemalteca y nicaragüense. Los reyes miran estupefactos, no pueden prohibir; los soldados inspeccionan los embarques, pero no hay armas; vidas que no estaban registradas se salvan; la selva que parecía tierra firme, se ha hecho a la mar. Porque basta que los sueños se organicen —sin dejar de ser sueños—, para que un pedazo de tierra hinche sus velas y levante anclas. Yo pertenezco a la generación de cubanos que no vivió la emoción de la partida. Soy un hijo de los primeros tripulantes. Mis juegos infantiles transcurrieron en la cubierta, las bodegas y los camarotes. Aprendimos a disfrutar una puesta de sol y a soportar las tempestades. Tan natural nos parecía el movimiento, que algunos llegaron a creer que era la tierra que se avizoraba en el horizonte

1 José Saramago: *El cuento de la isla desconocida*, Alfaguara, Madrid, 1998, p. 7.

la que se movía y otros añoraron desesperadamente la inmovilidad. Pronto comprendimos que, aunque los pueblos se muevan perviven en su seno hombres y mujeres inmóviles. Cada persona puede navegar o no en sí misma.

Navegar es un oficio duro, expuesto, que curte la piel y el alma; pero nos hace dueños absolutos de la esperanza. Palabra abstracta esta para quienes viven y mueren en la quietud. Una esperanza abierta a los vientos, como las velas de un barco, no es una promesa. Se busca haciendo. El hacer diario produce el movimiento; un médico que cura a un enfermo o mitiga el dolor, iza una vela. Haciendo bien y mal las cosas —y de vez en vez, cosas que simultáneamente están bien y mal—, la Revolución nos crio a sus hijos y a sus nietos. Fue severa y también paternalista con nosotros, prohibió y estimuló la rebeldía inaugural, quiso que leyéramos y quiso que creyéramos, enriqueció y cultivó la individualidad en la entrega colectiva. Nos legó la inconformidad y la necesaria autoestima para sobreponernos. Cada mañana de nuestras vidas hemos sentido en el rostro el viento cálido de la esperanza. Sentir, vivir la esperanza, no es esperar. La cotidianidad nos hace reír, en ocasiones llorar; en la oscuridad de los apagones hablamos de París, del año 2000, dramáticamente cercano, y de la irresponsabilidad laboral del hombre o la mujer que mañana estará o estuvo ayer, en la selva de algún país entregando su sangre, sus sueños, entregándose, y ahora se cansa de las guaguas, pero asiste a la marcha o se emociona en silencio hasta las lágrimas cuando depositan en tierra cubana los restos de Tania la Guerrillera. Durante los apagones, irreverentes, nos abrazamos a las estrellas, aunque hay quienes se esconden, amenazantes, en falsos oasis citadinos de luz. Los peligros de siempre acechan.

Algunos abuelos, algunos padres y también, naturalmente, algunos hijos, han regresado a tierra firme. Algunos más, han construido sus islotes en alta mar. Detestan los riesgos del movimiento, se cansan, tienen ese derecho. Pero otros muchos navegan, discrepan, se apasionan. Con buen tiempo, el barco parece ser solo una isla. El mal tiempo une, borra las edades. Hacer, crear, es el verbo martiano; la creación es difícil, angustiosa, contiene y supera a la crítica necesaria. Aunque, frente al viejo mapa oceánico, discutimos con frecuencia: no hay rutas seguras para encontrar la isla desconocida. Y, sin embargo, hemos hallado más de una. Cada generación debe enfrentar el reto de encontrar la suya.

En el puente de mando cuelga la vieja brújula. Y algunos retratos de ilustres navegantes: el Padre de las Casas, Antonio Maceo, Julio Antonio Mella, el Che y también, por supuesto, José Martí y Carlos Marx. El incipiente capitalismo nos amasó en el barro cultural de pueblos distantes, y solo la integración de fuentes y aspiraciones pudo engendrar la nación. La justicia social es el acto fundacional de la independencia cubana. Cuba es la esperanza, en un nuevo mundo cada día más viejo. No somos nosotros los naufragos. Cuba es una isla que navega. El planeta es una isla que naufraga y que puede hacernos naufragar. Desde 1894, cuando el imperialismo estadounidense apenas iniciaba su ciclo hegemónico, está vigente la sentencia martiana: «Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos».² La Revolución martiana y fidelista es hoy un hecho de trascendencia mundial. En Centroamérica, en el Caribe, en África hay y habrá Revolución Cubana, porque encontraremos siempre la manera de hacernos a la mar.

Explicación innecesaria

Un día terminal de 1998 —porque se acababa el año, porque terminaba una etapa de mi vida— llegó a mis manos un cuento en letras grandes y empaque de libro. Llegó como aparecen las cosas destinadas, por equivocación, con los nombres cambiados. Lo leí sin respirar: José Saramago narraba el cuento de una embarcación que adoptaba el nombre de aquello que buscaba. La Isla Desconocida zarparía para descubrir una isla desconocida, para descubrirse. Un barco —un hombre— que soñaba ser bosque y pradera, adonde vendrían los pájaros cantores o alcoba para hacer el amor. Porque buscar es el único modo de fundar. El pequeño libro —al estilo de Saint Exupéry— hizo que me descubriera: yo vivía en una isla que navegaba buscándose a sí misma. Pero no fue la única complicidad. Un anuncio de portada aseguraba que el dinero de la compra del cuento se destinaría a los damnificados del huracán Mitch en Centroamérica. Y yo me preparaba en esos días para enrumbar mi barco hacia tierras centroamericanas, donde miles de médicos cubanos habían hecho

2 José Martí: «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano, 17 de abril de 1894», *Obras completas*, t. 3, p. 143, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

renacer el internacionalismo (en los desilusionados años noventa). Por esas extrañas o naturales razones —nadie sabe qué es lo uno o lo otro—, el barco-isla, Centroamérica, Saramago y yo coincidíamos en un evento que conmemoraba en Casa de las Américas el 40 aniversario del triunfo de la Revolución. Escribí este breve ensayo que recreaba, a mi manera, el cuento y lo leí una tarde de enero de 1999, entre intelectuales cubanos y de otros países latinoamericanos, ante Saramago y Fidel, quien llegó unos minutos antes de que me concedieran la palabra. Al novelista portugués no le disgustó que usara su historia, que imaginara a Cuba como ese barco buscador. Tomó el ejemplar descarriado que había llegado a mis manos y lo autografió —prueba que certificaba el destino del libro— con hermosas palabras: «Para Enrique Ubieta, que escribió la continuación de este cuento, hasta que los juntemos un día. Un abrazo». Mi ensayo aparece en las memorias del encuentro que publicó Casa de las Américas. Ha sido reproducido en publicaciones periódicas cubanas y es el texto que abre mi libro sobre Centroamérica: *La utopía rearmada. Historias de un viaje al Nuevo Mundo* (Casa Editora Abril, 2002).

Dios salve a América, vivencias de un bárbaro en Roma¹ (septiembre de 2001)

Estoy en un extenso campo de gravilla y césped que llaman el National Mall. Al fondo, en un extremo, está el Capitolio; al otro, el monumento a Lincoln; frente a mí, el edificio que acoge el Museo Nacional de Historia Natural, en cuyas salas se exponen los orígenes de la civilización humana. Bush ha anunciado la guerra por la justicia infinita, es decir, la guerra Santa. Los transeúntes, preocupados, esta tarde de sol bueno, portan la bandera estadounidense en alguna prenda de vestir, colgada a la mochila o en la antena del auto. A mi lado, a la entrada de la Smithsonian Station del Metro, una señora lee en voz alta la Biblia. Un letrero a sus pies nos conmina: «Vuelve a Dios». ¿A qué Dios se refiere? Ella no invoca ciertamente al temido Alá ni al inescrutable Buda. Pero, ¿a qué Dios debe volver la humanidad, 2000 años después de que Cristo, según la Biblia, expulsó a los fariseos del templo y al falso Dios que se aliaba al poder y al dinero?

Yo estaba el 11 de septiembre —aniversario, por cierto, del sangriento golpe de Estado en Chile auspiciado por el Gobierno estadounidense— en los alrededores del amenazado Capitolio, cuando evacuaban a los congresistas. Iban en fila, circunspectos, graves, dignos representantes del imperio. La imagen que guardo en mi memoria tiene, sin embargo, un fallo técnico: a veces, los veo en batas

1 Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla desconocida*, Casa Editora Abril, La Habana, 2014.

blancas y sandalias romanas. Washington, entre mármoles y columnatas, nos recuerda que es la Roma moderna. Y un cubano en Washington es un hijo de Espartaco en Roma.

Aquel día, las calles aledañas al Capitolio se llenaron de jóvenes funcionarios, hombres de corbata y mujeres de trajes formales, repentinamente expulsados de sus oficinas, en las que aprenden las reglas del juego y luchan por abrirse paso hacia posiciones de más rango político. Todos, paralizados, contemplaban el cielo. No buscaban a Dios, nada esperaban de él. En sus rostros había confusión y miedo. Hollywood, ese gran astrólogo del siglo xx, lo había previsto: vendrán extraterrestres —o árabes perseguidos, o africanos hambrientos— envidiosos a quitarnos el pan. Pero las imágenes transmitidas en vivo por la televisión sobrepasaban cualquier expectativa: paralizado frente al pequeño receptor de un bar, compartí con aquellos funcionarios el asombro y el dolor del pueblo estadounidense.

Si no hay una explicación racional, habrá una irracional

Hacía mucho tiempo que no morían tantas personas inocentes en el primer mundo. Las campanas doblan hoy en el imperio y doblan por supuesto por mí, por ti, por todos. Para el estadounidense común —a pesar de las advertencias de Hollywood y de las guerras periódicas de baja o alta intensidad que desata el Pentágono a muchas millas de distancia— este fue un ataque inesperado e inexplicable. Los caminos de cualquier explicación racional —aceptando que la violencia es un acto irracional que puede ser racionalmente explicado— no son abordados. Esos caminos son peligrosos, podrían darle la vuelta al mundo, pasar por cualquier país o región y terminar en el corazón del imperio como un avión secuestrado.

Si no tiene acceso a una explicación racional, el pueblo estadounidense debe suponer que el origen es el fanatismo religioso, el absurdo enfrentamiento entre civilizaciones o cualquier otro sentimiento irracional o diabólico. Siguiendo la tradicional pauta hollywoodense, el mal amenaza al bien y este, después de innumerables avatares y sufrimientos, obtendrá la victoria.

¿Por qué nos odian?, se preguntó el emperador ante el Senado. Y todos los súbditos, bárbaros y romanos, esperaron ansiosos una respuesta. Porque somos libres, dijo. Antes, la televisión había insinuado el mensaje en códigos audiovisuales: en un primer plano el brazo levantado con la antorcha de la Estatua de la Libertad y, tras él, las columnas de humo de las torres destruidas. Los bárbaros atacan a Roma. Los mismos bárbaros que habían sido entrenados y financiados por las milicias romanas. El estadounidense común no sabe, no sabrá, que él es el agresor. La televisión se ha encargado solo de que llore y jure venganza ante su bandera. Y está dispuesto a pelear... ¿contra quién? Rápidamente se dio un nombre: Osama Bin Laden, y un país: Afganistán. Mañana serán otras las personas y las naciones que recibirán la ira divina. Los transeúntes creen que disponen de más información que cualquier ciudadano de otro país y aceptan la no explicación. En realidad, solo el 15 % de ellos lee la prensa. No saben y no quieren saber. Dicen que son libres.

Dos hombres de pueblo y una consigna

Todos los días en mi camino hacia la biblioteca veo a George, un policía sesentón de la guardia del Capitolio. Hombre simple y bueno, indica con cierta torpeza y en voz alta a los transeúntes perdidos alguna dirección de los alrededores, impide o facilita el parqueo de los vehículos, cuenta a los turistas de otras ciudades o países anécdotas de los congresistas que ha visto pasar o cuyos carros debe cuidar, y hasta del mismísimo presidente. De buen carácter, severo en el cumplimiento del deber, orgulloso de su misión: cuidar el Senado romano. En estos días parece desconcertado. La sola idea de que el Congreso pudo haber sido atacado lo sobrecoge.

Conozco a otro hombre de pueblo, un bibliotecario de Filadelfia que duerme en la residencia donde me hospedo, flaco, de barba cana y sombrero de pescador. Es un activista social que no ignora los desmanes de su gobierno en el sur. Se levanta muy temprano en la mañana y regresa en la noche: «Estamos organizando una marcha por la paz y contra el racismo», me dijo. No sabe cuántos asistirán, probablemente unos miles. «Ahora quizás muchos no nos entiendan, pero mañana entenderán», aseguró. La vida sigue. Los habitantes de la capital

imperial prosiguen sus actividades habituales. Algunos portan la bandera estadounidense. Esperan en lo más íntimo una guerra que los proteja, no que los involucre ni los exponga. El señor Donald Montagne, presidente de la Sociedad Ética de Washington, ha contradicho al presidente: «No fue un ataque contra la democracia y la libertad, sino contra el modo en que usamos nuestra riqueza y nuestro poder».

En la televisión y en muchas pancartas públicas, los ideólogos de la guerra aseguran: «Dios bendice a América». Pero a la entrada de la Smithsonian Station del Metro, una señora no cesa de leer en voz alta fragmentos de la Biblia y de pedirle a sus compatriotas que regresen a Dios.

Aeropuertos² (noviembre de 2001)

«Los viajes en avión son hoy más seguros que nunca», repiten los conductores de la televisión... y de la conciencia estadounidense. Quizás tengan razón. Los gobiernos republicanos privatizaron los aeropuertos. Y los nuevos dueños redujeron los gastos de seguridad. En estos días inciertos es el ejército quien se hace cargo de ella. Un hispano sonriente se asoma a las cámaras de Univisión y dice: «No me molesta que me registren, yo sé que es por mi seguridad». Llegué temprano al aeropuerto de Baltimore. De dos en dos, en uniforme de campaña y con armas largas, andan los soldados por los pasillos. Una voz repite incesante por el audio local, en inglés y español: «Estimado pasajero: por favor, mantenga todos los paquetes y equipajes continuamente con usted. El equipaje desatendido será inspeccionado o destruido. Por razones de seguridad no acepte llevar paquetes ajenos». Trato de recordar sin éxito en qué película de ciencia ficción escuché antes un anuncio similar.

Estoy frente al mostrador para despachar la maleta y muestro mi identificación de cubano y mi pasaje. La empleada es latina, su nombre inscrito en el sello de la solapa es Margarita. «¿Lleva armas de fuego o explosivos en su maleta?», me pregunta y sonrío. «Es una mujer hermosa», pienso y digo no con un leve movimiento de cabeza. «Debe esperar allí a que revisen su equipaje». Allí, donde señala, hay ya otros pasajeros esperando. Somos los elegidos de este vuelo. Somos negros,

2 Enrique Ubieta Gómez: ob. cit.

latinos, árabes, pero hay dos rubios. Trato de descubrir si les falta una oreja, si son blancos mutantes; quizás, me digo, sean irlandeses o vascos, o puros yanquis con mala suerte. Porque, ¿y si a los terroristas les da por disfrazarse de blancos, se tiñen el pelo y se ponen falsos ojos azules?, ¿y si hay blancos mutantes con alma negra? «Yo soy de Guanajuato», me dice un joven indocumentado que trabaja en el puerto de Baltimore. Lo vi nervioso frente al mostrador, sin pasaporte que mostrar. Regresa a su país, porque su madre está enferma.

Es una enorme pantalla de cine, del tamaño de la vida, por la que entramos y salimos los hombres y mujeres del tercer mundo a esta extraña película real de ciencia ficción. Aquí adentro, debemos aprender a manejarlo todo por botones y tarjetas prepagadas, a movernos en trenes rápidos bajo tierra, a tocar el lujo con manos de sirviente, a ser los eternos sospechosos. El televisor del aeropuerto intergaláctico —¿alguien puede concebir un viaje más «largo» que el que realiza un avión en apenas unas horas, desde Washington o Baltimore hasta Port-au-Prince o Managua?— le ofrece un posible título a la película: «América contrataca». Pero los ideólogos del *show* no han reparado en un detalle: en la versión de ficción *El Imperio contrataca*, el malo de la película es precisamente el imperio.

Las imágenes televisivas difunden el terror: el ejército más poderoso de la tierra lanza, desesperado, bombas inteligentes y cohetes teledirigidos, mientras una mano invisible, un enemigo desconocido, distribuye *ántrax* en las esquinas y promete nuevos atentados. Todavía, al abordar el avión, un señor con una pequeña lista de nombres vuelve a inspeccionar a los inicialmente elegidos. Y yo, preocupado, veo pasar sonriente, bien vestido, a un señor alto, rubio, ojiazul. Nadie le ha preguntado si vive en Waco³ o en Oklahoma.⁴

3 El 28 de enero de 1993, el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego organizó una redada en un rancho de la Rama Davidiana de Adventistas del Séptimo Día, donde se almacenaba gran cantidad de armas de fuego ilegales. Después de un primer enfrentamiento en el que murieron cuatro agentes y cinco davidianos, y de un cerco que duró 51 días, el 19 de abril el recinto fue consumido por las llamas, provocando la muerte de 86 personas, entre ellos mujeres y niños.

4 El 19 de abril de 1995 Timothy McVeigh, veterano de la guerra del Golfo, hizo detonar un camión cargado de dinamita frente al Edificio Federal Alfred P. Murrah de la ciudad de Oklahoma. Fue considerado el acto terrorista más grave ocurrido en Estados Unidos hasta el 11 de septiembre de 2001. La explosión causó la muerte de 168 personas, entre ellos 19 niños menores de seis años, e hirió a más de 680. Entre las razones que motivaron el acto terrorista estuvo la llamada Masacre de Waco.

Médicos posmodernos¹ (2002)

Anoche la doctora Sandra resolvió con éxito un parto difícil en la Mosquitia hondureña. Ante la complejidad del caso, la partera resolvió pedir ayuda médica. Los familiares tocaron a la puerta de la vivienda donde nos hospedamos y también a la de un médico local que cobra por sus servicios, si estos son dados en horas de la tarde o de la noche. Ante la autoridad profesional de Sandra y la seguridad de que ella no abandonaría a su paciente, el doctor hondureño se apartó y se acostó a dormir en un pequeño local del centro médico. La partera se mantuvo a su lado, observando.

Por fin nació la criatura y tanto la partera como el médico durmiente cobraron sus honorarios. La única que naturalmente no cobró fue Sandra, quien pudiera sentir que «le hace el trabajo» a su colega. Situaciones similares ocurren en otros países. Podría argüirse que Sandra está «fuera del juego»: su vida está asegurada en Cuba. El estipendio médico que recibe, mínimo, es muy inferior al salario de un médico asentado en la zona, pero esta no es su vida; aquí comparte la pobreza de todos con naturalidad, de manera provisional, por uno o dos años. En realidad, las motivaciones de Sandra no pueden explicarse a partir de consideraciones estrictamente personales: ella es parte de un sistema de vida distinto, es una partícula consciente de ese sistema, esté donde esté.

Recuerdo que conocí en Managua a un médico cubano que se había casado en los años ochenta con una nicaragüense. Desde entonces

1 Enrique Ubieta Gómez: *La utopía rearmada. Historias de un viaje al Nuevo Mundo*, fragmento del capítulo «Honduras», Casa Editora Abril, La Habana, 2002, pp. 155-158, (Premio EPO-abril 2001, Premio de la Crítica 2002).

vivía en aquella ciudad. El sistema se lo tragó. Los ideales de su profesión, los que inspiraron su primer viaje a ese país —entonces en Revolución— habían desaparecido. Ahora trabajaba en una clínica privada junto a un cirujano y nos comentó sin sonrojarse, sin que su voz se afectara, sin mirarme a los ojos —es cierto—, pero sin bajar la vista, que remitía a cirugía a la mayor cantidad de casos posibles, aún cuando ese proceder no fuese necesario. Eso aumentaba las ganancias de la clínica. Algunos meses después encontré en un hospital haitiano a un médico ostensiblemente distanciado de su pueblo, que llegaba a la consulta a media mañana en un lujoso auto y se marchaba a la hora del almuerzo, pues trabajaba en las tardes en su clínica privada. Otros más sensibles permanecían junto a los brigadistas cubanos, que no se retiraban mientras quedase un solo paciente; con su permanencia y su disponibilidad hacían posible también la indolencia de aquel otro.

Pero ellos habían viajado para salvar vidas. De eso se trataba. Un sistema, por supuesto, no es monolítico, no excluye la posibilidad de otras conductas individuales tanto en Cuba como en los demás países. Sandra no se hacía preguntas inútiles, hasta en sus horas de ocio caminaba por la aldea con su maletín de médico, siempre dispuesta a interrumpir cualquier actividad para perderse en los trillos del monte en busca de algún paciente.

Un día, mientras atendía en su consulta a una gestante, le avisaron por radio que esa tarde debía viajar de regreso a Puerto Lempira en la avioneta, y desde allí hasta La Ceiba. Era el final. Se sentó en un banco a meditar. Era un día claro, como otros muchos, y todavía esperaban pacientes en la consulta. «Me sentía extraña —me confesó después— con el cuerpo relajado y el pecho apretado». Los atendió a todos sin apuro, sin que nadie supiera.

Después de que los posmodernos de la política en conciliábulo mundial declararon sobre el cadáver del socialismo europeo que la muerte había sido por indigestión de justicia totalizadora y aconsejaron que quienes se sentían inclinados al bien debían, en lo adelante, tener paciencia y obrar en espacios reducidos y proponerse metas pequeñas, posibles, y no ver el mundo como un solo planeta, sino hacer de cada sector social, de cada problema, un mundo propio y estimularon la creación de cientos de organismos no gubernamentales —porque el Estado no debe ocuparse de casi nada—, que ofrecían

buenos salarios y una buena conciencia a esos filántropos perdidos que abundan en sociedades egoístas; después de que uno de esos problemas puntuales —aislado del contexto— fue haciéndose insoslayable para todos, porque se trataba nada menos que del derecho a la vida, de la posibilidad de continuar viviendo, y era un problema sin horarios de oficina, sin tiempo definido, que los posmodernos empezaban a considerar como una fatalidad, como una «imperfección» inevitable de la democracia, que podía ser atenuada, pero no solucionada, ¿acaso somos dioses?, aparecieron de repente las brigadas cubanas para actuar en espacios reducidos, olvidados, sobre el dilema puntual y esencial de la vida y la muerte, cientos de especialistas de la salud que educaban a la población, prevenían, controlaban y curaban las enfermedades y ofrecían becas de estudios de medicina para jóvenes sin futuro; fue la respuesta de una Revolución que no había muerto, de la mayor ONG del mundo, sin fines de lucro, del Estado revolucionario cubano que abordó como siempre un problema puntual, en un espacio reducido, desde la perspectiva totalizadora, radical (porque va a las raíces) de la Revolución. Fue una lección de Fidel.

Los cimientos perdidos² (2002)

Caminamos a ritmo constante, ni muy rápido ni muy despacio, por un trillo empedrado que se enrosca en la montaña. Tres veces alcanzamos la cima de un cerro y dos veces descendemos por sus faldas. La aldea de Cimientos puede verse entre nubes, de una cima a la otra, a pocos kilómetros según una línea imaginaria que trazamos en el aire, pero la distancia real no la miden los ojos, sino los pies, son cinco fatigosas horas de camino. No hay otra posibilidad. En lo más alto somos efímeros dioses extasiados ante el paisaje que se abre sumiso e ilimitado; pero enseguida nos internamos en la selva y, otra vez, somos simples mortales sudorosos, cansados.

Mis guías son los doctores santiagueros Niday Sandó y Euberto Campos. El 13 de abril de 1999, día de cumpleaños de Niday, subieron por primera vez. Desde entonces —ya corre octubre— suben y bajan

2 Enrique Ubieta Gómez: *La utopía rearmada. Historias de un viaje al Nuevo Mundo*, ed. cit., pp. 221-226.

una vez al mes, porque permanecen la mayor parte del tiempo en la montaña. Durante el camino nos acompaña el ruido sordo del agua que se desliza por entre las piedras y que al confluir se hace torrente furioso. Pero no la vemos, hasta que, sin previo aviso, tras una empinada curva, aparece en forma de cascada.

En algún paraje, mientras descansamos, un pajarillo se me acerca curioso hasta casi tocar mi nariz y en una rama gruesa como tronco de árbol, un tucán nos mira indiferente. Pero no le quitamos la vista al suelo para no caernos, alertas, además, ante la posible aparición de alguna culebra, que «mientras más pequeña peor, porque caza menos y acumula más veneno en los dientes», según advierten los pobladores. Algunas veces nos cruzamos con mujeres ixiles que suben o bajan veloces, con sus hijas mayores tras ellas, los niños pequeños amarrados a la espalda y un porrón de agua o una tina de ropa recién lavada sobre la cabeza, descalzas, todavía más apuradas al vernos.

La aldea de Cimientos se encuentra en la cima de una montaña. El centro médico, de mampostería, se halla en la porción más alta junto a un promontorio que esconde una tumba maya. Cuando Niday y Campos llegaron aquella primera vez, hallaron el local cerrado, sucio, desprovisto de todo. A pesar del cansancio, tuvieron que armar sus camas y sus armarios, con tabloncillos rescatados de aquí y de allá, antes de que la noche los recluyese en la más absoluta oscuridad. Después reunieron a la comunidad. Al inicio, encontraron la mirada desconfiada, medidora, los labios apretados, la cabeza erguida. Otras muchas personas, venidas de lejos, los han engañado. Pero esa noche los indígenas compartieron sus alimentos típicos, siempre escasos: la tortilla de maíz, el güisquil hervido, los plátanos maduros. Esa es también nuestra cena hoy. En Cimientos los pobladores se dedican casi exclusivamente al cultivo del maíz, que constituye el alimento básico. Viven en casas de madera, de una sola habitación las más; el fogón rústico de leña, en el centro; el piso, de tierra. Duermen sobre una fina estera que colocan encima de las tablas de una cama. En una esquina cuelga la hamaca.

Cimientos se encuentra ubicado en uno de los escenarios naturales de la guerra. En la montaña vecina, a la izquierda, estaban los guerrilleros. En la de la derecha, se atrincheraba el ejército. La estela de luz de los disparos nocturnos de artillería iluminaba el caserío. Algunos huyeron, otros fueron muertos porque le parecieron sos-

pechosos al ejército, otros más se unieron a uno de los dos bandos. Bajo esta tierra fría hay muertos ancestrales, remotos y otros más recientes, masacrados por las balas, el hambre o las enfermedades. «Lo precolombino y lo colonial —escribe Cardoza y Aragón— pertenecen a un pasado irrescatable, que no sabe o no puede ser presente de ninguna manera, aunque sobreviva en crepúsculo pertinaz. Están bajo tierra, son los cimientos, y los encontramos en el aire de cada día, con nuestro pan. No hay drama, sino pesadilla».³

Niday y Campos me lo cuentan como se lo han contado: que esta montaña puede verse desde un avión como persona acostada, que hay tres tumbas mayas en la cabeza, dos en el pecho, que el brazo izquierdo está allá, pegado al cuerpo, y que el derecho está extendido y en su mano abierta hay otra tumba maya, que también hay una en cada pie y que a veces, por la noche, desde la más alejada en el cerro vecino, una luz viaja hasta una de las tumbas de la cabeza, justo la que está al lado del centro médico. Quizás sea cierto, quizás Cimientos no sea un nombre casual para un caserío perdido en la memoria del tiempo.

La noche anterior habíamos dormido en la finca cafetalera de San Francisco, una de las mayores del país. La camioneta nos dejó en la entrada. Una barrera cierra el paso a los vehículos. Nos identificamos en la garita ante guardias con fusiles. Enseguida reconocieron a los médicos cubanos. El propietario fue «ajusticiado» hace algunos años por la guerrilla. Su hijo, actual dueño, vive en la capital, pero ha ordenado que los médicos sean bien atendidos. San Francisco es un pueblo más grande, más «civilizado», que Cimientos, tiene una iglesia y un mercado. Pero es un pueblo «propiedad privada». Todos sus habitantes son empleados de la finca: agricultores, obreros de la secadora, oficinistas, guardias.

A las cuatro de la tarde vemos pasar una larga fila de niños de entre cinco y doce años de edad. Vienen de la recogida de café, con su cesta a la espalda. Caminan en silencio y nos miran de soslayo, con asombro. Tomo furtivamente una foto. Siento que estoy en el set de una telenovela brasileña. ¿Fotografié el pasado? Ellos son la vida real en el umbral del siglo XXI. La fábrica secadora está rodeada de cercas con alambre de púas y hay guardias merodeando con armas largas.

3 Luis Cardoza y Aragón: *Guatemala: las líneas de su mano*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1955, p. 184.

Son los muchachos del pueblo, algunos andan sin camisa, con el fusil al hombro. Tras la cerca, dos venados aceptan el encierro, aparentemente conformes, como la gente que allí vive y trabaja. El dueño, que lo es también de las tierras en derredor, es un Dios pequeño y vanidoso; esas familias —allí viven 1700 personas— lo bendicen: les ha dado trabajo, un lugar provisional donde construir sus casas, luz eléctrica (porque es dueño, además, de la única fuente de energía de la zona, una microhidroeléctrica); les ha concedido la posibilidad, siempre provisional, de vivir.

Comimos esa noche en la casa del administrador, porque mis compañeros son médicos cubanos. Y puso en honor a ellos, en un televisor desmesurado para el tamaño y la calidad de su vivienda, un interminable video de corridos mexicanos. Por suerte, su nieta de tres años es graciosísima y nos divierte con sus ocurrencias. Los dos médicos tienen sus camas reservadas para estos frecuentes tránsitos, pero yo tengo que dormir en el piso sobre una frazada. Al día siguiente, bien temprano, salimos a pie con destino a Cimientos. Por el camino comentamos la peregrina idea de que, desde nuestra llegada, la breve estancia en la capital, el paso por Santa Cruz del Quiché, Santa María Nebaj y San Francisco, rumbo a Cimientos, no hacíamos otra cosa que regresar, cada vez más, a *un pasado presente*, como los personajes de Carpentier, *pasos perdidos* en el entramado de la historia.

En Cimientos viven apenas 259 personas. De ellas, 137 son menores de 14 años. Muchos de sus actuales habitantes regresaron después de finalizada la guerra. Tomo al azar varios registros de consultas del mes de julio. A los pacientes que reciben medicamentos gratis, se les pide que firmen o dejen la huella del pulgar. En una hoja hay catorce huellas digitales y tres firmas. En otra son dieciséis y dos, respectivamente. La proporción se mantiene en todas. Las firmas se repiten y muestran el trazo inseguro. A la derecha de la tumba maya y del centro médico, en el breve espacio que pone término al ascenso del cerro, hay todavía un improvisado campo de fútbol, cuyas porterías están marcadas por dos pares de buenas piedras. También hay una escuelita. El domingo jugamos fútbol. Niday y Campos son buenos atletas. A mí me aceptan por compromiso, pero nos divertimos mucho y confraternizamos con los pobladores. El hecho no deja de ser extraño, aunque nadie repare en ello: en la cima de una montaña

de la selva guatemalteca, cubanos e ixiles juegan fútbol. Cuando el balón sale de los límites del terreno (que son los bordes de la cima) rueda montaña abajo y el partido se suspende hasta que pueda ser rescatado.

Los tres maestros de la escuelita son oriundos de Nebaj y participan del juego. Este año tienen, por primera vez, dos alumnos de sexto grado. Uno de ellos ya cumplió los diecisiete años; el otro, los dieciocho. La salud y la educación se entrelazan y determinan. Nuestros médicos capacitan sistemáticamente a las parteras y a los promotores voluntarios de salud. Esta vez, al llegar, comprobamos la aparición de las primeras letrinas.

Los niños de Cimientos, en su mayoría, no hablan la castilla (el castellano), pero andan tras los pasos del doctor Campos. ¡Campus!, ¡Campus! Le gritan al verlo pasar. Uno de ellos agarra la mano del médico y camina a su lado, a tres pasos por uno. De repente, le hace agachar y le cuenta al oído, deshaciéndose de su habitual timidez, un largo secreto en lengua *ixil*. Campos, desconcertado, pide al auxiliar *ixil* de enfermería que traduzca, pero el pequeño, que no acepta que el doctor no lo entienda, se siente traicionado, y se enfada. Los niños de Cimientos pasan horas en el centro médico, descalzos, sucios, azorados, viendo el ir y venir de los médicos.

No, no hemos retrocedido en el tiempo. Carpentier nos guiña un ojo. En Cimientos, en sus casas desprovistas y miserables, «adornadas» de pasquines electorales de los más diversos partidos, incluso de aquél que fue fundado por quien, hace apenas unos años los masacrara, en el carácter taciturno y desconfiado de sus pobladores, en la negativa de ese hombre tuberculoso a tratarse, en la insaciable curiosidad de los niños que intuyen, junto a los médicos cubanos, que existe otro mundo, en la aparición «milagrosa» de Niday y de Campos, se resume el siglo *xx*. *El siglo en una nuez*, diría Alfonso Reyes. El siglo en una aldea. Esas 259 personas que no han llamado nunca por teléfono son el siglo *xx*.

Vuelvo a Santa María Nebaj, a la casa de las doctoras cubanas Estrella y Pura, jefas de la brigada, nombres que tientan en su literalidad a un mal uso literario. Ellas son dos mujeres sencillas, bromistas. En la casa se han reunido los doctores Mario Donatien y Ernesto Oliva, que esta vez estuvieron en Cabá, la más alejada de las comunidades. De Nueva América y de Vicalamá, caseríos ubicados a cuatro y tres

horas de camino a pie, regresaron los doctores Antonio Hernández y Agilio Coss. Coinciden también, venidos de otros parajes intrincados, los doctores Felipe Reyes, Norberto Ruíz, Enrique Enríquez, Antonio Triana y Marcos Sánchez. La casa se ha llenado de vida. En el mural están las fotos de los hijos y junto a ellos, las de Fidel y el Che.

Negros y blancos⁴ (2002)

El racismo, en su sentido actual, es un resultado colateral del colonialismo moderno, a partir del llamado descubrimiento de América; un recurso justificativo que introdujo el discurso ideológico de la conquista. El racismo se teje sobre una compleja urdimbre de juicios religiosos y científicistas que definen la relación de poder que se ha impuesto. Aimé Césaire escribe sobre Haití:

Hay que comprender bien la especialísima naturaleza del poder en este tipo de país colonial, si no en todo país colonial: el poder no había nacido de las clases; el poder había preexistido a las clases. El poder no era estrictamente el poder de una clase que regenteaba a las otras por el poder del más fuerte; el poder había formado a las clases artificialmente y las había agenciado como los engranajes de una maquinaria, de tal modo que, en diversos grados, estaban en su dependencia; que todas a su modo, vivían de él [...]⁵

El desarraigo de las poblaciones sometidas y de las sometedoras, las nuevas relaciones de dependencia, la convivencia, el enfrentamiento y la interacción de culturas —un tenso juego vital signado por el interés del dominador de imponer la suya y el instinto de resistencia del dominado, asumido más tarde como acto consciente de rebeldía— desubicaron en América el criterio étnico de la caracterización fenotípica originaria y lo centraron en criterios culturales y clasistas. Juego de posiciones que nos alejan o nos acercan a un sistema específico de poder. Encontramos en las reflexiones de algunos revolucionarios ejemplos reveladores:

4 Enrique Ubieta Gómez: *La utopía rearmada. Historias de un viaje al Nuevo Mundo*, ed. cit.

5 Aimé Césaire: *Toussaint Louverture. La Revolución francesa y el problema colonial*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, p. 43.

Hemos conocido, y desgraciadamente seguimos conociendo —escribía Frantz Fanon—,⁶ compañeros originarios de Dahomey o Congo que se llaman antillanos; hemos conocido y todavía conocemos antillanos que se sienten ofendidos si se les supone senegaleses. Y es que el antillano es más «evolucionado» que el negro de África (entiéndase bien, que está más cerca del blanco).

Pero Malcolm X apreciaba una situación inversa en los Estados Unidos:

Un amigo mío que es de tez bien oscura —escribía—, se puso un turbante en la cabeza y entró en un restaurante de Atlanta antes de que la consideraran una ciudad integrada. Entró en un restaurante para blancos, se sentó, lo atendieron y preguntó: «¿qué pasaría si aquí entrara un negro?». Y ahí estaba él sentado, más negro que la noche, pero como tenía la cabeza envuelta en aquel turbante, la camarera se volvió y le dijo: «Qué va, ningún *nigger* se atrevería a entrar aquí».⁷

Como he comentado anteriormente, los misquitos de la costa Atlántica de Nicaragua llaman *españoles*, sin distinciones fenotípicas, a los nicaragüenses de la costa del Pacífico y del centro, y en Guatemala son *ladinas* o *blancas* todas aquellas personas que han olvidado o relegado la lengua y las costumbres indígenas.

En realidad, a la conquista de los territorios le siguió la conquista —o al menos, el intento de conquista— de las almas. La evangelización no fue una imposición religiosa en sentido estrecho, sino un intento de refundación cultural. A la guerra de las armas le siguió la guerra de las almas, una guerra que dura hasta nuestros días. El colonizado sabe que su último reducto es su intimidad: la superposición de creencias de origen africano o maya en imágenes católicas es un acto de rebeldía cultural. Decir que Haití no es también un país mestizo es mal entender el mestizaje como apariencia externa. Pero a diferencia de otros pueblos latinoamericanos es probable que ese mestizaje encuentre su elemento catalizador no en Europa, sino en África. Visité en Puerto Príncipe a una mujer singular: perteneciente a una familia adinerada —un abuelo suyo había nacido en Santiago de Cuba y emigrado a Haití, después del pacto del Zanjón—, estudió

6 Frantz Fanon: *Piel negra, máscaras blancas*, Instituto del Libro, La Habana, 1968, pp. 24-25.

7 Malcolm X: *Habla Malcolm X. Discursos, entrevistas y declaraciones*, Pathfinder, New York, 1993, p. 58.

Filología en Lengua Inglesa en Oxford y, además del creole y, obviamente el inglés, conocía el francés, el italiano y un poco el español. Pero por sobre todas las cosas era una *mambo*, es decir, una sacerdotisa del *vudú*, una de las pocas religiones en el mundo que le otorgan a la mujer el mismo rango que al hombre. Me pidió que no revelara su nombre. En su biblioteca particular atesoraba los más importantes estudios sobre culturas africanas y afroamericanas (entendiendo por este término las transculturaciones americanas, en el norte y en el sur, de las culturas del África) editados en las lenguas que conocía. Ella me explicó que algunos conflictos internos entre los líderes de las fuerzas que condujeron a fines del siglo XVIII y principios del XIX, a la independencia haitiana estaban motivados por rivalidades tribales de origen africano. Toussaint Louverture, por ejemplo, era nieto de un rey arará, mientras que Rigaud procedía de una tribu rival en la lejana África. Muchos de esos hombres complotados habían nacido en el continente negro o eran descendientes de africanos en primera o segunda generación. «Es preciso entenderlo bien —escribía también Aimé Césaire—. No hay ‘Revolución francesa’ en las colonias francesas. Hay en cada colonia francesa una revolución, nacida al calor de la Revolución francesa, derivada de ella, pero desarrollándose según sus leyes propias y con sus objetivos particulares».⁸

El hecho es que la Revolución haitiana fue protagonizada por esclavos analfabetos o, en el mejor de los casos, de escolaridad elemental y por autodidactas de excepcional inteligencia natural. «Hombre de pensamiento —apuntaba más adelante el poeta y revolucionario martiniqueño—, hombre de ejecución, diplomático, administrador y todas esas cualidades afirmándose a medida que se revelan necesarias —todo eso es Toussaint Louverture—». Y agregaba: «temblamos de solo pensar que su genio hubiera podido, ignorado por los hombres e inútil, marchitarse en la esclavitud».⁹

Las consignas de los jacobinos franceses adquirieron en Haití una radicalidad inusitada, que dejó perplejos a aquellos e hizo vacilar a más de un revolucionario en la metrópoli: se trataba de aceptar, por primera vez en la historia moderna, la posibilidad de que se constituyese una República de negros. Un paso que, circunscrito a la época

8 Aimé Césaire: ob. cit., p. 27.

9 Ibídem, p. 284.

histórica, aparece como de una osadía sin límites y que bien aceptado —algo que nunca ocurrió, naturalmente— significaba el resquebrajamiento práctico de cualquier argumentación racista. La guerra por la liberación de los esclavos fue convirtiéndose en la guerra por la libertad de los hombres negros —los mulatos que pretendían ser socialmente blancos fueron avasallados por los franceses— y más adelante, por la independencia que le garantizaría a la nación haitiana esa libertad.

Haití se convierte en la primera república independiente del Caribe y del resto de América Latina —reflexionaba Fidel el 9 de noviembre de 1998 en La Habana, al recibir la Orden Nacional Honor y Mérito, en el grado de Gran Cruz, de ese país—; Haití se convierte en la primera república negra del mundo; en Haití se produce la primera revolución social de este hemisferio. Antes se había producido la independencia de Estados Unidos; pero la esclavitud prosiguió hasta casi un siglo después. La independencia de Haití tenía que producirse, inevitablemente, como una revolución no solo política, no solo independentista, sino también social; una revolución social muy profunda [...]. Después de aquella revolución social, la segunda —a mi juicio— tuvo lugar más de cien años después, y fue, precisamente, la Revolución Mexicana [...] La tercera gran revolución social fue la Revolución Cubana, precisamente ciento cincuenta y cinco años después de la Revolución Haitiana, que, en nuestro caso, no solo fue revolución social, sino también revolución socialista, porque era lo que correspondía a nuestra época.¹⁰

La guerra la hicieron haitianos contra españoles, ingleses y franceses, según fueran las alianzas tácticas del momento o, dicho de otro modo, la hicieron los *negros* (haitianos) hasta entonces esclavos, contra los *blancos* (colonialistas) de cualquier nacionalidad, hasta entonces esclavistas, deseosos de mantener sus privilegios. Que nadie se extrañe, pues, de que la Constitución republicana de Haití de 1806 definiera como *haitiano* únicamente a los africanos e indios o a sus descendientes (a los que viviesen en su territorio y a los que arribaran por cualquier vía a sus costas) y que agregara: «ningún blanco, cualquiera que sea su nación, podrá poner el pie en el territorio haitiano a título de amo o propietario, ni podrá adquirir inmueble alguno ni la

10 Fidel Castro Ruz: «Como revolucionarios, no podremos jamás olvidar a Haití», *Granma*, La Habana, 12 de noviembre de 1998, p. 5.

calidad de haitiano».¹¹ La palabra *blanco*, bien contextualizada, podía ser sustituida por francés, inglés o español y la aclaración «cualquiera que sea su nación» podía ser complementada por otra: «si pertenece al mundo blanco», es decir, al mundo colonialista.

Sin embargo, cuando Napoleón Bonaparte aceptó, ante la beligerancia de los insurgentes, la abolición de la esclavitud en la colonia de Saint Domingue (y solo en ella), Toussaint Louverture protestó:

Lo que queremos no es una libertad de circunstancia concedida a nosotros solos —dijo con gallardía y sagacidad política—, lo que queremos es la adopción absoluta del principio de que todo hombre nacido rojo, negro o blanco no puede ser la propiedad de su prójimo. Hoy somos libres porque somos los más fuertes. El Cónsul mantiene la esclavitud en la Martinica y en la isla Bourbon; por tanto, seremos esclavos cuando él sea el más fuerte.¹²

La joven República negra de Haití fue despiadadamente *bloqueada* por casi todas las naciones «civilizadas» del mundo. Y fue tempranamente sometida a los intereses económicos estadounidenses. Esa es la razón histórica de su pobreza actual. Resultaba imposible su reconocimiento sin que se resquebrajaran los fundamentos retóricos del discurso colonialista.

José Martí fue uno de los primeros próceres latinoamericanos en reconocer a la República haitiana como hermana en el contexto continental. Sabedor del enorme peso de los prejuicios raciales y de su manipulación histórica por el colonialismo español en Cuba, insistió en legitimar y enaltecer —sin obviar errores y dificultades— a su pueblo sufrido. Viendo cómo el Gobierno estadounidense había incitado y respaldado la guerra civil en Haití —tal como haría casi un siglo después en Cuba (sin éxito) y en Nicaragua—, para derrocar a un presidente que no satisfacía sus intereses neocoloniales, José Martí escribió indignado el 30 de octubre de 1889 en *La Nación* de Buenos Aires:

Las mejillas son ahora de bronce, y se llora poco en el mundo; pero lo que dijo Legitime al pasar, no podía dejar secos los ojos. Como lo dijo un negro, un oprimido, un vencido, ahí lo echaron, en un rincón del

11 Ricardo Levene (dir. gral.): *Historia de América*, t. 7, Jackson editores, Buenos Aires, 1940, pp. 397-406.

12 Aimé Césaire: ob. cit., p. 336.

diario, donde no lo viera nadie, pero de labios de hombre salen pocas veces palabras de tanto dolor y hermosura como ésas que echó en cara Legitime a los Estados Unidos el delito de haberle trastornado el país, fomentado la rebelión, ayudado con buques de armas y con armas cuantiosas al general rebelde, porque el gobierno de Haití se negaba a ceder a los Estados Unidos la península de San Nicolás, llave y señora del paso a las Antillas. ¡Y en las cartillas debieran poner en América las palabras del negro!¹³

La tesis martiana, que es también consigna de una América otra, nuestra, opuesta a la imperialista, una América de alma mestiza, recordaba que nuestra desventura histórica y nuestra necesaria unión no se fundaban en alguna identidad racial: los imperialistas son «blancos» y todos los oprimidos —incluyendo a los del imperio— somos «negros», seamos asiáticos, africanos o latinoamericanos, amarillos, negros, indios o blancos. Un luchador por los derechos civiles de los negros estadounidenses como Malcolm X, en proceso acelerado de conversión en revolucionario, decía con toda justicia en 1964:

Ahora la revolución negra se ha estado desarrollando en África y Asia y América Latina; cuando digo «revolución negra» me refiero a todos los que no son blancos: los negros, los morenos, los rojos o los amarillos. Nuestros hermanos y hermanas en Asia, que fueron colonizados por los europeos, nuestros hermanos y hermanas en África, que fueron colonizados por los europeos, y los campesinos en América Latina, que fueron colonizados por los europeos [...].¹⁴

Todos los hombres y mujeres del otrora llamado tercer mundo somos negros.

No me gusta la carne de buey

Haití subyuga al visitante por la originalidad y la fuerza de su cultura, pero también lo golpea por la miseria en que viven o sobreviven sus pobladores. Los pintores populares recogen fielmente en sus lienzos el abigarramiento de colores y formas que caracteriza a sus pueblos y ciudades. Carros, camiones, transformados en ómnibus de

13 José Martí: «Carta al señor director de La Nación, 30 de octubre de 1889», *Obras completas*, t. 12, pp. 350-351, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

14 Malcolm X: ob. cit., p. 67.

vivos colores, motos que sirven de taxis, bicicletas, burros cargados de mercancías y transeúntes se mezclan sin orden. No hay semáforos y no hay señales viales, no existen o no se acatan leyes de tránsito. Rodeándolo, invadiéndolo todo, cientos, miles de vendedores callejeros deambulan o esperan con sus cestas en la cabeza; la mayoría son mujeres que aguardan en cuclillas la llegada de algún comprador ocasional. Son tantas que no sé qué posibilidades de venta tengan, aunque sin duda sobreviven. Las opciones de trabajo son mínimas y el sector informal lo acapara casi todo. Probablemente más de la mitad del país carece de energía eléctrica. En los pueblos los vendedores, insistentes, se auxilian de velas o de mechas de keroseno. Al filo de la carretera se les distingue de noche por la luz tenue y nerviosa de la llama. En los pueblos, donde hay instalaciones eléctricas, la luz se administra en horarios nocturnos. Las carreteras son precarios caminos de polvo blanco y de piedras. La escasa vegetación permanece durante los meses de seca teñida de blanco. Haití es un país desforestado.

Los haitianos suelen exhibir sus sentimientos con cierta espontánea teatralidad. Ello no significa que muestren fácilmente su mundo interior. En el pequeño poblado sureño de Les Anglais, una mujer joven que llevaba en su mano una carta abierta bailaba al caminar, contoneaba la cintura al ritmo de una música imaginaria, miraba al cielo con los brazos en alto y reía. Quería que todos supiéramos de su felicidad. La gesticulación corporal es para los haitianos —de forma similar que, para los cubanos, aunque de códigos diferentes—, un acto imprescindible de comunicación. Ese júbilo ostentoso se manifiesta en el recibimiento a los médicos cubanos que regresan. En Okay, nombre criollo, que es Les Cayes en francés —así aparece señalado en los mapas—, vi cómo corrían a abrazarlos, con los brazos abiertos, gritando de emoción. Jorge Tey, licenciado en radiología que volvía de sus vacaciones en Cuba, de pie en la cama de la camioneta junto a los nuevos brigadistas, saludaba a los transeúntes, a los vendedores del mercado, a los niños alborozados, como un alcalde vencedor. Okay, por momentos, se asemeja a ciertos fragmentos de La Habana: casas de dos pisos de estilo ecléctico (¿o sin estilo?), portales que sirven de acera, flanqueados por columnas. Y muy cerca, el mar... Pero más abajo cesa el asfalto y viven hacinados los pescadores. Ningún blanco se atreve a caminar por esos barrios. Excepto los

médicos cubanos. Recorro esas calles, que en ocasiones son pasillos de arena y fango, con Jean Dieuseul Brunette, un joven haitiano de gran ascendencia en la zona. Habla español e inglés. «Conmigo nadie puede tocarte», me dice. Los pobladores, orgullosos, no permiten que un extranjero fotografíe su pobreza, pero Brunette aclara: «es cubano».

Entramos a un pequeño cementerio sin cercas a mitad de cuadra. Entre los mausoleos católicos de mármol hay algunas viviendas muy pobres. Las tumbas están descuidadas, algunas son de finales del siglo XIX y principios del XX y tienen inscripciones en alemán. Un grupo de muchachos, sentados sobre una de ellas, juega a las cartas. «Si tienes problemas, entras a un cementerio —afirma Brunette—, allí siempre estarás protegido». Pasamos frente a una humilde iglesia pentecostal. Mi guía me presenta y nos hacen pasar. Los fieles danzan en círculo al ritmo de los tambores. En el centro, varias mujeres vestidas de blanco permanecen estáticas, petrificadas, en meditación profunda. De los danzantes, cae en éxtasis primero uno y después otro, dando vueltas sobre sí como trompos humanos, hasta que se desploman. Mi conocida *mambo* se quejaba de la guerra deculturizadora que las iglesias protestantes le hacen en Haití al *vudú*, especialmente al uso tradicional de la medicina verde. Salimos.

Muy cerca, la algarabía de los apostadores nos conduce hasta la valla de gallos. En Haití hay dos pasiones: el fútbol y las peleas de gallos. Brunette habla por mí y nos permiten presenciar el espectáculo de los pequeños gladiadores. Los gallos son hermosos. La pelea es cruenta. El dinero va y viene. Un aficionado tras de mí me dice al oído, en español: «usted puede venir aquí cuando quiera, porque es cubano». La sangre de los gallos salpica el muro blanco. De repente, cae derribado uno y agoniza en la arena. Nos sentamos de cara al mar, Brunette y yo, a conversar. Habla con pasión de su país, de la amistad con los médicos cubanos. Me cita de memoria un fragmento del *Ensayo sobre las costumbres* de Voltaire y comenta en tono confidencial: «no me gusta comer carne de buey, uno nunca sabe cuándo es un buey de verdad o cuando es un hombre transformado en buey».

Hay quienes se comportan como blancos

En Okay, conozco a los nuevos brigadistas. Pedro Rivas, habanero de sesenta y un años, técnico de laboratorio, con misiones anteriores en Angola desde 1984 hasta 1986 y en Nicaragua de 1989 a 1991, es uno de ellos. Tiene seis hijos y siete nietos. En Huambo formó a diez técnicos angolanos de laboratorio. En ocasiones, tuvo que viajar de Huambo a Luanda hasta tres veces al día en plena guerra, trasladando heridos. En Bluefields (Nicaragua) tuvo a su cargo el chequeo de los análisis médicos que se realizaban a los constructores cubanos que reparaban las casas devastadas por otro ciclón. Algunos internacionalistas «reinciden» también, como el doctor Rolando Moreno de la Isla de la Juventud, cirujano general, con misiones en Angola entre 1986 y 1988, y en Tanzania desde 1988 hasta 1990; el doctor Eudaldo Duvergel, ortopédico guantanamero, quien estuvo de 1985 a 1987 en Angola, y de 1996 a 1998 en la República de Maldivas; y el doctor Juan Martínez Caballero, cirujano general guantanamero, que prestó sus servicios en Nicaragua entre 1979 y 1981. Me trasladé con la doctora habanera Bárbara Zamora, médico general integral, y con María Bárbara Más, a quien llaman Mayra, técnica de laboratorio cienfueguera, hasta Les Anglais, la comunidad donde laborarían de forma permanente. Son tres horas y media de viaje por terraplén. Los pueblos que cruzamos no tienen electricidad, pero bordeamos la costa sur de Haití, de playas hermosas y casi vírgenes. El sol se esconde rápido y nos regala un anochecer que se derrama en el mar. La nostalgia pisa nuestros talones.

En Les Anglais nos espera una casa de mampostería con planta eléctrica. Y Lola, una negra vieja, que se desvive por hacernos sentir bien. Pero dormimos mal por los mosquitos y el calor. A las 5:30 de la mañana, un coro de voces femeninas entona un canto religioso en una iglesia cercana. Tuve que dibujarle a Lola una vaca para que nos diera leche en el desayuno. Les Anglais es un pueblo de 35 000 habitantes, sin luz eléctrica. Los pescadores viven en la costa, mayoritariamente en casas de barro y techo de guano, de 5 x 5 m de diámetro. Pero la plaza central se atiborra de vendedores que llegan de los alrededores. Es una explosión de colores y formas, aunque cada vendedor trae a veces solo, digamos, cuatro o cinco aguacates. Los precios hay que regatearlos. ¿Quiénes compran?, ¿cómo sobreviven?

En el centro de la plaza un hombre más alto que los otros, mulato, nos llama en español. Se presenta, es un candidato a senador por el departamento del sur. Quiere que nos sentemos a su lado, pero nos disculpamos. Nos entrega su tarjeta de presentación. Por la tarde, es él quien cruza presuroso la plaza para alcanzarnos, porque debe rectificar un dato de su tarjeta. Nos estrecha su mano grande. Todos lo han visto.

En el centro hospitalario hoy quedaron internados cuatro casos: uno de paludismo, un asmático desnutrido, una recién parida y un niño desnutrido con deshidratación por diarrea. La técnica detectó en el laboratorio dos casos positivos de tuberculosis y uno de parásitos. Bárbara y Mayra encuentran entre los papeles de archivo de sus antecesores algunos versos nostálgicos. En la pared del cuarto cuelga todavía un almanaque de 1999, con los días de cada mes circulados. Pero todos en la comunidad preguntan por la doctora Tahimí y por el técnico Alfredo, los anteriores brigadistas, y hablan con devoción de ellos. A mi regreso a Okay, los brigadistas comentan ya sus primeras impresiones: esas pediatras enojadas que no miran a los ojos de sus pacientes y que dejan que una madre de dieciséis años, sin dinero, duerma en un banco del parque del hospital, con su niño de meses enfermo o esas enfermeras que no le suturan la herida de machete al pescador que llegó la noche anterior, porque no puede pagar su atención en el cuerpo de guardia, esas pediatras y esas enfermeras se comportan como blancos.

Una anciana descalza, sentada de lado sobre el burro, con su vestido de flores, su pabela y su palito a modo de fuste, me mira altiva al pasar, con cierto aire aristocrático. Los extranjeros en Haití simbolizamos lo negativo de la historia y del presente. Pero los haitianos reconocen intuitivamente en los cubanos a sus hermanos, saben que ellos no se sienten diferentes, aunque sea diferente en algunos el color de la piel. Esa simpatía espontánea no la propicia solo la comunión de orígenes, la presencia en el país de brigadistas cubanos de ascendencia haitiana o la cercanía geográfica y cultural, se asienta también en una perceptible sinceridad en el trato, sin dobleces, en un saber estar «cómodamente» en los lugares más inhóspitos y saber tratar como iguales (no entre comillas) a las personas más humildes, en algunas convicciones que ya, por asimiladas, ni siquiera reconocemos. El médico extranjero —y con él, el médico nacional que

pretende enriquecerse— suele ser parte de la cultura dominante, un representante de los valores heredados del colonialismo y consciente o inconscientemente racista:

Un blanco que dirige la palabra a un negro —escribía Frantz Fanon— se comporta igual que un adulto con un niño, haciéndole carantoñas y melindres, susurrándole, haciéndose el simpático, el zalamero [...]. Los médicos de las salas de consulta lo saben. Veinte enfermos europeos, uno tras otro: «Siéntese señor... ¿Qué se le ofrece? ¿Qué le aqueja?». Entra un negro o un árabe: «Siéntese muchacho... ¿Qué tienes? ¿Dónde te duele?».¹⁵

Cuando le pregunté en Port au Prince a la *mambo* de mi historia si había visitado Cuba, respondió: «No necesito viajar a Cuba. Conozco a muchos cubanos y son el hombre nuevo. No hay racismo. No la he visitado, pero la conozco, la siento».

La vida y la muerte

El viaje hasta Hinche, capital del departamento del Centro, es verdaderamente angustioso. El terreno es tan accidentado que el camión de pasajeros debe transitar a una velocidad poco mayor que la de un transeúnte. Si dos camiones se cruzan, uno debe permitirle el paso al otro, porque el camino, siempre al borde de acantilados, es estrecho y porque, además, el polvo blanco que se levanta cierra toda visibilidad. En la cama, atrás, viajamos apiñados no sé cuántas decenas de personas. Durante las dos primeras horas del recorrido soporto la burla de los pasajeros, que se ríen asombrados de mi presencia en el vehículo. Pero yo me he presentado como cubano ante los más cercanos y con suerte, encuentro a alguien que habla español. De cualquier manera, la «buena nueva» se conoce rápidamente y la actitud de los compañeros de viaje cambia. Empiezan entonces a manifestarse signos de solidaridad: cuando vienen a cobrar el pasaje me orientan en torno al precio y están al tanto de que me devuelvan lo estipulado. Después de ocho horas de viaje somos viejos conocidos. Me han visto comer en el camino, con gusto, las frituras que los vendedores amasan con las manos. Llegamos teñidos de blanco. Ya saben que voy a encontrarme con los brigadistas cubanos y ellos mismos se encargan

15 Frantz Fanon: ob. cit., p. 33.

de buscarme un taxi —que es una moto— y de negociarme un precio adecuado.

Hinche es un pueblo pequeño, sin asfaltar naturalmente, que sorprende al visitante por la nueva y enorme iglesia católica, absolutamente desproporcionada para su tamaño y las expectativas, supongo, de sus pobladores. Me hospedo en una de las cuatro viviendas que ocupa la brigada cubana en distintos sectores del pueblo. La nuestra está situada a la entrada del cementerio local. Desde la terraza, vemos pasar un cortejo fúnebre. Varias filas de estudiantes de uniforme lo anteceden. Marcha, solemne, la banda de música. Una camioneta lleva el ataúd. Confundidas en la multitud, dos mujeres de rostro contraído se abren paso. No forman parte del cortejo. Un hombre que camina junto a ellas sostiene en la cabeza un ataúd infantil. Pasan raudos. Casi nadie los ve, todos están atentos al compás marcial, ligeramente cadencioso, de la banda, y al llanto estridente de las señoras vestidas de negro que caminan, sabiéndose dueñas del espectáculo, tras el improvisado carro fúnebre. Hace algunos meses que mi hijo pequeño aprendió a recitar de memoria en su Círculo Infantil el poema «Los dos príncipes»,¹⁶ que José Martí recreara para los niños de América. Yo también recordé conmovido sus estrofas. El entierro de los pobres en Haití es sencillo: cuatro dolientes sostienen sobre los hombros el ataúd y danzan acompasadamente —tres pasos adelante, uno al lado, otro atrás— al ritmo de su canto, que un quinto doliente conduce como si dirigiese el coro municipal.

Según la OMS, en 1999 murieron en Haití 91 niños menores de un año por cada mil nacidos vivos. Pero en el país no existen cifras

16 José Martí: «Los dos príncipes» (idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson), *Obras completas*, t. 17, pp. 156-157, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

«El palacio está de luto / Y en el trono llora el rey, / Y la reina está llorando / Donde no la pueden ver: / En pañuelos de holán fino / Lloran la reina y el rey: / Los señores del palacio / Están llorando también. / Los caballos llevan negro / El penacho y el arnés: / Los caballos no han comido, / Porque no quieren comer: / El laurel del patio grande / Quedó sin hoja esta vez: / Todo el mundo fue al entierro / Con coronas de laurel: / —¡El hijo del rey se ha muerto! / ¡Se le ha muerto el hijo al rey!

En los álamos del monte / Tiene su casa el pastor: / La pastora está diciendo / '¿Por qué tiene luz el sol?' / Las ovejas cabizbajas, / Vienen todas al portón: / ¡Una caja larga y honda / está forrando el pastor! / Entra y sale un perro triste: / Canta allá dentro una voz / —'Pajarito, yo estoy loca, / Llévame dónde él voló!': / El pastor coge llorando / La pala y el azadón: / Abre en la tierra una fosa: / Echa en la fosa una flor: / —¡Se quedó el pastor sin hijo! / ¡Murió el hijo del pastor!».

confiables. Muchos hospitales no censan los nacimientos ni las defunciones y muchos niños no nacen ni mueren en hospitales. La educación pública cubre un por ciento mínimo de la población en edad escolar, aunque existe una gran variedad de centros educativos de carácter privado con desiguales énfasis y niveles diferentes en la enseñanza del programa concebido para la nación. De cada cien niños que matriculan la escuela primaria, me dice el director del Colegio La Salle, una institución católica francesa radicada en el país, solo veinte, aproximadamente, la terminan. En Haití la esperanza de vida es de cincuenta y cuatro años, según cálculos del Population Reference Bureau. Es común, sobre todo en el sur, que los familiares entierren a sus muertos al lado o al fondo de la casa que habitan, de manera que la convivencia continúe desprovista de formalidades. La tumba —en ocasiones mejor construida que la casa— puede servir de silla o de mesa y sobre ella suele tenderse la ropa recién lavada al sol. [...]

En alguna casa cercana ondean las banderas que identifican al *houngan* o a la *mambo*, el sacerdote y la sacerdotisa del vudú, en ellas el enfermo encuentra en ocasiones remedio a su dolencia. La *mambo* que entrevisté en la capital me explicaba que, según el sistema de creencias del vudú, en cada ser humano confluye toda la humanidad, aunque solo se activen en él algunas personalidades o espíritus, los que pueden entrar en contradicción. Precisamente, el sacerdote (*houngan* o *mambo*) actúa como un coordinador de las relaciones entre esos espíritus. En el campo suele encontrarse el vudú familiar, que establece profundos nexos de solidaridad entre sus componentes. Cuando un niño es más inteligente o saludable que los otros, toda la familia lo apoya y contribuye a su desarrollo. Después, él debe retribuir a sus familiares por todo lo recibido. Pero todavía algunos burgueses haitianos (*blancos* en su comportamiento) se avergüenzan del vudú. El *Pequeño Diccionario Larousse Ilustrado* de 1992, que tengo a mano, decía al describir las características del país: «La religión más difundida es la católica, pero existe libertad de cultos. Hay una arquidiócesis y cuatro obispados». Es todo. Un *Almanaque Mundial* de 2001 editado en Colombia reconoce la existencia del vudú, pero considera que el 93 % de la población es cristiana, mientras que solo el 7 % restante profesa otros cultos, entre los que se halla el vudú. [...]

Hemos perdido mucho tiempo

Desde el poblado de Milot, donde aún se yerguen desafiantes las ruinas del palacio de Sans Souci, hasta la ciudadela La Ferriere, hay siete kilómetros de empinada cresta. Un camino empedrado permite que los vehículos de doble tracción puedan descontar algunos kilómetros. Pero muchos visitantes suben a caballo o en burros alquilados al pie de la montaña. Los más empecinados y desprovistos de medios, vamos a pie. En la torre mayor, más alta que cualquier otra elevación cercana, solo, entre el cielo abierto y la vastedad de sus dominios, el rey negro Henri Christophe sentiría el mismo vértigo y, a la vez, la misma seguridad que nosotros hoy. La cal de aquellas paredes inexpugnables había sido amasada con sangre de toro, pero también con el sudor y la sangre de los humildes constructores. Varias generaciones de haitianos dejaron su vida en la fortaleza que supuestamente los defendería; un monumento extraordinario que el pueblo, a golpe de látigo, se erigió a sí mismo, el testimonio de su grandeza y de su voluntad de ser libre.

José Martí, que luchaba en la isla vecina por una independencia que no copiara modelos ajenos, ni restituyera reyes, admirador de los jacobinos negros que enarbolaron, antes que nadie en nuestra América, las banderas de la libertad y la igualdad y que apoyaron desinteresadamente la gesta continental de Bolívar, estuvo muchas décadas después en Fort Liberté y en Cap Haitien, muy cerca de Milot, ciudades en las que hoy laboran gratuitamente médicos cubanos.

Los cubanos y los haitianos somos hermanos —afirma el doctor Jean Mirpto Julien, director regional de salud, quien tiene en su oficina un pequeño busto de Martí—, porque la historia nos une. La propaganda nunca pudo disolver ese sentimiento profundo. La brigada cubana al llegar pudo palpar un sentimiento muy fértil de hermandad y de solidaridad. Era un sentimiento que existía en la mente y en el corazón de los haitianos, sin que pudiese ser corporizado en algo concreto. Entonces ves a los hermanos que vienen y ves las condiciones en las que vienen y eso te permite corporizar ese sentimiento. Antes solo existía un sentimiento muy profundo, pero ahora hay sustancia, se ha corporizado ese sentimiento. El trabajo de los muchachos es magnífico, en menos de un año han adquirido una gran importancia en la vida de la comunidad.

Muchos de nuestros internacionalistas viven y trabajan en comunidades alejadas de la ciudad. Fui testigo de la alegría que suscitó en La Victoire el regreso de la licenciada en enfermería Esperanza Pozo, la técnica de laboratorio María Caridad Yero y del doctor Orlando Rodríguez. En Cap Haitien se había corrido de forma sospechosa la voz de que los cubanos no regresarían de sus vacaciones precisamente en los días en que arribaba una división aérea del ejército estadounidense y con ella algunos médicos militares de ese país. La población exigió una explicación inmediata a las autoridades. El doctor Mirpto Julien sonríe al comentar el incidente: «La población protestó y quiso saber con transparencia por qué se decía eso. Tuvimos que explicar que eran rumores falsos, que los cubanos solo estarían un mes de vacaciones». Soldados estadounidenses de uniforme pasean por la ciudad en sus tanquetas blindadas. En ocasiones recorren las calles interiores del hospital. En una esquina un señor rubio le dice algo a un fornido vendedor, que asiente. Los haitianos dicen sí y después hacen lo que consideran justo y correcto. Es una forma sutil de resistencia, de cimarronaje.

La presencia de los cubanos en Haití —afirma con énfasis Julien— no es un problema de los norteamericanos. Es algo que solo les importa a los haitianos. Los cubanos van a seguir en Haití porque el pueblo haitiano quiere que los cubanos permanezcan en Haití. La cooperación haitiano-cubana tiene una filosofía diferente a la de otras cooperaciones que se nos ofrecen; es una manifestación de solidaridad, de hermandad, sin interés alguno. El trabajo de esos médicos está probándole al pueblo que todo el tiempo que vivimos separados fue tiempo perdido. En este nuevo siglo que se avecina lucharemos por acceder a otro tipo de vida, a otro tipo de relación con nuestros amigos y con los que no son amigos nuestros. Y vamos a resolver los problemas internos para tener paz. La solidaridad cubana es un motor. La cooperación Sur-Sur que hemos iniciado con los hermanos cubanos será un motor para avanzar más rápido hacia los objetivos que perseguimos. Por eso dije que hemos perdido mucho tiempo: lo que se ha iniciado ahora, no dejaremos que termine.

Por las persianas de mi cuarto escondido

Una niña de ocho años espera acostada en el salón de operaciones del hospital de Cap Haitien. El doctor Wilfredo Ramírez, anestesiólogo,

prepara las condiciones para que el cirujano Adalberto Hernández y su asistente, el doctor Alberto Acosta, los tres bayameses, inicien la operación. La niña hace cinco días que sufre una oclusión intestinal. Su barriga es un globo enorme. Inesperadamente, comienza a cantar alabanzas religiosas. Los doctores cubanos, conmovidos, la escuchan repetir en letanía sus nombres, hasta que se duerme. La operación es un éxito. Afuera el sol lo ilumina todo: la demacrada belleza de las viviendas coloniales en el centro histórico de la ciudad, la ansiedad contenida de los vendedores que se agolpan en las calles aledañas al mercado, la resignación de los indigentes que no piden, solo esperan a que alguien deposite una moneda en el plato vacío.

En una de las calles cercanas al puerto, una casa decimonónica que soporta sobre sus espaldas el peso de un tercer piso añadido, muestra una placa de 1953 que rinde homenaje al Apóstol cubano. Era la vivienda de Millevoye Mercier. En ella, al parecer, se hospedó José Martí.

Todavía es posible imaginarlo desandando las aceras estrechas o abriendo el portón de la vivienda. Quizás esté ahí aún, quizás me observe tras las persianas:

Por las persianas de mi cuarto escondido —escribe Martí— me llega el domingo del Cabo. El café fue «caliente, fuerte y claro» / el sol es leve y fresco. Chacharea y pelea el mercado vecino. De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guilbaud, el poeta grande y pulido de Patrie,—¡el grito de una frutera que vende «caïmite!»—. Suenan, lejanos, tambores y trompetas. En las piedras de la calle, que la lluvia desencajó ayer, tropiezan los caballos menudos. Oigo le bon Dieu,—y un bastón que se va apoyando en la acera. Un viejo elocuente predica religión, en el crucero de las calles, a las esquinas vacías. [...] Ya lo escuchan: un tambor, dos muchachos que ríen, un mocete de corbata rosada, pantalón de perla, y un bastón de puño de marfil. Por las persianas le veo al viejo el traje pardo, aflautado y untoso. A los pies le corre, callada, el agua turbia. La vadea de un salto, con finos botines, una mulata cincuentona y seca, de manteleta, y sombrero y libro de horas y sombrilla: escarban, sus ojos verdes. [...] Es domingo de Ramos.¹⁷

17 José Martí: «Diarios: De Montecristi a Cabo Haitiano», *Obras completas*, t. 19, p. 183, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

Es el mismo Cabo que recorro ahora. Si están todos los personajes que vio, quizás esté él también. Solo los autos modernos rompen el hechizo.

Los médicos cubanos viven en las afueras de la ciudad. Desde el balcón de la casa que ocupan, en un barrio apartado y elegante, puede verse en días de cielo limpio la silueta fantasmal de la Ciudadela. He dicho en un barrio elegante, sí; en él hay residencias palaciegas, protegidas por muros infranqueables. Por las callejuelas que la circundan, todavía sin asfaltar, se mueven carros lujosos, del año. Sorprende en Haití el contraste: entre el gentío caótico del centro histórico, similar al que hallara Martí, se desplazan ahora los autos más modernos, siempre salpicados de fango. En realidad, muchos de esos autos y otros productos que se venden en las calles llegan al país «clandestinamente», es decir, como parte de un comercio no oficial, de «segunda mano», que traen los barcos que calan en sus puertos.

Pueblo este original y sufrido, que de la nada y del todo se crea a sí mismo y a sus personajes, extraordinarios dioses humanos como Mac-kandal, el cimarrón manco invencible que aún vive y se transforma en los más diversos, grandes y pequeños animales de la isla. Una tarde regresamos al hospital y encontramos un extraño tumulto alrededor de la casa que alberga el salón de operaciones. Con dificultad, nos abrimos paso y entramos al recinto. En el pueblo se había corrido la voz de que un hombre, en pleno éxtasis de amor, se había transformado en serpiente y se había introducido en la vagina de la mujer que ahora operaban. En realidad, operaban a una mujer que padecía de un tumor en los ovarios. La policía tuvo que dispersar a los curiosos. Esa imaginación feroz, ese espíritu libre y creador de los haitianos, ese orgullo mordido por la injusticia, pero ajeno al rencor, ha fundado un pueblo.

En Gonaïves, hay una nueva y numerosa brigada médica cubana. Algunos de los internacionalistas son descendientes de inmigrantes nacidos en esta tierra, como la licenciada en enfermería Marta Luis Martínez, de Las Tunas, hija y nieta de haitianos, que ahora no solo saldará su deuda de honor con el pasado, sino que buscará a sus familiares perdidos en la distancia. En Gonaïves estuvo también Martí:

No vi jamás, en mi mucho ver —escribió el 8 de septiembre de 1892—, tierra más triste y devastada que este rincón haitiano, que del vapor al entrar parece muerta, y no vive, en sus calles fangosas, más que de la limosna y de los apetitos. [...] Solo una raíz parece tener aquí la vida

humana, y es el sentimiento fiero de la independencia de la tierra. La masa descalza, de cargadores y de cortayerbas, trabaja a peso el mes, y vive del aire, puro y transparente, de la peor harina, y de uno que otro beso en los portales [...].¹⁸

En Gonaives, el general Dessalines proclamó en 1804 la independencia haitiana. Allí yace Toussaint Louverture, cuya tumba visitó Martí. En Petit Riviere, una de las comunidades del departamento de L'Artibonite, viven y trabajan la doctora María Alfonso —que estuvo antes en Namibia entre 1995 y 1997— y la enfermera obstetra Aleyda Charchabal, ambas matanceras. El célebre palacio de las trescientas sesenta y cinco puertas que mandó a construir Christophe y que nunca pudo ser concluido, es desde 1947 una escuela pública.

El pasado se enhebra en Haití a la cotidianidad del presente o se integra al paisaje de forma natural: las referencias son orales y cambiantes, vivas. En Fort Liberté, por ejemplo, fui conducido por Claude, un joven músico y profesor de creole, al lugar donde alguna vez estuvo la casa que hospedó a Martí. Su «sapiencia» se sustenta en un viejo recorte de periódico que guarda con celo, en el que se habla del asunto y en el testimonio de Wilseb, un tataranieto de Nephtalí Azemar, el noble anfitrión de Martí. Han construido otra casa en el lugar y su dueño Fritz Jacques, sabedor de mi interés, anuncia que colocará a la entrada un busto del héroe cubano. Aunque saben poco de la vida y de la obra de Martí, sienten el orgullo de que sus antepasados le hubiesen servido alguna vez a Cuba, a ese cubano que echó raíces en la memoria colectiva, a pesar de la brevedad de su paso. Claude, que habla bien el español, sueña con viajar a Cuba y estudiar la obra de Martí. En una punta, a la salida de la bahía, las ruinas de la fortaleza española que da nombre al pueblo se confunden con el paisaje. Sentados en sus muros centenarios, semiderruidos, contemplo el mar junto a los brigadistas Zoberia, Norma, Teresa y Wynter.

Un solo mundo distinto

Sí, el haitiano es sentimiento, ritmo, expresión corporal, es música. En marzo de 2000 se desata como un huracán en Port au Prince

18 José Martí: «Carta a Gonzalo de Quesada», *Obras completas*, t. 2, p. 159, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

el último carnaval del siglo xx. Un millón de personas se concentra cada noche en las principales avenidas del centro. Tras las carrozas, avanza la compacta masa de danzantes. No hay escapatoria, se baila con alegría, con furor, o se perece en la multitud, que no permite la evasión a lo largo de kilómetros. Dicen los «blancos» que estos son carnavales sangrientos. Los urgencistas cubanos recorren sus calles en las ambulancias que ofrecen cobertura. Hay pocos fallecidos: un accidente un día, una venganza otro. En realidad, es un espectáculo cultural auténtico que no necesita oropel; las carrozas pobremente adornadas conducen a las orquestas. El espectáculo es ver al pueblo sacarse el alma en el baile, sin violencia, sin necesidad de alcohol. Y dejarse contagiar. De la multitud emerge a lo lejos el bello Palacio Presidencial, impolutamente blanco. Parece más bien una casa de hacienda. Allá los dueños, acá los esclavos en día de fiesta. Ha vuelto la democracia a Haití, dicen, al menos la clásica, la representativa. Haití quiere ser libre, en esa masa compacta de danzantes hay otros Toussaint Louverture, otros Dessalines.

Jacqueline Telemaque, periodista haitiano que preside la Sociedad de Amistad con Cuba me acompaña al carnaval y me conduce después en su desvencijado vehículo, siempre a punto de expirar, a un simpático y bohemio hotel de la capital, una casona de madera del siglo xix, de amplios y cuidados jardines. Un grupo de músicos haitianos interpreta algunas piezas más elaboradas, igualmente originales, de raíz popular. El público sí es diferente: todos visten con descuidada elegancia y se comportan con suficiencia de dueños. Hay artistas, escritores. Y dispersos, como manchas blancas en la noche, grupos de americanos ojazules. Los precios son excesivos para nosotros y mi amigo y yo «estiramos» la única cerveza que podemos adquirir, durante dos horas de buena música. En Port au Prince hay dos mundos: el de la plaza del mercado, el de los tac-tac, pequeños transportes de colores chillones y música estridente, el de los hospitales públicos y el de los altos cerros, más cercano al cielo, sí, y más alejado de Dios, el de los palacios modernos, a imagen y semejanza de los que promueve el *american dream*. Los millones de haitianos sin futuro no pueden sostener enteramente ese otro mínimo mundo ideal: a estos semidioses negros también se les va la electricidad y la sustituyen con plantas particulares, y las blancas murallas que los rodean en calles sin asfaltar, siempre están llenas de lodo. Dentro, hay un país

congelado. La sangre que circula por las venas de Haití, la que lleva y trae la vida, la bombea el pueblo afuera. Esos dos mundos internos duelen también, pero son solo una triste réplica de las desigualdades que dividen a los humanos de este planeta, en los albores del tercer milenio de una era que se cataloga de cristiana.

En la isla de la Tortuga, antiguo asiento de piratas y punto de partida de los primeros embates colonizadores de Francia sobre un territorio «español» abandonado a su suerte, luchan los médicos cubanos contra la pobreza. Un crucero blanco surca cada martes el canal de la Tortuga. Algunos pobladores detienen la marcha para verlo pasar. Es un edificio insólito que aparece y desaparece cada semana en las encrespadas aguas que separan la pequeña isla haitiana de la mitad de isla mayor que constituye el territorio nacional. No se ven pasajeros, solo luces en las escotillas. Abajo, a nivel de la cubierta, nos parece distinguir un gran salón de baile o un restaurante o un casino de juego. Nada une a los que probablemente nos miran sin vernos desde sus escotillas y a los que miramos sin verlos desde la costa. Son dos mundos que conviven sin mezclarse. Los brigadistas cubanos, Félix, Elena y Juana —que sustituyen ahora a los colegas de vacaciones en Cuba—, están en la costa junto a los pescadores humildes que diariamente cruzan el canal en precarias embarcaciones. Pero saben que es posible, y necesario, un solo mundo distinto. Ellos esperaron sin luz eléctrica, llenos de nostalgia por los suyos y orgullo de ser cubanos, el año 2000. Un fin de año que no pudo vaticinar Julio Verne. Hasta bien avanzada la madrugada escucharon, en las sombras nocturnas, cantos religiosos y toques de tambor. No sabían, pero podían imaginar lo que pedían. Otros hombres y mujeres esperaron dos veces el 2000, en Nueva York y en París, gracias al vuelo supersónico del Concord, el avión de pasajeros más rápido (y más caro) del mundo.

Peguy Joseph, un joven haitiano que estudiaba español en Port au Prince con el profesor cubano Alfredo Buján, escribía en su texto de examen: «Nadie debe pensar que en el 2000 todo nos va a llegar como maná caído del cielo [...]. Nos toca unirnos en nombre de este siglo para luchar en grande con vistas a lograr la felicidad del mundo». Él, que es pobre, no hablaba de su felicidad personal, ni siquiera de la de su pueblo, hablaba de la felicidad del mundo. Peguy y otros jóvenes compatriotas suyos estudiarán medicina y otras carreras universitarias en Cuba. Entre las pocas pertenencias que desean salvar del siglo que termina, llevan la esperanza.

Los barrios marginales, los *malandros* y las brigadas médicas cubanas¹ (2006)

Caracas: el este y el oeste

Caracas es una larga autopista que se extiende, zigzagueante, entre los cerros. Al subir la cuesta muere, pero entre la vida y la muerte hay cientos de miles de casitas que desafían todos los poderes, incluso el de la gravedad. Los cerros, enfundados de ladrillos rojos, definitivamente amarrados por el interminable hilo de la ciudad, son laberintos donde se refugia el hambre y la desesperanza. Abajo, los autos se mueven con lentitud y osadía, entre modernos edificios y autopistas sin aceras. Todo está cerca y todo está lejos. Desde la ventana del cuarto en el hotel Anauco Hilton, puede casi tocarse el cerro, ver sus villas miserables, el hormigueo de sus habitantes. En Caracas, no hay que mirar con el rabillo del ojo, como pedía Jean Paul Sartre en La Habana de 1959, sino de frente; pero hay que saber ver.

El visitante despistado puede creer que vive la pesadilla cotidiana de otras capitales latinoamericanas, que aquí no pasa nada: allá los pobres, acá los ricos, aunque los primeros son muchos y los Mc Donalds, los Kentucky, «las casitas del barrio alto», están peligrosamente cerca de los ranchos. En esta ciudad flaca y alta como una modelo, viven 3 254 758 habitantes. De ellos, más de 2 millones son los llamados excluidos. Los que no contaban en las estadísticas del reparto. Cuando el

1 Enrique Ubieta Gómez: *Venezuela rebelde. Solidaridad vs. dinero*, fragmentos del capítulo II, Casa Editora Abril, La Habana, 2006, pp. 112-127.

nuevo gobierno preguntó qué necesitaban, no dijeron médicos. Respondieron: alimentos para no enfermarnos, transporte para poder llevar a nuestros enfermos a los hospitales distantes. Ambos requerimientos mostraban la carencia crónica de servicios de salud.

Pero si el visitante se fija bien, hallará algunas señas extrañas. Los canales privados, que en cualquier rincón del planeta donde los ricos gobiernan defienden orgánicamente el sistema, aquí lo atacan y lo injurian con saña, las 24 horas del día. ¿Por qué tanto odio? Vale la sospecha.

Durante mi primera visita a la ciudad en el año 2004, pude ver en la televisión un *spot* «didáctico». Claro que no se filmó con fines docentes; pero los maestros de las escuelas podrían usarlo, digo yo. Un apartamento de clase media, un matrimonio joven, elegante, bien parecido. Ella se recuesta en el sofá frente al televisor. Suena el timbre de la puerta. Él dice: debe ser la pizza que ordenamos, yo voy mi amor. Abre. Del otro lado un trabajador de overol, bajito, regordete, sin afeitar. La pizza en la mano. Vaya, la representación clásica del obrero. El hombre entrega el encargo, empuja al señor y aprovecha su desconcierto para entrar en el hogar —para *violar* el hogar—, y se sienta, qué horror, junto a la bella, a la frágil dama. Le arrebató el mando del televisor, y comienza a cambiar de canales según su antojo: no, esto no deben verlo, esto tampoco, esto sí.

Entonces aparece la leyenda: esta es la ley «mordaza» que quiere aprobar el Gobierno, dice, ahora el Gobierno dirá lo que usted debe y no debe ver. ¿El Gobierno representado por un obrero? Claro que no se llama así esa ley, y que su propósito no es limitar la libre información. ¿Alguien afirmó en las academias que ya no existe lucha de clases? Un amigo me contó otra anécdota: durante la campaña del plebiscito revocatorio, en un semáforo, un niño de la calle vendía banderines de adhesión: en una mano los que defendían el «no» (es decir, el sí a Chávez), en la otra, los que decían «sí». Cuando un carro lujoso se acercaba, el instinto lo hacía enarbolar y ofrecer el sí. Cuando aparecía un auto viejo y destartado, mostraba el banderín del no. Recordé un filme chileno, *Machuca*, en el que aparece una imagen similar: los niños pobres en el Chile de la Unidad Popular vendían banderas enemigas a los ricos. Sabían identificar instintivamente qué bandera compraría la persona que se acercaba. Nadie los adoc-trinó con la lucha de clases.

El domingo 22 de enero de 2006 la oposición contrarrevolucionaria marchó por las calles de Caracas para reivindicar como fecha propia el aniversario de la victoria sobre la dictadura de Pérez Jiménez, una batalla que ni libró ni ganó la burguesía, sino el pueblo venezolano. Como siempre, partió de los elegantes municipios del este, hasta el límite que impone el difuso centro de la ciudad.

Para tener una idea exacta de la manifestación, caminé a contracorriente: no era tan nutrida como una marcha chavista, pero había gente. ¿Qué gente? *La gente*, dicen los diarios opositores cuando se refieren a la oposición, como si ese engañoso término fuera la expresión de la verdadera Venezuela. Pues, *la gente* era en su mayoría blanca, bien vestida; alguna iba de fino sport, con sus botellitas de agua mineral, sudorosa y colorada por el inusual sol en la piel; algunos, perfumados, recorrían el trayecto en bicicletas montañosas. También encontré a mujeres mestizas de uniforme que marchaban con sus hijos, ¿fieles criadas?

En un enternecedor reportaje que el suplemento dominical del *Universal*, titulaba «Al servicio de las estrellas»,² se recogían testimonios de mujeres «marginales» rescatadas del submundo de la pobreza para servir a gente rica y famosa: en las casas lujosas que a diario limpiaban y cuidaban como propias, habían recibido el cariño de los dueños, y se sentían parte de la familia. Un ejemplo de la convivencia civilizada que debe existir entre pobres y ricos. Quizás algunas de ellas desfilaban ese día en la marcha antichavista junto a sus patrones.

Ciertos ideólogos del neoliberalismo que jamás se indignaron —al menos de forma pública—, ante el racismo latente en las estructuras de clases de América Latina, ahora sienten terror frente al despertar de las masas populares:

Pero, de un tiempo a esta parte, y gracias a personajes como el venezolano Hugo Chávez, el boliviano Evo Morales y la familia Humala en el Perú —escribe Mario Vargas Llosa—, el racismo cobra de pronto protagonismo y respetabilidad y, fomentado y bendecido por un sector irresponsable de la izquierda, se convierte en un valor, en un factor que sirve para determinar la bondad y la maldad de las personas, es decir, su corrección o incorrección política.³

2 *El Universal*, 15 de enero de 2006, pp. 9-11.

3 Mario Vargas Llosa: «Raza, botas y nacionalismo», *El País*, España, *El Nacional*, Caracas, 22 de enero de 2006, p. A/10.

Es cierto —como interesadamente reconoce Vargas Llosa— que, en muchas naciones latinoamericanas, el grado de blancura en la piel lo aporta el dinero y la posición social, pero también es cierto que ese desmarcage étnico, es un acto que encuentra su justificación en la histórica división de poderes que impuso el colonialismo.

Un breve paseo por los pasillos y las áreas de esparcimiento de la moderna y privada Universidad Católica Andrés Bello, situada en un espacio de cerro sin talar, limpio de contaminación y de contaminadores, es suficiente para comprobar que la inmensa mayoría de sus alumnos son jóvenes blancos, aunque también se encuentren mulatos, y a pesar de que no vi ninguno, probablemente algún negro o indígena. La exclusividad de su composición racial no se debe únicamente a los precios de su matrícula, que son altos, también concurre lo que pudiera llamarse, falseando los términos, «la selección natural», es decir, la tradición familiar, el acceso a los mejores liceos privados, y la mirada prejuiciada de los seleccionadores, entre otros factores.

La «confusión» de Vargas Llosa es paradigmática: se trata en realidad de que en Venezuela (y en Bolivia) se ha producido una insurrección de los pobres, que en su mayoría (y simbólicamente), son mestizos, negros, indios. En su rápida evolución ideológica Malcolm X llegó a la convicción de que todos los explotados de América, Asia y África podíamos ser catalogados como «negros», con independencia del color de la piel. Pero que en Bolivia (o en Perú) gobierne un indígena que se interese por la suerte de los indígenas, es decir, de la inmensa mayoría de su población electoral, debía ser algo tan natural como que en Sudáfrica gobierne un negro. En ese país sudamericano existía una singular política de apartheid étnico.

También en Venezuela, a pesar de su alto mestizaje, y de los frecuentes «asaltos al cielo político» de personajes de origen humilde, la estructura de clases se blanquea en la cima. Para comprobarlo, basta con que usted cruce la avenida que separa el cerro bonito ocupado por la Universidad Católica de Caracas, y suba las escaleras o los pasillos del cerro de enfrente, donde viven los más pobres en sus ranchos.

Pero el editorial de *El Nacional*, aparecido el 24 de enero resumía las demandas de la marcha antichavista así:

La gente marchó [...] contra un estilo de gobierno antidemocrático, anti venezolano, que gasta y regala afuera, en misiones proselitistas, inmensos recursos públicos, mientras los venezolanos se quedan in-comunicados en un país cada día más deteriorado. Todos los meses traen más extranjeros (iraníes, cubanos, etcétera) a ocupar los cargos de los profesionales y técnicos nacionales, sin atender aquí el creciente desempleo.⁴

El concepto opositor de *gente* es muy definido. Cuando todavía los opositores no sabían que la estrategia que se gestaba en pequeños conciliábulos era la no participación en los comicios parlamentarios, un autor conminaba a *la gente*:

El 4 de diciembre del 2005 el venezolano: no debe ir para Margarita a relajarse, no se debería ir para Miami a comprar, no debería ir al gimnasio a ejercitarse, no debe de quedarse en casa viendo Globovisión o HBO, sino que debe trabajar por su país. Si el gobierno gana todo lo que desea el 4 de diciembre, qué será del destino de los venezolanos.⁵

Es evidente que los venezolanos a quienes hablaba el comentarista no viven en los cerros de Caracas. Los venezolanos, *la gente* que cuenta, son lo opuesto a *los Juan Bimba*, *los pata-en-el-suelo*, *los tierrúos*, *los marginales*, *los monos*, apelativos que según el lingüista venezolano Alberto Rodríguez Carucci⁶ han sido sucesivamente usados por adecos y copeyanos para designar a los pobres.

Cuando Zapata, el caricaturista de *El Nacional*, trata de ridiculizar al presidente Chávez presentándolo como un simio, juega con una doble analogía: la de los «gorilas» de las dictaduras militares del Cono Sur (por su origen militar, en tanto es un insulto que puede además confundir), y la de *los monos*, apelativo despectivo que en Venezuela alude al sector más humilde. Los llamados marginales saben que quienes así los nombran son sus enemigos, aunque, por supuesto —cometamos la perogrullada—, hay pobres antichavistas y ricos revolucionarios.

En los cerros de Caracas existe también una «pequeñita» burguesía de origen humilde —y por eso más reaccionaria todavía, temerosa

4 *El Nacional* (edit.): «La calle como un río», Caracas, 24 de enero de 2006, p. A / 8.

5 Héctor Borges: «La importancia del 4 de diciembre», *El Universal*, Caracas, 19 de octubre de 2005, pp. 2-10.

6 Alberto Rodríguez Carucci: Conversación personal con el lingüista venezolano.

siempre de perder lo logrado—, que se mantiene expectante ante los beneficios que pueda obtener de uno u otro bando. Pero durante mi recorrido en retroceso por la marcha antichavista aquel 22 de enero, vi a dos indigentes impertinentes adueñarse de pequeños tramos de calle; uno, sentado en el contén de la acera, vociferaba a todo pulmón: ¡abajo el imperialismo!; el otro apareció de repente en el gentío con su grito de guerra: ¡Leopoldo López es una rata! Era para reírse, pero los ánimos no lo permitían. Nadie replicó, sin embargo, quizás porque todos se consideraron muy por encima de aquellos infelices. Entonces recordé y entendí a aquel otro articulista que escribía impotente: «A mí lo que me enferma es que los borrachitos que se paran a beber frente al apartamento en que vivo, después que lo trasnochan a uno con sus discusiones, hienden el filo de la madrugada, al retirarse, con su grito de guerra: ¡Chávez no se vaaaaaaaaa!». ⁷ O la sabrosa anécdota del propio Chávez recién llegado de La Habana en 1994, donde había sido recibido por Fidel:

Acuérdate que a nuestro pueblo lo habían estado bombardeando con Fidel y Chávez, el abrazo y no sé cuántas cosas más. Me bajo del carro y viene un borracho por el centro de la calle con una botella en la mano, zigzagueando, pero borracho, borracho de *pea*, como decimos aquí, me topo con él, así cerca, yo iba a dar la vuelta a la calle, a pasar, pero venía derecho con su botella, bueno, no venía nada derecho, entonces me dice, «tú te pareces a Chávez», el tipo era un hombre joven, y le digo, «yo soy Chávez, que tal» y le doy la mano, balbucea dos o tres frases y sigue, yo sigo también, pero en sentido contrario, de repente siento que me hablan a mi espalda, «Chávez», yo me volteo, nunca olvidaré la expresión de su rostro, «¡Chávez, viva Fidel!». ⁸

Los malandros y las brigadas médicas cubanas

El regodeo sensacionalista con que se presentan y narran los crímenes, especialmente los de sangre, cumple en la prensa «libre» varias funciones sociales: se atemoriza a la clase media con el fantasma de los barrios marginales, los cordones de pobreza, y con los pobres mismos, a quienes se demonizan como enemigos potenciales —recuérdese que

7 Omar Pérez: «Intrusos», *Últimas Noticias*, Caracas, 19 de octubre de 2005, p. 55.

8 Aleida Guevara: *Chávez, un hombre que anda por ahí. Una entrevista con Hugo Chávez*, Ocean Press, La Habana, 2005, pp. 97-98.

la tesis de la película *Secuestro Express* es el odio y la envidia acumulados—, que si no son delincuentes hoy, pueden serlo mañana, como ocurrió durante el llamado Caracazo en 1989, lo que dispensa cualquier acción represiva; entretiene con su estilo morboso y melodramático; eleva a primer plano noticioso no la invasión a Irak, sino el asesinato múltiple cometido por una madre contra sus hijos; y en el caso venezolano, permite presentar a las bases chavistas como turbas de *malandros* y acusar de paso al gobierno de incentivar el odio de clases, y la delincuencia. En muchos reportajes se enfatiza el vínculo de los delincuentes con los programas chavistas.

Armando estudia bachillerato en la Misión Sucre. Vive con un tío (que también es cliente), su hermano y su cuñada. Abandonó la casa de su madre para evitarse regaños, así que ahora es independiente. Con el dinero de la venta de drogas se procura buena ropa y comida. Por 5 g de cocaína paga 40 000 bolívares y la misma cantidad la vende en 120 000 bolívares: 80 000 son ganancia. La piedra (subproducto de la cocaína) la vende a 1000 bolívares la unidad. «Es la droga preferida de los chatarreros y recogelatas».⁹

Ese mismo reportaje, recoge la esperanza de una abuela cuyo nieto es adicto al crack:

En su desesperación por buscar ayuda, la señora Magdalena le llevó una carta al presidente Hugo Chávez en mayo pasado. Estuvo media mañana en el palacio de Miraflores, aguantando hambre y sed. Tiene fe en que San Judas Tadeo le dará una mano para que la misiva llegue a su destino y, «quién quita, que pueda llevar al muchacho a Cuba». Mientras se produce «el milagro», sufre en silencio a la espera de que llegue una mala noticia.¹⁰

La periodista Ernestina Herrera describe en otro extenso trabajo las vicisitudes de las reclusas del penal La Pica en Maturín:

Cayó presa con 26 gramos de crack. Tenía cuatro años vendiendo esa droga. Tiene 30 años y ocho hijos, desde los catorce años hasta uno de tres, que tenía un año cuando la detuvieron. Sus tesoros más preciados son los retratos de sus hijos y un afiche del presidente. «Sí, soy chavista, ¿y qué? ¿Acaso Chávez o el gobierno tiene la culpa de que yo

9 Norma Rivas: «Viaje al corazón de las tinieblas», *El Nacional*, Caracas, 11 de septiembre de 2005, pp. D/1 y D/2.

10 *Ibidem*.

haya caído presa? La culpa es mía, a conciencia». [...] Su fidelidad al primer mandatario, en parte, responde a que todos los sábados recibe clases de la Misión Ribas, mediante la cual está estudiando cuarto año de secundaria. «Quién sabe si a lo mejor hasta llego a ser abogada».¹¹

La prensa sabe que el gobierno revolucionario cuenta con respaldo popular, porque reivindica y defiende los derechos postergados de la población históricamente excluida. Por ello ha desarrollado otra línea de trabajo: la «defensa» de los pobres, a partir de la presentación de una realidad que es la acumulación de décadas de abandono, y cuyos primeros culpables ahora aparecen con viejos y nuevos rostros en defensa de los mismos intereses del pasado, pero enarbolando el lenguaje que la Revolución ha impuesto.

La tesis es que durante el gobierno de Chávez ha aumentado la pobreza. Las estadísticas que maneja no solo desconocen los datos que aporta el Gobierno y otros organismos internacionales, sino además la historia reciente del país —el largo proceso desestabilizador que incluyó un fallido golpe de Estado y un paro petrolero con la consiguiente pérdida por el Estado de miles de millones de dólares, entre otras acciones—, así como el equilibrio y la elevación del nivel de vida que aportan las misiones sociales, en especial la alimentaria, la de salud y las educativas. Es un ¿nuevo? género periodístico: la crónica roja política.

La relación, médico(a)-cubano-(a)-malandro, alcanza diferentes niveles. Es importante diferenciarlos y estudiarlos, porque revelan la complejidad de una transformación revolucionaria inédita. Estoy convencido de que la constatación de esos diferentes niveles —útiles para la sociología y para la sicología social—, constituiría un material empírico que el movimiento revolucionario mundial debe considerar.

Pero los trabajadores de la salud y el deporte cubanos, no son inmunes a la violencia de los barrios rojos de Venezuela o de cualquier otro país. La historia de Barrio Adentro recoge numerosas víctimas cubanas. Nuestros internacionalistas han aportado sus muertos. El primero fue el doctor Luis Ley Puentes de La Habana, asesinado aparentemente durante un robo, el 25 de noviembre de 2003 en Villa de Cura, municipio Zamora, estado Aragua. La respuesta cubana, la

11 Ernestina Herrera: «Buhoneras de la droga pagan por su pobreza en La Pica», *El Nacional*, Caracas, 20 de noviembre de 2005, p. 27.

misma que dio nuestro pueblo durante la guerra sucia contra Nicaragua, en la década de los ochenta del siglo pasado, fue el envío de más voluntarios al lugar de los hechos. El doctor Armando Bedoya Gutiérrez —a quién yo había conocido en la Mosquitia hondureña en 1999, cuando cumplía su primera misión internacionalista—, fue uno de los cincuenta médicos habaneros que vino en reemplazo del doctor Ley Puentes.

Nuestro Comandante pidió cincuenta especialistas que de una forma rápida salieran para Venezuela —cuenta el doctor Bedoya—. Llegamos al mismo lugar en el que mataron a nuestro compañero Luis, a las doce de la noche del día siguiente. La respuesta fue esa: donde nos mataran uno, poníamos 50 y muchos más compañeros, pues no habría ninguna acción que pudiera amedrentar el trabajo que estábamos realizando nuestros médicos y médicas aquí en Venezuela. [...] Llegamos a las 12 de la noche y el pueblo nos estaba esperando; el recibimiento fue caluroso y muy enardecido, debido a la muerte de nuestro compañero Luis. Ahí estuvimos hasta que la comunidad empezó a ubicarnos y nos llevaron a las casas donde viviríamos, con los propios pobladores de la zona. Estaban pendientes de nosotros, cuidándonos, por los sucesos que se habían producido en esos días.

En Zulia, estado que mantiene una gobernación opositora respaldada por intereses foráneos, dos doctoras fueron violadas. El caso se hace patético, especialmente doloroso, porque los criminales eran adolescentes, casi niños, y actuaron bajo el efecto de las drogas. La prensa lo incluyó en el noticiario rojo con su habitual estilo sensacionalista. Pero el diario *Últimas Noticias* acotó:

Cuando los vecinos se enteraron que los aberrados y sus cómplices habían sido detenidos, se concentraron con pancartas frente a la subdelegación del Cicpc. Querían lincharlos. La rabia y la vergüenza se mezclaron y solo sentían sed de justicia. «Le debemos demasiado a esta gente para que vengan estos malandros a hacerles esta aberración», comentó María Villegas, una de las líderes del grupo. [...] El presidente de la República, Hugo Chávez expresó su dolor, su vergüenza y sus disculpas a las dos infortunadas galenas y al pueblo cubano en general.¹²

Las pesquisas no indicaban ningún móvil político. De cualquier manera, los cubanos habían aceptado trabajar en los barrios rojos de

12 Wilmer Poleo Zerpa: «El ultraje a las galenas causó indignación», *Últimas Noticias*, Caracas, 27 de noviembre de 2005, p. 33.

la capital y del interior del país conociendo y afrontando el peligro: no eran inmunes a la violencia, pero demostraban que el amor abre puertas.

Existe un escenario base en la relación entre las brigadas cubanas y los malandros, cuya profundidad o movilidad depende de factores externos (fortaleza de las organizaciones revolucionarias de base, por ejemplo) y de la pericia de los propios galenos: el doctor —o la doctora, como veremos— conversa con sus pacientes sobre temas cotidianos, muchos son delincuentes, pero él (o ella) no repara en eso, ni establece diferencias, la relación no se basa ni en el miedo, ni en la necesidad; lo respetan y de cierto modo lo protegen, porque es útil para la comunidad y para ellos mismos. En los barrios donde los malandros necesitan de cierta aceptación vecinal, se erigen en «defensores» de la estabilidad colectiva. La presencia de internacionalistas es un beneficio noble al que no pueden oponerse sin ser rechazados por la comunidad. Algunos malandros colaboran incluso en la descarga de medicamentos o en otras tareas menores. A veces son sus custodios, cuando tienen que acudir a la vivienda de un enfermo en horario nocturno. Los médicos curan las heridas de los malandros sin preguntas indiscretas. Este es el escenario predominante en los cerros de Caracas.

Recuerdo un caso paradigmático: el de la doctora Mayra Torres que atendía el llamado «Barrio Chino» —habitantes de un galpón situado bajo un puente—, de la parroquia de Antímano, en el municipio Libertador. El galpón era una nave inmensa, laberíntica, en la que vivían cientos de damnificados de un evento natural, cada «casa» interior era un pequeñísimo cuarto, a veces de dos o tres metros cuadrados, en el que solo cabían dos camas pegadas, no muy anchas, y dormían diez o doce personas, incluidos niños. Los baños, colectivos, por lo general, estaban controlados por malandros mayores que cobraban su uso. En las noches, malandros de otras barriadas, perseguidos por la policía, se refugiaban en la nave, en algún cuarto, previo acuerdo con el inquilino «oficial». La policía no podía entrar al galpón. Pero la doctora Mayra Torres iba y venía, entraba a los cuartos, despertaba en la mañana a malandros recién llegados del «trabajo» nocturno, conversaba con ellos, e impartía órdenes cuando se efectuaba un operativo de vacunación u otra actividad sanitaria. En una ocasión le robaron el teléfono celular que tenía en la consulta.

Los vecinos obligaron a una pobre mujer que acababa de comprar uno (por supuesto, robado), que se lo llevara a la doctora. La señora llegó a la consulta temblorosa, pidiendo disculpas, con el teléfono en la mano, «yo no sabía que era suyo», balbuceaba; afuera esperaba un numeroso grupo de vecinos. Pero la doctora al ver el celular, dijo que no, que aquel no era el suyo. Más tarde, el vendedor acusado de ser el posible ladrón vino a verla y le dijo: «Doctora, yo “trabajo” en otra zona, a usted jamás le robaría». Hay, sin embargo, un dato revelador: esta parroquia, durante el referendo revocatorio, produjo el mayor por ciento de votos, entre todas las parroquias de la ciudad de Caracas, a favor del presidente Chávez. Los malandros del galpón, aparentemente abandonados por el gobierno, como recalca la prensa antichavista, votaron en su inmensa mayoría por Chávez. Valga decir que, en mi última visita al galpón, en enero de 2006, la mayor parte de sus habitantes había recibido ya una nueva vivienda, y se anunciaba la destrucción del local, para evitar otras invasiones.

En La Constituyente, municipio de Santos Michelena, uno de los barrios rojos más temidos de Aragua (una *invasión* en la que todavía las casas son construcciones precarias, y las calles de tierra) los brigadistas han establecido una relación inaudita con los miembros de las dos bandas rivales: no se trata solo de que estos se comprometan a no agredirlos o que se movilicen en caso de que alguien ose importunarlos. Los malandros, incluso los jefes de las bandas enemigas, pasan de visita por el consultorio, a conversar. A uno de esos tristes muchachos le celebraron el cumpleaños en el consultorio médico, por primera vez en su vida. Vladimir Arrieta, de 28 años, alias *Nitche*, abandonó las actividades de su banda y empezó a trabajar como albañil en la construcción de obras comunitarias, aunque, por supuesto, es perseguido por la policía y por la banda rival, pues tiene deudas de sangre de las que ya no puede deshacerse. Para complacer a los médicos cubanos accedió a que yo lo entrevistara el 10 de noviembre de 2005:

Al principio pensaban que era peligroso que los médicos atendieran este lugar, que podrían ser agredidos, ¿qué tú piensas sobre eso?

Mire, cuando ellos llegaron aquí se reunieron con nosotros, porque yo antes pertenecía a una de las bandas de aquí. Se tomó la decisión, junto con la señora María Vandres y la coordinadora de aquí, de reunir a los médicos con nosotros por el pendiente que les fuera a pasar algo.

Como aquí se vive constantemente en una guerra, siempre hay problemas, una banda con otra. Se notaba que este sector era demasiado peligroso para ellos... Entonces se llegó a un acuerdo, ellos hablaron con nosotros, nos explicaron que están aquí para servirnos, para ayudarnos, y nosotros lo aceptamos. Digo, bueno, tenemos la responsabilidad por la seguridad de ellos, nos quisimos hacer cargo de la seguridad, nosotros mismos nos ofrecimos pues. Yo mismo tomé la iniciativa de ser uno de los primeros que iba a estar con ellos. Y bueno, gracias a Dios y a ellos, tuve la oportunidad de salirme de ese mundo y ahora pertenezco a la sociedad nuevamente. Ahorita estoy trabajando, pero tengo pensado seguir estudiando, ya que tengo cuarto año y quisiera graduarme de bachiller y bueno, en un futuro tener una carrera.

¿Te fue fácil salir?

No. No fue fácil, porque como todo el que tiene esa vida tiene enemigos, me querían matar, la policía no me dejaba quieto. Y bueno, gracias a la ayuda de ellos y la de la comunidad del sector, cada vez que venía la policía le decía, no mire, está trabajando con los médicos, ha cambiado, ya es otra persona, él tiene derecho a una segunda oportunidad y bueno, en el pase del tiempo fue que me fueron aceptando otra vez y ya, ya me veo un poquito menos de presión, pero todavía tengo enemigos y tengo que cuidarme. No es fácil la vida.

¿Cuánto vive un malandro?

De promedio, hasta los 21, 22 años, más o menos, bueno, yo me pasé, pasé esa etapa,... imagínate, a mí desde los 15 años me querían matar, y tengo 28; yo le doy gracias a Dios cada vez que cumplo años y celebro, que desde los 15 años me quieren matar. Después de que dejé esa vida he trabajado con los jóvenes aquí, los aconsejo y les digo, miren, no tengan esa vida. Eso es algo difícil, es difícil, porque mira, no puedes salir de aquí, estás preso en tu propio barrio, no puedes ir al pueblo, sentarte en una plaza, si te sientas en una plaza tienes que estar pendiente de que te van a matar o que te van a llevar preso. Vives en una zozobra, no comes, no duermes, es terrible. Eso es algo que no se lo recomiendo a nadie.

Estos son los primeros médicos que llegan aquí...

¿Y cómo es tu relación con los cubanos?

Muy bieeen..., uno es mi compadre, y los otros mis amigos, mire, tengo un trato con ellos, que nadie me lo había brindado. Antes a mí la gente me trataba por miedo, por temor, solo un grupito de personas siempre me ha querido ayudar, y bueno, desde que llegaron ellos mire, se han portado conmigo como hermanos, me quieren como un

hermano, comparten conmigo, me brindaron un apoyo... Bueno, que yo los respeto a ellos por su profesión de médicos, pero también los admiro por lo que quisieron hacer conmigo y lo que hicieron conmigo. A mí antes nadie se me acercaba por miedo a que yo los fuera a robar y ellos no, sin temer nada que les fuera a robar, nada. Igualito iban, cuando yo estaba me saludaban, me abrazaban, no importa que anduviera armado o desarmado, para ellos yo seguía siendo normal, era un amigo de ellos igual. Eso se los agradezco yo toda la vida.

Conversé también con el doctor holguinero Orlenis Moreno Miranda, de 33 años, quien llegó a Venezuela el 10 de junio de 2004. Orlenis fue uno de los dos doctores que iniciaron las labores de atención médica en este sector. Ahora atiende ese mismo consultorio el doctor Juan Carlos Ávila Molina de Villa Clara, de 39 años, porque él pasó a ocupar una responsabilidad en la coordinación del Estado. Orlenis, me cuenta:

Yo fui el médico que abrió este consultorio. Cuando llegamos este era un barrio muy difícil, la gente de la zona le tenía miedo a este barrio, y decía que cómo veníamos a trabajar aquí, que si estábamos locos. Pero nosotros vinimos a hacer una misión internacionalista para ayudar a todas las personas que lo necesitaran, y como este es un barrio con una característica un poco diferente a los otros, nosotros dijimos, ahí también vamos a ir. Lo primero que hicimos fue tener un contacto con las dos bandas que existían en el barrio. Hablamos con ellos. Sí, son dos bandas, una en la parte de arriba y otra en la de abajo. En aquel momento no existía tanto conflicto entre las dos bandas, existía una buena relación entre ellos. Les dijimos que veníamos a ayudarlos, a resolver los problemas de salud de la comunidad, y que queríamos trabajar de conjunto con ellos, para que todo saliera adelante. Y ellos respondieron: médico, no tenga problema, que nunca se van a meter con ustedes y el que se meta con ustedes está listo, ustedes están haciendo una obra muy buena y nosotros estamos favorecidos con ella y siempre los vamos a querer en el barrio.

Con el tiempo han ido desarrollando relaciones de amistad con ellos.

Bueno, nos fuimos acercando, como médicos participábamos en sus actividades deportivas. Sabíamos que en un momento determinado corríamos riesgo, porque había enfrentamientos a cualquier hora del día, en los lugares donde se efectuaban las actividades deportivas, o culturales, pero nos propusimos participar con ellos en las actividades para no estar aislados, y formar parte de la comunidad, porque somos

médicos de la familia, médicos de la comunidad. Quisimos hacerlo igual a como trabajamos en Cuba, hacerlo con ese amor, con el mismo cariño con que siempre lo hacemos para nuestra gente. Y comenzamos a tener relaciones de amistad con ellos. Ellos en su lugar, y nosotros en la consulta. Ellos venían a la consulta, recibían la atención médica y se iban.

Uno de ellos empezó a acercarse un poco más, a hablar con nosotros, a preguntarnos de nuestro país, cómo era nuestro país, él decía que quería en un momento determinado conocer Cuba, porque lo que nosotros hacíamos era una cosa muy humana, muy buena. Empezó a trabajar con nosotros, a ayudarnos en todo, en la consulta, más bien a cuidarnos, él decía: «yo estoy aquí en esta consulta desde que ustedes llegaron, desde un inicio», entre ellos dijeron que había que cuidarnos. Pusieron a dos, pero después se fue quedando él solo para cuidarnos, y trabajaba con nosotros directamente, para que no nos pasara nada. Y en ese trabajo social, hablando con él, porque era un muchacho con ciertos conocimientos y se podía hablar con él, un día decidió que, si él había puesto un grano de arena para destruir a su barrio, ahora quería poner un grano de arena, igual que nosotros, para ayudar a construir su barrio. Y por eso hoy es uno de los muchachos que está insertado en la comunidad, trabajando en obras sociales. Participó en la construcción del tanque de agua de la comunidad, una comunidad que no tenía aguas negras, ni aguas blancas. En estos momentos se encuentra en la construcción de una de las escuelas bolivarianas, el mismo muchacho, y no ha perdido el contacto con nosotros, siempre preocupado.

Consultamos aquí, pero tenemos que vivir en el otro barrio, no por malas condiciones, sino porque había enfrentamientos y era un poco peligroso. Ellos mismos nos pidieron que no estuviéramos por aquí en horas de la noche; por eso vivimos en el otro barrio. Pero el Nitche también iba al otro barrio, preocupándose por cómo nos sentíamos y cómo estábamos, y un día nos dijo «ya yo no soy malandro, pero si yo tengo que volver a ser malandro, es para defender a los médicos cubanos si se meten con ellos», eso fue lo que dijo.

La doctora cubana Sonia González Vega de 37 años, madre de un niño de 7, es la vicecoordinadora de la brigada cubana en el estado Sucre, pero al llegar a Cumaná fue médica del barrio Miramar, en el casco histórico, colindante con los barrios de Guarataro, El Mirador, y Mundo Nuevo, todos catalogados como peligrosos. Vivía en Miramar y el consultorio radicaba en Mundo Nuevo, por lo que todos los

días tenía que transitar por zonas rojas, como la Cárcel y el Cementerio:

Al principio el coordinador municipal me dijo que, si los muchachos de la docencia no me iban a buscar que no fuera a dar consulta, que no podía ir sola hasta allá. Esperé el primer día y nadie me vino a buscar y al día siguiente me fui sola, porque yo no venía aquí a esperar a que nadie me buscara. Al principio iba siempre con un poquito de temor, sobre todo si había malandros. Yo pasaba todos los días, buenos días, le decía a todo el mundo y seguía mi camino. Ya más o menos a la semana todos me conocían, me decían doctora, «allá va la doctora, la cubana». Y empecé a dar mi consulta. Al inicio iban dos o tres y yo tenía que ir a las casas por la tarde, hacer el terreno y eso, pero después llegué a tener casi 53 pacientes en la consulta cada mañana. Ese es un barrio que tiene acueducto, alcantarillado y eso, pero había gente muy humilde, muchos malandros; la zona alrededor del cementerio es muy peligrosa, porque allí se esconden en la noche y se refugian cuando hay policías.

En ese barrio conocí a Arcoíris, que para mí fue una experiencia muy nueva y hasta bonita, porque es uno de los malandros de la comunidad; es una persona de quien todo el mundo dice que es malísimo, pero llegó a mí como un paciente más y así lo atendí. Un muchacho joven, de unos 25 años, le falta una pierna. Yo en broma decía que fue un accidente de trabajo, porque fue en sus correrías por ahí. Dicen que se drogaba, que sigue robando, que sigue matando gente, pero desde el primer momento se me acercó como paciente y así lo vi. Nos fuimos conociendo hasta que un día me dijo «doctora, si algún día usted tiene alguna *culebra*, no se preocupe que yo la puedo ayudar». *Culebra* es un problema, en el dialecto de los malandros. Un día vino con dolor de muela, pero quería ser atendido rápido, ya que tenía culebra en Miramar y no podía demorarse mucho porque lo podían matar. Entonces llamé por teléfono a la estomatóloga y le dije: necesito que me lo atiendas rápido, es un malandrino del barrio, y ella lo atendió enseguida. Y él quedó muy agradecido.

Soy muy entretenida, entretenidísima, y al lado de la casa nuestra vivía otro malandro, Alito, no lo conocía a pesar de que llevaba un año viviendo allí, y sabía que era un asesino famoso; incluso ambas puertas, la de él y la mía, estaban llenas de las balas de sus enemigos, de cuando intentaron vengarse. Un día, iba para mi comunidad en Mundo Nuevo y me dice otro vecino: «Doctora, mire, váyase con él en la moto», y yo me monto en la moto sin pensar ni ver quién era, nunca le había visto la cara y cuando va por la esquina, casi llegando

al cementerio, alguien le dice «adiós Alito», entonces fue que me di cuenta que yo andaba con el malandro. Y cuando llegué al consultorio estaba más muerta que viva, y los pacientes míos peleándome «doctora ¿cómo se va usted a montar en la moto con Alito?, él no le va a hacer nada, pero cualquiera intenta matarlo a él y sale usted también con un tiro».

Decía que existen diferentes niveles o gradaciones que tipifican la relación de los médicos y médicas cubanos y los malandros, y éstas dependen también de la organización barrial, de la fuerza y el prestigio de los comités de salud. En los cerros de Caracas y en algunas invasiones del interior del país, las bandas operan a veces como una «policía interior comunitaria», y se supone que defiendan los intereses colectivos. Pero no siempre es así, ni siquiera en los cerros. Hay escenarios en los que el malandraje es más anárquico o más independiente del entorno comunitario.

Los pueblos indígenas y los médicos¹³ (2006)

Los pasos recuperados

Desde Caracas, el viaje en carro nos toma doce horas. La carretera que une a San Fernando de Apure con Puerto Ayacucho —último tramo del trayecto—, capital del estado Amazonas, es una línea estrecha y monótona sobre una extensa llanura ganadera, donde miles de reses perezosas se agrupan al amparo de los árboles. La tierra en estos parajes no puede absorber el agua que cae incesante, con furia, y se acumula en la superficie, de manera que a veces no se distingue donde terminan o empiezan los ríos, los lagos y las inundaciones. Tres obstáculos separan finalmente a la civilización de la «barbarie»: no son simples ríos, en ellos se acumula el agua que fluye de todas partes, y que por los tiempos de los tiempos se ha adueñado de porciones cada vez mayores de tierra. El último abre un surco definitivo, un antes y un después, una zanja en el tiempo humano: el magnífico Orinoco. En cada caso, los carros deben ser conducidos junto a sus

13 Enrique Ubieta Gómez: *Venezuela rebelde. Solidaridad vs. dinero*, fragmentos del capítulo IV, Casa Editora Abril, La Habana, 2006, pp. 222-248.

pasajeros en chalanas que cruzan intermitentemente la vía fluvial. La espera en cada orilla puede ser de una hora. Dicen que un solo dueño controla el paso de los tres ríos, por los que obtiene pingües ganancias. Quizás por eso nunca se han construido puentes, aunque en verdad el último exigiría una obra colosal.

Un amigo caraqueño de izquierda me reprochó: ¿pero tú quieres entender la Revolución Bolivariana? Entonces, ¿a qué vas al Amazonas? «Atabapo —me dijo un criollo asentado allí por largos años— es otro mundo, solo después que pases de regreso los tres ríos habrás llegado nuevamente a Venezuela». En realidad, no esperaba entender a Venezuela desde la selva amazónica, pero quería conocer una porción esencial de su territorio y de su gente, históricamente preterida. Porque fue el Estado revolucionario el que reparó en los indígenas venezolanos, el que los incluyó en la nueva Constitución, el que les envió médicos y maestros.¹⁴ Claro que recogió un legado de luchas indígenas por el derecho a la existencia, al reconocimiento nacional.

Puerto Ayacucho ya no es el pueblo que describían los viajeros de hace décadas, aunque su vida discurre aún por dos o tres avenidas principales. Pero es el último enclave «civilizatorio»; poco después —y si usted observa el mapa, verá que la capital se encuentra en el borde superior del Estado—, cesan las carreteras, los pasos terrestres. En lo adelante habrá que viajar por vía fluvial o aérea.

En las costas de Puerto Ayacucho la navegación es imposible. En sus inmediaciones «se libra la formidable batalla del agua con el granito, del río con la montaña, formando uno de aquellos célebres

14 «Actualmente existen en Venezuela unos 37 pueblos indígenas que representan la continuidad histórica y lingüística de aquellos que para el momento de la conquista española ocupaban el territorio nacional. Su población ha sido estimada oficialmente en 500 000 personas, aunque para algunos investigadores esta puede superar el millón. Sus territorios están ubicados principalmente en los Estados: Amazonas, Apure, Anzoátegui, Bolívar, Delta Amacuro, Mérida, Monagas, Sucre, Zulia y el territorio Esequibo en reclamación. Cada uno de estos pueblos indígenas poseen rasgos, particularidades y especificidades que los diferencian del resto, pero a la vez todos comparten un substrato sociocultural común. [...] De estos, los mayores volúmenes de población corresponden al pueblo wayuu (53,7 %); warao (7,6 %); pemón (6 %); añú-paraujano (5,5 %); yanomami (4,7 %); jivi (3,6 %) y wojtüja (3,6 %). Estas etnias representan el 84,4 % del total de la población indígena del país». Beatriz Bermúdez Rothe: «Los pueblos indígenas de Venezuela», texto manuscrito, inédito (gentileza de la autora), s. f.

raudales del Orinoco: el raudal de Atures, conocido por Humboldt», así lo describía en 1905 el poeta Rufino Blanco Fombona, en su *Diario de viajes*. «¿Cómo se forman y qué son los “Raudales”?», preguntaba más adelante y se respondía: es «una lucha formidable, de verdaderos titanes, entre el Río y el Monte. El granito se interpone; pero el agua irrumpe y corre por encima de los promontorios de piedra. El río pasa; pero el monte no cede».¹⁵ Si se pretende continuar viaje, hay que avanzar por tierra algunos kilómetros hasta un pintoresco puerto de curiaras, bongos, lanchas y otras pequeñas embarcaciones, que traen y llevan mercancías y pasajeros, o tomar uno de los vuelos comerciales de las avionetas que mantienen la comunicación aérea en el estado.

El doctor Omar Borges Acosta, coordinador de las brigadas médicas cubanas en el estado, un negro flaco y jovial que no aparenta sus cincuenta y cinco años de edad, parecía saberlo todo y conocer a todos. En parte era cierto, por su proverbial curiosidad científica, que lo impulsaba a preguntar y a leer sobre los suelos de la región, su geografía, su historia y sus habitantes; pero a las respuestas aprendidas, añadía siempre sus propias explicaciones. De igual modo, conocía a muchas personas en la ciudad.

Como coordinador de la misión cubana mantenía relaciones fluidas con casi todos los funcionarios del estado. Sorprendido ante el hecho de que saludaba siempre por su nombre a todos los soldados del regimiento de la frontera, un día le pregunté cómo podía acordarse de cada uno de los uniformados; «muy sencillo», me dijo, «todos llevan zurcido su apellido en el uniforme». Lo recuerdo una tarde, llamando por teléfono a Caracas —preocupado y divertido—, porque uno de sus pacientes de la Misión Milagro, burlando su vigilancia, había abordado el avión sin zapatos. Muchos llegaban de sus comunidades descalzos, como solían andar, y en Puerto Ayacucho la Alcaldía conseguía algún calzado para el viaje.

Desde Puerto Ayacucho nos trasladamos en un avión militar hasta La Esmeralda, capital del municipio Alto Orinoco, uno de los más intrincados en la selva amazónica, escenario natural de la novela *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier. Una vez a la semana, el correo

15 Rufino Blanco Fombona: *Diarios de mi vida*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1991, pp. 84 y 99.

militar lleva y trae pasajeros a un precio módico, casi simbólico. El aeropuerto del poblado, que apenas sobrepasa los quinientos habitantes, está asfaltado, y es casi tan grande como el pueblo. De hecho, en tanto no se divisen avionetas por aterrizar, funciona como calle principal. Pero los vecinos no tienen carros, sino lanchas, bongos o curiaras y la verdadera avenida central es el Orinoco. En la pista, al pie de la puerta-escalerilla del avión, nos esperaba el doctor Ricardo Carrillo Pérez, quien había sido seleccionado para trabajar en esta zona por tener una maestría en medicina natural y tradicional. Caminamos hasta la vivienda de los médicos, una construcción espaciosa, rodeada de un portal cerrado y protegido con tela metálica. Allí conviven tres médicos cubanos y dos venezolanos, uno de ellos en cumplimiento de su servicio rural, el otro, a solicitud propia, como responsable del servicio médico municipal. También comparte la vivienda el nuevo asesor integral cubano de las misiones educativas. Casi al finalizar el pueblo se encuentra una casa, perteneciente a un centro de investigaciones petroleras, que ocupan los dos profesores cubanos de educación física y deportes. El módulo médico asistencial, construido por el gobierno bolivariano, es relativamente grande.

Poco a poco vamos conociendo a los vecinos del lugar, nos los presenta el doctor Ricardo, quien ha vivido y trabajado en este municipio desde su llegada a Venezuela, el 15 de octubre de 2003. Mi experiencia del trabajo de los médicos cubanos en zonas indígenas —guardo vivencias de la colaboración cubana con los ixiles y los kekchíes de Guatemala, con los misquitos de Honduras y Nicaragua, y con los yekuana, los waraos y los wayuu en Venezuela—, es esta: uno comprende de inmediato si el doctor está en condiciones de realizar un buen trabajo o no, según cómo evalúa su propia situación y cómo se refiere a las costumbres de sus pacientes.

El doctor Ricardo había comprendido desde su llegada que era un privilegiado, porque otros colegas suyos conocerían ciudades más o menos bonitas, más o menos parecidas a otras ciudades del mundo, pero él conocería un lugar único, irrepetible, fascinante, la selva del Amazonas, y trataría con pueblos oriundos, de los que podía y debía aprender mucho. Y aunque tenía derecho a pedir traslado a los seis meses, se negó. Aprendió a disfrutar la comida tradicional basada en la yuca —el casabe, que los cubanos conocemos, y el mañoco, que se obtiene cociendo la yuca hasta deshidratarla, y de la que queda

una masa granulada que los indígenas mezclan con agua—, a usar el arco y la flecha de los yekuanas y los yanomamis, pero, sobre todo, aprendió los nombres, las características y los efectos de las plantas medicinales de la región, que un anciano del pueblo le explicaba cada tarde. Su integración al universo de los pueblos indígenas con los que trató, fundamentalmente yekuana y yanomami, fue ejemplar. No es que todos los médicos se comporten así, pero Ricardo simboliza en este sentido al médico revolucionario.

Unos meses después, en Delta Amacuro, conocí a otro médico de iguales características: Pavel García Valido, quien vivía y trabajaba en los caños del Delta del Orinoco junto a los waraos. En otra dimensión quizás, sobre todo porque otras fueron las condiciones de su estancia, pero con igual actitud hallé al doctor Juan Carlos Cabrales Arias del sector Los Filuos, Paraguaipoa, en la península de La Guajira, Zulia, quien durante muchos meses compartió la vivienda de una familia wayuu.

Como quiera que la presencia médica cubana hoy se extiende a más de sesenta países y culturas, los revolucionarios cubanos podemos y debemos generalizar las experiencias. La presencia de los médicos cubanos en los países más pobres y en las comunidades más abandonadas de todos los continentes, principalmente de África, América Latina y Asia es, en mi opinión, uno de los experimentos sociales más revolucionarios de la contemporaneidad. A veces, en el lenguaje ordinario del médico revolucionario quedan residuos de colonialismo, aunque la práctica descolonizadora y solidaria los desmienta; pero siempre es útil y sano rectificarlos. Uno de esos conceptos etnocéntricos es el de civilización: los indígenas no son «más civilizados» si usan nuestra vestimenta o hablan español. En todo caso, son o han sido más occidentalizados, que es una de las posibles formas civilizatorias.

Pero no encontré en Ricardo ningún vestigio de contaminación en su lenguaje. Durante el recorrido que hicimos juntos por algunas comunidades yekuanas del Orinoco y del Cunucunuma, uno de sus afluentes, pude conversar sobre su experiencia médica y vital. Oriundo de Santa Clara en Cuba, casado con una doctora que esperaba ser llamada también para reunirse con él en Venezuela, padre de una niña, cuya foto lo acompañaba siempre, Ricardo mostraba interés por todos los aspectos del mundo real maravilloso que lo rodeaba,

diferente ya, pero similar, al que viviera y registrara Carpentier en su novela *Los pasos perdidos* y en muchas de sus crónicas de viaje. [...]

Turistas aristócratas, misioneros de Nuevas Tribus y médicos cubanos: tres visiones extranjeras

En La Esmeralda hay una bodega típica de pueblo, bien abastecida, por cierto, a la que concurren compradores de varias comunidades cercanas. Todavía es época de lluvias, así que el Orinoco está crecido, y como cada año, toca suavemente el muro que protege las mercancías; eso significa que se ha tragado ya casi dos cuadras de pueblo. De las pocas casas abandonadas que están más abajo, puede verse solo la parte superior de sus paredes y techos. Para llegar al mostrador de la bodega hay que dar un rodeo grande y bordear la zona inundada. El doctor Ricardo me presenta a Levis Olivos, el vendedor, un criollo despierto, un *buscavidas* que aterrizó aquí hace veinte años, y espera irse algún día, cuando acumule el capital suficiente. No es el dueño, sino el encargado del establecimiento. No simpatiza con Chávez, aunque se lleva bien con los cubanos. Tiene 37 años y es soltero. Bromista y hablador, se enorgullece de ser amigo de grandes personalidades. Las fotos que cuelga en la tienda no mienten: en una, aparece junto a George Bush padre, en la otra posa sonriente al lado de su «amigo» Gustavo Cisneros. «Es que trabajé en turismo», me explica con satisfacción al ver mi asombro.

¿Específicamente dónde trabajaba?

La base de operaciones estaba en Puerto Ayacucho. Desde allí salían excursiones y expediciones hacia muchas zonas, zonas espectaculares, quizá con la misma belleza escénica que Culebra, la cuenca del Sipapo, que son los ríos Autana, Guayapo, Sipapo, Cuao, con unos paisajes espectaculares; zonas en donde han estado príncipes, reyes, gente de mucho dinero.

¿Usted acompañó a algún príncipe?

He acompañado a muchas personalidades, he estado cerca de algunos condes, no de muchos, pero por lo menos de dos. En una oportunidad fui invitado por un señor de mucho dinero, un señor que quiere esta zona y que de repente es cuestionado porque tiene dinero, porque el tipo tiene capacidad como empresario y de alguna manera eso es

como descargar la frustración de uno en la gente que tiene capacidad para triunfar, le cuelgan los calificativos que están ahorita de moda, porque tenemos una situación, una revolución, entre comillas, que no encaja...

¿Cómo se llama esa persona?

Gustavo Cisneros.

Bueno, ¿pero esas fotos fueron tomadas en esa época?

Esas fotos... sí. Yo estuve trabajando en un campamento turístico donde venía mucha gente importante, venezolanos, americanos, europeos, que venían a la famosa pesca del pavón,¹⁶ es un pez exquisito.

Ahora, déjeme saber: por ejemplo, ahí veo a Bush padre, ¿dónde se hospedaba él?, ¿dormía en un chinchorro?

No, aquí hay campamentos especiales que tienen ciertas comodidades, como habitaciones privadas, camas, la opción de carpas a orillas del río, aquí hay una serie de campamentos que cumplen más o menos con esas condiciones que requiere el turista, independientemente de que sea de alto nivel. En el campamento Yutajé que está situado en el municipio Manapiare, donde hay unos atractivos naturales espectaculares como, por ejemplo, el salto gemelo más grande del mundo, que está allí, ¿entiendes?, el Salto Ángel es único, pero este es un salto gemelo muy particular, y ahí estuvo el presidente Bush, los señores Cisneros, el actor Michael Douglas, en una oportunidad estuve cerca de él. Han estado también príncipes, duques, gente de mucho dinero, el príncipe de Luxemburgo estuvo por ahí... mucha gente. He tenido la oportunidad de compartir con personas importantes, he estado con embajadores de Francia, personal diplomático de muchas embajadas, he estado cerca de Jimmy Carter, muy cerca de Gustavo Cisneros, de Goerge Bush, de mucha gente.

Y Cisneros ¿cómo es?

Como persona, excepcional; un hombre con una capacidad..., el señor Gustavo Cisneros, un gran anfitrión, un hombre incluso..., tengo anécdotas espectaculares que, si se miden en términos de condición

16 «Los *Peacock Bass* son conocidos como Pavón en Venezuela y Colombia o Tucunare en Brasil y Perú. Mientras cuatro especies distintas se reconocen generalmente, algunos biólogos sugieren que una docena o más variedades podrían existir realmente a lo largo de Sudamérica. Una característica común compartida por todos los Pavones es el círculo negro en su aleta caudal (cola) que parece un ojo y está bordeado de un color dorado. Esta mancha se parece mucho a las plumas de un Pavo Real. De allí viene su nombre de *Peacock Bass* por su gran parecido» (www.pescapavon.net).

humana, de respeto, de seriedad, son realmente dignas de poner en el sitio más alto.

¿Puede contarme alguna?

Mira, por ejemplo, mandar a bajar a un fotógrafo de un avión para que yo pudiera tomarme una foto con uno de sus invitados, con el señor George Bush padre, independientemente de toda su situación.

¿Era un invitado de Cisneros?

Era un invitado de Cisneros, como lo fue Jimmy Carter, como lo ha sido mucha gente que ha venido. Este es un sitio muy especial realmente.

¿Llegaban y se quedaban a dormir o venían por un día y se iban?

No, estaban instalados dos, tres días. A veces venían de su país de origen a Caracas, de Caracas venían al campamento Manaca, en aviones privados del señor Gustavo Cisneros.

¿Dónde aterrizaban?

En una pista nacional, no privada, en Santa Bárbara del Orinoco, y de ahí viajaban a Los Roques o a cualquier destino digamos que le gustase. Obviamente, con la logística que tenía esa organización y el alto digamos valor estratégico del personaje, obviamente las medidas de seguridad y las medidas digamos de atención, tendrían que ser impecables, como lo fueron. Yo, por supuesto, tengo muchas anécdotas, pero te puedo decir esa.

¿Y de Bush tiene alguna anécdota?

Un tipo especial para mí. Me imagino que, en su situación, que viene como temporadista (sic), como turista, relajado y con un objetivo digamos específico, que es pasarla bien, supongo que esa es la actitud que puedo de alguna manera interpretar de ellos, pues. Es como cualquier persona estresada, con toda digamos la presión del mundo, va a un sitio equis invitado, pagado, y yo supongo que la actitud que asume es de relajación, te saludan, te dan la mano, de repente comparten contigo un refresco, una galleta, este, bueno, y quizá también influye mucho tu capacidad, tu sensibilidad, cómo tú te muestras con ellos, porque en las relaciones humanas no es simplemente así, que los tipos anden por ahí, cualquier turista, en este caso George Bush padre, ande por ahí saludando a todo el mundo, no, yo creo que es una relación también humana donde tú le brindas afecto, le brindas respeto, porque primero te están pagando para que de alguna manera le des un servicio, además tienes la oportunidad de relacionarte con personajes de ese nivel, que aunque sean cuestionados por cualquier posición política, en este caso tú te vas a limitar a compartir con él, y

aunque yo tengo dos fotos con George Bush padre, que las disfruto y no tengo ningún complejo, al contrario, las muestro orgulloso, porque en el fondo una gran cantidad de personas quisieran tener ese tipo de fotografías con personalidades como esa, independientemente de sus decisiones políticas en momentos determinados.

¿El hijo no ha venido?

El hijo no ha venido, pero está por venir, pero su compromiso, digamos su compromiso presidencial se lo impide de alguna manera.

Será después de que termine su mandato.

Es posible que venga y es posible que yo tenga la oportunidad de estar cerca de él, porque yo supongo que para estar cerca de ellos también yo fui objeto de cierta aceptación, pues, porque no toda persona está obviamente cerca de esos señores.

¿Usted habla inglés?

No hablo inglés realmente.

¿Ellos hablan español?

El señor Bush habla un poco de español, el señor Carter habla español y bueno, la mayoría de las personas que venían interpretaban un poco.

¿Ellos visitaban algunas comunidades indígenas, o solamente veían el paisaje?

Ellos venían realmente por un objetivo, ya que su agenda es muy ajustada, ellos iban a los Roques a pescar, venían aquí al Amazonas a pescar, pues también veían comunidades, pero, de hecho, las personas que trabajan en los campamentos, muchos hasta casi ni hablan bien el español, pero son los guías, son los que se saben todos los sitios de pesca y estaban ahí, pues, todos son nativos de ahí, con apellidos de las zonas como Camico, como Yavico. Podían compartir con los indígenas en los propios campamentos. La mayoría trabaja en ellos, ¿qué funciones hacen? Motoristas, guías, guías de aves, guías de pesca, jóvenes que hacen el trabajo de mantenimiento, otros como planteros... Pero los turistas vienen buscando ese pez, el pavón; que los pescadores disfrutaban mucho porque da mucha pelea, además de que es un ejemplar bellissimo, creo que tengo una foto ahí que les puedo mostrar. Entonces qué pasa, de repente este señor, Cisneros, construyó un campamento para él. No digo que lo construyó como tal, funcionaba un campamento de pesca de pavón de un señor llamado Otto Wiqueman, venezolano de origen inglés, con dos o tres generaciones en el país. El señor Gustavo Cisneros siempre venía como turista a varios campamentos, entre ellos al de Culebra del señor Francisco Díaz, al Yutajé, que era

de un señor de origen italiano casado con una señora indígena, llamado Raggi, y a otros campamentos aquí. Hacía una ruta y estaba como una semana, iba a un campamento, a veces se hospedaba en un campamento base, como el campamento Yutajé que tiene una pista de aterrizaje excelente, con un buen drenado, allá han aterrizado hasta aviones presidenciales, que han llevado presidentes, o sea, que tiene el confort mínimo que requiere. Y de allí volaban hacia otros centros de atractivo, como Culebra, que era impactable (*sic*), porque realmente es espectacular volar toda esa serranía, aterrizar ahí, tener contacto con la gente, con los nativos, es una experiencia que se aprovecha y se disfruta. Parece que este señor decidió vendérselo a Cisneros, él iba como cliente a su campamento a pescar, entonces de repente le dice, oye vale, cómprame esto, y después de un análisis accede a comprarle una parte, para que él lo siga operando después, pero Cisneros por equis negociación al final, bueno, se quedó con todo. Y al llevar invitados como los que nombramos, obviamente él por su estatus de señor, de anfitrión con mucho dinero, obviamente se ve obligado a brindar una serie de seguridades y confort en las churuatas [viviendas indígenas, en este caso son imitaciones con otras condiciones]; estas no tienen aire acondicionado, pero tienen un ventilador, son impecables, y están a orillas del río, de repente con cierto confort mínimo, no es realmente un lujo, los pisos son de cemento con una pintura especial para superficies marinas, o sea no es una gran construcción, porque rompería pues con el paisaje. La gente viene, quiere un ventilador, una cama, unas paredes limpias, y antes de entrar los huéspedes, hay una fumigación para evitar que un insecto equis los perturbe o afecte, porque son invitados y las señoras que van, que están pagando también, son turistas y merecen el mismo respeto. Entonces tienen que equiparla con personal confiable, con cierta seguridad y más nada. No es una cosa del otro mundo, es un ambiente natural, pero con un mínimo de seguridad, una planta eléctrica, un operativo, agua caliente, un ventilador, ese tipo de cosas... madera, techo de palma, paredes de bloque y tela metálica, no es una cosa blindada, no es un búnker...

La conversación se interrumpió porque llegaron unos clientes especiales en una lancha rápida, aunque ya Levis me había contado lo que quería saber. Como el río ha penetrado hasta el borde de la boveda, los posibles compradores saltan directamente desde la embarcación. Son rubios, y por la entonación, extranjeros. Hay un señor y dos mujeres. Una de ellas, muy decidida, separa botellas y paquetes en una caja. Se llevan al parecer alimentos para varios días. «Son

misioneros norteamericanos de Nuevas Tribus», me dice Ricardo. Ya había tenido algunas referencias de esa congregación. Le pregunto a Ricardo si ha tenido vínculos con ellos, pero me dice que muy poco, solo el que se deriva de su trabajo de médico. A pesar de eso, intento abordar al señor, que parecía no interesarse demasiado en las compras y vagaba por el pasillo que circunda la bodega. Le explico que soy escritor... cubano. Acepta mis preguntas, pero responde con cierta desconfianza.

¿Vive en Tamatama?

Sí, desde los tres años.

¿Sabe que aquí en La Esmeralda hay médicos cubanos?

Correcto. Y en Tamatama tenemos un enfermero yekuana que atiende a la gente, por lo cual si tenemos pacientes muy graves tenemos que mandarlos acá donde hay doctores.

¿Alguna vez ha tenido relación con el médico cubano?

Sí, me vacunaron aquí, también fueron allá a Tamatama y vacunaron a mis hijos, porque ellos son venezolanos, nacieron aquí en el país, sí, tres de mis cuatro niños nacieron aquí.

¿Tiene cuatro hijos varones?

Puros varones. El primero nació en Canadá, porque mi señora es canadiense, los otros tres nacieron aquí en Venezuela.

¿Qué edad tiene el mayor?

El mayor tiene 18 años.

¿Y tiene vocación como misionero?

Bueno, no sé, ahorita tiene vocación de pescar pavón, está con sus amigos pescando.

Y sus hijos, ¿piensan vivir siempre aquí?

No, yo creo que no, pero no sé. Porque ellos crecieron aquí y tienen ganas de ver el mundo, y el mayor tiene ganas de ir el año que viene al Norte, para intentar vivir allí, para conocer el país.

Esta es una zona muy hermosa y también muy rica en recursos.

Sí, Amazonas es un estado muy bonito, con muchas cosas, tenemos la selva, los ríos, todo eso.

¿Cómo aceptan los yekuanas la presencia de la misión?

Bien. Bueno, puede ser porque yo crecí aquí, pero aparte, toda la gente son mis amigos.

Si el lector no conoce bien qué es la misión Nuevas Tribus, quizás no perciba los sobreentendidos del diálogo, ocurrido el 26 de junio de 2005. Pero el misionero enfatizó en cada respuesta la compleja realidad construida por los misioneros en las últimas cinco décadas. No solo me respondía, también se defendía de las principales acusaciones que suelen hacersele y que intuía en mis preguntas. Todavía el gobierno revolucionario no se había pronunciado al respecto, cosa que haría unos meses después.

Pude complementar lo escuchado con lo visto: al día siguiente embarcamos Orinoco abajo en un bongo, el doctor Ricardo, Darío, maestro cubano y asesor integral de las misiones educativas, Alicia y yo. Viajábamos además con el equipo de fútbol de La Esmeralda, porque el objetivo primario de aquella excursión de la que nos servíamos nosotros, era la de asistir a los Juegos Deportivos de los pueblos indígenas del Alto Orinoco, a celebrarse en Culebra. La primera, y muy breve escala, fue precisamente en Tamatama. Allí, en un pequeño ángulo del pueblo, radicaba una posta militar migratoria. No puede olvidarse que el Orinoco bordea más abajo toda la frontera sur de Colombia. Nos identificamos y anotaron como es costumbre nuestros datos. Mientras los demás se reportaban, caminé un poco por el pueblo. Esa visión rápida ratificó lo que había leído: casas de madera bien hechas, espaciosas, con aire acondicionado, paneles solares, antenas parabólicas, mostraban un nivel de vida modesto, pero muy diferente al de las comunidades indígenas de la región. El terreno había sido chapeado con implementos de jardinería, de manera que podía hablarse de césped. Era una exhibición de modernidad en un contexto casi natural, que permitía a los misioneros vivir con ciertas comodidades. Revelaba, por otra parte, que los misioneros disponían de recursos.

Pasamos la primera noche en Acanaña, comunidad yekwana del río Cunucunuma, por el que nos desviamos en su encuentro con el Orinoco. En las comunidades indígenas yekuanas hay siempre una construcción circular de adobe o de bahareque que termina en pequeños troncos de madera, a modo de ventana corrida por la que entra el aire, antes de que se inicie el techo en forma de cono, de hojas de moriche o cucurito. El piso interior es de tierra, y no hay divisiones ni paredes, solo troncos que circundan el espacio y lo atraviesan cada dos o tres metros, de manera que puedan colgarse la mayor

cantidad de chinchorros. Es un chabono o chapono, y en él caben hasta cien personas. Esas construcciones suelen ser las más grandes de los poblados y se usan para albergar a los visitantes. En ellas dormimos durante el viaje, en chinchorros que nos prestaron la víspera. Ricardo y Darío traían los suyos de combate.

Antes de que cayera la noche del segundo día, luego de pasar unos peligrosos rápidos, arribamos a Culebra. ¿Cómo describir esa comunidad, sin que me tilden de exagerado? El bodeguero-guía de turismo la había calificado de espectacular. Tenía razón. Estaba situada en una amplia llanura, un espacio de ocio selvático, es decir, una tregua de malezas y árboles, entre dos macizos montañosos y el río. Pero cuidado, no lo he dicho todo. Tengo los pinceles en la mano. Ya está el boceto, me falta ahora situar los detalles, darle color: el río es, ya lo dije, el Cunucunuma, que a esta altura se hace más estrecho y rojizo, por la cantidad de minerales que contiene. Para añadirle fuerza al paisaje, el río se arremolina justo a la entrada del poblado, y provoca una fina lluvia de sonidos y espantos. Cruzando el río, después de una breve espesura, en lontananza, grandes montañas cierran fila, y establecen los límites espaciales del cuadro. Se trata del Huachamacare. En el límite opuesto, del otro lado, pero más cerca, otro grupo montañoso, el Duida. Tras sus altas e intrincadas montañas se halla La Esmeralda, pero ante la falta de vías terrestres de comunicación, hemos navegado durante dos días, siguiendo la caprichosa madeja de idas y venidas de los ríos Orinoco y Cunucunuma. No puedo omitir el último, casi inverosímil detalle del paisaje, que en la descripción tal vez se torne excesivo o falso: ambos grupos montañosos ofrecen su propia cascada, como si compitieran en provocarnos el asombro mayor. La del cerro Duida, quizás por su cercanía, impactaba más. Los yekuanas habían seleccionado este lugar para vivir, y ya por ello, merecían respeto. Pero estaban siempre alertas. No había un *jodido* occidental, como yo, que instintivamente no pensara en un hotel. Los Cisneros, y sus príncipes y reyes burgueses, no se lo perdían desde luego.

El señor Francisco Díaz nos llevó en su curiara —pequeña embarcación en forma de canoa—, hasta su campamento turístico, muy cerca de la comunidad yekuana, pero lo necesariamente lejos como para que no tropezasen los dos mundos. Ya Levis me había contado de su existencia. Pequeñas construcciones de concreto y piso de

cemento, que imitaban las viviendas circulares de la familia yekwana, con techo cónico de hojas de moriche, telas metálicas, ventiladores y camas, baños colectivos, pero de azulejos, inodoros y duchas de agua caliente; restaurante con cocina de gas; el césped recortado y un espacio preparado para el juego de voleibol. Todo lo demás lo aportaba, gratis, la naturaleza. Quizás pensó que como yo andaba de periodista, podía publicar un gran reportaje de su campamento en las páginas de turismo de la prensa nacional. Por eso me instó a que tomase fotos. En realidad, había tirado todos sus ahorros en aquellas cabañas, y el circuito de gran turismo, que alguna vez lo tomó muy en cuenta, parecía no necesitarlo ya. Cuando Cisneros compra algo, los pequeños propietarios desaparecen. Es una ley del capitalismo que Francisco Díaz no tenía por qué conocer. Sobre todo, si como es el caso, no se trata de una afluencia permanente de turistas de clase media, sino de personajes del *jet set* e invitados personales del gran magnate, a los que él no tiene acceso.

Estuvimos en Culebra tres días. El doctor Ricardo fue el padrino de los juegos. En la inauguración, los equipos desfilaron con sus uniformes de fútbol —aunque Venezuela es un país beisbolero, los indígenas que están más en contacto con el mundo occidental o criollo, son aficionados al fútbol, y lo juegan muy bien—, porque los pueblos pobres siempre sueñan y ahorran para tener sus uniformes locales (recuerdo a los kekchíes de una aldea guatemalteca, desprovistos de todo, en sus relucientes uniformes, con el nombre propio de cada jugador a la espalda y el de la aldea en el pecho). Uno de los equipos competidores vivía en un poblado del interior de la selva, y sus integrantes habían caminado durante tres días para llegar a Culebra. El cacique o líder comunitario, habló en su lengua, y añadió algunas palabras al final en castellano. Entonces le cedió el puesto al doctor Ricardo para que este dejara inaugurados los Juegos. También Darío, el maestro, dijo unas palabras. Durante el día, mientras los muchachos competían, Ricardo abría su consulta y atendía una interminable cola de pacientes. Darío se reunía con los facilitadores de las misiones educativas: la Robinson I y II y la Ribas. La esposa del enfermero yekuana, nos permitía utilizar su hoguera casera de troncos para cocinar o calentar las pocas latas de conserva que traíamos, y que amenazaban con acabarse más pronto de lo que habíamos previsto.

Regresamos en *una voladora*, es decir, en una lancha rápida que transportaba a unos indígenas que repartían volantes de propaganda del partido «chavista» en pugna para las próximas elecciones de la gobernatura estadual. Ellos parecían sinceros en su activismo político a favor del «candidato de Chávez». Pero las realidades políticas del Estado eran complejas. La pugna real no era exactamente (o solamente) entre partidos chavistas o antichavistas, el caso, por desgracia, era más personal.

Los médicos cubanos, por ejemplo, contaban con pocos apoyos efectivos, uno de ellos el de la alcaldesa de Atures, Mireya Coromoto Labrador. El otro, lo proporcionaba la Guardia Nacional. Supimos que el Gobernador, supuestamente chavista, había prohibido a todos los enfermos de cataratas que trabajaban en alguna institución oficial que viajaran a Cuba a operarse de la vista hasta después de las elecciones, para que votasen a favor suyo. Ante el avance del candidato adeco, un viejo camaján de la política local, experto en repartir favores y comprar voluntades —de nombre Bernabé, que en campaña cambiaba por *Gobernabé*, enfatizando su relación casi prenatal con el poder—, Chávez apoyó públicamente la reelección del entonces Gobernador, requisito imprescindible para ganar las elecciones. Como dicen hoy los venezolanos, Chávez es un *portaaviones*: de sus hombros despegan los candidatos que alcanzan el triunfo.

Todos los alcaldes, gobernadores, y diputados que aspiran a ser elegidos (y no son explícitamente de la oposición) construyen sus vallas y sus afiches superponiendo su imagen a la del presidente; si no tienen una foto en la que ambos aparezcan juntos, la construyen. Ninguno está seguro de su triunfo, hasta que Chávez no levanta sus brazos en público. Por otra parte, todavía la práctica corruptora heredada de la IV República de regalar motores, alimentos, a veces dinero, y hacer operativos médicos en fechas de elecciones, establecía pautas deformadoras en las comunidades indígenas: el voto podía condicionarse al «quién da más». Pero los muchachos indígenas que nos llevaban en la *voladora* hablaban con pasión revolucionaria de los cambios que ocurrían en el país. La política opositora, sin embargo, se asentaba en las dádivas tradicionales, y fluía por los canales de la penetración religiosa. La comunidad yekuana era ya mayoritariamente evangélica, y la opinión de los pastores en cuanto a la posición política de sus fieles, era más importante que la de los caciques o líderes comunitarios.

La Revolución Bolivariana incluyó la defensa de la cultura indígena por primera vez en la carta magna, pero el nuevo texto constitucional, paradójicamente, fue en un inicio rechazado en las comunidades del Alto Orinoco. Francisco Díaz, el dueño del campamento para turistas de Culebra, me había dicho: «Yo veo que este país fue sometido por los Estados Unidos y vuelvo y repito que desde muchos años atrás, fíjate tú lo que ha pasado aquí con las misiones de ellos, ¿no? Y los yekuana quedaron culturizados totalmente con su religión, y lamentablemente ellos perdieron su cultura de verdad».

¿Usted es evangélico?

No, yo creo mi Dios, claro que participo en misiones así, pero no porque sea evangélico.

Hay muchos grupos de evangélicos norteamericanos aquí.

Sí, había, ya se van a ir. Ya se están arretirando (sic) porque además esta es una zona estratégica de la nación, y todo el mundo lo sabe que esta es una zona muy delicada, no puede permanecer un extranjero en una zona estratégica de Venezuela. Supuestamente, imagínate, cómo harías tú, tú no puedes hacer tu casa allá en Estados Unidos en cualquier parte en un sitio de esos, y no permitirían esa vaina, nunca jamás en la vida, y eso hay que tenerlo en cuenta. Entonces bueno, como te digo yo nunca estuve apoyando americanos, su idea, su ideología, nunca, porque no me gusta la idea que tienen...

Pero para el doctor Ricardo, el proceso de aceptación de otras religiones es complejo, cree que en muchos casos se ha producido un sincretismo y en otros, simplemente, un aprovechamiento de las oportunidades materiales que los grupos evangélicos ofrecen:

A pesar de que la Iglesia católica es el tronco religioso más antiguo, yo diría que actualmente la Iglesia evangélica le está ganado terreno en cantidad de creyentes, porque existen muchas, muchas comunidades donde predomina el evangélico. Pero se está haciendo, se podría decir, un sincretismo, un sincretismo religioso, ¿por qué? Porque el indígena a pesar de ser católico o de ser evangélico, nunca abandona sus creencias madres, o sea, el yekuana como tal está muy aferrado a la creencia de que estas tierras fueron creadas por su dios Wanabi, y que el hombre fue creado por Wanabi y ellos tratan de mantener sus costumbres, aunque no lo parezca, de conservar la tradición de lo que fue dicho por Wanabi. Entonces, en las comunidades yanomami sucede algo muy parecido, el dios de los yanomamis es Puripuriwi, traducido al

castellano quiere decir el dios luna, que según sus creencias fue el primer hombre que se convirtió en luna y subió al cielo, y que luego lloró lágrimas de sangre y por cada gota de sangre se formó un yanomami.

¿Qué significa adoptar una posición colonizadora en el mundo indígena? ¿Cómo evitar que el llamado mundo occidental, extranjero o nacional, cambie de forma compulsiva las tradiciones culturales del indígena y lo manipule políticamente? En Venezuela, como en cualquier país latinoamericano, existe la falsa creencia de que hacer política es hacer campaña electoral, y que adquirir conciencia, es identificarse con un determinado candidato coyuntural. Pero las misiones educativas no se conciben como instrumentos de compulsión *electoral*, sino como medio para incorporar nuevos conocimientos —también políticos, en su sentido amplio—, de conciencia revolucionaria, que permitan una verdadera toma de decisiones.

Felicita Tovar había aprendido a leer y a escribir en español, aunque no hablaba esa lengua con soltura (me entendía, pero prefería que un familiar tradujera lo que ella decía); la mayor ganancia de su paso por Robinson I, era de otra índole: su abrupta conciencia de ciudadana. Aquí los límites son precarios, porque históricamente los revolucionarios han obviado las peculiaridades del mundo indígena, basados en la creencia de que el conflicto central, decisivo, es el que se produce en el llamado «mundo civilizado», entre obreros y capitalistas. En vez de «colonizadores malos» han sido —o han tratado de ser— «colonizadores buenos» (y uso el término con intención provocadora): al procurar ciertos bienes inciden en (y transforman) sus tradiciones culturales. En Venezuela existe la posibilidad, y yo diría que la voluntad de superar esa omisión histórica. Los revolucionarios no son, ni pueden ser, evangelistas de signo inverso. Son muchas las preguntas que emergen de cualquier acercamiento al tema.

La incorporación de estos pueblos, históricamente marginados, a los beneficios de la modernidad (ya cargan con sus perjuicios) —entre otros, los de la medicina occidental—, no debe quebrar ni relegar sus tradiciones culturales. Pero ¿qué hacer? Cualquier acción «externa» incide en la conservación de las tradiciones, pero ¿deben seguir tomando agua del río, como lo han hecho desde tiempos remotos, aunque ello sea causa de enfermedades que provocan la muerte y que pueden ser prevenidas? La inmovilidad no es salud cultural, pero la sustitución violenta de valores y creencias es un virus letal para una

cultura. Para la antropóloga cubana Rosa María de Lahaye, el proceso de descolonización tiene una función primordial: «incluir de nuevo en la historia a los grupos colonizados como entes autónomos —me dice— y crear la necesidad de una reestructuración del saber en ellos». Una reestructuración del saber que parta de las necesidades propias. En una conversación sostenida con Francisco Sesto, ministro de cultura de Venezuela, éste puntualizaba las dos vertientes «prácticas» del concepto de cultura que el presidente Chávez impulsaba, sin detenerse en teoricismos inútiles:

Una es la cultura en un sentido antropológico, de identidad, de lo que te identifica, tienes allí tus tradiciones, tus ritos —el presidente Chávez lo dijo en una oportunidad—, la cultura como lo que fuimos, lo que somos, lo que queremos ser. Es una visión de la cultura en la que no hay jerarquías, cualquier cultura es tan importante como la otra, no hay cultura desarrollada y cultura no desarrollada, ningún pueblo es más importante que otro, cada cual tiene su manera de ver el mundo, su forma de relacionarse, es una visión que tiene que ver en definitiva con el patrimonio, con la diversidad cultural, con lo intangible también, tiene aspectos de creación y se relaciona también con las artes, artes colectivas, visiones particulares. Es la cultura como hogar, como hábitat, como territorio, como alma colectiva. Después existe otra interpretación: la cultura en un sentido martiano de ser cultos para ser libres, la cultura como instrumento de liberación, de superación, de crecimiento espiritual, de un instrumento que nos permita caminar hacia una sociedad más justa. La cultura vista como manejo de información, de comprensión del mundo, de comprensión de las relaciones con la naturaleza, de conocimiento, conocimiento de la historia, de la geografía, y en el sentido que Martí lo dice, una persona puede ser más culta que otra, o un pueblo puede ser más culto que otro. Ahí hay jerarquías.

Algunos meses después la diputada indígena wayuu Noelí Pocater, quien había desempeñado un papel importante en las denuncias formuladas en la década de los ochenta, me comentaba la decisión presidencial que ya se había tomado:

Nosotros iniciamos la lucha hace treinta años, enfrentándonos a las Nuevas Tribus. Yo conozco los dos sitios. Tamatama, en el Amazonas. Fíjate que eso es como un Country Club en la selva, yo estuve allá. Tenían una avioneta. Y hasta los militares me decían a mí, los que hacían estos estudios, que tenían una pista de aterrizaje directo, desde donde

salían para Estados Unidos. Ahí daban clases, había una escuela, y se daba historia y geografía de Estados Unidos, y no de Venezuela. Era una organización compulsiva, que no respetaba la identidad, que sa-tanizaba toda la vida espiritual de los indígenas. Y entonces los ob-nubilaban. Claro que en medio de aquello tan lejos, bueno, alguna aspirina que le dieran, algún alimento que le dieran, alguna ayuda que le dieran, bueno, el indígena lo agradecía, ¿no?

Como cuando llegó también Colón aquí, entregó espejitos, y cuando llegaron aquí los comerciantes, los colonizadores, cualquier cosa que traían, pero bueno, era en beneficio de los comerciantes, de los coloni-zadores. Entonces fue tan compulsivo y tan desastroso todo ese cam-bio que los indígenas, ¿cómo se pueden sentir?, confundidos, ¿cómo se pueden sentir los indígenas cuando se les está diciendo que no de-ben continuar con sus creencias? ¿Y cuál era el efecto, el resultado de eso? Entonces esos indígenas, confundidos, eran manejados por ellos. Ahora, ¿qué ha pasado? Nosotros empezamos esa lucha hace treinta años y no se nos escuchaba, ahora por fin el presidente ha respondido.

Los misioneros de Nuevas Tribus llegaron a Venezuela en 1946 y en 1952 se establecieron en zonas indígenas por tiempo indefinido, según el permiso que les concedió la dictadura de Pérez Jiménez. Fue el implante de un cáncer, que poco a poco fue extendiéndose, rami-ficándose: traían motores para las embarcaciones que acortaban a la mitad el tiempo de traslación fluvial; medicinas occidentales, que en ocasiones salvaron vidas; aviones para trasladar con urgencia enfer-mos graves; alimentos en conserva; construyeron sus casas con cier-tas e inesperadas comodidades occidentales y se relacionaron con los indígenas. ¿Acaso todo eso no está bien? A cambio, los misioneros de-jaron en claro que las tradiciones mágico-religiosas de los yekuanas y de los yanomamis eran prácticas bárbaras que debían ser superadas, hicieron que se avergonzaran de su pasado, de sus costumbres, de sus bailes, de sus bebidas. Rompieron los esquemas de mando triba-les, y los sustituyeron por la autoridad de la Iglesia y por indígenas evangelizados. Convivieron con los indígenas, es cierto, mostrando la tenacidad y la constancia de verdaderos fanáticos, a veces por toda una vida —el pastor que entrevisté había llegado con sus padres a los tres años, conoció allí a su esposa canadiense y tres de sus cuatro hijos habían nacido en el lugar; algunos misioneros incluso se ca-saron con indígenas y tuvieron hijos con ellas—, trajeron a expertos del Instituto Lingüístico de Verano (creado para traducir la Biblia a

diferentes lenguas aborígenes del mundo, famoso por sus vínculos históricos con la CIA, expulsado de México y Vietnam por actividades no precisamente académicas) y elaboraron alfabetos para las lenguas de esos pueblos, los enseñaron a leer y a escribir en ellas, y a veces, también en inglés. Así que hay yekuanas y yanomami que son analfabetos en español, pero no en inglés. Al cabo, muchos misioneros se consideran ya medio venezolanos, aunque la pertenencia al origen occidental es fuerte, como también evidenció mi diálogo con el entrevistado. Y muchos yekuanas asumen a esos misioneros y a sus descendientes como miembros de la comunidad.

Hay un detalle final que enmarca todo este esfuerzo: las misiones de Nuevas Tribus, que cuentan con un financiamiento fluido y generoso, suelen asentarse en zonas ricas de minerales preciosos, generalmente sin explotar. Con ellos viajan ingenieros y geólogos de compañías transnacionales, que estudian los suelos y elaboran mapas de sus riquezas minerales. También, se dice, científicos de la industria farmacéutica investigan y recolectan plantas medicinales, e incluso prueban los efectos de sus nuevos fármacos en la población indígena. Tienen sus propios aviones y sus propias pistas de aterrizaje, por lo que las autoridades nacionales no siempre conocen quiénes llegan y quiénes salen, qué traen y qué se llevan. Realidades complejas: en un mundo sistemáticamente abandonado por las autoridades del país, las Nuevas Tribus asumieron la función de padres protectores.

En las décadas de los setenta y de los ochenta, un fuerte movimiento social de denuncia sacó a la luz pública esta situación. El cineasta Carlos Azpúrua viajó al Alto Orinoco y filmó escenas de la vida cotidiana, entrevistó a los misioneros en franca hostilidad, y a algunos caciques de la zona que sentían que el mundo ancestral de sus antepasados se desmoronaba. Por su parte, algunos jefes militares de la región ratificaron la carencia de controles migratorios y aduanales, y expresaron su preocupación por la seguridad nacional. Se abrió un debate en el Congreso Nacional y se creó una Comisión presidencial. Azpúrua filmó los debates. Sus documentales son clásicos de la cinematografía venezolana. Alexander Luzzardo, antropólogo y senador por entonces, recogió en su libro *Amazonas: el negocio de este mundo*, las investigaciones de un colectivo de especialistas sobre el tema. Todo quedó en el celuloide y en los papeles.

En La Esmeralda pude conversar también con el chamán Aniceto Pérez, de 56 años, colaborador entrañable de los internacionalistas cubanos, quien integraba los sucesos de la nueva Venezuela a su mundo mágico religioso, y mostraba toda su sabiduría yekuana. Reproduzco la conversación respetando su modo de hablar el castellano:

¿Llegan muchos extranjeros aquí?

Uf, muchos. Nosotros intentamos una vez denunciar a la gente norteamericano que están aquí. Entonces el gobierno y el Estado decían mejor que se quedaran callados, porque el gobierno y el Estado estaban incluidos con ellos, no es como ahora. Ahora no, ahora es a lo contrario. Hay que denunciar a ver si pueden salir con este gobierno que está. Anteriormente no. Ocupan tierras, claro. Entonces ahí lo que tenemos un peligro de lo que puede suceder. Y sí está sucediendo, mejor decir. Eso es lo que se habló con el presidente que está ahora.

¿Qué opina de la presencia de los cubanos?

¡Ah, estos! *Beno*, estos han sido un poco..., hablando de más profundo y analizando, porque nuestros antepasados, nuestros viejos, *dicían* un año alguna persona de otro país vendrá a ayudar al pueblo, al indígena, y van a llegar. Yo creo que en ese estamos ahorita. Ya tenemos otras personas de país, ya vienen y hablan de otra forma, no solamente de explotaciones sino de otra clase de problemas, de ayudar asunto de salud, eso es lo que siempre yo le digo a los muchachos, ahora estamos la época lo que decían los padres míos, los abuelos, lo que decían. Yo no sé cómo sabían que iba a suceder eso. Sabían. Igualmente, con los americanos, esos no van a ayudar, sino a invadir el pueblo. ¿Por qué? ¿Cuáles son los materiales que son más perseguidos? Ellos robaron según los de antes de aquí de estas tierras, cuando se repartió el famoso oro, diamante, hierro, todo. Eso es lo que decían en el pasado los viejos. ¿Verdad que sí? Ahí están, ya aquí los tenemos. Terminarán con los indígenas para quitarles y adueñarse de eso. Por eso es que los indígenas yekuana han sido muy *mesquinosos*, porque ya ha sucedido esa cosa.

Ahora estos extranjeros vienen con otra forma de compartir con nosotros. Yo empecé a estudiar esa historia de nosotros en nuestra tierra, de cómo surgimos de esta tierra, quién surgió primero, primero surgió la tierra, las piedras, los materiales, después el famoso que llamamos *Wanari* que es el Dios hizo un hombre, a ver cómo seguía en esas tierras y no pudo seguir porque la tierra no estaba bien formada para estar más, entonces volvieron a bajar a la tierra, para que vuelva a renacer ese humano y ese sí siguió. Vieron sus trabajos, sus preocupaciones, que será

vigilar todas las tierras, lo que tenemos, donde estamos viviendo. Porque anteriormente la tierra era uno solo, uno solo.

Beno, entonces nosotros anteriormente hablábamos de una sola palabra, con esa nos entendíamos todos. Después empezaron a repartir la tierra en numeral, ahora existe donde están los blancos, se llaman norteamericanos, francés, español, italiano, portugués, todos los que existen hoy en día. Cada quien tiene su terreno pues, su tierra, donde cada quien surgieron. Así surgió y tenemos cada quien nuestro material, hierro, plomo, lo que hay. Pero el Wanari dijo *beno* están aquí, tienen que quedarse aquí. Como nosotros somos del Caribe, nos quedamos por aquí, allá en Caracas quedó todo eso.

¿Qué pasó en Caracas? En Caracas era la tierra de nosotros, claro que sí. Donde existió el cacique Caracas, que era indígena yekuana. ¿Qué pasó? Llegó la *invasión* de los españoles y acabaron con eso. Eso es el problema, que muchas veces ahora nosotros tenemos miedo, no miedo así, sino miedo profundo, entonces, ¿qué se está haciendo ahora? ¿Por qué tanta gente? Se hace la pregunta, ¿no? ¿Dónde vamos a *dir*? Movimiento, aparatos, maquinaria. Porque la historia dice que el aparato invade, no es un hombre, sino el aparato, que es verdad que sí, ¿qué existió en Caracas? Eso es lo que pasó. Maquinarias, tractores, ¿ahora qué existe ahí? Nada. Nada. Y ahora ¿qué hay aquí? Selva. Animales. Agua original. Cerros originales. ¿Quiénes hicieron refuerzo? Los indígenas yekuana. Aunque muchas veces los antropólogos, una vez yo lo vi por ahí, saca un libro de antropología que *decía* que el indígena yekuana era *invasor* de la tierra. Yo le dije no, usted se equivocó, ¿cuántos años tenemos nosotros viviendo aquí? Y *toavía* no se ha visto ni un par de tierras dañadas. Vivimos tantos años... Cuando empezó a llegar la maquinaria, que son tractores, carros, ahora sí se ha visto *invasión*. El yekuana claro hace su conuco,¹⁷ pongamos el día de hoy

- 17 «El conuco es un sistema de siembra rotativo e itinerante que se caracteriza por la tala y la quema de pequeñas extensiones de no más de tres hectáreas en las que se cultivan simultáneamente diversas especies. En el Amazonas venezolano la tala se efectúa generalmente entre los meses de diciembre y enero. Seguidamente, en los meses de febrero y marzo, antes de que termine la estación seca, tiene lugar la quema. Más tarde la descomposición de los troncos y hojas de los árboles talados ayudará a la fertilización de los suelos y evitará el efecto erosivo de las lluvias. La siembra coincide con la entrada de las precipitaciones durante el mes de abril. La yuca amarga es la primera en ser sembrada y constituye el cultivo principal. Luego se siembran, en forma dispersa y en menor cantidad, ají, tabaco, batata, plátano, piña, ocumo, mapuey, maíz, caña de azúcar y algunos frutales, entre otros. No se trata de un método de cultivo primitivo e incipiente como creen aquellos que desconocen su eficacia. El conuco permite que, una vez aprovechados los suelos para el cultivo, la selva se regenere y

estamos aquí, hacemos nuestros conucos por estaciones de la tierra, después el otro año estamos aquí, entonces aquí estas tierras donde estaba forestado, lo que utilizamos, durante cinco años se va recuperando de nuevo. Nacen los árboles nuevamente, ya todos estamos forestando de este lado y este lado está recuperándose. Así vivimos.

¿Chávez los ayuda?

Ah, sí cómo no. Este hospital no existía, anteriormente había un ambulatorio alláaaa... cerca de la comunidad yekuana, todavía están las casas ahí, una pequeñita como de veinte metros de largo, y ocho de ancho, ese era el ambulatorio antes. Tanto refuerzo y las conversaciones con el gobierno, igualmente con el gobernador, hicieron uno aquí, pero no siguieron más, se olvidaron de eso. Después cuando entró el nuevo presidente se planteó, cuando él hizo campaña por primera vez aquí, nosotros pedimos eso, señor, por favor, necesitamos urgentemente esto y dijo que sí, que va a hacer. Ningún gobierno de antes había llegado aquí, ningún presidente. Ni siquiera ningún gobernador. Es el primero que llegó y habló con la gente. Porque anteriormente ha llegado como subteniente en Tamatama, decía concho, tengo que tomar esta responsabilidad. Vino, como que fue primero de enero. El primer viaje. Del año 97. Y vino a hablar con nosotros aquí. Bajó en un avión de esos Hércules, es pequeño. Entonces había pura grama, puro charco.

Beno, después del movimiento se vino el ejército y ampliaron las pistas y se hizo. Después vinieron y asfaltaron todo eso y terminaron. Después que terminó ya vino como presidente. Porque este era mi terreno, estas tierras. Yo las entregué a ellos para el bienestar del pueblo. Vamos a hacerlo ahí, porque esta es la primera oportunidad que tenemos. No podemos ser mezquinos. *Beno*, entonces ahí los viejos, Velásquez, el chaman... se reunieron los cuatro conmigo: que sí, vamos a hacerlo de verdad. Y esta es la *primer* oportunidad. Este es el gobierno, el primero que estamos viendo que se está moviendo. Y vamos a hacerlo de verdad. Primeramente, hicieron esto. Esta casa. Esta es para el laboratorio, mientras que hacían aquella, el laboratorio de

la población de animales no disminuya. En las selvas del Amazonas la mayoría de los suelos son pobres en nutrientes, a pesar de lo cual sustentan una rica y variada vegetación y una diversidad inimaginable de animales. Eso ha sido posible gracias a la relación de interdependencia que existe entre las aguas de las lluvias y ríos, las plantas y los animales. Los pueblos indígenas han sabido adaptarse y conservar este medio que no puede soportar numerosas ni permanentes poblaciones, así como grandes extensiones de cultivo sin poner en peligro su existencia». Beatriz Bermúdez Rothe: ob. cit.

verdad que se iba a hacer, para residencia médica, *beno*, después que metieron aquí el centro médico, y quedó eso como el laboratorio. Y siguió aquí construyendo y hay otras cosas, se desviaron otros materiales que vinieron aquí para este hospital.

Igualmente, esas pequeñitas que se ven ahí al lado, se hicieron para hospitalizar a los *indígenas*, que vienen de cabecera, que nunca podían dormir en cama, porque no saben cómo dormir en cama, duermen como si hubieran estado en el piso, pero muy incómodos, para eso se mandaron a hacer esas casitas, para que cuelguen su chinchorro, con candela al lado, como debe ser. Esas son las hospitalizaciones. Y ahora de nuevamente, cuando vinieron la comisión a Caracas, daban la información a nosotros que van a hacer nueva clínica, y *unos cuantos más casas* y les dijimos sí, se puede hacer. Porque aquí se oye que los *indígenas* no quieren que les hagan, ¿no? Y entonces nosotros, yo, Aniceto Pérez, estoy a favor de eso, vamos a aceptar, eso es bienestar para el Amazonas. ¿Por qué yo lo digo? Porque estamos aceptando salud para nuestros hijos, para nuestros nietos. El futuro va a servir para nosotros que vamos a estar sentados, y nuestros nietos y nuestros sobrinos van a estar trabajando. No solo nosotros, sino otros ya, la rama de Aniceto, estarán sentados, no sé dónde estarán..., *beno*.

¿Dos izquierdas?: socialismo y capitalismo¹⁸ (2006)

Latifundio y propiedad privada

El diálogo que leerán a continuación pertenece a la más universal y también más nacional de las novelas venezolanas, y no es pura ficción:

No hay que precipitarse. Antes necesito estudiar las escrituras de *Altamira* para determinar el lindero y consultar la Ley del Llano.

—¿La Ley del Llano? —replicó Antonio socarronamente—. ¿Sabe usted cómo se la mienta por aquí? Ley de doña Bárbara. Porque dicen que ella pagó para que se la hicieran a la medida.¹⁹

18 Enrique Ubieta Gómez: *Venezuela rebelde. Solidaridad vs. dinero*, fragmentos del capítulo VII, pp. 378-386, Casa Editora Abril, La Habana, 2006.

19 Rómulo Gallegos: *Doña Bárbara*, Editorial Panapo C. A., Caracas, 1999, p. 86.

El Nacional, diario opositor, que publica con frecuencia «noticias» ficticias y comentarios sustentados en la imaginación o el deseo de los editores, reconocía, sin embargo, el 9 de octubre de 2005 la precaria legalidad del latifundio en el país:

Por razones históricas y más recientemente por conveniencia política, en Venezuela, al igual que en el resto de América Latina, la propiedad sobre los terrenos baldíos y ejidos, que alguna vez pertenecieron a los Reyes de España, se traspasaron a la República. No hay registro, ni catastro, pero sí un caos que ha permitido la duplicidad de títulos que allanan el camino para la estafa y las querellas judiciales más insólitas. Más que derechos de propiedad, lo que se consagra aquí son derechos de ocupación.²⁰

Hugo Prieto, autor del reportaje, recordaba más adelante una saga de trabajos publicados por ese mismo diario en 1985 bajo el enfático título de «Nadie es dueño de lo suyo en los registros» y advertía (o amenazaba): «Parece que es mejor no sacudir la alfombra y sin duda tocar la puerta de un tribunal podría abrir una caja de Pandora. Obviamente, el presidente Chávez maneja información que agentes avisados del mundo empresarial desconocen».²¹ En otro texto de la misma edición, Prieto resumía así las opiniones de Hirám Gaviria, abogado opositor, ministro de Agricultura en tiempos de la IV República, presidente de la Alianza Agroalimentaria:

De acuerdo al censo más reciente realizado en el país, 1 % de las unidades de producción registradas en Venezuela —es decir, 526— ocupan extensiones superiores a 5000 hectáreas [que es el límite que la Ley de Tierras actual establece para identificar un latifundio] y concentran el 46 % de la tierra existente. [...] En contraste, Gaviria señala que el 75 % de las unidades de producción, que en números representan 375 000 unidades, disponen del 5,65 % de la tierra, en parcelas menores a 20 hectáreas de la tierra.²²

¿Cómo explicar entonces la reacción de la oposición, incluso de aquella que se autodefine como de izquierda, y de la prensa, incluido

20 Hugo Prieto: «El “método Chaz” se asienta en la precaria titularidad de la tierra», *El Nacional*, Caracas, 9 de octubre de 2005, p. D / 1 y D / 2.

21 Ídem.

22 Hugo Prieto: «Nadie puede negar que hay una distribución injusta de la tierra», *El Nacional*, Caracas, 9 de octubre de 2005, p. D / 2.

El Nacional ante la expropiación de los latifundios ociosos? El presidente Chávez había sido claro:

La fórmula es muy sencilla. Si usted tiene 10 000 ha y está realmente ocupando y produciendo 2000, hagamos un acuerdo. Lo que nosotros queremos es que tú produzcas [...] le podemos dejar los derechos de hasta 3000. Podemos ayudarlo con infraestructura, créditos, apoyo tecnológico y científico. Pero el resto, vamos a ponerlo a producir [...] Las recupera el Estado y las asigna a cooperativas para lograr la soberanía alimentaria.²³

Pero la «advertencia» de *El Nacional* había calado en el ánimo de los latifundistas y quizás también en el de muchos «propietarios» de dudosa titularidad; y los ideólogos de la prensa se jugaron la carta más fuerte: si el gobierno revolucionario hablaba de latifundio, ellos «escucharían» y hablarían de «propiedad privada». De esta forma se suplantaba la discusión en torno a la legitimidad del latifundio, perdida de antemano, por una de mayor alcance y complejidad: la legitimidad de la propiedad privada, y este concepto —que en la teoría marxista atañe solo a la propiedad sobre los medios de producción— lo devoraría todo, hasta la «propiedad personal». La prensa trataba así se asustar a todos los ciudadanos, como si el gobierno amenazara de la misma manera a los grandes latifundistas, y a los humildes habitantes de los cerros de Caracas que defendían el derecho a la propiedad de la tierra sobre la que habían levantado sus ranchos. Demagógica y cínicamente, el candidato presidencial de Primero Justicia, Julio Borges, afirmaba que una de sus banderas era «multiplicar la propiedad, lograr dar el derecho de propiedad a las familias en bloques populares». Con esto, refería, las comunidades podrán tener derecho a vender, heredar, mejorar y efectuarle modificaciones a sus hogares.²⁴ Por otra parte, se forzaba a abordar de inmediato un tema pospuesto: ¿cuánto más y en qué dirección avanzaría el socialismo del siglo xxi?

Un artículo de opinión de Jesús R. Quintero aparecido en *El Nacional*, adelantaba la tesis de que la guerra contra el latifundio era un paso más hacia la liquidación del capitalismo: «Al desconocer la

23 Laura Weffer Cifuentes: «Chávez afirma que todas las tierras pertenecen al Estado venezolano», *El Nacional*, Caracas, 24 de septiembre de 2005, p. A / 2.

24 Elizabeth Núñez: «Borges propuso democratizar propiedad en barrios y pueblos», *El Nacional*, Caracas, noviembre de 2005.

legitimidad de la propiedad privada, el Gobierno avanza hacia la destrucción del sistema social capitalista y se aproxima hacia la meta del socialismo del siglo XXI». ²⁵ En igual sentido se pronunciaba el abogado Asdrúbal Aguiar, entrevistado para *El Universal* por Mariela León, y agregaba: «Para Chávez, así se tengan títulos legítimos, no hay derecho a tener propiedades agrarias de larga extensión. Frente a eso no vale el discurso de la propiedad privada». ²⁶ La defensa del latifundio ubicaba la trinchera en defensa de la propiedad privada en la primera línea. El destacado intelectual venezolano Luis Britto García en conversación con el autor de este libro señalaba que esa era la verdadera discusión a la que se enfrentaba el país:

La discusión sobre la propiedad privada [no es] una discusión oportunista, me decía. Es que yo creo que esa es La Discusión. La discusión es sobre la propiedad privada de los medios de producción —porque no hablamos de alguien que tenga una máquina de escribir o una computadora, una biblioteca o unos vestidos que ponerse—, y en especial, de los grandes medios de producción.

Pero la imposición del tema obligaba a la definición ideológica de los funcionarios intermedios —desde falsos presupuestos—, adelantándose precavidamente a cualquier resolución que emanara del más radical nexo pueblo-líder.

Hugo Chávez fue enfático al advertir que no habría una respuesta simplificadora, y que su gobierno no pretendía entonces abolir la propiedad privada. En su programa *Aló presidente* 235 rechazaba la sustitución en la prensa de un debate por otro. Diario *Vea* había resumido sus palabras con un título explícito: «La batalla no es contra la propiedad privada sino contra el latifundio». ²⁷ Pero la prensa opositora era sorda a esas precisiones y sus titulares insistían en mezclar los temas. Selecciono algunos a modo de ejemplo: «Defienden la propiedad privada», reportaje de Gustavo Azocar Alcalá sobre la ocupación de la finca La Marqueseña. ²⁸ «Propiedad privada en

25 Jesús R. Quintero P: «El caso de La Marqueseña y la cuestión de la propiedad privada», *El Nacional*, Caracas, 4 de octubre de 2005, p. A / 7.

26 Mariela León (entrevista): «A Asdrúbal Aguiar le preocupa deterioro del derecho a la propiedad», aparecida en «Liquidando modelo capitalista», *El Universal*, Caracas, 3 de octubre de 2005, p. 2 / 1.

27 *Vea*, Caracas, 3 de octubre de 2005, p. 4.

28 *El Universal*, Caracas, 15 de septiembre de 2005, p. 2 / 2.

disputa», de Suhelis Tejero Puentes;²⁹ «Más cerca a la propiedad privada», de Eduardo Camel Anderson, que iniciaba con este párrafo: «2005 fue un año bastante movido en uno de los temas que mayores sensibilidades despierta en todos los ánimos de la vida nacional e internacional: la propiedad privada»;³⁰ *Propiedad en entredicho*, resumen anual de economía, mes a mes, cuya introducción en caracteres mayores vinculaba la «arremetida del gobierno sobre instalaciones privadas inactivas o de baja productividad» con unas anunciadas «reformas legales para darle un carácter social al tema de la propiedad privada».³¹

Por otra parte, los titulares anunciaban la caída de la producción agrícola y ganadera como resultado de las nacionalizaciones. «¿Guerra contra el latifundio o guerra contra la producción de carne y la biodiversidad?», era el titular de un extenso artículo con aires académicos aparecido en la página de Información Agroindustrial de *El Nacional*, firmado por un autor que se anunciaba con todos sus títulos y un respetable apellido extranjero: Médico veterinario, Máster Science Rafael Hoogesteijn.³² Casi nunca la prensa utilizó el término de latifundio o de latifundistas; los expropiados eran «productores» «ganaderos» o «propietarios» y los terrenos ocupados eran «fincas» o «hatos». Los reportajes siempre incluían fotos de ganado vacuno, en proceso de ordeño o de pastoreo, aunque estas habían sido previsiblemente tomadas en otro lugar y momento.

A veces aparecían fotos de la «turba mulata», como llamaban los anexionistas y los autonomistas cubanos de inicios del siglo xx a su pueblo, en cartas personales y secretas: campesinos con los puños en alto, y rostro furioso. De nuevo se intentaba confundir a la población con encuestas espurias. El 23 de enero de 2006 (fecha de resonancias históricas para los venezolanos) *El Universal* publicaba los resultados de una encuesta en unos gráficos de apariencia muy científica bajo un título manipulador: «75 % a favor de la propiedad privada». Estas eran algunas de las preguntas: «Dicen que Chávez quiere imponer *un socialismo radical con pérdida de libertad y de propiedad privada*. ¿Es eso

29 *El Universal*, Caracas, 2 de octubre de 2005, p. 2.

30 *El Universal*, Caracas, 26 de diciembre de 2005, p. 2.

31 *El Universal*, Caracas, 30 de diciembre de 2005, p. 1 / 2.

32 *El Nacional*, Caracas, 18 de febrero de 2006, p. A / 14.

lo que hará, *algo parecido al comunismo* o es falso?». ³³ Cualquiera de las dos respuestas posibles —falso (45 votos) y lo hará o algo parecido (48 votos)— era de hecho una misma respuesta, porque la pregunta partía de presupuestos adulterados. La «defensa» de Chávez, en este caso, era un alineamiento con sus enemigos: no, no avanzará hacia el comunismo. La siguiente pregunta arrastraba los sobreentendidos de la anterior: «Si el presidente Chávez impulsa un socialismo radical parecido al comunismo ¿afectará a todos los venezolanos o solo a los ricos?». Como es lógico, los cándidos encuestados marcaron mayoritariamente, 71 a 28, a favor de la opción a todos. Entonces se introducía, de contrabando, la pregunta clave, insólita si se recuerda que la propia prensa opositora —como cito más arriba— había reconocido que la legitimidad histórica de la propiedad sobre la tierra era dudosa en Venezuela, y que, además, su distribución era injusta: «Si el Gobierno elimina la propiedad privada *o le pone limitaciones*, ¿estaría haciendo justicia social o estaría acabando con la democracia?». ³⁴ Las respuestas ruedan cuesta abajo por la pendiente de la manipulación: 63 contra la democracia, 28 justicia social. Servido, masticado y puesto en boca el manjar, solo queda tragar: «Si a pesar de todo el Gobierno insiste en eliminar la propiedad privada ¿qué haría usted?», protestar: 50, apoyar al gobierno: 18; y esta vez, una tercera opción que reforzaba la primera, vender todo, irse del país: 22.

No tiene sentido reproducir cada una de las preguntas de los diferentes bloques gráficos publicados por *El Universal*, muchas de las cuales se repiten en su contenido, aunque con otro enunciado. Citaré otras tres por su carácter especialmente demagógico y manipulador, concebidas para hacer creer a los más pobres que la defensa de la propiedad privada es algo que les ataño: «¿Qué tan de acuerdo estaría usted con que todos los venezolanos obtengan el título de propiedad de las tierras donde están construidas sus viviendas?», «¿qué es lo más importante: obtener títulos de propiedad de la tierra donde están las viviendas o distribuir las tierras de las fincas o haciendas a quienes no tienen tierras?». Nótese aquí además que no se habla de latifundios, sino de fincas y haciendas. «¿Qué tan de acuerdo está usted con la frase ‘no es justo que se elimine la propiedad privada

33 Las cursivas son del autor.

34 Las cursivas son del autor.

porque cada quien ha sudado lo suyo?». ³⁵ Igualar la gran propiedad (sobre los medios de producción) a la pequeña, personal, intransferible, de los venezolanos, ha sido una cínica estrategia opositora. Cuando el estado Barinas decidió intervenir los silos abandonados de Empresas Polar, para producir y almacenar harina de maíz, el abogado Guillermo Bolinaza, su director de Asuntos Legales, empleó un símil que el venezolano común pudiera sentir cercano: «¿Qué tenía previsto hacer Polar con esas instalaciones, hoy vacías?», preguntaba el periodista. Y respondía el abogado:

Eso es como si tienes tres cuartos en tu casa y uno se desocupa, porque tu hijo se casó. Tú decides qué quieres hacer con ese cuarto, si dejarlo vacío para cuando tu hijo venga, o convertirlo en comedor. El hecho de que ese cuarto esté vacío no significa que la casa no la ocupa nadie, y mucho menos le da autoridad a nadie para que se meta sin que le des permiso. Eso es lo que pasa aquí. ³⁶

Muy cerca del monumento a Marisela, el personaje de Rómulo Gallegos, «rescatada de la barbarie por virtud del amor y de la voluntad civilizadora», según dice la tarja de su pedestal, se encuentra la hacienda San Gregorio, propiedad de Simón Antonio Bolívar Loreto, uno de los cien hijos de don Fabián Bolívar, cuyo apellido no se entronca con el del Libertador. En estas tierras apureñas transcurre la trama de la más famosa novela venezolana. Pero Simón Antonio ha ofrecido su casa al doctor matancero Ernesto Rodríguez Santana, quien vive y trabaja rodeado de personajes muy parecidos a los que vio y retrató el escritor: allá, sentado en un taburete y recostado a la pared, nos mira un «Venancio», «de color cetrino y tres o cuatro pelos lacios por bigote»; ³⁷ más acá, siempre en movimiento, saluda quien parece ser «Pajarote», «el de la mano entregadora de hombre leal al estrechar a la que se le ofreciera», ³⁸ ahora miembro de un comité de salud. Solo el tiempo, y las pruebas de fidelidad del «doctorcito», convencieron a quien se me antoja Carmelito López, «el desconfiado, a quien había que demostrarle, con ejecuciones visibles, que se

35 *El Universal*, Caracas, 23 de enero de 2006, p. 1/10.

36 Raquel Barreiro: «Es una toma inédita en el país», entrevista a Guillermo Bolinaza, *El Universal*, Caracas, 11 de septiembre de 2005.

37 Rómulo Gallegos: *Doña Bárbara*, ed. cit., p. 50.

38 Ídem, p. 5.

tuviera en el pecho corazón de hombre bueno de a caballo y bueno de verdad». «Franqueza [Pajarote] y recelo [Carmelito], dos formas de una misma manera de ser llanero»,³⁹ sentencia Gallegos. El doctor Ernesto nos dice: «Si, cómo no, he montado los caballos del señor Simón Antonio, y me han tumbado también, hace como una semana me tumbó uno. Tuvimos que hacer el censo a caballo, porque hay zonas a las que no era posible entrar de otra forma».

La otra cara del latifundio es social. Los personajes de Gallegos no solo reproducen en los Llanos sus bondades y firmezas de carácter, también la pobreza y la marginalidad a la que fueron confinados. En el *Aló Presidente* 234, Hugo Chávez apuntaba en esa dirección. Cito según el resumen de *El Nacional*:

Al respecto abundó al indicar que de acuerdo con censos que maneja, una buena parte de la infancia que vive en fincas no goza de los derechos básicos de educación y salud, y responsabiliza por esa carencia a los dueños de las tierras. Asimismo, aseveró que los trabajadores no reciben un sueldo justo. No se limitó a referirse a las zonas no urbanas del país, y dijo que el latifundio es aplicable al caso de una señora de servicio que no tuviera los beneficios mínimos laborales.⁴⁰

Fernando Escalona, paciente del doctor Ernesto, me lo cuenta así:

La oposición habla siempre porque usted sabe que a los opositores les gustaba hacer y todavía quieren hacer en este país lo que ellos quieran, por eso no les gusta el gobierno de nuestro comandante Chávez, pero nosotros, como conocemos la revolución, hemos leído la Constitución, estamos viendo lo que nuestro presidente hace cada día más; estamos viendo lo que nunca habíamos visto en nuestro país. ¿Cuándo se había visto un médico aquí dentro de un monte?, nunca. Teníamos que sacrificarnos para sacar a un enfermo, y a veces cuando no teníamos ese recurso, el enfermo se nos moría en casa. ¿Qué teníamos que hacer? Enterrar a ese muerto. Pero ahora los tenemos aquí mismito. Yo apenas me duele una uña, estoy con el doctor. Acá en el municipio estamos esperando que van a abrir una clínica cubana, donde van a trabajar más de 24 médicos cubanos también. Yo le digo aquí a Ernesto que cuando él esté allá en la clínica no nos vaya a olvidar, porque yo voy a estar todos los días allá. Desde que el comandante Chávez tomó

39 Ídem, p. 5.

40 Laura Weffer Cifuentes: «Chávez: o se acaba el latifundio o muero en el intento», *El Nacional*, Caracas, 26 de septiembre de 2005, p. A / 2.

las riendas de este país, ya nosotros estamos en un país democrático, libre y revolucionario.

En los Llanos venezolanos, de la pluma de Gallegos, surgió el personaje que sintetizaría la historia de las relaciones entre las dos Américas, y que encarnaría en la Venezuela bolivariana al imperialismo estadounidense: Mister Danger.

Era una gran masa de músculos, bajo una piel roja, con un par de ojos muy azules y unos cabellos color de lino. Había llegado por allí hacía algunos años, con un rifle al hombro, cazador de tigres y caimanes. Le agradó la región, porque era bárbara como su alma, tierra buena de conquistar, habitada por gentes que él consideraba inferiores por no tener los cabellos claros y los ojos azules. No obstante, el Rifle, se creyó que venía a fundar algún hato y a traer ideas nuevas, se pusieron en él muchas esperanzas y se le acogió con simpatía; pero él se limitó a plantar cuatro horcones, en un terreno ajeno y sin pedir permiso, a echarles encima un techo de hojas de palmera, y una vez construida esta cabaña, colgó su chinchorro y su rifle, se metió en aquel, encendió su pipa, estiró los brazos, distendiendo los potentes músculos, y exclamó: —*All right!* Ya soy en mi casa.⁴¹

En sus discursos el presidente Chávez usa con frecuencia el nombre de ese personaje para referirse al yanqui usurpador de recursos y soberanías nacionales. Como en cualquier país latinoamericano —como en Cuba hasta 1961, con la derrota militar de los invasores en Playa Girón— la oligarquía construyó y cultivó el mito del invencible Tío Sam. La oposición invoca una y otra vez al «Lobo feroz» en un gesto francamente antinacional, para asustar y amansar al pueblo:

Las expropiaciones en Venezuela son «preocupantes» y pueden erosionar los «derechos democráticos» en el país, dijo el subsecretario de Estado interino para Asuntos Hemisféricos de Estados Unidos, Charles Shapiro. [...] «Es preocupante lo que está pasando en cuanto a la propiedad privada [...] pueden agravarse los derechos democráticos», dijo Shapiro, cuestionando sobre la serie de expropiaciones que ha lanzado el Gobierno venezolano en su denominada batalla contra el latifundio en el país, según reseñó la agencia AFP.⁴²

41 Rómulo Gallegos: ob. cit., p. 89.

42 *El Universal*, Caracas, 1 de octubre de 2005, p. 2 / 4.

En el despacho noticioso citado se reproducen también las declaraciones de Gustavo Cisneros, formuladas en el mismo escenario de Shapiro, la Conferencia Internacional sobre Las Américas de Miami: «El régimen de derecho nos dice que la propiedad privada es eso, es privada; esperemos que regrese la sensatez al país, que la gente que tenga su derecho a la propiedad que se le respete [...] respecto a sus haciendas, a sus negocios».⁴³ El título del artículo que unifica ambas declaraciones es amenazante: «Expropiación preocupa a Estados Unidos», pero el presidente Chávez no deja dudas en su mensaje: «Doña Bárbara y Mister Danger se quedan cortos en Venezuela. En mi gobierno eso se cambia o muero en el intento por cambiarlo».⁴⁴

Derecha o izquierda, capitalismo o socialismo

Pero, ¿qué ha sucedido en Venezuela en estos últimos siete años? Ciertamente que los cambios estructurales son todavía mínimos, pero la Revolución Bolivariana ha generado un creciente y cada vez más radical movimiento de masas, que interacciona con el presidente. La revolución es aún mucho más política que económica, y la recuperación por el estado de Petróleos de Venezuela, S. A. (PDVSA) —propiciada por la misma oposición que organizó un paro petrolero de intenciones golpistas—, es posiblemente la medida más trascendente en la esfera económica. Pero los tradicionales dueños de la economía se preguntan cómo el Gobierno se atreve a legislar y a proceder en defensa de intereses que —aunque no constituyen un peligro inmediato—, no son los suyos. Lo acusan —siguiendo una lógica «democrática» impecable—, de traición. ¿Es posible una revolución superestructural? La peculiaridad de Venezuela es que sus dos principales recursos —el petróleo y la minería— pertenecen al Estado. Según el escritor y sociólogo venezolano Luis Britto, esas industrias producen aproximadamente el 85 % de las exportaciones del país. En una entrevista personal Britto me comentaba: «Nosotros tenemos aquí un socialismo de producción y un capitalismo de distribución», Pero el pueblo venezolano ya no es el mismo: ninguno de los graduados de las misiones educativas, de los miembros de los

43 Ídem.

44 *La Prensa de Anzoátegui*: «Chávez no aceptará chantajes de empresarios», Puerto La Cruz, Anzoátegui, 24 de septiembre de 2005, p. 13.

círculos de abuelos, de salud, de tierras, de agua, de los pacientes salvados o curados en Barrio Adentro, de los que reformularon sus sueños, sus proyectos de vida, es ahora un ente pasivo. El pueblo ha cambiado, ha tomado conciencia de sí, aunque todavía prevalezcan en su seno estrategias de sobrevivencia, que generan a su vez posturas anarquistas y populistas. La oposición lo sabe. Por eso trata de perpetuar en la prensa, en la televisión, los valores capitalistas, en especial el deseo de enriquecimiento, el individualismo feroz, la desconfianza. Pero, sobre todo sabe que, para descalificar la alternativa bolivariana, debe presentar un proyecto opositor que reivindique los intereses del pueblo.

Emeterio Gómez, lúcido e ingenuo calvinista, lo explica así:

No podemos enfrentar el neocomunismo carismático con el mismo esquema ideológico o la misma propuesta de país que teníamos en 1998, antes que llegara la barbarie. Tenemos que aferrarnos a dicha propuesta, pero ante el enfoque ético de Chávez —profundamente absurdo, pero al mismo tiempo profundamente ético [sic]— no podemos seguir centrados exclusivamente en nuestras valiosas ideas tradicionales.⁴⁵

Así que un grupo de cuarenta empresarios se reúne y diseña su estrategia: capitalismo al duro, sí señor, con ALCA y todo, pero «incrustándole en el alma un chip adicional que en sus 400 años de existencia no ha podido desarrollar: la ética, la identificación espiritual con los seres humanos y, muy especialmente, con los pobres».⁴⁶ Como esta propuesta es irrealizable a nivel de los hechos, será obviamente realizada a nivel de discurso. De eso en definitiva se trata, de ganarle las elecciones a Chávez. El autor remata así su exposición: «Al salir del taller, un participante muy querido y margariteño como yo, me dijo asombrado: ‘pero lo que tu propones es lo mismo que Chávez, identificarnos espiritualmente con los pobres’. Y su asombro se incrementó cuando abrazándolo afectuosamente le dijimos: ¡Bingo!».⁴⁷ Imagino su confusión y su alarma. Pero alguien seguramente le explicó que no había por qué.

Teodoro Petkoff, que no es bobo (esto es una presunción mía), conoce claramente quiénes y por qué algunos sectores promueven su

45 *El Universal*, Caracas, 11 de septiembre de 2005, p. 2 / 12.

46 Ídem.

47 Ídem.

candidatura. Plinio Apuleyo lo admira. El archirreaccionario «académico» Fernando Mires lo cita como autoridad intelectual. Ante la pregunta de si aceptaría la postulación —todavía debatiéndose entre la emoción que causan los elogios y la intuición del posible ridículo—, Petkoff reconoce que la idea proviene de sectores que no son de izquierda. Hace muchos años que Teodoro Petkoff no es un hombre de izquierda. Su reconversión íntima se remonta, según parece, a la década de los sesenta. Es significativo el hecho de que los intelectuales de la llamada izquierda democrática sean elogiados por la derecha, y que esta se empeñe en establecer el canon latinoamericano para los intelectuales y políticos de izquierda.

No sé a qué amigo margariteño se refería el filósofo Gómez, pero el gobernador opositor de Nueva Esparta, Morel Rodríguez (viejo protagonista de la política bipartidista adeco-copeyana), aún cuando nunca había recibido a los médicos cubanos —el primer encuentro con la coordinadora de la misión en el Estado ocurrió pocos minutos antes de mi entrevista—, y se había desentendido de sus necesidades una y otra vez, me explicó en noviembre de 2005 las ventajas sociales de Barrio Adentro como cualquier chavista. Para él, este programa, admite, «es de gran significación para los venezolanos, ya que mucha gente humilde de nuestra tierra no tenía la prestación del servicio médico en los barrios y en los caseríos del país, y esto ha venido a aliviar ciertas angustias, ciertas necesidades de la gente en Venezuela».

Más emprendedor y mejor financiado por los intereses «democráticos» internacionales, Manuel Rosales, gobernador de Zulia, realiza acciones paralelas de corte social a imagen y semejanza de las misiones de Chávez. Dicen, con ironía, que es su «mejor discípulo». En lugar de Barrio Adentro, al que no apoya, Rosales tiene un «Barrio a Barrio». Ahora que la «izquierda democrática» acusa a Chávez de populista, convendría recordar que el verdadero populismo no es el que cumple con las expectativas del pueblo, sino el que juega a los fuegos artificiales, brillantes y efímeros. Al refuncionalizar el elemento populista, no revolucionario, presente como una rémora en el proceso bolivariano, la oposición asume el populismo como arma contrarrevolucionaria. Barrio a Barrio sigue esa lógica: grandes operativos en los que se regalan medicinas y alimentos. Pero en la noche, al día siguiente, la población tiene que acudir, si se enferma, a los médicos cubanos de Barrio Adentro.

Los operativos populistas de Rosales se incrementan en época de elecciones, y decaen en el período intermedio. En realidad, los consejos de Emeterio Gómez no implican la elección de un candidato opositor disfrazado de izquierdista, al estilo Petkoff. Los líderes de Primero Justicia admiten que Chávez debe ser imitado en la proyección de su imagen popular (no en sus acciones), y proponen repartir la riqueza del país entre todos los venezolanos, ¿cómo?, privatizando cada empresa, cada hectárea de tierra. En el mismo sentido demagógico se pronuncia Michael Rowan, un autor al parecer de lengua inglesa, cuyos artículos sistemáticamente traduce y publica *El Universal* de Caracas:

Para erradicar la pobreza, la inversión se puede distribuir de forma que el 10 % más pobre de la población reciba mil dólares anuales per cápita; el siguiente segmento de 10 % más pobre recibiría 900 dólares per cápita; y así sucesivamente, hasta que el 10 % en la cima reciba 100 dólares per cápita. Esta distribución compensaría el hecho de que el 10 % más rico recibe actualmente la mitad de los ingresos nacionales, mientras que el 10 % más pobre recibe menos de 2 %. [...] Lo que los pobres necesitan es dinero. Hay que confiar en que sepan cómo invertirlo.⁴⁸

Dinero y no servicios, dinero y no salud, dinero y no educación; dinero, pero no participación. Los pobres deben seguir soñando con ser ricos. El populismo de derecha cree que todo se resuelve con dinero e imagen; y concibe al candidato político como una mercancía. La prensa lo envuelve en celofán.

En su artículo: «Chile, las dos derechas», otra joyita de ingenua franqueza, Emeterio Gómez apuesta a favor de una derecha moderna, cuyo rasgo definidor —además de la obvia defensa a ultranza del capitalismo y del neoliberalismo—, sea:

[...] la comprensión, y sobre todo, la difusión de las profundas limitaciones que afectan al ser humano —y a la estructura social— en cuanto atañe a la posibilidad de introducir cambios radicales en la desigualdad social. [...] La Derecha Moderna [...] es la comprensión de la necesidad de avanzar hacia la igualdad [respetando las también profundas restricciones que la naturaleza o la sociedad —desniveles

48 Michael Rowan: «Se puede derrotar la pobreza», *El Universal*, Caracas, 7 de febrero de 2006, p. 2 / 9.

de inteligencia o de herencias legítimas—imponen sobre los hombres y sobre sus aspiraciones humanitarias!⁴⁹

Esta tendencia —que por cierto vislumbra en el chileno Sebastián Piñera, el contendiente de la Bachelet—, dice Emeterio Gómez, asume «un enfoque capaz de oponerse a la visión utópica o ilusa que define a la izquierda. ¡Incluida la de Teodoro Petkoff!». Ya ven, palos por aquí, palos por allá. Nadie lo entiende. En realidad, como diría mi amigo venezolano, la derecha moderna de Piñera no es muy diferente de la izquierda de Petkoff, pero sí más sincera. Démosle por el momento un voto de fe a Bachelet.

Carentes también de una alternativa viable y popular para Cuba, los nuevos ideólogos de la derecha cubana enfrentan además el conflicto identitario de haber nacido (y crecido, a veces) en un país que es referente de la izquierda mundial. En sus textos, los conceptos de izquierda y derecha se entrecruzan y enredan hasta límites esquizofrénicos. Alejandro Armengol clama por «una izquierda anticas-trista»⁵⁰ y Emilio Ichikawa lo secunda en un artículo que titula «La izquierda antiizquierdista».⁵¹ Ichikawa se debate en una propuesta ambigua: acusar «desde la izquierda» a la Revolución Cubana de introducir elementos de capitalismo, y a la vez, acusarla «desde la derecha» por no introducirlos plenamente.

Una crítica a la prédica discursiva del castrismo debe ser necesariamente «conservadora» y echar mano de lo mejor del pensamiento liberal clásico [escribe, pero advierte que] una derecha no puede negarse totalmente a todas las prácticas del castrismo pues, de alguna manera, este garantiza condiciones favorables de inversión de capital.⁵²

El discurso de la derecha latinoamericana coincide en otro tema de aspecto académico: la izquierda «mala» es —en oposición a la izquierda «buena»—, antimoderna. Aunque no se dice explícitamente, se maneja la comprensión marxista de que la Modernidad es un eufemismo histórico del advenimiento y desarrollo de la sociedad capitalista. No se dice, claro, porque es preferible el atractivo encanto del

49 *El Universal*, 18 de diciembre de 2005, p. 2 / 9.

50 *Encuentro en la Red*, 26 de diciembre de 2005, Internet.

51 *Encuentro en la Red*, 5 de enero de 2006, Internet.

52 *Ibidem*.

término. Pero nunca antes el eufemismo había sido empleado con mayor conciencia de su condición. En tal sentido, algunos autores han intentado recomponer el hilo histórico del pensamiento cubano «moderno», capitalista —autonomista en sus mejores momentos, y anxionista—, desde Arango y Parreño, Montoro, Varona y Mañach, hasta Montaner (perdóneseme el salto cualitativo), y deslindarlo de la hebra madre: el pensamiento cubano revolucionario —independentista e internacionalista—, «antimoderno», de Varela, Luz y Caballero, Martí, Mella, el Che y Fidel. Utopía (también en su sentido marxista descalificador) *versus* realismo práctico; lo útil *versus* lo moral. Michael Rowan explica la actual confrontación izquierda-derecha, en esos términos:

La rebelión contra los tiempos modernos en Cuba, Venezuela y Bolivia —Perú y Ecuador, probablemente se sumarán pronto— no tiene que ver con el capitalismo o el socialismo. [...] La rebelión comenzó hace dos siglos en Haití con la erradicación del dominio y la cultura franceses. Fidel Castro la mantuvo viva en Cuba, que se separó de los tiempos modernos en 1959. Hugo Chávez deshizo las instituciones modernas en Venezuela usando la riqueza petrolera del país, y ahora está exportando agresivamente la idea de que los tiempos modernos, para Latinoamérica, son malignos por representar la riqueza, el poder y la supremacía del blanco.⁵³

O, dicho de otro modo: «Los pobres de los Andes —la mitad de su población— se están rebelando contra la modernidad misma: conocimiento, ciencia, tecnología, finanzas, leyes, desarrollo y democracia. Irónicamente, están usando la democracia para hacer eso».⁵⁴ La explicación es abiertamente racista e imperialista: Rowen se permite hablar con desprecio de la revolución haitiana —una de las más radicalmente modernas de la historia contemporánea—, porque erradicó «el dominio y la cultura franceses»; y asocia deliberadamente la modernidad a «la riqueza, el poder y la supremacía de los blancos». Desde esa perspectiva, la modernidad del «conocimiento», la «ciencia», la «tecnología», las «finanzas», las «leyes», el «desarrollo» y la «democracia», que defiende Rowan, adquieren un carácter colonialista. La Modernidad es el Colonialismo. Por eso afirma:

53 Michael Rowan: «La mayor amenaza al mundo», *El Universal*, Caracas, 31 de enero de 2006, p. 2 / 9.

54 *Ibidem*.

Los fracasos de Haití, Cuba, Venezuela y Bolivia son fracasos en términos modernos. Pero en términos de la rebelión contra el sometimiento histórico, el imperialismo y el colonialismo —que son equiparados con los tiempos modernos—, estos fracasos se consideran grandes logros. El futuro de Latinoamérica luce lúgubramente como el presente de África —y es la mayor amenaza actual a la estabilidad mundial.⁵⁵

Fiel a su desprecio y su prepotencia imperiales, es su amenaza: seremos como África. Rowan (estadounidense, inglés, venezolano?) escribe en otro de sus artículos:

Chávez aborrece todo lo que el mundo moderno piensa, dice y hace. Su campaña presidencial de 2006 es contra «el imperialista, genocida, fascista y demente de George W. Bush» [las comillas del articulista en este caso son irónicas, en realidad el autor está convencido de que lo que Bush hace es lo que «todo el mundo moderno piensa, dice y hace»]. Chávez quiere provocar una guerra entre estos mundos [el moderno y el antimoderno]. Armará a un millón de venezolanos con rifles rusos ‘para defender la patria’ [...] [que sean rusos los rifles es una apelación a la memoria histórica de los lectores que asociarán ese origen a los tiempos de la guerra fría].⁵⁶

Rowan establece los inicios de la rebelión izquierdista latinoamericana en 1804. Y tiene razón. La primera sacudida que recibió la Modernidad —según la entiende Rowan—, fueron nuestras guerras de independencia. Una Modernidad que había establecido «el predominio de los blancos» como fuente de jurisprudencia. Cuenta la leyenda que la Virgen de Coromoto, patrona de Venezuela, se le apareció a un cacique vidente en 1652 y le dijo en un castellano indigenizado, porque la narración «pertenece» obviamente al Cacique: «Vayan casa de los blancos y pídanle que les echen agua en la cabeza para poder ir al cielo». Es decir, sométanse a ellos, y renuncien a sus creencias, a su cultura. ¿Se equivocan Chávez y Fidel cuando hablan de que sus revoluciones son bolivariana y martiana, respectivamente?

Fernando Mires, por su parte, considera que América Latina es «un tercer Occidente»; no lo dice en el sentido en que Fernández Retamar utiliza el término —no como conciencia y defensa de su otredad histórica, como constructora de una nueva occidentalidad, fundada en

55 *Ibidem*

56 Michael Rowan: «La certidumbre de Chávez», *El Universal*, Caracas, 14 de febrero de 2006, p. 2 / 12.

la justicia ecuménica—, sino en el de la simple reproducción de valores. Por ello reclama que la guerra de civilizaciones que los «tanques pensantes» del imperio nos venden como novedad, sea asumida por los latinoamericanos... ¿a favor de quién? «Un presidente occidental comete por lo tanto una traición [y obviamente se refiere a Chávez y a Fidel], si visita a un jefe de Estado del Islam que está por declarar una guerra a todo Occidente. Occidente es nuestra familia, aunque algunos de sus miembros no nos gusten».⁵⁷

Los médicos cubanos trabajan en más de cincuenta países de diferentes culturas: africanas de cualquier origen, mayas, aymaras, guaraníes, waraos, wayuu o yekuanas; católicos, evangélicos, musulmanes, practicantes del vudú. Ellos rompen todas las barreras culturales y entran con inusual facilidad a los hogares más humildes y diversos. ¿Por qué son aceptados? Nuestra hipótesis es esta: la ausencia absoluta de un sentimiento de clase. Insisto en la necesidad, en el deber que tenemos los investigadores revolucionarios de las llamadas ciencias sociales de abordar sin prejuicios lo que probablemente sea —junto al propio proceso bolivariano en Venezuela—, el experimento revolucionario más audaz y de mayor alcance social de la última década en el mundo: los programas de ayuda médica internacionalista desarrollados por Cuba y secundados por Venezuela. Llámese Programa Integral de Salud surgido a raíz del huracán Mitch en Centroamérica y Haití, y aplicado después en otros muchos países latinoamericanos y africanos; llámese Barrio Adentro, modélico e innovador esquema de salud popular en Venezuela; llámese Misión Milagro, una propuesta para el rescate de la visión de seis millones de personas en los próximos diez años; o llámese Escuela Latinoamericana de Medicina en su primera versión o en su actual diseño comunitario. El internacionalismo médico practicado por Cuba, especialmente en sus formas actuales y futuras, ha sido el triunfo del humanismo revolucionario en una época aparentemente destinada al egoísmo del mercado, el abrazo y la comunicación de pueblos sin intermediarios, la siembra de ideas, de principios, a partir de acciones concretas, y la recuperación de los propios protagonistas, su rescate como seres humanos, como revolucionarios.

57 *El Nacional*, Caracas, 23 de enero de 2006, p. A / 4.

Sí, para algunos el democrático derrumbe de la democracia neoliberal, es una catástrofe que debe ser evitada a toda costa. Y el buen Emeterio Gómez se preocupa por los diversos flancos del inminente combate. No habla en términos de guerra asimétrica, porque la suya trae la fuerza todopoderosa del capital, pero ya que Mires habla de los valores de Occidente y de guerra de civilizaciones, no siente reparos en reubicar en el debate la confrontación sarmentina de Civilización y Barbarie:

El 2006 será crucial para el futuro de América Latina. En tres instancias. Una: la confrontación entre civilización y barbarie. La Centroizquierda y la Centroderecha, juntas, *versus* Evo Morales, Maradona y Chávez, empeñados en un proyecto comunista atávico e infantil. Dos: el choque entre la Centroizquierda y la Centroderecha, que ojalá termine en un acuerdo estratégico que torne viable al Subcontinente. Y tres: la confrontación que hoy destacamos, la que se está produciendo ya entre, una derecha tradicional, conservadora y dogmática [...] y por el otro, la ya mencionada Derecha Moderna.⁵⁸

Los tres escenarios bélicos deben conducir a la victoria de la civilización, que se expresaría en «un acuerdo estratégico entre la Centroizquierda y la Centroderecha», o lo que es lo mismo, en la componenda izquierdo-derechista del *stablishment*. Victoria de la derecha, del capitalismo. José Martí había denunciado en 1884:

El pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea.⁵⁹

¿Civilización contra barbarie?

Nosotros luchamos por la victoria de la humanidad, que incluye a los desheredados y a los marginados de la modernidad capitalista. Emir Sader, intelectual y combatiente brasileño, escribió:

58 *El Universal*, Caracas, 18 de diciembre de 2005, p. 2-9.

59 José Martí: «Una distribución de diplomas en un Colegio de Estados Unidos», *Obras completas*, t. 8, p. 442, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

Quien es de izquierda se asume como de izquierda, se inscribe en una larga tradición de luchas por la igualdad, por la justicia, por el reconocimiento de la diferencia, por el combate permanente por una sociedad más justa y más humana y se enorgullece de eso. [...] Izquierda y derecha existen, ahora más que nunca, en un mundo polarizado entre riqueza y miseria, entre belicistas y pacifistas, entre consumistas y humanistas. Escojan su lado y luchen por él, sin esconder sus valores.⁶⁰

Hay tareas pendientes desde el siglo XIX, que debemos solucionar al modo del XXI. Pero no hay dos izquierdas, solo pueblos empeñados en encontrar los caminos de su liberación y en construir la democracia auténtica: el socialismo. Venezuela es hoy la mayor esperanza.

Posdata electoral

Teodoro Petkoff lo pensó mejor y renunció a sus aspiraciones presidenciales.

Pero la sorpresa mayor me la reservó Michael Rowan. *El Universal* esperó hasta abril de 2006 para revelar su identidad y su oficio: estratega político estadounidense, consultor de campañas electorales, interventor desde 1970 en 14 naciones, y desde 1993 en Venezuela, ex-presidente de una Asociación Internacional de Consultores Políticos. Este *neocon* —no importa si demócrata o republicano— es autor de un libro francamente injerencista, *Cómo salir de Chávez y de la pobreza*, y en la presente campaña, ¡asesor de estrategia de Manuel Rosales!

60 Emir Sader: «Ser de izquierda (y de derecha)», *Rebelión*, 18 de septiembre de 2003.

¿Qué es ser VIP en Cuba?¹ (julio de 2008)

Han llegado a la redacción de *La calle del medio* algunas cartas de lectores que repudian el precio de entrada (cover) que se impuso para el concierto de «reconciliación» de los conocidos reguetoneros Baby Lores e Insurrecto, en el Salón Rojo del hotel Capri de La Habana.

Acudimos en primer lugar a la propia entrevista que las colaboradoras Carmen Souto y Ailer Pérez (jóvenes musicólogas) le hicieran a Baby Lores con fines de investigación, ya que por obvias razones de espacio —eran más de 40 cuartillas—, solo se publicó una pequeña parte de ella. La pregunta había sido formulada y respondida. Leámosla:

L. C. del M.: *El público que te sigue simula vivir en una sociedad de consumo que no es la que tenemos ni queremos en Cuba y está decidido a pagar 100 CUC para entrar al Capri y verte. Eso es una contradicción con la realidad actual de la sociedad cubana...*

BL: Es decir, qué sucede, que yo quiero hacerle un concierto al pueblo y pido el (teatro) Karl Marx y no me lo dan, quiero hacer un concierto a 5 pesos cubanos en el Latinoamericano (estadio de béisbol) para todo el mundo y no me lo dan. ¿Dónde toco? Ahora, sobre los 100 CUC: de hecho, yo no hice nada ilegal porque pedí una autorización. Yo he visto que el 31 de diciembre Van Van ha tocado a 100 CUC. Es un 31 de diciembre, pero bueno, es cada año, y la unión de Baby Lores e Insurrecto es una sola vez, y si no hubiéramos hecho el espectáculo a

1 Publicado originalmente en el mensuario *La Calle del Medio*, julio de 2008; Enrique Ubieta: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla desconocida*, La Habana, Casa Editora Abril, 2014.

100 CUC, simplemente había personas que nos interesaban y que no iban a poder vernos, empezando por los artistas, los deportistas, los pintores... el público VIP que existe en todas partes del mundo... porque si el Capri estaba cerrado por capacidad a 100 CUC, y había 2000 personas en la calle, si hubiese puesto un *cover* normal, creo que se habría suspendido el espectáculo. Después del concierto, al sábado siguiente, hice *matinée* en la Macumba a 10 CUC. Sé que la crítica me azotó muy fuerte con lo del tema de los 100, pero nosotros preguntamos: «¿se puede hacer a 100 CUC?», tú me dices que sí, tú me autorizas y lo haces, después no puedes venir a decirme que está mal, tú tenías que haberme dicho antes «no, a 100 CUC está mal», y yo le hubiese explicado (porque nadie vino a hablar conmigo nada), yo le hubiese explicado que si lo vamos a hacer así, que lo vea el pueblo entero, entonces vamos a hacerlo en el Karl Marx o en la Tribuna Antimperialista.

La respuesta del cantante incita a la reflexión. Dejemos a un lado su reclamación de otros espacios —justa o no—, porque ello no determina el precio de entrada acordado para cada actuación en un centro nocturno. Es cierto que en estos lugares suele operar una versión primitiva de la ley de oferta y demanda, y si los precios no siempre son tan excesivamente altos —aunque para la mayoría de la población siempre lo sean—, es entre otras razones, porque no todos los cantantes o conjuntos lograrían llenarlos. Van Van puede, Baby Lores —al menos por esa vez— pudo. Aunque la comparación me resulta incómoda: Van Van es una institución inobjetable de la cultura cubana, con un arraigo en la cultura musical latinoamericana que trascenderá a sus protagonistas. Y los conciertos-cenas de fin de año —en esos lugares— suelen estar más centrados en el turismo internacional. Por otra parte, las grandes orquestas cubanas, incluida Van Van, ofrecen multitudinarios conciertos gratis cada 31 de diciembre o 1 de enero. Cabría solo apuntar lo sabido, que en Cuba no podemos pensar únicamente en términos económicos, para nada.

Pero la esencia del asunto me parece otra: Baby Lores quería aprovechar la ocasión para reunir a un sector de su público que —de haber puesto un precio de entrada inferior— «no iba a poder vernos», dice. Imagino que se refiere a que tendría que «pelear» la entrada al lugar entre una multitud de fanáticos. Alguien que paga 100 CUC (o 200, si entra con su pareja) compra la exclusividad, la pertenencia a un improvisado *jet set*. Entonces afirma algo desconcertante: él se refiere al «público VIP, que existe en todas partes del mundo».

¿Qué es ser *Very Important Person* (VIP) en Cuba? La enumeración de profesiones que realiza es engañosa: no todos los buenos creadores ni los buenos deportistas obtienen beneficios económicos elevados, y quienes lo obtienen no son necesariamente buenos (la fama no garantiza la calidad en el arte). Por otra parte, nuestros «macetas» no suelen ser precisamente creadores ni deportistas, y a menudo sus fuentes de ingreso son dudosas. Pero, ¿tener dinero nos hace VIP en Cuba? ¿Exhibir el dinero que se posee en cadenas de oro y otras fanfarrias costosas, nos hace VIP? El éxito en la vida que se promociona en el capitalismo se asocia al dinero: un escritor triunfa si consigue un *best seller*, es decir, su obra vale según los ejemplares que vende; un deportista se mide no por las marcas impuestas o los campeonatos obtenidos sino por la cifra que respalda su contrato (de alguna manera, lo primero es bueno si garantiza lo segundo); un actor lleva en la frente el monto del salario que recibe por actuación, no importa si interpreta a Otelio o a Rambo, si es un gran actor o un mediocre fortachón. Ese es el modelo.

Pero en Cuba, ¿qué es ser VIP? ¿Aceptamos ese modelo? Trato de imaginar quién podría llevar en Cuba ese rótulo fabricado para sociedades de consumo, y solo atino a pensar en hombres y mujeres cuyas obras enaltecen nuestra condición de cubanos: en ese listado excepcional caben seres tan distintos como Alicia Alonso, Mireya Luis, Cintio Vitier y Leo Brouwer —seres que no asocio de ninguna manera al dinero, que valen por lo que son o han sido—, pero también gente sencilla y a la vez grande, cuyo aporte es o fue imprescindible, aunque menos visible, en fábricas, laboratorios o cañaverales. Porque la gente VIP en Cuba, en la Cuba que defendemos, debemos buscarla, sobre todo (estoy seguro que la hallaremos), en su mesa de creación, en su centro de trabajo o de entrenamiento.

Gente VIP son los cinco cubanos que cumplen largas sentencias en cárceles estadounidenses, por defendernos a todos —también a los «macetas»— del terrorismo contrarrevolucionario. No estoy en contra de las altas retribuciones que se obtienen con talento, sacrificio, dedicación al trabajo; para nada. Me parece justo el principio socialista que dice: «de cada quién según sus capacidades, a cada quién según su trabajo», algo que aún es una meta por alcanzar. Pero insisto: debemos valorar a las personas por lo que hacen o crean cada día de la semana, no por la cantidad de dinero que re-

ciben a fin de mes o por otras vías legítimas. Nada tengo contra el espíritu farandulero, ni este es contradictorio con la sociedad que queremos. La farándula podría ser un elemento discordante solo si se trasmuta en un *jet set* exhibicionista de su poder económico. Esa es mi preocupación.

Sergio, ¿el héroe o el *pesao*?²

(septiembre de 2008)

Cada crítico de arte y cada espectador tendrán su criterio personal sobre los valores artísticos de la telenovela cubana *Polvo en el viento*. Pero muchos reconocerán la importancia de los temas sociales que sirven de contexto a una historia de amor. La serie ha puesto a discutir a la gente del barrio con la imagen propia que aparece en el espejo, ese extraño espejo que no es imparcial ni pasivo, porque responde en última instancia a la lógica del melodrama y no a la de la historia o la sociología, pero que nos ayuda a pensarnos mejor.

Por eso quiero proponer un tema de conversación que trasciende a la novela, y algunas preguntas que la rebasan: ¿por qué podría parecer *pesao*, o extremista —el hijo llega incluso a recordar la popular frase que enlaza el extremismo con el oportunismo—, el personaje que precisamente enfrenta la corrupción en su centro laboral, el que desaprueba que el hijo llegue con una maleta de ropa que una rica emigrada le obsequió? Hace algunos meses leía en un acucioso ensayo de Jorge Fornet sobre la narrativa cubana de hoy:

Quien debió ser el héroe trágico de nuestro tiempo, el defensor, a contracorriente, de ideales que dominaron el discurso político y literario durante tres décadas, se esfuma del horizonte cultural de estos años. Y es que resulta difícil, en efecto, encontrar al personaje revolucionario [en la literatura actual], a menos que sea como objeto de burla o representante de ideas «trasnochadas». Con semejante función ha aparecido en varias películas en los últimos años [...]. [En esos casos] encarnan a dicho personaje seres uniformados que trabajan como

2 Publicado originalmente en el mensuario *La Calle del Medio*, septiembre de 2008; Enrique Ubieta: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, La Habana, Casa Editora Abril, 2014.

custodios, es decir, que representan la autoridad, pero en el escalón más bajo. [...] Se mantienen fieles a una idea que al parecer nadie en su entorno comparte, y lejos de representar una vanguardia revolucionaria, son asumidos como expresión de una patética retaguardia.³

El tema me parece vital, por reiterado, y porque nos obliga a cuestionar las representaciones que tenemos de lo que es ser un buen ciudadano y un revolucionario. En *Polvo en el viento*, Sergio repite el esquema: es el encargado de la seguridad de un establecimiento (en términos simbólicos, el custodio), obsesionado porque no roben, mientras que, por su incapacidad para comprender a los otros, pierde de forma momentánea (ya sabemos que las telenovelas tienen finales felices) la confianza de sus hijos. Aunque no es —como en las películas o en los textos literarios a los que el autor citado se refiere— un personaje en blanco y negro, caricaturesco. Sergio es torpe, se equivoca, pero el espectador sabe que, pese a todo, sus valores son auténticos.

Sin embargo, Silvio Hernández, reconocido autor de novelas radiales y televisivas, y guionista de la serie, me explica:

No concebí para esta serie personajes positivos y negativos, sino gente con sus virtudes y defectos. Lo que hace más *pesao* a Sergio es su inconformidad con lo que le rodea. De repente el país cambió y él no se adapta. José es diferente, quizás en los años 70 José fuera un personaje negativo y Sergio el héroe, pero la sociedad cambió y es posible que la visión que tengamos ahora de la gente que nos rodea sea más objetiva, más humana.⁴

Ninguna otra declaración resume de manera más transparente —aunque en su brevedad queda abierta a disímiles interpretaciones— el tema que traigo a discusión. La sociedad cubana ha cambiado, es cierto, pero ¿qué cambios son definitivos?, ¿cuáles son positivos y cuáles no?, ¿debemos aceptar la realidad tal cual parece ser o nos corresponde pelear duro por transformarla, tal como puede ser y queremos que sea? La realidad no es solo lo que los ojos ven, en ella están los hilos casi invisibles de sus diferentes futuros, tan reales todos como un árbol o una piedra; hay que descifrarlos y luchar fieramente por

3 Jorge Fornet: *Los nuevos paradigmas. Prólogo narrativo al siglo XXI*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2006, p. 116. (Premio Alejo Carpentier de Ensayo, 2006).

4 Enrique Ubieta Gómez: Conversación con Silvio Hernández realizador de la serie *Polvo en el viento*.

aquel que nos parece mejor. Luchar por el socialismo, diría yo, que es el único futuro que garantiza, a la vez, la justicia individual y la colectiva.

Pido disculpas a Silvio Hernández por tomar su obra más reciente y sus palabras para saltar con ellas hacia la vida, para incitar al lector a que reflexione sobre la sociedad en la que vive. ¿Qué significa adaptarse a las nuevas realidades?, ¿robar?, ¿permitir que otros lo hagan?, ¿hasta dónde lo moral y lo legalmente lícito pueden distanciarse en una sociedad socialista? Hay matices diferenciadores, es cierto, en la conducta ética de los personajes de la telenovela. ¿Qué significa ser «tolerante» o «intransigente», o «tener una visión más humana»? La idea que tenga la gente de sus héroes, de sus personajes positivos y negativos, marcará el modelo de sociedad que acepta como propio. ¿Por cuál sociedad lucharemos? Son solo algunas preguntas para abrir el debate.

Ser cubano en tiempos de crisis⁵ (17 de junio de 2009)

Hay tardes lluviosas que nos conducen de vuelta al pasado, y nos obligan a repensar lo vivido. En tales momentos, siempre recuerdo a mi padre. Alguna vez me dijo que de niño creía, tan seriamente como puede creerlo un niño, que había venido al mundo para hacer grandes cosas. Lo decía con una sonrisa de conformidad, que no revelaba tristeza. Creo que fue feliz. Su vida no fue anodina, vivió intensamente los años más creadores de la historia cubana, y fue protagonista anónimo de hechos trascendentes.

Cuando publiqué, al fin, mi primer libro —corría el año 1993—, ya sentíamos todo el rigor del Período Especial, y se lo dediqué a él y a mi hijo mayor. No había nacido el segundo. Cuando le muestro al más pequeño las fotos de entonces, en las que casi siempre aparezco con mi bicicleta china, se burla del hombre flaco y ojoso que mira a la cámara. Vivimos esos años entre el pedaleo monótono de la bicicleta y el caos de los «alumbrones» que el vecindario vitoreaba eufóricamente, como naufragos del socialismo; pero gracias a este, no quedamos

5 Enrique Ubieta: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, ed. cit.

abandonados a la deriva ni fueron años perdidos: en ese período escribí muchos de los textos de mi segundo libro, asistí a congresos internacionales —como la mayoría de los profesionales de mi generación, y la mía fue una generación de profesionales—, fundé una revista, participé en movilizaciones a la agricultura y trabajé en la construcción de túneles para la defensa. Sé que algunos intelectuales un poco mayores que yo, y otros un poco menores, aprovecharon las becas en el extranjero, que obteníamos con facilidad, para abandonar un barco que parecía definitivamente averiado, o simplemente para abrirse oportunidades de creación que la crisis en Cuba cerraba.

Para algunos de ellos, el tiempo de las movilizaciones, de los actos públicos, era tiempo perdido en el camino de la trascendencia individual. Yo creo lo contrario: que el intelectual que bloquea su sensibilidad política, bloquea su capacidad intelectual. No juzgo a nadie. Pero al cabo me siento satisfecho de vivir en Cuba. Vivo en un apartamento de un solo cuarto, y el auto que heredé de mi padre —con 30 años de uso— agoniza en un garaje. Pero he tenido la oportunidad de crear o de participar en la producción de muchas cosas, y de aportar mi granito de arena en la reconstrucción del país; de ser protagonista en el cambio continuo que es toda Revolución y de ver el nacimiento de otras en América Latina, cuando los intelectuales de gabinete las declaraban muertas.

Nunca podré entender a los que trazan las coordenadas de la felicidad entre cuatro paredes, y miden el éxito sumando y restando objetos. A los que ven el mundo desde las persianas de su ventana, y todos los conocimientos acumulados apenas les sirven para «denunciar» la «locura» de un «don Quijote», ya que son incapaces de entender la hondura vital del personaje cervantino. Qué suerte que viven en Cuba, a pesar de todo, en tiempos de crisis mundial. Hay muchos profesionales en el mundo que añoran ese privilegio. Y muchos cubanos de ultramar que regresan.

De locos y cuerdos⁶ (8 de diciembre de 2010)

Ayer adelanté en mi auto a una muchacha que seguía en dirección a Boyeros. La recogí en un semáforo, como es usual en las *botellas*

6 Publicado originalmente en el blog *La Isla desconocida*, 8 de diciembre de 2010; Enrique Ubieta: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, ed. cit.

capitalinas. Y fiel a mi instinto sociológico quise saber si estudiaba o trabajaba. Me explicó que enseñaba Física a adolescentes entre 12 y 13 años, en una secundaria básica del Vedado. «Si no salvamos a las nuevas generaciones, ¿cómo nos salvamos? La educación necesita un boca a boca», me dijo convencida. Lo sorprendente fue saber que no era graduada de Pedagogía, sino de Física en la Universidad de La Habana, y que al graduarse este año obtuvo una plaza de investigadora en un importante centro científico de la capital. Pero pospuso por dos años sus sueños profesionales, y el inicio de su doctorado, para responder al llamado de los educadores cubanos. «Ojalá me guarden la plaza en el centro de investigaciones», agregó. Sus compañeros de trabajo no entendieron su decisión y algunos amigos la tomaron por loca. Rompió con su novio. «Es difícil enseñar a adolescentes, pero es una experiencia gratificante», dijo casi al bajarse. La vi caminar hasta el siguiente semáforo, para cazar una segunda *botella* que la acercara más a su casa. ¿Estaba loca?

Recordé entonces unas palabras del sacerdote y revolucionario nicaragüense Miguel D' Escoto, en una conversación que sostuvimos en su casa al finalizar el siglo: «Hace poco un estudiante me preguntó —decía el padre D' Escoto—: dígame qué es lo más importante que falta en el mundo. Nos hace falta, le dije, una inyección de locura divina. La “locura” divina de la Cruz. Eso es lo que se necesita: un mundo más loco, más gente que haga cosas así, “locas”».

Todo lo que vi⁷ (11 de octubre de 2011)

A veces la cámara que rastrea la emoción en el rostro de un ser humano, acorralándolo en las comisuras del dolor o de la alegría, genera rechazo. Pero a veces tras la cámara, están los ojos de una hija o de un hermano o de un compañero de luchas, y ya no es espectadora impertinente, sino el otro que llora o ríe, que abraza o es abrazado, que nos deja estar suavemente. No sé si un hombre que sale de la cárcel injusta, después de 13 años de encierro, más delgado, más

7 Enrique Ubieta Gómez: ob. cit., blog *La Isla desconocida*, 11 de octubre de 2010, momento en el que sale de prisión René González, uno de los cinco cubanos injustamente condenados por infiltrarse en los grupos terroristas que operan en Miami, después de cumplir 13 años de cárcel. Los otros cuatro presos en esa causa fueron Gerardo Hernández Nordelo, Ramón Labañino, Antonio Tony Guerrero y Fernando González Llort.

viejo, pero con los ojos llenos de vida, siente todo lo que había soñado sentir cuando encuentra a sus hijas, o si sus sentidos —en legítimo acto de autodefensa— se embotan, huyen del melodrama más hermoso y real de su vida. No sé lo que piensa cuando encuentra a su padre más gastado, pero digno, cuando conversa por teléfono con la esposa a la que han impedido estar —ese y todos los días anteriores de prisión—, pero que no ha dejado ni un instante de pelear por su libertad, extrayéndole fuerzas a la indignación y ahuyentando de su espíritu la tristeza (como entendió rápidamente, con sus ojos de mujer poeta, Fina García Marruz).

Solo veo un rostro que sonríe torpemente y unos ojos que brillan como estrellas; solo escucho una voz inexplicablemente serena, que susurra a coro con sus hijas, junto a Silvio, junto a nosotros, «El mayor» —porque ella es Amalia Simoni, dice una de las niñas—, y «El necio», ese himno de los revolucionarios cubanos, escrito hace 20 años, cuando se nos exhortaba a saltar del barco que parecía hundirse. Ese hombre que ahora ríe como un niño, dice que peleará hasta el último día de su vida por la libertad de sus hermanos, y sus ojos se aguzan porque el dolor está aún ahí, agazapado. No puedo saber nada más: es solo un hombre, más viejo, más flaco quizás, que sabe que ha vencido a los que quisieron doblegarlo. Es un héroe, él lo intuye, pero se recuesta, excedido de sentimientos y visiones, al respaldar del auto que lo conduce hasta un lugar de tránsito —donde vivirá mientras no pueda regresar a Cuba, y reencontrarse con su esposa y con su pueblo—, en tanto ellas, sus hijas, se recuestan en sus hombros. Es todo lo que veo, lo que sé. Nos faltaban esas imágenes para entender que el pasado 7 de octubre todos los cubanos salimos con René de una cárcel, aunque permanecemos en otras cuatro: que la dignidad y la justicia de la Revolución la encarnan esos cinco hombres.

La rebeldía del homo frívolus¹ (2012)

Una caricatura aparecida en la prensa contrarrevolucionaria de Venezuela, presenta en cada uno de sus cuatro cuadros a un hombre, tendido bocabajo: en el primero, titulado *Fe en Dios*, el hombre reza con las manos extendidas, al estilo musulmán; en el segundo, titulado *Fe en Marx*, de barbas y uniforme verde olivo, apunta con su rifle; en el tercero, titulado *Fe en Freud*, sobre un diván, habla con su psiquiatra; y en el cuarto, titulado *Fe en uno mismo*, sobre la arena de la playa, comparte un daiquirí con una linda muchacha en bikini. El dibujo de la venezolana Rayma contiene varios niveles de manipulación: primero, el marxismo no es una fe sino una ciencia, y es sobre todo un compromiso —no con «la teoría», sino con los pobres—, aunque ¡ajo!, sí es cierto que requiere de fe en los seres humanos, en la virtud, como diría Martí; segundo, la tesis de que uno no debe confiar su suerte a los demás, a un psiquiatra o a un Dios, humano o divino (claro, la cosa no es contra el Vaticano, ¡válgame Dios!, sino contra la Meca), sino a uno mismo, es inobjetable; pero esa suerte se confina al goce material individualista: al ocúpese de usted mismo, al olvido de que compartimos un planeta; tercero, tener confianza en uno mismo debiera significar lo contrario: que es posible transformar el mundo.

El dibujo manipula los polos de la guerra de ideas, de valores: por una parte, la destrucción de toda fe, en especial de aquella que se sustenta en ideales colectivos —la fe en Marx aparece en uno de los

1 Enrique Ubieta Gómez: *Cuba, ¿revolución o reforma?*, Casa Editora Abril, La Habana, 2012, 2.ª ed., Ocean Sur, La Habana, 2017.

cuadros, como si se tratase de una fe irracional más, y se apoya en la desinformación y el descreimiento político de los noventa—, y su conversión en cinismo; por la otra, el estímulo a toda conducta cínica, al individualismo más feroz, despojado de barreras morales. Porque es preciso recordar la ventaja del trabajo ideológico capitalista: su slogan no es esfuérzate, sino relájate; no es preocúpate, sino despreocúpate, o hazlo tan solo de ti mismo. La persona exitosa es aquella que se olvida de los demás, la que está dispuesta a aplastar a su vecino-competidor, la que por ello obtiene el salario o la plusvalía más altos, la mayor suma de beneficios personales, produzca zapatos o arte. La calidad, sea unos u otro, importa en tanto se relacione con el precio del mercado, con la bolsa de valores. El «fracasado» es el que no logra para sí el bienestar siempre insatisfecho de la sociedad de consumo. El dibujo que he tomado de ejemplo está pensado para combatir una sociedad que apenas se traza un horizonte socialista, pero no pierde valor para entender a qué nos enfrentamos en Cuba. No es posible hablar de las realidades y el futuro de un país, sin que hablemos de las realidades y el futuro de todos los países.

La guerra cultural contra el proyecto anticapitalista —a la postre, la decisiva—, aprovechó la estrepitosa caída de lo que se mal llamó el socialismo real en Europa, e hizo girar durante los años noventa, en ciento ochenta grados, la aguja de la sensibilidad histórica: del discurso épico al intimista, de la unidad (patriótica, ideológica, de fines) a la dispersión, de los valores colectivos a los más individualistas. Perdido el horizonte en la neblina, libros, filmes, programas de televisión y prensa escrita convergieron en el descompromiso: no existen los héroes, no existe la verdad, no existe un futuro alternativo. Del apagón ético que produjo la desaparición temporal del horizonte socialista, resurgió vigoroso —estimulado por el mercado y legitimado por los acontecimientos históricos— el *homo frivolus*.

A media cuadra de una concurrida arteria de Berlín, fue reconstruido el famoso Checkpoint Charlie, una de las puertas del otro Muro que dividía en dos a la ciudad. En un edificio cercano, un anuncio comercial ocupaba, en enero de 2010, toda la fachada: Be stupid, era el slogan promocional. Pero el mensaje era más elaborado: *Smart may have the brains, but stupid has the balls* (el listo, o el inteligente, puede que tenga cerebro, pero el estúpido tiene pelotas o huevos). Es una foto en la que aparece una muchacha que muestra

sus senos desnudos a la cámara de vigilancia de un muro (puede ser el muro de una cárcel o simplemente el de una mansión privada, o quizás —y es lo que sugiere el mensaje, en su contexto berlinés—, el desaparecido Muro). El gesto es divertido e irreverente, pero no expresa opción de vida alguna, mucho menos un proyecto de cambio colectivo. En letras pequeñas, a un costado, aparecía la marca que adoptaba el extraño mensaje: Diesel, fabricante —entre otros productos textiles— de pantalones vaqueros. Los destinatarios son los jóvenes. «Sé estúpido», claro, no se traduce literalmente. Significa que seas «loco», irreverente, que encauces el exceso de adrenalina, la innata rebeldía juvenil en actos de desacato, de divertido descomprometimiento o de irresponsabilidad.

Que el mercado incite y conduzca la rebeldía juvenil es muy revelador. Busqué en Internet otras imágenes de la misma campaña publicitaria; los mensajes son diversos, pero apuntan en la misma dirección: «El listo escucha a su cabeza, el estúpido (es decir, el irreverente, el loco) a su corazón»; «El listo planifica, el estúpido improvisa»; «El listo tiene planes, el estúpido historias (que contar)», son algunos de ellos. En una ciudad como Berlín, que es un museo del anticomunismo a cielo abierto, cada exhortación a la trasgresión en los jóvenes tiene el mismo punto de partida y de llegada: el cuerpo humano.

La muchacha de la foto no tiene otra cosa mejor que oponer al imaginario o real poder de un muro que sus senos desnudos y unos buenos y aparentemente gastados pantalones Diesel. Es una rebeldía que el mercado auspicia con entusiasmo: el cuerpo se abastece en los grandes centros comerciales (donde es posible hallar todo el exotismo, toda la «rebeldía» que aporta la moda) y transforma el consumo en un complaciente espejo mágico. Imágenes que recuerdan al París de 1968, y lo evocan en sus maneras externas, pero que lo traicionan en sus contenidos reales. La campaña publicitaria de Diesel incluía un video interactivo alojado en Internet: unos muchachos bailan con desenfado en una habitación (se escucha la música). El internauta puede tomar el mouse y situar el cursor sobre las diferentes prendas que visten —ellos no cesan de bailar—, y en cada caso aparecerá su nombre, modelo y costo. Pero si sitúa el cursor en el rostro alegre y despreocupado de los danzantes, aparecerá una definición: «estúpido». El mercado es el gran ideólogo del capitalismo. No explica nada, elude los razonamientos; detesta a los listos, cultiva la estupidez.

Diesel manipula la rebeldía juvenil por caminos ciegos, pero se nutre de ciertas tendencias sicosociales de fin de siglo.

La campaña de Diesel, sin embargo, me remite a un texto muy breve, programático, de José Manuel Prieto,² un escritor cubano de la generación de los ochenta que se radicó en New York:

Esto es lo que había querido mostrar Guillermo Cabrera Infante —escribe orgulloso de su descubrimiento—; los hombres a salvo en el reducto de su piel; anteponer lo personal, la motivación que puede ser tildada de frívola y egoísta, pero que cuenta con la gran ventaja de ser tuya y de nadie más. [...] Ocurrida mi feliz conversión a *Homo frivolus*, yo, que quería escribir novelas, abandoné sin vergüenza la meta de la «Novela de la Revolución», de la NOVELA.

¿Qué se había alcanzado por esa vía? Nada o casi nada. [...] Porque la respuesta es mucho más sencilla: no hay tal, no existe la vida más allá de esta vida. [...] Tránsito hacia lo frívolo, o lo que es lo mismo, hacia lo humano: los grandiosos objetivos de la época rebajados a pequeños goces actuales; un presente hinchado de significados, vasto, disfrutable en todos sus resquicios.³

Para este novelista, los Estados Unidos difunden «la cultura del disfrute del presente, de lo lúdico», mientras que los rusos (los soviéticos), «más pesados y fundamentalistas, exportaron un ascetismo de corte religioso, una severidad escatológica».

Entre los blogueros contrarrevolucionarios —modalidad nueva en la forma, que repite los mismos contenidos y procedimientos de la tradicional oposición al socialismo—, hay algunos que cultivan la irreverencia del cuerpo. Es sociológicamente interesante el mundo virtual de Lía Villares,⁴ por ejemplo: decenas de fotos reproducen su rostro y el de sus amigos, con énfasis narcisista. En muchas de esas fotos aparece desnuda. El cuerpo desnudo puede acompañarse de símbolos graves, como la bandera cubana. Orlando Luis Pardo Lazo,⁵ un

2 José Manuel Prieto (La Habana, 1962): Narrador. Estudió y vivió durante varios años en la antigua Unión Soviética.

3 José Manuel Prieto: «Nunca antes habías visto el rojo», *Cuba y el día después*, selección de textos e introducción de Iván de la Nuez, Mondadori, Barcelona, 2001, pp. 78-79.

4 Lía Villares (La Habana, 1984): Bloguera del entorno de Yoani Sánchez.

5 Orlando Luis Pardo Lazo (La Habana, 1971): Escritor y fotógrafo. Licenciado en Bioquímica por la Universidad de La Habana. Bloguero del entorno de Yoani Sánchez, autor de los blogs *Lunes de post Revolución* y *Boring home utópicas*, y colaborador de *Penúltimos días*.

escritor-bloguero de *boutades*, se hizo retratar mientras se masturbaba sobre la enseña nacional. Episodios viejos que llegan tarde a Cuba, pero que siguen la misma línea matriz: la frivolidad frente a la seriedad; la despreocupación opuesta a la razón; la individualidad extrema frente a cualquier expresión de colectividad, ya sea la Patria o el proyecto social. Un bloguero contrarrevolucionario alienta desde el exterior el acto «rebelde», el *I'm stupid* del *slogan* publicitario:

Ya he hablado en otras ocasiones del trapo nacional y la mayoría de ustedes sabe lo que recomiendo: limpiarse el culo con él. Creo sinceramente que a no ser que se incluya una asignatura en las escuelas primarias donde se enseñe a mear, escupir y cagar en la bandera, estamos perdidos. [...] Hace poco un escritor cubano se hizo una paja y lanzó el precioso semen sobre la bandera islopavorosa. Es un progreso. A eso llamo yo un acto de sensatez, una llamada al sentido común. Al margen de la belleza intrínseca de la acción. Como el joven al que aludo vive en la pavorosa, hay que añadir que su masturbación antipatriótica y antibanderil fue también muy valiente. Desde aquí le envío mi solidaridad y mi simpatía.⁶

Fue precisamente Pardo Lazo quien, en respuesta a mis comentarios sobre el mensaje *Be stupid* de Diesel, aparecidos en mi blog, insertó en el suyo una de aquellas fotos promocionales, con una leyenda modificada que incluía mi apellido: *Smart critiques. Stupid creates. Don't be Ubieta. Be stupid.*

La frivolidad perseverante, la evanescencia —no hay que confundirlas con el placer «efímero», con el disfrute sensorial de lo bello «intrascendente» tan necesario en la vida— despojan al individuo de raíces morales y afectivas. La fascinación por el gesto foráneo, por el glamour de «una vida otra» intuita en la pantalla del televisor o en los salones de cualquier hotel, determinan la actitud del joven frívolo:

Nunca olvidaré el momento en que mi razón supo en La Habana que yo no conocía la libertad. Fue cuando una argentina (se llamaba Doris y era de Misiones) encendió un cigarro Malboro. La manera de encenderlo y después de llevarlo al aire con las primeras volutas saliendo de sus dedos entrecruzados, describió en el vestíbulo del hotel Riviera la forma visual de mi vergüenza. Yo quiero poseer ese gesto, me dije

6 Juan Abreu: «Banderas», *Penúltimos días*, 20 de noviembre de 2008.

con descubridor entusiasmo de esclavo. Me di cuenta, también, que no entendía la libertad, por desconocida, pero el Malboro ardiendo me mostró que podía verla y hasta suponerla.⁷

Estas palabras fueron escritas para su blog personal, en febrero de 2011, por Armando Valdés-Zamora,⁸ un escritor cubano residente en París, y reproducidas en *Penúltimos días*. Su concepto de libertad se asocia a un gesto fetiche, cinematográfico, y al consumo de una marca ampliamente conocida e inexistente o poco asequible en el país. Uno de los comentaristas del post narra su propia experiencia:

Debo confesar, un poco avergonzado, aún bajo la máscara del anónimo, que yo también sufrí en La Habana el estremecimiento del gesto ajeno. Ingresado en el hospital Naval tuve por compañero de habitación a un inglés, Brian, cuyos gestos sofisticados hasta la naturalidad me sedujeron tanto que decidí absorberlos e imponérmelos.

Brian era lo que yo quería ser, sin saberlo, el poseedor de gestos de un hombre libre. Ya un poco obsesionado no me perdía una película inglesa tratando de engrosar el repertorio de gestos, al final la integración fue tal que, en Londres, décadas después, en una sastrería de Jermyn Street antes de hablar, el empleado me había tomado por inglés y no ocultó su desconcierto por la equivocación «es que ha estado usted revisando las telas de una manera como solo suelen hacerlo los caballeros aquí» me insistió dos veces.

Lejos de alegrarme, llegué a mi hotel tan deprimido que me tiré en la cama a sollozar, me sentía más esclavo que nunca de mis tristes orígenes totalitarios, solo que ahora era poseedor de una mecánica gestual que los enmascaraba. Una auténtica crisis de legitimidad.⁹

Otro comentario salta del simple gesto —que en el articulista se asocia a un producto y a una marca, Malboro— al «simple» objeto de consumo:

7 Blog *La balsa de la musa*, «Discurso de la servidumbre voluntaria», febrero de 2011, <http://labalsadelamusa.over-blog.com/article-discurso-de-la-servidumbre-voluntaria-67208661.html>

8 Armando Valdés-Zamora (La Habana, 1964): Estudió Filología en la Universidad Central de Las Villas. Trabajó en la Biblioteca Provincial de Cienfuegos. Durante los años ochenta y noventa perteneció a la directiva de la Asociación Hermanos Saiz (AHS) de jóvenes escritores y artistas de su ciudad.

9 Comentarios anónimos al post de Armando Valdés-Zamora «Discurso de la servidumbre voluntaria», originalmente aparecido en su blog personal, reproducido por el blog *Penúltimos días*, marzo de 2011.

Felicito al autor por este artículo. A la vez, los comentarios me recordaron lo que me dijo una amiga en 1980 que me hizo ver las cosas diferentes, como los «gestos» que fulminan, comentados por acá: el primo de mi amiga tenía una obsesión con tener botas de vaquero desde niño. Nunca pudo conseguir unas en Cuba. El muchacho se fue por el Mariel. La primera carta que la familia recibió de él fue una foto, sin palabras: el muchacho estaba retratado con unas botas de vaquero.¹⁰

Este breve comentario me recordó a su vez un excelente documental titulado *Balseros* de la televisión española, filmado en tres momentos, cada uno distante en años, de la vida de varios cubanos que emigraron a los Estados Unidos. El reportero llegó a Cuba en plena «crisis» de 1994, filmó la construcción de las precarias embarcaciones en La Habana y siguió a sus protagonistas hasta sus diversos destinos. Hay una escena en la que una de las parejas jóvenes discute en un centro de ventas de automóviles porque no puede darse aún el lujo de comprar uno de uso, y casi al borde de la histeria de ella, de la ruptura, el reportero interviene y le dice al esposo de manera un tanto ambigua —la pareja sabe que los están filmando, pero «actúa» con autenticidad— «dale un beso». Sorpresivamente, el joven obedece y besa... el carro en exhibición que se encuentra a sus espaldas.

Recuerdo haber visto a Carlos Otero, popular animador de la televisión cubana, cuando actuaba en el Salón Rojo (actualmente un cabaret, antes de 1959 existía en ese local un casino) del habanero hotel Capri, preguntar desde el escenario a los comensales por su país de procedencia, recurso que es habitual para dar la bienvenida y, ante unos turistas canarios, comentar: «Canarias es igual que Cuba, pero con más tiendas»; y enseguida, al saber que otros provenían de Chile, sin referirse a Pablo Neruda o a Gabriela Mistral, decir: «Ah, usted es de Chile, la patria de don Francisco» (el conocido animador de la televisión de Miami). Aquella fue una de sus últimas presentaciones antes de abandonar el país.

Por eso no me extrañó su comportamiento al ver el video de su primera presentación pública en Miami, en el espacio humorístico La Cosa Nostra del Canal 41. Carlos Otero fue retratándose en cada frase. Estas son algunas de sus expresiones, transcritas del video que puede verse en Youtube:

10 *Ibidem*.

«¡Qué ganas tenía de estar en esta mesa! Esta mesa que veía todas las noches en Cuba» (se supone, según la prensa transnacional, que los cubanos no acceden a ningún tipo de información alternativa, pero los de Miami pasan por alto sus propios argumentos, si alguien trata de decir que son vistos o seguidos en Cuba). «¿El Canal 41? ¡Eso es lo que más se ve en Cuba...! Ese mismo público cuando me paraba en la calle me decía: ¿qué haces aquí?, estás desperdiciando tu talento...» El hijo mayor le dijo: «Ahí está la televisión que quizás algún día tú puedas hacer» (el lector seguro conoce que la televisión hispana de Miami es una de las peores del mundo en lo que respecta a calidad). De repente, pide al locutor oficial que lo deje hacer «eso» y dice emocionado: «Yo llevo 28 años tratando de decir esto y nunca me dejaron... es algo que tengo tan guardado en este cerebro, porque además yo lo disfrutaba tanto, que es algo que necesito hacer... amigos televidentes... te lo juro que estoy emocionado... ¡vamos a un corte comercial...! Cómo me gustan los comerciales... Espérate muchacho porque esto sí que lo tengo que disfrutar, lo que voy a bajar es mucho: ¡vamos a comerciales!».

Es cierto que el socialismo trazó objetivos demasiado «serios» en el horizonte personal; quizás el mejor ejemplo de la conversión «exigida» sea el de Tina Modotti¹¹ que, de gran dama de la farándula, sexualmente libre, creadora y musa de creadores, pasó a ser la «monja» consagrada, la Madre Teresa de la Internacional Comunista (de «la futilidad pequeño burguesa» al sacrificio de una vida entregada a la clase obrera). Julio Antonio Mella, su pareja cubana, en cambio, que murió joven, conserva el encanto del hombre culto, atlético, bien parecido, sin prejuicios. Que los soviéticos producían acero en proporciones inusitadas, aviones y naves espaciales y no podían hacer zapatos hermosos y de calidad, es una verdad consabida.

También los cubanos padecemos de un período «purista». La «seriedad socialista» y la atalaya evaluadora de una generación sin los

11 Assunta Adelaide Luigia Modotti, *Tina Modotti* (Italia, 1896-México, 1942): Fotógrafa y revolucionaria. Vivió los intensos años veinte en México, y militó en el Partido Comunista de ese país. Amiga íntima de importantes personalidades de la cultura mexicana. Fue compañera del líder estudiantil cubano Julio Antonio Mella y testigo de su asesinato. Expulsada de México se reencontró con Vittorio Vidali, legendario combatiente de la Internacional Comunista. Colaboró en el Socorro Rojo Internacional. Durante la Guerra Civil se alistó en el Quinto Regimiento y trabajó con las Brigadas Internacionales. Regresó a México en 1939.

niveles educacionales que exhibe hoy la población cubana, enmarcaron el concepto de «hombre nuevo» entre las cuatro paredes de un ideal «viejo», centrado en la «corrección formal» (en el fondo, pequeño-burguesa) que los propios rebeldes habían roto en la Sierra. Durante unos años, ciertamente, se apagaron las luces del placer mundano, y el sacrificio inundó todos los resquicios de la cotidianidad, algo que, por tradición cultural, era insostenible en Cuba. Nicolás Guillén, poeta comunista, miembro del Comité Central del nuevo Partido desde su creación en 1965, escribió en ese período un poema que tituló «Digo que yo no soy un hombre puro»¹² y que circuló por el país de mano en mano. Un poema que describe la doble moral burguesa que carcomía, paradójicamente, el ideal socialista del hombre y la mujer nuevos.

Las razones últimas de la caída del socialismo, según José Manuel Prieto, deben buscarse en «lo nimio, lo aparentemente falto de importancia: la moda, los hits musicales, los chokolatines suizos, las fragancias de marca».¹³ En realidad, Prieto acierta en la identificación de lo externo, pero lo que busca es más trascendente, aunque se advierta en las «nimiedades» de la vida cotidiana: las razones últimas son culturales. Que el capitalismo envuelve la vida cotidiana de aspiraciones (insaciables, siempre insatisfechas) fútiles, asociadas al mercado, al consumismo y desconectadas de proyectos colectivos, también es conocido. «Alegres pero profundos», es el mensaje que la Unión de Jóvenes Comunistas promovió en Cuba para contrarrestar esa contradicción de propósitos.

El pero, trataba de marcar la diferencia, porque el imaginario social de los cubanos no admite la tristeza. La acumulación excesiva de frivolidad que Prieto detecta en la Cuba de los cincuenta, probablemente contribuyó a producir la explosión de trascendentalismo de los sesenta; y ya lo sabemos, si la Revolución alguna vez es destruida, se desencadenaría en Cuba una desenfrenada pasión por lo frívolo, un individualismo feroz, ya en ciernes, en crecimiento, centrado en el cuerpo, en la piel, que bien pudiera desentenderse del destino nacional.

12 Nicolás Guillén: «Digo que yo no soy un hombre puro», sitio web oficial de la Fundación Nicolás Guillén, <http://www.fguillen.cult.cu/guigale/074.htm>.

13 José Manuel Prieto: «Nunca antes habías visto el rojo», ob. cit., p. 73.

En un artículo que leí hace algunos años, Armando de Armas¹⁴ sugería que la mujer y el hombre nuevos *light* que produce el socialismo es más dócil y más dúctil para ser triturado por el capitalismo, que el que este genera. Se refería al joven que crece en Cuba y después emigra. Y tiene parte de razón. Es, en primer lugar, más ingenuo; del capitalismo solo conoce lo que dicen los libros y los padres (dos instancias de poder que el joven, en toda sociedad, mira con desconfianza); lo que muestran las películas del sábado; los turistas que, como en cualquier otro país, gastan en una semana lo que han ahorrado en un año; y lo que cuentan o exhiben los «socios» y familiares que se fueron, dispuestos a morir antes que confesar cualquier fracaso. Es mano de obra barata y calificada, con buenos índices de salud. No viaja para cuestionar el mundo que previamente ha idealizado, y acata sus normas obedientemente. Es, sobre todo, alguien que ha despolitizado la moral, y la ha individualizado al máximo; que de alguna manera ha decidido ceder a los otros su derecho a pensar el mundo, para ocuparse de sí.

Es una ruptura que no tiene que hacer el emigrante dominicano, el mexicano, el centro o sudamericano, pero que el cubano está obligado a hacer, porque su moral formativa revolucionaria, a diferencia de la del resto de los latinoamericanos, tiene una Revolución, un país, un espacio de realización. Y es este punto el que quiere destacar De Armas, como si se tratara de una deficiencia congénita del socialismo, sin apenas darse cuenta de que es lo contrario: solo el socialismo promueve el pensamiento propio, la lectura por encima de la fe. Cuando uno de sus hombres o mujeres lo abandona, permanezca o no dentro de sus fronteras geográficas, está de hecho renunciando a pensar con cabeza propia, está aceptando la dictadura de los medios para ocuparse de su propio cuerpo. El joven que se «rebela» contra una revolución puede tener el pelo largo, usar pantalones de mezclilla (de marca) y gafas de intelectual, como los muchachos de los sesenta, pero, a diferencia de aquellos, su rebeldía consistirá en ovi-llarse, en burlarse de los navegantes que buscan nuevos horizontes,

14 Armando de Armas (Santa Clara, 1958): Licenciado en Filología por la Universidad Central de Las Villas. Ejerció el periodismo en la emisora Radio Ciudad del Mar de la ciudad de Cienfuegos durante los años ochenta. Vive actualmente en Miami, vinculado estrechamente a la ultraderecha de esa ciudad, y amigo personal de Mario Díaz-Balart. Es director de los programas Radio y TV Martí.

en repudiar... la rebeldía. No creo, sin embargo, que sea un hombre o una mujer carente de voz. Pero la propuesta contrarrevolucionaria de futuro es el pasado, un pasado aún más agobiante, más dependiente que el que tuvimos: un pasado que ha regresado del futuro; es decir, un pasado sin futuro, donde la moral tiene el largo y el ancho del cuerpo humano.

La nostalgia construida o la «memoria» emocional¹⁵ (2012)

Antonio José Ponte establece el año 1959 como límite para dos épocas históricas: un antes signado por la Fiesta; un después aburrido, demasiado serio.¹⁶ Recuérdense un dato inobjetable: las revoluciones, todas, promueven de forma obsesiva la superación de las masas; alfabetiza e incentiva el estudio para que estas entiendan el sentido y la necesidad de las transformaciones.

Al capitalismo no le molesta el analfabetismo real o funcional de los sectores más humildes; no convence con razones, sino con imágenes. En mis recorridos de trabajo por Berlín preguntaba continuamente si me hallaba de un lado o del otro del antiguo Muro: quería descubrir la diferencia, ese «algo» especial que encandilaba a los alemanes del Este. En realidad, el Berlín monumental, el que pudo salvarse o reconstruirse después de la guerra, se halla en la zona este: la Universidad de Humboldt, la llamada isla de los museos, la catedral lutherana, la iglesia más antigua de la ciudad... ¿Qué podía ofrecer el oeste? Mi guía, un cubano casado con una alemana y radicado hace apenas diez años en la urbe, no sabía. Dos autores muy diferentes me dieron «la pista». Santiago Alba Rico, filósofo y escritor español, afirmaba provocador:

Somos adictos al sexo, a la velocidad, a los espectáculos, al plástico; pero somos adictos, sobre todo, a la luz eléctrica. No hay nada de extraño en nuestra dependencia energética; sin ella ni la producción ni la curación ni la cultura serían ya posibles. Lo extraño es nuestra

15 Enrique Ubieta Gómez: *Cuba, ¿revolución o reforma?*, Casa Editora Abril, La Habana, 2012, 2.^a ed., Ocean Sur, La Habana, 2017.

16 Antonio José Ponte: «La fiesta vigilada», ob. cit.

dependencia estética; el hecho, es decir, de que esa luz que el novelista inglés Robert Louis Stevenson consideraba, por contraste con la del fuego, «un horror para realzar otros horrores», nos parezca tan hermosa hasta el punto de que su prestigio se utiliza para reforzar todas las otras adicciones.¹⁷

El texto es por supuesto una metáfora sobre los mecanismos de hipnotización e idiotización del capitalismo. Los ideólogos de ese sistema se ocupan de encender «las luces»; mientras menos se explique, mientras menos se sepa, mejor. Los del socialismo necesitan explicarlo todo, todo el tiempo. Durante mis encuentros berlineses, Nicole, una amiga alemana que habla y lee el castellano, me obsequió una edición cubana de *La confianza*, novela de Anna Seghers.¹⁸ Me sumergí en su lectura durante mis largos recorridos en tren por aquel país. En sus páginas encontré una explicación sencilla para mi enigma, y aquilaté el absurdo de la ciudad dividida. La novela contiene un diálogo en el que un personaje trata de convencer al protagonista de que cruce la frontera berlinesa, en aquellos años todavía sin muros divisores:

Mira, si sales de noche de la estación y te sumerges en las luces de la ciudad, verás que no tienen comparación con las estrellas. Las estrellas no son más que puntitos, todos del mismo color y muy lejanos, además. Pero en esa ciudad uno ve letreros lumínicos de todos los colores. Se encienden y se apagan, clic, clac. Y detrás de las vidrieras, noche y día, hay cosas increíbles.

Thomas se echó a reír, pero Pumi se mantuvo serio:

Solo entre tanta luz uno se siente verdaderamente feliz. Y después de haber mirado bien, piensas: «Aquí hay de todo».¹⁹

Del lado occidental estaban las tiendas, las luces, el artificio, la ilusión del mayor de los ilusionistas: el capitalismo. El Europe Center, una tienda por entonces mucho más lujosa, desde la que se trasmitían

17 Santiago Alba Rico: «Apología del apagón», *La calle del medio*, 21, enero de 2010.

Durante varios años Alba Rico colaboró con excelentes textos en la revista *La calle del medio* fundada y dirigida por mí. Después se distanció de sus posiciones políticas iniciales y abandonó su apoyo a la Revolución Cubana.

18 Anna Seghers (Alemania, 1900-1983): Escritora y luchadora antifascista. De 1941 a 1947 vivió exiliada en México. Desde 1952 hasta 1978 fue presidenta de la Federación de Escritores de la República Democrática Alemana.

19 Anna Seghers: *La confianza*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1986, p. 209.

programas de televisión especialmente diseñados para la zona oriental, resulta hoy pequeña, prescindible, ante los nuevos e iluminados centros comerciales de la ciudad, como el Sony Center. Ningún símbolo expresa de forma más eficaz la derrota del Muro, de lo trágico ante lo frívolo, que los chicles masticados que han «tapiado» sus restos en esa zona de la ciudad.

La guerra cultural es más intensa en los predios de la memoria histórica. No hay futuro sin pasado. No existe proyecto político sin tradición que lo respalde. Pero la memoria tiene dos niveles de construcción: uno racional, otro emocional. El emocional se empeña en construir una nostalgia artificial que evoque, como propias, imágenes de laboratorio.

No es casual que los empresarios extranjeros hayan captado de inmediato el filón simbólico de la recuperación de los años cincuenta en Cuba, en un contexto internacional de agotamiento de valores y estéticas de vanguardia. Lo que fue sin dudas un símbolo de la resistencia revolucionaria, mantener los viejos autos en funcionamiento frente al bloqueo, se presenta ahora como su contrario: la resistencia del pasado a desaparecer.²⁰

Los promotores cubanos de turismo siguieron la lógica del mercado, y crearon una empresa de taxis para que el visitante cumpla el sueño más insólito: evadir el presente en una «máquina del tiempo» que lo pasee por una ciudad detenida en su evolución arquitectónica, en automóviles restaurados, que fueron lujosos cuatro, cinco o seis décadas atrás. Si en esa extraña ciudad se mueven decenas de miles de profesionales y una cifra similar de estudiantes universitarios, si entre los transeúntes observados o filmados en cámaras de video (como los personajes de Spielberg, los turistas del tiempo toman muestras de esa misteriosa isla donde todavía habitan dinosaurios,

20 El secretario de Estado de los Estados Unidos, durante su primera visita a Cuba en 2015, ya restablecidas las relaciones diplomáticas por los Gobiernos de Barack Obama y Raúl Castro, alquiló tres autos estadounidenses de los años cincuenta, aparentemente bien conservados, para desplazarse por La Habana. El gesto, de valor simbólico, intentaba mostrar la continuidad no superada del tiempo. No sabía él o no le importaba saber para sus fines mediáticos, que ingeniosos mecánicos habían sustituido cada pieza del motor de esos autos por otras de las más disímiles marcas, japonesas, soviéticas, italianas; en fin, que lo que parecía ser la resistencia del pasado a desaparecer, era en realidad la resistencia de un pueblo que se negaba a ser vencido.

para tener constancia del hecho), no existen analfabetos y la mayoría posee un extraño noveno grado de instrucción general, o apenas fallecen cuatro por cada mil nacidos vivos, o la expectativa de vida de sus habitantes es de setenta y ocho años, son datos que las cámaras no recogen.

Lo mismo acontece con la música: un avisado comerciante había reunido a un grupo de maravillosos intérpretes ancianos, en un país de maravillosos intérpretes de todas las edades, y los hizo famosos. La música, los autos, los edificios y ¿por qué no? el empecinado socialismo, una «ideología del siglo xx» ya en desuso, se complementan para que el turista pueda vivir el pasado de forma «real». Paradójicamente, los símbolos del socialismo, un Patria o Muerte o el rostro del Che en una pared, la pañoleta en el uniforme escolar, aún cuando no pertenezcan a las décadas de culto, refuerzan la ilusión de un tiempo detenido. Superposición de tiempos pasados en un pastiche postmoderno. Cada quien podrá encontrar en el parque temático del siglo xx su década preferida. Algunos incluso se apresuran a venir antes de que, como piensan que ocurrirá, como repite día tras día la prensa de sus países, los dinosaurios desaparezcan después de la muerte de Fidel.

¿Qué sentido tendría decir que en las calles de La Habana o de Santiago, por ejemplo, pueden encontrarse miles de excelentes músicos jóvenes graduados en las escuelas de arte? La escenografía urbana abarca toda la primera mitad del siglo xx, hasta los sesenta; el pueblo cubano ostenta los índices educacionales y de salud que anhela la sociedad latinoamericana del siglo xxi, es cierto. Pero, ¿qué importa? Como aquellos peninsulares del siglo xvi en América, como los extranjeros en La Habana de 1961, según el testimonio de Jean Paul Sartre, los de hoy miran sin ver, es decir, sin comprender.

Gracias a esa incompreensión, a ese equívoco, los pintores-artesanos han encontrado una mina de oro reproduciendo en serie, en óleos, en artesanías de madera o de papel maché, el rostro del Che, los viejos modelos de autos, los edificios demacrados o semiderruidos de la ciudad y los antiguos tópicos del teatro vernáculo escenificados para el incauto (o no) «gallego» o para el (la) «pícaro (a)» italiano (a).

Los trabajadores más antiguos del hotel Meliá Cohíba, inaugurado en 1994, coinciden en señalar al primer gerente español como la persona que tuvo la idea de diseñar el cabaret Habana Café como un

espacio retro de los cincuenta, con un Chevrolet de 1957, una moto Harley Davidson y una avioneta, auténticas joyas de la época dispuestas entre las mesas, entre otros muchos objetos insólitos, como un parquímetro, una vitrola y los anuncios originales de Coca Cola a cinco centavos. Cierto que en una esquina hay fotos de las manifestaciones estudiantiles y de la represión policial de los años cincuenta, pero entre tanto esplendor de época, entre el glamour de las fotos que muestran a los cantantes nacionales y extranjeros sonrientes en centros nocturnos o a su llegada al aeropuerto y las luces de neón de una ciudad que simulaba estar eternamente de fiesta, aquellos episodios son más bien notas aisladas de una obstinada y desagradable prensa roja. No se trata de entender el mundo, sino de sentirlo. Para convertir el pasado en nostalgia se llena el recuerdo de fragmentos sin articulación, y se evita su reconstrucción racional.

Hace unos años, en una esquina de la ciudad de Estocolmo, encontré el KGB Bar. En su interior, desgajados de su contexto, sin orden, se amontonaban banderas, carteles, bustos, medallas, del desaparecido orbe soviético. Pedazos de historia, piezas de un viejo retrato que ahora, desde la anarquía, incitan a la nostalgia. A pesar de su apariencia, el extraño bar no era un museo, sino más bien un templo. No atesoraba explicaciones o verdades, sino emociones, añoranzas de una identidad perdida. Era apenas una evidencia muda, un espacio que transformaba, entre libaciones alcohólicas, el pasado en mito.

El arquitecto cubano que participó en la adaptación del diseño original del hotel Meliá Cohíba, me comentaba:

Creo que aquí en el Habana Café se gastó dinero de más, porque han puesto una cantidad de fotos, una cantidad de cosas que nadie mira; yo nunca he visto a ningún extranjero mirar ni las fotos, ni la máquina de escribir vieja, ni el molino de café viejo, lo que más llama la atención son los carros y las motos, por la escala que tienen, pero lo otro, no lo ven, ni el reloj que hay por allá, ni el letrero que dice «Coca Cola, cinco centavos», ni el anuncio de la cerveza Cristal, no sé, han querido hacer como un museo, pero no es un museo porque la gente no va ahí a ver las cosas, la gente va a sentarse a comer, a tomar, a ver un show.

Sin embargo, el efecto de nostalgia elude cualquier concreción, y se produce no ante un objeto específico, sino ante un ambiente evocativo. Es cierto, como dije, que la sensibilidad occidental siente el

agotamiento de las estéticas modernas, y regresa al pasado, en busca de tiempos «mejores», menos descreídos. Pero el escenario cubano no puede prescindir de su bipolaridad. Ante la muerte por decreto mediático de las ilusiones en torno a la posibilidad de un futuro mejor, esas estéticas cultivan la nostalgia por un pasado (todo pasado fue mejor), que en el caso cubano es desmovilizadora, de puertas cerradas: el pasado puede libarse, soñarse, pero al final hay que despertar, volver al presente, o intentar reconstruirlo.

Cuba simula ser un parque temático del pasado, de todos los pasados que tuvo el siglo xx, y esos empresarios la venden no como museo, sino como bar; no para la intelección de su presente y su futuro, sino para el deleite nostálgico en una estación detenida, a punto de desaparecer.

A veces la nostalgia por ese pasado pierde su justificación mercantil, como cuando se restaura una institución como el Havana Yacht Club, antiguo centro de recreación de la aristocracia habanera, para diplomáticos, residentes extranjeros y nacionales de más recursos, y alguien decide situar en la galería de entrada las fotos color sepia de los aristócratas desplazados que allí festejaban, paseaban en sus yates o participaban en eventos náuticos. A veces la nostalgia se instala, peligrosamente, como proyecto de futuro, cuando reaparecen boutiques especializadas en marcas de renombre mercantil; ya sé que habrá dinero bien ganado que deberá gastarse, y que las ofertas de marca son una opción para los de mayores ingresos, pero, ¿por qué traer de vuelta las tiendas exclusivas, las que son solo para los que tienen más dinero, o lugares de paseo para los que anhelan tenerlo?, ¿por qué no diseminar lo más caro junto a lo más barato, para no establecer con toda formalidad la división en el imaginario social?

El Nuevo Herald insiste en recordar y mitificar la tienda El Encanto²¹ —destruida en un incendio provocado por la propia burguesía, que no soportaba la idea de que fuese intervenida por el «populacho»— «en su tipo, la más notable de todas las tiendas de nuestro hemisferio», como símbolo de una Habana magnificada por

21 La más grande y lujosa tienda por departamentos de La Habana en la década de los cincuenta. El 13 de abril de 1961 fue incendiada por una organización contrarrevolucionaria y quedó totalmente destruida. En el acto terrorista perdió la vida la dependiente Fe del Valle y resultaron lesionadas dieciocho personas. El incendio provocó pérdidas materiales valoradas en más de veinte millones de dólares.

la nostalgia. En uno de sus textos de homenaje, el diario miamense repasaba la exclusiva clientela de sus salones:

En los años 50, si un millonario estadounidense quería comprar un modelo de Christian Dior, tenía que viajar a París o La Habana. En 1956, el modisto francés, que padecía de fobia a los aviones, no pudo resistir la tentación y se arriesgó a volar hasta Cuba para visitar aquella famosa tienda que había adquirido la exclusiva de sus modelos.

Ubicada en un edificio de seis pisos, con 65 departamentos, El Encanto fue un templo de la elegancia, frecuentado por grandes estrellas internacionales.

Hoy sus antiguos empleados celebrarán los 120 años de su fundación con un evento cultural en el Miami-Dade County Auditorium.

Tyrone Power y César Romero iban buscando corbatas de seda italiana. Ray Milland, uno de los actores preferidos de Alfred Hitchcock, se surtía de camisas deportivas en el Departamento de Caballeros. Miroslava, la actriz checa que hizo carrera en el cine mexicano, exigía en los contratos de sus películas que los vestidos fueran de El Encanto. John Wayne confiaba en las camisas a la medida de su estatura que confeccionaban en la sastrería de la tienda.

María Félix prefería el famoso Salón Francés, decorado a imitación del palacio de Versailles y dedicado a dar una atención exquisita a las damas que venían en busca de los exclusivos modelos de Manet.²²

Hay autores que delimitan las dos épocas, el antes y el después del cincuenta y nueve, como decía, por su supuesta actitud social ante la Fiesta: derroche, despreocupación y alegría, antes; austeridad, seriedad y tristeza, después. José Manuel Prieto afirma desde el «exilio» sobre sus años de Revolución: «Éramos buenos, no cabía duda, pero nos moríamos de aburrimiento». Antonio José Ponte considera que el pequeño recinto —por cierto, también un bar, parece que la nostalgia y el alcohol, como en los boleros, espontáneamente se asocian—, que recoge la historia del emblemático hotel Nacional, es un «museo de la fiesta», y se detiene en las fotos de los huéspedes famosos, colocadas por décadas:

En esas paredes puede seguirse la historia de esplendor y decadencia del hotel. Los años treinta trajeron al Nacional no solo a estrellas de

22 Sarah Moreno: «El Encanto, templo habanero de la elegancia», *El Nuevo Herald*, 1 de junio de 2008.

cine y personajes como los duques de Windsor, sino también a mafiosos estadounidenses que adoptaron el hotel como cuartel de invierno. Las siguientes dos décadas constituyen, a juzgar por la afluencia, el período de mayor florecimiento. Y a partir de los sesenta, luego del triunfo revolucionario, la cosecha de figuras ocurre cada veinte años en lugar de decenio a decenio. (Se necesita el doble de tiempo para aparentar continuidad en el flujo de huéspedes de rango. Pero ni aún así la suma de años recientes tiene comparación con las del pasado).²³

Para contradecir a Ponte —probablemente sin conocerlo, siguiendo el instinto comercial del renacido turismo—, los directivos del hotel han actualizado el panteón fotográfico del bar. No sé, ni importa mucho, si en las décadas de Revolución se hospedaron en ese hotel menos personajes famosos, pero la comparación obliga a definir a qué tipo de «estrellas» aquel autor se refiere: si por tales entiende a los actores y actrices de Hollywood, o a los nobles y burgueses del jet set europeo, o a la mafia del norte, tiene, probablemente, toda la razón; si se trata de hombres y mujeres de verdadera relevancia en el mundo del arte y la escena, de la cultura y las ciencias, de la política incluso, cabría apuntar que los convocados cada año desde 1959 por Casa de las Américas, por el Ballet Nacional, por el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), por el Instituto del Libro o directamente por el Gobierno Revolucionario, son muchos más, tantos, que la casi totalidad de los escritores, bailarines, actores, cineastas, científicos y políticos latinoamericanos, africanos, asiáticos y europeos de importancia, de derecha o de izquierda, surgidos o consagrados en esas décadas, pasaron por La Habana. Invitados que, probablemente, no eran tan «divertidos».

23 Antonio José Ponte: «La fiesta vigilada», *Cuba y el día después*, ob. cit., p. 76.

Ser o tener, ¿cuál es tu prioridad?¹

(11 de septiembre de 2012)

Hecho en casa, pero no para la televisión. El dúo no se preocupa, hay maneras diferentes de hacer circular un videoclip y recuperar con creces la inversión. Esta vez, la apuesta es más fuerte: en el set donde se recrea la historia musical—supuestamente un prostíbulo— las imágenes eróticas coquetean con la pornografía. Los protagonistas llegan en un auto de lujo, el «dueño» del prostíbulo, bien vestido, los recibe e indica a sus muchachas con un golpe de mano que son clientes importantes. Empieza la fiesta. Mientras lanzan el dinero al aire, o muestran fajos de billetes en las manos, el Chacal y Yacarta dicen al ritmo de reguetón: «Ando solo con 50 de a 100, no es mucho, pero para empezar yo creo que está bien, yo creo que está bien». Las muchachas bailan insinuantes y se desvisten. El video se vende en la calle y circula de computadora en computadora.

La vida puja por parecerse a la ficción. A la entrada de un centro nocturno, donde los clientes aguardan en cola para entrar, espera de último un importante instrumentista cubano, cuyo arte no tiene la misma demanda ni aporta los mismos dividendos. El portero lo ha visto y le ha dicho que espere, que lo hará pasar en cuanto pueda. Pero llega un reguetonero de moda con sus cadenas de oro, dos amigos y varias muchachas bonitas y vacías como él de mente. No hay alfombra roja ni paparazzi con cámaras indiscretas (¡qué pena!, ¡este

1 Publicado originalmente en *La isla desconocida*, 11 de septiembre de 2012. Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla desconocida*, Casa Editora Abril, La Habana, 2014.

subdesarrollo!), pero suben los peldaños de la breve escalera como triunfadores, entre miradas de admiración y envidia, y las puertas del centro se abren de par en par. Aparte del músico reconocido, pero de menor estatus económico, nadie en la cola sabe quiénes son los demás que esperan, ni se lo preguntan.

Los reguetoneros no son los únicos que se esfuerzan por demostrar que «tienen dinero», es decir, poder. Tener dinero sustituye o enmascara la demostración de que se tiene talento. Si tienes dinero, se supone que tus canciones se escuchan, que eres bueno. La fórmula, claro, es sospechosa —la mayoría de estos «triunfadores» son estrellas fugaces, intrascendentes; que un tema se escuche no significa que sea bueno—, pero funciona. Los salseros también quieren demostrar «que tienen». Algunos atletas campeones olímpicos y mundiales creen que nadie los tomará en serio si no llevan puesta una gruesa cadena de oro. La consigna es tener, y el verbo ser se relega a espacios inferiores, se contempla con lástima: el pobre, es, pero no tiene.

Dos concepciones de la vida en pugna: la que prioriza el tener (que es la capitalista) y la que prioriza el ser (que es la socialista). En el sistema «de enfrente», lo relevante no es el personaje que ha interpretado un actor, si Hamlet o Rambo, sino la cuantía del pago recibido. Si usted hereda varios millones de dólares y se dedica a gastarlos, tendrá la portada de las revistas del corazón. No se supone que el socialismo se construya sobre el sacrificio ni en una isla sin recursos naturales, pobre, y bajo hostigamiento económico y mediático, pero la apuesta es diferente: el individuo alcanza su realización según el tamaño de su servicio público. La fórmula, no cumplida aún, es «de cada cual según sus capacidades, a cada cual según su trabajo».

Un estudiante de magisterio me preguntaba en cierta ocasión, con un hilillo de voz que evidenciaba confusión e inseguridad: «Pero profe, ¿y no se puede ser... y tener?». Desde luego, respondí, y reímos todos. Uno debiera tener según lo que es, pero el sentido de la vida en el socialismo lo determina el ser. Cuando una persona que es y tiene, llega, nadie nota lo segundo. Por lo común, aquel que necesita mostrar que tiene, no está seguro de lo que es o no le importa. Es un problema de prioridades. No rechazo la ropa que está de moda, cara y de marca; si es cómoda y bella para quien la usa, es perfecta. Para gustos, colores. Pero los objetos existen para hacernos la vida más cómoda y bella, no para que determinen cuánto valemos. Que

una sonrisa inteligente y no una cadena de oro nos defina. Esa es la verdadera batalla, sutil, encubierta, definitoria, entre el socialismo y el capitalismo.

El video musical que describía al inicio de mi texto reproduce burdamente los valores del capitalismo. No es el único. Los que suele transmitir la televisión, no tienen escenas eróticas como las de aquel, pero recrean todos los paradigmas del tener (carro de lujo, chicas «perfectas», trato preferencial al que «tiene»). Alguien me dirá: «Son los estándares de la moda internacional». Si quieres hacer un video que se venda «afuera», tienes que ajustarte a ellos. Dije que se venda, y la palabra repica como si hubiese martillado una campana. El socialismo intenta producir y reproducir valores alternativos. La contracultura que se genera en el capitalismo, por ejemplo, es esencialmente socialista. La cultura popular, no populista, también. Pero cuando el mercado las penetra, las desvirtúa. Visitante, un muchacho sencillo y talentoso, de Calle 13 (Puerto Rico), me decía recientemente:

La música de verdad, la música que sale del corazón y que se está haciendo sin ningún interés al final triunfa sola, aunque tome 5, 10, 15, 30, 40 años... eso solo va a salir para arriba. Pero si tú estás pensando en la música como un medio para lograr algo y te desgastas en pensar en cosas que no son importantes, si estás pensando desde el principio en el dinero, no *brother*, puede que tengas un golpe de suerte y en un momento te vaya bien, pero eso no va a durar para siempre.²

La ideología —léase, en un sentido más amplio, la cultura— dominante, es la de la clase dominante. Una ecuación sencilla: la clase dominante hoy, en el mundo, es la burguesía. Hay personas en Cuba que aspiran a que regresemos a «la normalidad», es decir, al vivir solo para tener. Nuestra normalidad es otra, y no se defiende con discursos. Hay estudiantes universitarios que llevan el pelado de Yakarta; si les gusta el corte, está bien, lo peligroso es que, más allá del seguimiento a sus composiciones, asuman su conducta como referente. El Chacal y Yakarta hacen su trabajo, probablemente sin la menor conciencia de sus implicaciones. ¿Hacemos nosotros el nuestro?

2 Enrique Ubieta Gómez: Conversación personal con Visitante, cantante líder de Calle 13, Puerto Rico.

Linajes opuestos para un imaginario del ser³ (26 de enero de 2013)

Durante los años 2005 y 2006 recorrí casi todo el territorio venezolano, con el objetivo de escribir un libro. Entre las rutinas de trabajo, cada tarde archivaba en carpetas temáticas los principales artículos o reportajes de una prensa que es, ya se sabe, mayoritariamente contrarrevolucionaria. Ese ejercicio me convenció de que la guerra de ideas tiene un complemento indispensable: la guerra de los imaginarios. Estos últimos son más efectivos. Los pobladores de los cerros capitalinos no pueden ser engañados con palabras, pero se dejan arrastrar por las historias de vida —expuestas como melodramas, en forma de artículos, reportajes periodísticos, telenovelas o películas—, que establecen modelos de conducta. Las historias de la realeza metropolitana, por ejemplo, la de la vieja Europa y Japón —a nadie se le ocurre una historia de reyes y príncipes negros en el África subsahariana— se alternan de forma conveniente con las de «triunfadores» del sistema.

El capitalismo integra y subordina las formas de producción precapitalistas. Al espectáculo mediático están invitados todos los que conforman el imaginario del poder: príncipes, obispos, narcotraficantes «lavados», empresarios, banqueros, especuladores, ladrones de cuello blanco o de manos sucias, deportistas, modelos y actores del *starsystem*. La nobleza europea tributa, paradójicamente, al imaginario del poder burgués. Lo complementa. Por entonces, se contaban dos historias de vida, seguidas en «tiempo real», también por la prensa venezolana: la de Leticia, la plebeya que se convertía en princesa al casarse con Felipe, el heredero del trono español, y debía, la pobre, aprender a comportarse y a vestirse según su nueva condición; y la de una princesa japonesa, Sayako Kuroda, que renunciaba voluntariamente a serlo, para casarse por amor con un plebeyo, y debía, ¡oh la pobre!, aprender a manejar por sí misma el lujoso auto y a comprar los víveres en un supermercado. La apoteosis de esta última historia sobrevino cuando, finalmente, se despidió de su padre el Emperador, abandonó el Palacio y se instaló en su nuevo *penthouse*

3 Publicado originalmente en *La Jiribilla*, 26 de enero de 2013, Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, Casa Editora Abril, La Habana, 2014.

del centro de Tokio. ¿Qué muchacha no ha soñado con ser princesa?, ¿qué muchacha no ha soñado con un amor capaz de hacerla renunciar a todo, incluso a ser princesa? La renuncia, desde luego, no incluye el dinero, bendecido por el poder de lo simbólico: la nobleza de origen y el amor.

Precisamente, esa indiferencia del dinero con respecto a su origen, no importa si robado mientras no se pruebe, o heredado, o ganado en la ruleta de un casino, otorga relevancia simbólica a la nobleza. En un mundo sin coordenadas éticas, el noble ejerce un tipo de contracultura reaccionaria, fácilmente asimilable e intercambiable por el sistema. Quizá por eso se llame Rey o Príncipe de las Finanzas al empresario exitoso, y algunas películas sustituyan al príncipe por el millonario en su actualizada versión del cuento de Cenicienta. En realidad, la nueva aristocracia, la que engendra el capital, después de cinco siglos de reproducción, se define en la saga de unos pocos apellidos, de un árbol genealógico y un pedigrí. Uno de los artículos más leídos del 2012, aparecido en un órgano reproductor de valores capitalistas, el periódico *El País*, da cuenta de la guerra desesperada que sostienen descendientes de la nobleza española por los títulos nobiliarios. Su autora, Lola Galán, advierte: «Son apenas 2200 personas que se reparten cerca de 3000 títulos».⁴ No es dinero, es dignidad heredada lo que se reclama. En una cultura que rinde culto al tener, la resistencia de los nobles a favor del ser es solo de apariencias, tan descarriada como inútil. ¿Puede heredarse la dignidad? Hermanos, primos y sobrinos se acusan mutuamente ante los tribunales —el Consejo de Estado decide a quiénes corresponden los títulos vacantes—, y acaparan cuantos nombramientos puedan para sí.

Y es que los nobles viven pendientes del árbol genealógico —escribe Lola Galán—, al acecho de títulos vacantes o dinastías al borde de la extinción, porque los títulos siguen siendo un bien preciado. [...] En estos tiempos en los que triunfa el igualitarismo más total, un título es algo que distingue. Ninguna condecoración, ni siquiera la más alta, como el Collar de la Orden de Carlos III, vale tanto como un título que el Rey da.⁵

4 Lola Galbán: «Ser o no ser noble: he ahí la obsesión», *El País*, 23 de noviembre de 2012, https://elpais.com/elpais/2012/11/23/gente/1353692623_441411.html

5 *Ibidem*.

«Los títulos están fuera del comercio y son intemporales», dice Carlos Texidor, abogado experto en la materia que ha defendido a muchos nobles en sus pleitos familiares.

No siempre los que ostentan títulos nobiliarios son ricos hoy —desde la época de Cervantes, muchos hidalgos viven en la pobreza—, pero a veces la fórmula coincide. Es el caso de las hermanas Kopliwits, millonarias, herederas de algunos títulos entregados en Cuba. Estas hermanas y sus hijas, según Lola Galán, «heredaron tres marquesados y un condado, y en largas peleas judiciales se hicieron con otro marquesado y un condado». ⁶ Como si no bastara, ahora pelean judicialmente con otro pretendiente por los títulos de marquesa de Arcos y condesa de Santa María de Loreto.

A veces se me ocurre que podría establecerse un linaje nobiliario de otra stirpe, ajeno a los entresijos del poder real (feudal-capitalista). Por ejemplo, los descendientes de cada gran creador del arte o de la ciencia en todas las culturas y épocas podrían considerarse nobles. La obra de sus antepasados los acredita. A Bolívar lo llamaban Libertador. «Cuando le ofrecieron la corona —y lo hicieron muchas veces—, él dijo que no se podía rebajar a aceptar una corona teniendo el título de Libertador, que es el más grande de los títulos que hay en la Tierra», ⁷ me apuntaba el escritor venezolano Luis Britto en una entrevista. A Martí lo llamaban Apóstol. Es el General de Hombres Libres, decían de Augusto César Sandino. Cuando un general traidor preguntó con ironía sobre sus grados: «¿y a usted quién le ha hecho general?», aquel respondió: «mis compañeros de lucha, señor. Mi título no lo debo ni a traidores ni a invasores». ⁸ Ernesto *Che* Guevara quedó identificado en la historia como el Guerrillero Heroico, y Fidel es y será nuestro Comandante en Jefe. ¿No son acaso dignos títulos para otro tipo de linaje? Pero no son heredables. Cada generación debe construir su propia biografía, su propia historia. Algún día, los hombres y mujeres exhibirán como el mayor patrimonio personal lo que son —cuán útiles han sido—, no lo que tienen. Tampoco lo que viejos pergaminos heredados de nombres rimbombantes dicen que son. Y triunfará el imaginario del ser, en un mundo otro.

6 Ibidem.

7 Enrique Ubieta Gómez: Entrevista al escritor venezolano Luis Britto García, s. f.

8 Gregorio Selser: *Sandino, general de hombres libres*, t. 2, pp. 257-258, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

La Cenicienta negra vence los maleficios ancestrales del vudú —y ya no es tan negra— (7 de marzo de 2013)

Hoy en la mañana, la televisión cubana transmitió una de las últimas producciones de Walt Disney: *La princesa y la rana* y yo me senté a verla, vencido como siempre ante las peripecias de cualquier animado. No quiero excederme en mi comentario. Primero, lo obvio, es una película de «la era del ilusionista Obama»: una princesa negra, es decir, una Cenicienta negra que se convierte en princesa. Busqué en Internet, no mucho, por *arribita*, y uno de los primeros comentarios apologeticos lo destaca. Vale la pena reproducir el texto:

La princesa Tiana, que tendrá la primera ocupación en cuanto a princesas de raza negra en la historia de Disney, ha sido presentada en el año 2009, y comparte algunas características de las anteriores princesas al ser esta una princesa moderna que cuenta con una carrera profesional, diferente a los estereotipos de las primeras películas. Si bien la protagonista de la película *La princesa y la rana* ha sido relacionada con Michelle Obama, esposa del presidente estadounidense Barack Obama, esta es una historia situada en Nueva Orleans, donde Tiana trabaja como mesera y aprendiz de cocinera que cambia radicalmente su vida al besar a una rana, teniendo una aventura con final feliz.⁹

Sin embargo, el dato más importante no es que sea negra. Tampoco que la «carrera profesional» de esta Cenicienta sea la de cocinera, desde luego, y que su máxima aspiración en la vida sea tener un restaurante, y la de su madre, que consiga un buen matrimonio y le proporcione nietos. Tampoco que el príncipe —aparentemente desheredado, aunque finalmente perdonado por los padres—, no sea ni tan negro como la Cenicienta ni tan blanco como un anglosajón; digamos que es un príncipe de un país del tercer mundo. Lo relevante en estos días trágicos para el pueblo haitiano es que El Señor de las Tinieblas, el malo que siempre aparece en las películas de Disney y en

9 «La Cenicienta negra vence los maleficios ancestrales del vudú (y ya no es tan negra)», blog *La isla desconocida*, 7 de marzo de 2010, www.blogistar.com/2010/03/tiana-la-princesa-negra-de-la-la-princesa-y-la-rana-de-disney/, Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla desconocida*, Casa Editora Abril, La Habana, 2012, pp. 70-71.

la vida, sea un practicante del vudú. Es decir, que los negros —incluso a Obama—, para acceder a la nobleza, la del éxito mercantil, la del dinero, tienen que dejar de ser «negros» o tercermundistas: tienen que luchar y vencer las «salvajes» tradiciones negras, incorporarse a la civilización «blanca» y asumir las leyes del «libre mercado». La negra se convierte en Princesa cuando vence los maleficios del vudú. La satanización del vudú se ha intensificado después del terremoto que asoló a Haití. La televisión estatal española hablaba hace unas semanas de un Estado fallido que fue próspero mientras fue colonia, pero que después fundó un Estado negro y adoptó el culto al vudú. La nueva película de Disney nos coloca emocionalmente en la trinchera opuesta a la de nuestros padres.

Coraje¹⁰ (30 de marzo de 2013)

Una joven que finaliza la carrera de Estudios Socioculturales me entrevistaba recientemente para su tesis de grado sobre la escritura «transgresora» en la Cuba de hoy. Su pregunta, referida más al contenido que a la forma —su indagación era sobre la ensayística contemporánea—, me ha perseguido por días, como suele sucederme. Con ella al hombro asistí a la presentación de un libro de Frei Betto. Aunque hemos coincidido en varias ocasiones, en Cuba y en el extranjero, no creo que me reconociera, aturdido entre tantos reclamantes de autógrafos. Escribió una sola palabra en la primera página de mi ejemplar, dirigida a todos los cubanos, pero llena de sentido para mí: «¡Coraje!». Eso nos pedía a los cubanos el revolucionario Frei Betto.

¿Cómo interpretar su exhortación, desde el oficio (o la militancia) de la palabra?, ¿podría acaso enlazarla al gesto transgresor del acto creativo?, ¿era eso lo que pedía Frei Betto?, ¿o se refería al coraje que necesitamos para vivir la cotidiana transgresión de un país que se refunda? No solemos nombrarnos, y las definiciones grandilocuentes nos parecen ajenas. Pero no debíamos olvidar que la transgresión y la valentía son inherentes a una Revolución, que estamos en un barco que vence tempestades sin arriar velas ni buscar puerto seguro. Quienes lo ignoran, buscan falsas transgresiones en el polvo de cubierta. A veces se intenta en temas soslayados e imprescindibles, pero se

10 Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, ed. cit.

olvida que es el modo en que estos se abordan, contra qué o para qué se abordan, lo que establece su hondura y su utilidad social. Cuando los temas otrora transgresores pueden enumerarse, son ya efectivas y seguras maneras de exhibir nuestra corrección. En los años sesenta era de «buen tono», «inteligente», incluso «prestigioso», ser de izquierda, aunque solo algunos estuviesen dispuestos a entregar su vida. En los años noventa parecía igualmente «inteligente», de «buen gusto», la actitud escéptica o cínica ante cualquier proyecto de redención social.

La crisis del capitalismo hace que más de 100 000 jóvenes portugueses abandonen cada año su país. Una pancarta de un manifestante madrileño asegura que los graduados universitarios de España tienen tres salidas: por aire, por mar o por tierra. Cientos de miles de indignados dejaron de creer en el viejo y gastado discurso capitalista. Pero algunos cubanos que acaban de descubrir las tiendas muy abastecidas del «otro mundo», creen que el discurso «viejo» es el socialista. Probablemente, quienes siempre fueron de izquierda, ajenos a las modas y dispuestos a la autocritica, preocupados por la gente y distantes de la gloria, en los años sesenta y en los noventa, fueron, son, los auténticos transgresores. Para eso sí que hace falta coraje. Coraje para defender la justicia, aunque no esté de moda; para rectificar y persistir; para evadir caminos fáciles, que son casi siempre los equivocados. Porque dejar la crítica efímeramente prestigiosa, la que nos hace parecer agudos o valientes, con la intención de construir soluciones y defender lo alcanzado, es un acto de coraje.

Los cubanos somos corajudos. El contradiscurso revolucionario —el que se opone al discurso oficial dominante en el mundo— puede gastarse en su forma, enquistarse en estereotipos y dejar de serlo. Bienvenido sea el discurso, el acto transgresor, si pretende reactivar, darle fuerza y alcance mayor a la Revolución. Decir, escribir, actuar como revolucionarios, como transgresores del orden mundial establecido.

No sé si mis textos son transgresores. Escribo para entender, para empujar, y defender la justicia social, pórtico de la individual, ayudar a construir mundos posibles y sostener esperanzas. La belleza, la verdad que busco está más en lo que digo que en cómo lo digo, aunque el cómo sea parte inseparable del qué. Una tarde asistía al lanzamiento de otro libro, en el que su autor, Tony Guerrero, un transgresor, un

revolucionario preso en los Estados Unidos, devenido artista, recogía su largo intercambio epistolar con algunos intelectuales cubanos; en el mismo local se exhibían sus pinturas, realizadas a partir de fotos de los conciertos de Silvio en barrios populares. Allí estaba el trovador, y quise que autografiara mi ejemplar. No es por vanidad que transcribo sus palabras, extrañamente enlazadas a la exhortación de Frei Betto y a la pregunta de la estudiante: «Ubieta, gracias por tu valentía», escribió el valiente Silvio para sorpresa mía. Valentía o coraje, dos palabras que significan lo mismo. ¿Soy valiente?, ¿somos valientes?, ¿simple calificativo o urgente demanda? Se nos concede y se nos demanda valentía para ser profundos, justos y consecuentes. Coraje, valentía, para cumplir con la responsabilidad histórica de ser cubanos.

Ser revolucionario en Cuba, hoy¹¹ (3 de julio de 2013)

¿Qué significa ser revolucionario? Los estudiosos del marxismo saben que en los primeros años del siglo xx el partido socialdemócrata se fracturó: los reformistas, cada vez más alejados de las concepciones de Marx, se quedaron con el nombre y los revolucionarios crearon el partido comunista. La polémica «reforma vs. revolución» tiene una larga historia. Ahí están los textos de Lenin, de Rosa Luxemburgo, entre otros.

Pero la definición o la opción revolucionaria, y su existencia práctica, no son exclusivas de un partido o de una clase social, aunque sí de una época. Los burgueses fueron revolucionarios en su momento. Y el movimiento anticolonial en la era del imperialismo tuvo por lo general un carácter revolucionario. José Martí creó el Partido Revolucionario para lograr la independencia de Cuba, y dicen que hablaba de la revolución necesaria que habría de iniciar una vez alcanzado el poder.

Por eso, me gusta hacer referencia a la tradición cubana del término. Cintio Vitier, por ejemplo, asumiendo los riesgos reductores de cualquier agrupamiento, establece dos tendencias «espirituales»

11 Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, ed. cit.

en el último tercio del siglo XIX: la revolucionaria (independentismo, modernismo literario, antievolucionismo) y la reformista (autonomismo, preceptismo literario, evolucionismo positivista).

Lo cierto es que Revolución es creación, salto sobre el abismo, o sobre el muro de la aparente imposibilidad —«seamos realistas, hagamos lo imposible», decían los estudiantes parisinos del 68— mirada de cóndor, pero es sobre todo una toma de partido «con los pobres de la Tierra». Si tomamos a José Martí como modelo de revolucionario, observaremos en él tres características que se repiten en Fidel Castro:

1. Opción ética: se adopta una teoría para luchar contra la explotación, y no a la inversa. Es vocación de justicia social. «En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre», escribía Martí. «El revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor», acotaba Ernesto *Che* Guevara. «Es precisamente el semejante, la redención de sus semejantes, lo que constituye el objetivo de los revolucionarios» —ha dicho Fidel. El poeta revolucionario salvadoreño Roque Dalton se burlaba de las posiciones esnobistas de la pequeña burguesía en estos versos:

Los que en el mejor de los casos quieren hacer la revolución para la historia para la lógica para la ciencia y la naturaleza para los libros del próximo año o el futuro para ganar la discusión e incluso para salir por fin en los diarios y no simplemente para eliminar el hambre para eliminar la explotación de los explotados.

Hay revolucionarios que desconocen la teoría marxista. Y hay académicos marxistas muy conocedores de cada texto, de cada frase de Marx, que jamás han salido a la calle, que son incapaces de sentir, de vibrar, con el dolor o el júbilo ajenos, que no militan; esos académicos «marxistas» no son revolucionarios. Tampoco son continuadores de Marx. Uno de los resortes formadores y auspiciadores de una Revolución, es la solidaridad.

2. Radicalidad en la comprensión y en los actos; el revolucionario busca la raíz del problema, aun cuando no pueda extirparla de inmediato, aun cuando se equivoque al señalarla, y pasa rápidamente a la acción. A diferencia del reformista, no pretende mitigar el dolor o enmascararlo, sino eliminar la enfermedad.

3. El revolucionario es una persona de fe. No en el sentido religioso. Ninguna declaración mejor que la que hace Martí (otra vez Martí)

a su hijo, en la dedicatoria del *Ismaelillo*: tengo, le dice, «fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti». Fe en el pueblo, en sus capacidades. El revolucionario entiende los límites aparentes de lo posible, y los trasgrede, porque cree en el pueblo. En esto también se diferencia el reformista, que por razones de clase desconfía o subestima al pueblo. Creer, no es extirpar la duda; los revolucionarios vivimos la angustia de la duda, que es la del conocimiento. Sin embargo, el cínico es contrarrevolucionario, aunque no lo sepa.

Algunos ideólogos de la contrarrevolución reducen la actitud revolucionaria al acto violento, al uso de las armas. Como si las revoluciones armadas no ocurrieran en respuesta a la violencia del poder burgués. Ser un radical —ir a las raíces—, no es optar por la violencia. En su afán por desideologizar hasta el mismísimo concepto de revolución, pretenden hacer pasar como acciones revolucionarias las revueltas violentas de los politiqueros de la pseudo república, que querían hacer valer el poder personal.

Ni siquiera los antimachadistas o antibatistianos eran necesariamente revolucionarios.

Y contraponen el socialismo revolucionario al que llaman «democrático» (socialdemócrata), porque aquel no respeta el orden burgués. El socialismo no solo puede, sino que debe ser democrático, aunque no en el sentido que el sistema capitalista otorga al término. Debe y puede ser más participativo, más inclusivo, más solidario, más representativo. Debe y puede defender la individualidad, no el individualismo, porque el socialismo es el único camino capaz de transformar a las masas en colectivos de individuos.

Ciertas cualidades o virtudes éticas constituyen el fundamento o la base sobre la que se erige un revolucionario. Pero es una ética esencialmente política, social, no privada, que no puede vaciarse o desligarse de las contradicciones fundamentales de la época. No se es revolucionario con respecto a los intereses personales, sino de cara a la sociedad. Hay personas conservadoras —por razones biográficas, y quién sabe si hasta por razones genéticas—, que repelen los cambios bruscos, la incertidumbre de lo nuevo, que disfrutan el orden y la rutina.

No son contrarrevolucionarias. En sus *Palabras a los intelectuales* (1961), Fidel Castro decía: «Nadie ha supuesto nunca que [...] todo hombre

honesto, por el hecho de ser honesto, tenga que ser revolucionario. Ser revolucionario es también una actitud ante la vida, ser revolucionario es también una actitud ante la realidad existente [...]».¹²

Y agregaba más adelante:

Es posible que los hombres y las mujeres que tengan una actitud realmente revolucionaria ante la realidad no constituyan el sector mayoritario de la población; los revolucionarios son la vanguardia del pueblo, pero los revolucionarios deben aspirar a que marche junto a ellos todo el pueblo [...] la Revolución nunca debe renunciar a contar con la mayoría del pueblo; a contar, no solo con los revolucionarios, sino con todos los ciudadanos honestos que aunque no sean revolucionarios, es decir, que aunque no tengan una actitud revolucionaria ante la vida, estén con ella. La Revolución solo debe renunciar a aquellos que sean incorregiblemente reaccionarios, que sean incorregiblemente contrarrevolucionarios.¹³

Allí donde una Revolución ha triunfado, el adjetivo —que en el globalizado mundo del oficialismo burgués suele endilgarse como insulto—, se convierte en elogio. Si una persona es trabajadora y «buena gente», es revolucionaria. La cotidianidad puede descontextualizar el sustrato rebelde y el significado político del término y reducir la condición del revolucionario a la honradez o a la decencia.

A veces, puesto que la Revolución ha tomado el poder, se identifica con el buen comportamiento o la corrección. Decimos: «en el fondo él (ella) es revolucionario(a)», como si dijéramos que, más allá de su comprensión, «es una persona noble». Y creemos que el niño o el joven «más revolucionario», es el que «se porta bien». De cierta forma, el calificativo se aburguesa. Esto parece casi inevitable: una Revolución en el poder necesita establecer su «normalidad», su gobernabilidad.

Defenderse como poder político es la premisa de cualquier poder político, mucho más cuando se trata de un contrapoder acorralado por el Poder Global —que no solo acecha en el plano físico (material, militar), sino también en el espiritual, en el ámbito de la reproducción de valores—, y su normalidad es una «anormalidad» fuera de sus fronteras geográficas.

12 Fidel Castro: *Palabras a los intelectuales*, https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLAC-SO/15436/1/boletin_se_dice_cubano_no.9.pdf, pp. 7 y 9.

13 *Ibidem*.

Ser revolucionario es participar en la consolidación del gobierno revolucionario, establecer un frente común con ese gobierno, para defender cada conquista y establecer las nuevas metas. Esto enfrenta aún limitaciones prácticas, porque los grados de participación popular en la determinación de esas metas son aún insuficientes o se ejercen de manera formal. La democracia socialista, esencialmente superior, tiene todavía un largo camino por recorrer. Ser revolucionario también es participar desde la crítica comprometida. Criticar no es enunciar un hecho cierto, es actuar sobre él, empujarlo hacia su solución. Lo que otorga veracidad y justeza a una crítica no es el hecho enunciado, es el sentido de la denuncia. Si se desideologiza la crítica, se deshuesa, y se falsean sus enunciados.

De manera imperceptible, ocurre un lento proceso de separación o destilación del contenido «rebelde» que toda actitud revolucionaria presupone. Esto no es bueno. Vienen entonces los que enarbolan la rebeldía y la contraponen al ser revolucionario —vieja aspiración de la subversión imperialista: promover la rebeldía antirrevolucionaria, lo que significa decir, que los rebeldes sean antirrebeldes, que aspiren a ser «normales», inconformes frente a la rebeldía y conformes frente a la enajenación global—, o en sus antípodas, aquellos que consideran que en tanto se es rebelde, ya se es revolucionario.

Estos últimos pueden perder el sentido de orientación, porque la rebeldía a secas, habitualmente manipulada por el mercado capitalista, tiene una larga historia de convivencia y a veces de connivencia con el capitalismo. La rebeldía juvenil no es ni puede ser enemiga del espíritu revolucionario; ser revolucionario es la forma superior de ser rebelde. Sin la inconformidad que propicia la rebeldía y sin su disposición para romper moldes, normas, esquemas, es difícil ser revolucionario.

Las universidades cubanas no pueden ser «de o para los revolucionarios», son centros formadores; deben ser, eso sí, formadoras de revolucionarios. De sus aulas salieron Mella y Fidel. El capitalismo (la cultura del tener) intenta domar la rebeldía incentivando sus formas primarias: el desacato, la irreverencia; intenta aislar al rebelde, concentrarlo en sí mismo, explotar al máximo su expresión individualista, transformarlo en un cínico. El socialismo (la cultura del ser), pretende encauzar esa rebeldía hacia la acción transformadora, ponerle mayúsculas, hacerla partícipe de las causas más justas de su época.

Vivo en el barrio centrohabanero de Colón, y muchas personas en mi entorno deben enfrentar enemigos más concretos e inmediatos que el imperialismo estadounidense, al menos eso parece, cuando la corrupción, la burocracia, la doble moral, la insensibilidad, el «sálvese quien pueda» se imponen. Creo, como ellos, que ese es el enemigo principal.

Pero no podemos confundir su nombre: se trata del capitalismo, de su capacidad para regenerarse dentro del socialismo, que no es más que un camino (no un lugar de llegada) hacia otro lugar, hacia otra esperanza o certeza de vida mejor. Si desvinculamos ese nombre de aquellas manifestaciones, o las enlazamos erróneamente al camino socialista que hemos emprendido, perdemos el rumbo.

No podemos ser revolucionarios hoy, en este mundo globalizado, si no somos anticapitalistas, si no somos antiimperialistas. Si no sentimos como propios las conquistas, los peligros, las humillaciones, de otros pueblos. Si no defendemos la unidad de los revolucionarios cubanos y la de los pueblos latinoamericanos frente al imperialismo.

No podemos ser revolucionarios si creemos que el mundo tiene el largo y el ancho de una calle, o de un barrio, o de un país. Si aceptamos los consensos que otros construyen, y no construimos los nuestros. Si vaciamos cada palabra de los contenidos de combate, porque de inmediato serán llenadas de otros contenidos, por aquellos que nos combaten.

Martí, Mella, Guiteras, el Che, Fidel, se parecen demasiado, para que nos inventemos ese asunto de las generaciones. No han dejado de ser jóvenes. Cambian las tareas, las coordinadas, pero no las actitudes, los principios, el horizonte al que siempre nos acercamos sin llegar. Por otra parte, nadie se hace revolucionario de una vez y para siempre.

Hay que nacer como revolucionario cada mañana, cada día. Los papeles no están predestinados ni son inmutables: el héroe de 1868 pudo convertirse en traidor veinte años después; el indeciso de entonces, quizás empuñó las armas con dignidad en 1895; el guerrero valiente de la manigua pudo dejarse seducir por la corruptora política neocolonial; el enérgico antimachadista, desilusionarse de sus ideales de juventud o convertirse en un profesional de la violencia; el revolucionario de la Sierra o del Llano, acomodarse o enredarse en las redes del burocratismo; el escéptico de aquellos días, transformarse en un

miliciano fervoroso, en un héroe cotidiano e invisible; el dirigente juvenil, acodado en el balcón de la buena conducta y los aplausos, convertirse en un repetidor de consignas vacías y el profesional rebelde, crecer como tal hasta hacerse revolucionario.

Entre unos y otros, disfrazados, están los oportunistas, los «pragmáticos», los cínicos de siempre. A todos los cerca la historia y, de sus actos múltiples, solo perdura el instante de eticidad fundadora que sostiene a la patria: «ese sol del mundo moral» que ilumina y define a los seres humanos, según la frase que Cintio rescatara de José de la Luz y Caballero. Una patria que es humanidad, que no está en la «hierba que pisan nuestras plantas», o en unas costumbres siempre en evolución, sino en un proyecto colectivo de justicia. Una patria que aspira a fundirse con la humanidad, y que mientras, defiende su espacio para fundar, para crear, para proteger la dignidad plena de sus hombres y mujeres.

Oprah Winfrey y el bolso de los 38 000 dólares¹⁴ (10 de agosto de 2013)

Tener y parecer es la fórmula. Si el dinero determina tu valor como ser humano, pues muestra lo que tienes. Si eres millonario, no te presentes solo con tus buenas maneras, tus conocimientos o esa simple sonrisa satisfecha que te caracteriza; para que los demás te consideren en lo que vales, asegúrate de que capten de inmediato el mensaje: no eres una «persona de bien» sino una «persona bien rica».

No bastará con que seas un ciudadano «de marca» (algunos pasaportes valen más y otros menos): blanco y rubio, anglosajón y protestante. Cualquier dependienta entrenada de una tienda (hotel, restaurante, etc.) de lujo, escaneará tu ropa y de una sola mirada calculará si puedes pagar lo que oferta, es decir, si eres digno de ser atendido. No cometas el error de ser millonario y vestir modestamente. No me refiero a la calidad o a la comodidad de tu ropa, me refiero al precio de cada pieza. Si puedes comprar una en 38 000 dólares, no la compres en 380, aunque sean idénticas. Eso te disminuye y la dependiente notará la diferencia. Pero si eres rico y, además, blanco,

14 Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, ed. cit.

anglosajón y protestante, y llevas la pieza de 38 000 dólares encima, la que te cuantifica, todas las puertas de la vida estarán abiertas.

Porque a veces ocurren malentendidos, o se imponen los estereotipos. Acaba de sucederle en Suiza a Oprah Winfrey, una exitosa presentadora de televisión estadounidense que no cumple con todos los «indicadores» externos tradicionales de «auténtica» valía. Veamos, se trata de una de las mujeres más ricas del planeta. Su fortuna actual, según la revista *Forbes*, asciende a 2700 millones de dólares. Pero la señora Winfrey debe vencer un «escollo» físico: es y será negra, pertenece a una raza «perdedora», lejana descendiente de los habitantes de un continente «perdedor». Y eso origina suspicacias... en los descendientes de los «vencedores».

No se trata de que el mercado capitalista tenga escrúpulos racistas. El mercado no tiene escrúpulos, vende y compra al mejor postor, no importa si este es negro o blanco, musulmán o judío, asesino o santo, aunque exhibe una larga variedad de disfraces étnicos y culturales, que disimulan o justifican los puros intereses de clase. Pero el mercado se revela como Dios, en la acción de hombres y mujeres concretos. Y la dependiente (que no es dueña de nada sino una simple servidora de los dueños, dependiente en todos los sentidos de la palabra) conforma, para su mejor desempeño, estándares evaluativos.

Es cierto que ya no son los tiempos de Nat King Cole, ese negro estadounidense que en los años cincuenta enamoraba con su voz melodiosa a las mujeres blancas, negras, amarillas y qué sé yo de qué otros colores, y que, a pesar de ello y de sus millones, encontraba valladares infranqueables en una Habana racista; o los del propio dictador Batista, impedido de ingresar al más exclusivo club capitalino por el color de su piel. Ahora hasta el presidente de los Estados Unidos, el servidor número uno del «gran capital», es negro. El sistema capitalista ha conducido las reivindicaciones antirracistas hacia el imaginario de la cultura del tener: no se trata de que los negros demuestren que pueden ser excelentes médicos, científicos, peloteros, actores, periodistas, seres humanos útiles, cosa previamente sabida en las culturas antiguas, sino de que pueden llegar a tener tanto o más que un blanco. En un mundo donde las personas son valoradas por lo que tienen y no por lo que son, este es un punto esencial.

La pobre dependiente —ella también es una víctima— no se percató de que la señora que le pedía el bolso valorado en 38 000 dólares

era la señora Winfrey, y la «tasó» como una mujer negra con dinero, pero no con tanto dinero como para comprar un bolso de 38 000 dólares. Un bolso que sirve lo mismo y que es tan bonito como uno de, pongamos una cifra alta, 1000 dólares. Una valoración que hirió profundamente a Oprah, quien estuvo a punto de comprar la tienda completa para demostrar su solvencia, es decir, su valía.

El Gobierno suizo, a través de su Oficina de Turismo y los verdaderos dueños, se disculparon de inmediato con la agraviada. Pero, ¿dónde ubicar el origen de la confusión?, ¿a quién acusar de racista? Es verdad que el servidor número uno del gran capital es negro, pero también es cierto que un custodio blanco en Miami acaba de ser exonerado por un tribunal después de haber asesinado a un negro que le parecía sospechoso, por ser negro. ¿Las verdaderas causas? Bueno, hay tantos negros —Malcolm X decía que negros somos todos los habitantes del sur, los nativos de América Latina, África y Asia— impedidos de comprar los alimentos de cada día, como dólares acumula Oprah Winfrey.

Para esos negros, el racismo se mide con otra vara. No resultan sospechosos de no poder comprar un bolso de 38 000 dólares, sino de caminar en horario nocturno cerca de las tiendas que venden los alimentos o de los barrios de aquellos que usufructúan su pobreza. La Winfrey sufrió una versión muy sofisticada de ese racismo. No son, no somos, más pobres, porque seamos menos capaces sino por una historia de vencedores y vencidos, de explotadores y explotados, que nos margina todavía hoy. Oprah Winfrey no se sintió humillada porque alguien dijera que ella, siendo negra, no podía ser tan buena entrevistadora de televisión, o no podría ganarse honradamente la vida, sino porque alguien supuso que no tendría tanto dinero como para tirarlo en un bolso de 38 000 dólares.

Ser implica parecer y parecer, en ese sistema, significa tener. Recuerdo al famoso *dreamteam* estadounidense de baloncesto que acudió a los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992. Por supuesto que eran magníficos jugadores. Casi todos sus integrantes eran negros y ricos. No se hospedaron en la Villa Olímpica —había que marcar la diferencia—, sino en un lujoso hotel de la ciudad. Y cuando un atleta del equipo angoleño de baloncesto declaró que en las Olimpiadas se jugaba por la amistad y la fraternidad, uno del estadounidense rectificó: ellos estaban allí para aplastar a sus contrarios por un margen de 100 puntos.

Para aquellos que siguen en el bando de los «vencidos», el racismo puede conducir a la muerte. Para Oprah, que ya pertenece al de los «vencedores», será solo una anécdota contada en una fiesta privada, a la que asistirá con su bolso de 38 000 dólares.

Los muchachos de la Lenin, 36 años después¹⁵ (21 de julio de 2013)

Ayer en la tarde compartí con mis condiscípulos de la Escuela Vocacional Lenin. Se trata de la graduación doble de 1977 (último 13 grado y primer 12, como año final del preuniversitario). Suena a tiempos prehistóricos. No nos sentimos viejos, y la verdad, nos vemos terriblemente bien. Cuesta a veces reconocer al otrora muchacho —un chispazo en los ojos quizás—, ahora calvo y barrigón, pero da gusto topar con su sonrisa. «Nos reunimos —me dice el organizador— desde los años noventa, cuando el Período Especial arreciaba. Si te hace falta un médico o un abogado, aquí lo encuentras. Si necesitas un nuevo trabajo, hay condiscípulos en todas las esferas laborales. Alguno te ayudará. Somos como los masones».

Suena estridente la música de los setenta, la risa de los que se encuentran, la conversación a gritos (que intenta sobreponerse a la música) de todos con todos, en pequeños grupos que se intercambian miembros. Un escalofrío me recorre. Estoy en el futuro, en mi futuro, salido de una máquina del tiempo, del tiempo real. Ya cada quién conoce su destino, a veces el más inesperado. Lo comunicamos o lo escuchamos decir, curiosos y resignados. Pero hay gestos, palabras, que eluden la franja de los acantilados. Nadie quiere avanzar más: somos médicos, abogados, economistas, ingenieros, hay un actor, un viceministro, un empleado de firma extranjera, un emigrado, pero también un botero,¹⁶ un botón de hotel de lujo, un capitán de restaurante, alguien que me dijo que no trabaja —«estoy en la casa», así, escuetamente—, pero agregé con orgullo: «mi hija es pintora». Algunos son más exitosos que otros. Aunque depende de cuál sea nuestro concepto del éxito.

15 Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, ed. cit.

16 «Botear» es el verbo que emplean los cubanos para designar el acto de conducir un taxi rutero. «Botero» es como llaman al conductor de esos carros de alquiler.

Los que tienen más dinero no ejercen, por lo general, su profesión. Los que la ejercen, no siempre descollaron en su ejercicio. Supongo que algunos son felices y otros no, y habrá quien desconozca que es posible serlo y pese a todo, lo sea. Lo curioso es que el éxito —material o profesional— no siempre se instaló en la vida de quienes creíamos en la adolescencia destinados a obtenerlo. Ni los más aplicados, ni los más fuertes ni los donjuanes de entonces, son ya lo que eran. Los «sin dudas», los que todo lo sabían, hoy no tienen respuestas. Y algún desaplicado, o aparente debilucho, o solitario, ha reaparecido con un destino no imaginado. De alguna manera, todos sobrepasamos el período especial. Unos, solo ellos lo saben, vendieron el alma en el camino o quizás, perdieron la esperanza o la orientación en el cuarto oscuro de los años noventa; otros prefirieron dejar los enseres, las baratijas, las viejas ropas, incluso la piel, y resguardar el alma. Algunos se fueron; los que estamos aquí, pusimos rodilla en tierra.

Tenemos un héroe, no uno de la cotidianidad; de esos hay muchos. Hablo de un héroe, de los que aparecen en los libros de historia. Vino alguien y me dijo que me tomaría una foto, que acumulaba fotos para enviárselas a Tony Guerrero, el condiscípulo ausente, uno de los cinco antiterroristas presos en los Estados Unidos. Era, o parecía ser, tan «normal» como nosotros; es la mejor parte de nosotros. Bailamos con frenesí, nos divertimos. Volvimos a ser adolescentes por unas horas. Ya sé que no todos fuimos amigos, pero compartimos un pedazo entrañable de nuestras vidas. También bailan muchachos que se nos parecen, que tienen hoy la misma edad que teníamos entonces, que son inteligentes, audaces, impetuosos. Son nuestros hijos. Son una parte importante del sentido revelado de nuestras vidas. Por ellos luchamos, por el futuro de ellos. ¿Qué serán, cómo serán, dentro de 36 años?

Imitadores del ser y la nada¹⁷ (22 de julio de 2013)

José Martí escribió en su cuaderno de apuntes que ser cristiano es ser (aspirar a ser, pelear por ser) como Cristo. Los niños cubanos corean

17 Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, ed. cit.

cada mañana en sus escuelas una consigna: «Seremos como el Che». No significa anular la identidad propia ni morir en la Cruz o en La Higuera (otra manera de nombrar la cruz). No es un proceso que deba consumarse con toda exactitud, la reproducción exhaustiva suele perder de vista lo esencial: «ser como» implica transitar de la admiración a la reproducción de valores. Pero es común en un mundo dominado por el mercado capitalista, que la admiración se regodee en lo externo, se agote en lo meramente aparental. Hay personas que se pelan y se visten como otras personas. Hay miles o decenas de miles de imitadores de Elvis Presley, que aumentan de peso, se visten y maquillan como el astro del rock and roll. Todos los años desfilan frente a un jurado que determina quién «se parece más» a ese Dios pagano. Sus auténticos herederos, en cambio, son creadores musicales que nadie confundiría en el escenario. Hace pocas semanas transcurrió un encuentro en Finca Vigía, al que asistieron estudiosos y admiradores de Ernest Hemingway. Y una tarde, para asombro de los visitantes ocasionales, llegó al Floridita, como hace más de medio siglo, el mismísimo escritor, «clonado» en cinco o seis versiones de su imagen más difundida. Sentados todos en la barra del bar, junto a la estatua que perpetúa la imagen del ídolo, no sabríamos distinguir, si acaso viviese, al verdadero. He visto a imitadores de Lennon, del Che Guevara (los rostros de la izquierda no escapan de las trampas del mercado, y son probablemente los más traicionados en su espíritu), de Marilyn Monroe, de Cristo. La fobia estadounidense por los héroes, y la obsesiva sustitución de estos por superhéroes inimitables en valores —justamente, lo opuesto a lo deseable—, genera un tipo peculiar de identificación: los que se disfrazan de Superman, de Spiderman, hasta perderse en el limitadísimo laberinto de un otro irreal. Durante el recién finalizado Congreso de los periodistas, apareció José Martí. Allí estaba, sin dudas, en el espíritu de las discusiones. Pero digo que de repente llegó, físicamente. Era un actor que lo representaba, me dijeron, pero el rostro era muy parecido. Después lo vi en el restaurante, sin el traje de época, y seguía siendo Martí en camisa de mangas cortas.¹⁸ No pretendo juzgar a los imitadores de grandes personajes. Nos hacen recordar a los mejores hombres

18 Aunque el actor solo interpretaba de forma magistral su personaje, y su propósito era muy diferente al de los imitadores que describo en mi texto, la impresión que entonces nos causó (Martí estaba vivo, junto a nosotros) me condujo a estas reflexiones.

y mujeres del pasado. Pero «ser como» es mucho menos, y mucho más. Prefiero a quienes no se parecen y son, pese a todo, los más parecidos. Hay, sin embargo, otro tipo de imitador: el de los cantantes o actores de moda. No pueden parecerse a sus modelos más que en las formas externas, porque aquellos no pueden ofrecer más que una «buena» apariencia. Nunca conoceremos sus valores reales, porque no se interesan en mostrarlos: solo quieren que «sepamos» que manejan el último y más caro modelo de auto, que llevan al cuello dos o tres cadenas de oro, y en el bolsillo una abultada billetera, y que los espera, por eso mismo, alguna muchacha que imita la imagen estandarizada, como los productos en serie, de las muñecas Barbie. No me importa cómo se pelan o se visten las personas, los gustos son infinitos, y todos válidos. Pero me preocupan estos imitadores de lo efímero, de lo banal; estos reproductores de la cultura del tener, desinteresada de cualquier mínima manifestación del ser. Parecer o ser es el dilema de los imitadores de los grandes héroes; parecer y tener, la consigna de los cultivadores de la nada.

Tony, el condiscípulo¹⁹ (6 de noviembre de 2013)

Se nos ha pedido hablar del Tony que antecedió al Guerrero Antonio, al Tony héroe.²⁰ La circunstancia de tan extraño pedido es que fuimos compañeros de curso en la Escuela Vocacional Lenin, es decir, en los años de preuniversitario, y en mi caso, lejanos compatriotas en Kiev, capital de la Ucrania soviética, donde ambos realizamos estudios universitarios, él, como se sabe, en el Instituto de Ingenieros de la Aviación Civil, y yo en la Universidad. Pero la frontera resulta artificiosa, y hoy, inevitablemente contaminada. Las cualidades de un héroe son casi invisibles mientras no aparece el instante mágico de las definiciones, la prueba mayor que establece el antes y el después; todos los rasgos que hoy señalamos parten de la certeza de lo

19 Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, ed. cit.

20 Antonio Guerrero es uno de los Cinco héroes que cumplieron largas condenas de prisión en los Estados Unidos por infiltrarse en grupos terroristas contrarrevolucionarios de Miami e impedir que se ejecutaran acciones criminales en la Isla.

que es, no de lo que era (para nosotros, claro). Es decir, un héroe es ya un héroe en potencia antes de serlo, pero no lo sabemos hasta que se revela.

Tony fue un muchacho sano, compartidor, que bailaba muy bien, con sentido del humor y afición por los deportes, en especial el fútbol. Era un compañero afable, noble, de un carácter fuerte. En todas esas cualidades pudo revelarse su condición posterior, o no. De hecho, las cualidades morales, el carácter, es el trabajoso resultado de una biografía, en la que interviene el hogar, la escuela, las tradiciones nacionales y muchas otras circunstancias, y entre ellas una que nos abarca y determina a todos: la época. Cuando Fidel decía que en el pueblo había muchos Camilo; no aludía solo al carácter genuinamente popular del comandante guerrillero, se refería también a que las cualidades de un pueblo se revelan con mayor precisión, y se consagran en sus héroes. Estos son como sus pueblos, lo representan.

Tony fue el más consecuente, el más puro de los muchachos de mi generación, el mejor discípulo de su época, que es la nuestra; por eso, cuando supimos lo que había sido capaz de hacer, lo que ha hecho cada día en estos 15 años de encierro, todos sus condiscípulos y coetáneos nos sentimos consagrados. Tony nos hizo mejores seres humanos, porque mostró hasta dónde podían conducir las pequeñas cualidades que quizás, quienes nos formamos en Revolución, alguna vez compartimos. Solo en un punto fue diferente a todos: su consecuencia. Pero eso lo supimos después, fue el resultado de su guerra personal frente a los retos de la vida.

Hablar de Tony adolescente probablemente no satisfaga al oyente que está a la caza de anécdotas que prefiguren al héroe. Baste con saber que fue uno de aquellos miles de muchachos de uniforme azul que arrastraban la maleta o la mochila cada sábado, de regreso a casa; uno de aquellos adolescentes que corría por los pasillos de la beca cada mañana, frente a la cuenta regresiva del profesor, para no llegar tarde, ni un minuto, a la formación del matutino (so pena de recibir un reporte); uno de aquellos novios incontinentes y enamoradizos que encontraba una esquina del edificio docente para intercambiar besos (también a riesgo de recibir un reporte) y sueños a hurtadillas; uno de esos jóvenes que llegaban en las tardes al albergue, llenos de fango la ropa y el cuerpo, pero limpia el alma, después de un partido de fútbol. Quién sabe si un viejo de espíritu pronunció alguna vez, al

ver pasar el grupo de amigos rientes en el que seguramente estaba Tony, la frase de rigor: «esta juventud está perdida». Podemos imaginarlo también en Kiev, la bella ciudad ucraniana, descubriendo las estaciones del año, después del breve verano de llegada, arrastrando los pies bajo la alfombra de hojas amarillas y doradas que en otoño cubre aceras y parques, o abriendo mucho los brazos para recibir en el rostro los primeros copos de nieve. O quizás, enseñando a bailar —para envidia nuestra— a la condiscípula más bella. Lo difícil, lo doloroso, es imaginarlo en la injusta celda de castigo, porque evitó la muerte de muchos coetáneos, porque no quiso traicionar para vivir en lo oscuro, amputada ya por 15 años su vida —mientras la nuestra transcurría de forma rutinaria—, la vida que pudo tener de esposo, de padre, de ingeniero, de simple mortal. Porque los héroes no son dioses ni semidioses, aunque a veces lo parezcan; son seres mortales como todos, para quienes cada minuto de vida cuenta.

Sé que entre ustedes aparecerá un héroe mañana. No se sorprendan. No lo encontrarán hoy, pero, sin duda, está sentado aquí, o pasea ahora mismo por las calles del barrio. No se crean el cuento de que los tiempos son otros; pobre tiempo, pobre generación la que no produce héroes. En el pueblo hay muchos Tony, muchos Gerardo, muchos Fernando, muchos Ramón, muchos René. Ellos no solo nos defendieron de la violencia contrarrevolucionaria, también eligieron entre la luz y las sombras, entre la estrella que ilumina y mata, y el yugo que prolonga y degrada la vida. Gracias, Tony, en nombre de tus compañeros de curso. Aquí está mi abrazo de condiscípulo agradecido, con la seguridad de que pronto podremos dártelo en esta ciudad, en esta tierra que se enorgullece de ti.

Cuba: derechos culturales²¹

(6 de diciembre de 2013)

Mi generación, la que nació en el límite de las dos épocas, en el instante del parto histórico, unos, muy poco antes y otros, un poco después, la que se multiplicó por el deseo y la confianza de las madres que entonces decidieron emular a la historia en eso de parir, de crear, fue hija de los libros. Alguien debiera anotarlo: las revoluciones, todas,

21 Enrique Ubieta Gómez: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla Desconocida*, ed. cit.

sienten una vocación pedagógica. Lenin se refería al hecho de que los pueblos, en época de grandes transformaciones, aprenden en semanas, en días, lo que en épocas normales llegan a entender en décadas, en siglos. Pero nunca es suficiente. Las revoluciones necesitan del saber, nacen hambrientas de saber. Fidel lo expresó de forma clara: «Les pido que lean, no que crean».

Para que las llamadas masas pudieran leer, en Rusia, en China, en Cuba, en Nicaragua, en Venezuela, las revoluciones alfabetizan a sus pueblos. Alfabetizar no significa aprender a deletrear y a escribir el nombre propio. Significa transformar a los hombres y mujeres, de simples objetos en sujetos. Significa hacerlos partícipes, protagonistas de sus vidas. La pasión por el saber, por entender, por transformar y comprometer la vida humana en decisiones personales, colectivas, pero personales, como la de aquella mujer del filme de Fernando Pérez —*Madagascar*— que se buscaba en una foto aérea de la Plaza donde se aglomeraba un millón de personas, una foto que hacía que los rostros fuesen indescifrables, que simularan ser una «masa» informe y que, sin embargo, era un canto a la individualidad: todos los «retratados» se asumían como protagonistas únicos.

La mujer del filme se buscaba absurdamente porque siempre se sintió protagonista, porque no concebía que su rostro no se distinguiera. Porque ella, entre todos, era ella, como nunca antes lo había sido. Qué difícil es explicarle esto a los que nunca han vivido una Revolución, o a los que se distanciaron de ella. Al capitalismo no le interesa que las masas se transformen en colectivos de individuos. Porque no le interesa el individuo, aunque su retórica doctrinal lo enarbole como excusa.

Si me preguntan qué aporta el socialismo a los derechos culturales del ciudadano, tendría que decir algo en apariencia sencillo: la posibilidad de que se encuentre a sí mismo. Por eso los dos actos que simbolizan nuestra Revolución, que establecen los puntos cardinales de su cruzada cultural, son de una parte la alfabetización, y de la otra, la edición millonaria de la obra cumbre de las letras hispánicas: *Don Quijote*, el primer libro publicado por el gobierno revolucionario. Los hombres y mujeres de la patria libre, los recién alfabetizados, eran simultáneamente invitados a traspasar el lindero de la llamada «alta» cultura. Se les pedía que fuesen Quijotes y que pelearan contra sus propios molinos. Contra todos los molinos.

Por eso, también, una de las primeras medidas adoptadas por la Revolución fue la creación del ICAIC, del cine libre, y comprometido. Y una de las escenas más conmovedoras la registró ese cine de sí mismo en sus primeros pasos: la reacción de los vecinos de un pueblo de la montaña frente a una pantalla ambulante; las risas, los asombros, los suspiros de unos espectadores vírgenes que se descubrían en la pantalla, porque si empezaban a ser protagonistas de sus vidas, lo serían también de aquellas imágenes en movimiento. Y muchos niños huérfanos, deslumbrados, danzaban en las escuelas de ballet, y se transformaban en estrellas rutilantes de un firmamento que había estado vedado para ellos apenas unos años antes, mientras una generación de guajiros se convertía en la nueva vanguardia de las artes plásticas.

La isla de Utopía era una fábrica de bailarines clásicos y de peloteros. Los actores se trasladaban a lugares como la sierra del Escambray o la Ciénaga de Zapata, para fundar el teatro y los ciudadanos del futuro. Entonces aparecieron los cantores rebeldes, simples Silvio y Pablo, en poses y melodías difíciles de descifrar, según los viejos códigos, que los guerrilleros, los estudiantes, y los rebeldes de toda la América nuestra hicieron suyos de inmediato y reivindicaron en la clandestinidad, en las prisiones, en la muerte. Nosotros, los hijos de los alfabetizados, los hermanos menores de los cantores primeros, fuimos, sobre todo alumnos. Vestidos de azul, de carmelita, de verde, de blanco y azul, que sé yo, enfundados en todos los uniformes de la esperanza, discutíamos frente a los murales o los carteles que los pintores de vanguardia dejaban como señales del tiempo en las escuelas, o conversábamos, sentados en el piso, con el líder de la Revolución latinoamericana, Fidel, simplemente Fidel.

Éramos hijos de los libros, digo, y a veces creo que la fortaleza era también la debilidad. Pero asistíamos a los actos y soñábamos, como recientemente confesara Silvio, con asaltar Moncaditas, o pertenecer a «Los comandos del silencio» (la serie de aventuras de la epopeya tupamara que transmitía la televisión), con empuñar la adarga del libro iniciático de la Revolución en La Moneda, o en Angola, o en la frontera de la Nicaragua sandinista, con ser «Alberto Delgado, cará», o el David de la otra serie de televisión, *En silencio ha tenido que ser*. Días felices, días sin nada más que la pura felicidad de vivir a conciencia, en los bordes de un mundo nuevo. Nuestro deber era estudiar, leer.

Hasta que sobrevino el derrumbe de los países que nos acompañaban, o que parecían acompañarnos. Hasta que la neblina desdibujó el futuro, y un largo paréntesis nos dejó a la deriva. Entonces comprendimos que la instrucción no se convertía de manera espontánea en cultura, que ser revolucionario no era un problema de conocimientos —aunque también suponía un saber—, sino de ética.

Los valores de la época, los que la historia nos hacía compartir con los habitantes del planeta, adquirirían un matiz trágico en el socialismo, pues la corrupción es sistémica en las sociedades que no se interesan por el origen del dinero, del tener, pero en el socialismo es antisistémica. El revolucionario no era el que más sabía, sino el más ético. La triste desconfianza que nos hacía presuponer la doble moral del vecino, se alimentaba de una certidumbre: es la virtud la que nos hace revolucionarios. La virtud es un suceso cultural de la mayor importancia. Ser cultos —la única forma de ser libres—, es ser éticos.

Si me preguntaran cuál fue el mayor aporte de la Revolución a la cultura, diría que hacernos sujetos de la historia. Mis derechos culturales pasan por los libros que leo, por las obras de teatro, de ballet, o de cine que veo, por los deportes que practico o disfruto, por las preocupaciones, dudas y anhelos que me mueven, por mi capacidad para decidir lo que soy, lo que seré, más allá incluso de lo que tengo o pueda tener, y también, sobre todo, por mis sentimientos de solidaridad para con los otros, dondequiera que vivan. Mis derechos culturales se revelan en la utilidad que aporta mi vida. Eso es la Revolución.

De la vida y la muerte¹

(12 de diciembre de 2014)

¿Cuántos años deben pasar antes de que desaparezcan las personas, las cosas, las canciones, los paisajes que amamos en vida? ¿Durante cuántos años sobrevivimos en los seres queridos y en las cosas que tocamos o nos tocaron? Mis padres recién casados viajaron a Río de Janeiro, y mamá aún guarda emocionada el recuerdo de aquellos días, pero ¿queda algo en Río que haya tocado o amado en 1955? Yo viví y estudié en Kiev, de 1978 a 1983; los mismos edificios estudiantiles, ¿son los mismos? Regresé en 1987, apenas cuatro años después de mi graduación y otras generaciones se habían apropiado del espacio físico. Sé que hoy es una ciudad extraña, y una eventual visita solo podría depararme el placer (o el dolor) de la nostalgia. En Río y en Kiev mi mamá y yo vivimos otra vida que ya carece de (o conserva pocos) referentes humanos; la vida y nuestros referentes se trasladaron de espacio.

Pero a veces mueren a nuestro lado, unos tras otros, hasta que deshacen la vida que nos hicimos. Mi abuela sobrevivió a sus hermanos, a su esposo, a sus amigos y a sus hijos; agotó cada minuto de sobrevida —inventándose un sentido nuevo o renovando el viejo— hasta que la ausencia de los demás la mató, aún antes de morir a los 104 años.

Hay cosas que perduran más; por ejemplo, las canciones, la música de una época. Mi padre tarareaba las canciones del suyo mucho después

1 Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, Acercándonos Ediciones, Buenos Aires, 2022.

de que lo perdiese, y yo las de él, que ya no está. Pero las cosas no nos retribuyen el amor; son indiferentes ante nosotros. Pueden humanizarse, pero no se domestican; las calles que otrora transitamos, se abren cada mañana, sin recato, a los nuevos transeúntes.

La vida parece ser una perenne repetición. Los adolescentes que ahora mismo caminan frente a mi casa, no solo se comportan como los muchachos de mi adolescencia, sino que se parecen físicamente a ellos. Puedo adjudicarle a cada uno el apodo de mis compañeros de clase; son los mismos rostros o casi, y sin saberlo, ellos ya utilizan aquellos sobrenombres, los mismos que utilizaron mi padre y sus amigos.

Un día, hace algunos años, pasaba frente a la casa de una novia de mi adolescencia. De repente apareció tras la puerta, y fui a saludarla emocionado. ¡Gladys!, exclamé. «Mi mamá no está en casa», respondió la muchacha. La imagen de la madre en mi memoria se había enquistado, al punto de hacerme ignorar el paso de los años.

La vida eterna lo tendría todo, menos la pasión. Nada sería importante, porque podría repetirse; nada sería urgente, siempre podría hacerse; nada tendría sentido, porque el sentido lo otorga la finitud de la experiencia humana. ¿Cuántas vidas alcanzamos a tener en el breve tiempo que nos toca? Algunas personas viven solo una, y no es malo, porque conocen todos sus colores, todas sus estaciones y pequeños placeres. Otras no conocen reposo: se pierden en la infinitud de vidas posibles y la irremediable finitud de las suyas. Las que no agotamos nos persiguen siempre, se acuartelan en la nostalgia; pero las hay que se agotan, y si no nos deshacemos de ellas, nos congelan. Vivir mucho, sin embargo, no es pasar por muchos lugares o sentidos: es hacerlo con la pasión, la conciencia y el deseo de los que conocen la muerte.

La gente buena la conoce. La bondad crece en su cercanía. La vida grande es aquella que triunfa sobre la pequeña muerte; esa que llaman fracaso, soledad repentina, traición o partida. Volver a nacer después de cada pequeña muerte es un acto heroico, y en ese tránsito se descubren amigos y auténticos amores. Pero solo se vive bien, si se muere bien. ¿Qué es el tiempo de una vida?, ¿qué significan 50 o 100 años en la insondable infinitud?

No solo la vida necesita de un sentido, también lo exige la muerte. «No me pongan en lo oscuro a morir como un traidor», decía Martí.

Morir diez años antes o después no extiende o acorta la vida; pero puede anularla. Morir en vida no es estar preso, como lo están Gerardo, Tony o Ramón, como lo estuvieron René y Fernando. Otros murieron al pactar, al abandonar la cárcel. Yo quiero morir bien, no importa si antes o después. Que otros, entonces, canten mis canciones y calcen mis zapatos.

Gilbertman² (24 de febrero de 2015)

Como en la película *La rosa púrpura del Cairo*, un personaje ha salido de la pantalla, y camina por la ciudad. O fue al revés: un espectador obsesionado con cierto tipo de películas, seriales y videos, quiso vivir en ellos y se introdujo en la pantalla, renunció a ser persona para convertirse en personaje de ficción.

¿La ficción construye la vida, o la vida construye la ficción? Si en época de Cervantes era posible que alguien, de tanto leer historias de caballerías, encarnase en su vida-ficción real al personaje «loco» y justiciero, en la nuestra, la letra impresa ha cedido su capacidad de influencia al audiovisual.

No es, obviamente, la única ni la más importante diferencia. El audiovisual contemporáneo que impera recrea otras historias y reproduce otros valores, para nada quijotescos. Al margen de la polémica sobre la validez artística del reguetón —no me interesa dilucidar su trascendencia como género musical—, por ejemplo (y no es un ejemplo tomado al azar), su puesta en pantalla nos impone un mediocre sentido de vida.

Parece inevitable que el reguetón se ofrezca en un módulo audiovisual que nos devalúa como seres humanos y nos mide a través de las cosas que nos poseen: el carro de lujo del año, la muchacha más Barbie (no es un elogio), descerebrada y deshuesada —la mujer como simple objeto sexual— las cadenas de oro, las maletas de dólares, las bebidas más caras, los guardaespaldas, la ostentación (que en Cuba llaman especulación) como espuria evidencia de un falso triunfo.

Una noticia recorre las pantallas de las computadoras cubanas: un «especulador» que aspiraba a ser cantante de reguetón, cuya vida

2 Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

imitaba los estereotipos visuales del género, fue detenido en un operativo policial digno del serial televisivo más espectacular. Por ahí circulan los videos de la detención, como si fuesen capítulos de una serie policiaca. Como no se han concluido las pesquisas ni se ha efectuado el juicio, no hablaré de los delitos que se le imputan. Mi tema no serán las posibles ilegalidades de su conducta pública, sino su sentido corruptor.

Para ello acudo a los hechos visibles, constatables: este ciudadano, que se hace llamar Gilbertman —como Superman, o Spiderman, un «superhéroe» de mágicos (monetarios) poderes, aunque paradójicamente, el nombre de Gilberto carga en el español de Cuba con algunas acepciones peyorativas («eres un Gilberto», suelen decir)—, fugitivo de la justicia estadounidense (la cual, según parece, no ha querido colaborar con la nuestra en este caso), se instaló en su humilde barrio habanero de origen y compró en un año casas, autos de lujo, conciencias, cuerpos de mujer, y otros «objetos».

Se hacía retratar mostrando su bíceps «poderoso», y sobre él, en perfecto equilibrio, contenidos por su mano, fajos de billetes de a cien dólares. Fuerza física, fuerza monetaria. Llegaban sus autos y en ellos sus guardaespaldas; entonces descendía este SuperNada de 28 años, como si pisara la alfombra roja del éxito, como si de verdad alguien lo amara o pretendiera matarlo.

Nada que apareciese en los video-clips de sus amigos reguetoneros, y en los suyos, escapaba a su codicia simbólica. ¿Que en los videos se exhibían semi o casi desnudas las mujeres? Eran «suyas». ¿Que en los videos llegaban los tipos de mirada inflexible en carros de lujo? Llegó a coleccionar veintidós autos de marcas caras. ¿Que en ellos se contaban historias de matones y de jefes mafiosos? Él mostraba sin recato una pistola, no sabemos si real o falsa, pero ¿importa?, y maletas llenas de dólares. Extraña, retorcida manera de parecer «alguien».

Gilbertman regalaba a los vecinos y parecía extorsionar a los restantes habitantes del planeta. ¿Imitaba a Pablo Escobar, es decir, la leyenda del «buen» matón colombiano? Su divisa, su fuerza, su triunfo aparente, era *tener* (ya se sabe que el cómo no importa) y ostentar; en esencia, la misma de Bill Gates o de Carlos Slim, aunque su origen era humilde y sus opciones otras.

En el capitalismo, el matonismo es una profesión de prestigio, y tiene su glamur, su onda... ¿lo queremos en Cuba? Gilbertman finan-

ciaba videos de los Desiguales, de Eddy K, del Yonki, del Príncipe, de Damián, a condición de que lo dejaran aparecer en pantalla. No se diferenciaban mucho esos videos de los que hacen Yakarta y el Chacal (por ejemplo, «Ellas son locas»), u Osmani García (por ejemplo, su reciente «Barra abierta», *made in Miami*). En su afán por indiferenciar su vida de los más aberrantes modelos «musicales», Gilbertman utilizaba su casa y sus carros como espacios de filmación, se representaba a sí mismo o a aquel con quien soñaba ser.

En una de sus últimas producciones, «No hay break», reunía en su casa a sus financiados, entre maletas llenas de mujeres, de dinero, de expresiones duras, de pistolas, de cadenas de oro, de muebles caros y de mal gusto, como capos a la espera del resultado de una supuesta guerra callejera, importada de otras calles, de otro mundo que no es el nuestro, un video donde la violencia alcanza grados repugnantes, y en el que se compra la imagen, el símbolo esta vez invertido del joven actor que encarnaba al Chala:³ si el socialismo —que es representado por la maestra— peleaba en la película de Daranas, entre sus propias contradicciones, por salvar al niño de su familia y de su entorno social, este video reniega de aquella «conducta», pisotea el símbolo.

La revista digital de frivolidades *Vistar magazine* —que presenta en su costado más banal a los buenos, regulares y malos artistas, con anuncios de negocios que pagan, sean o no legales—, le dedicó una página en uno de sus números y en otro, anunció el video.

La guerra cultural es explícita, aunque Gilbertman no tenga la menor idea de su existencia: nosotros necesitamos salvar, emancipar, ellos quieren hacernos creer que es imposible. Contaminan, corrompen. Este «Chala» de rostro duro, traiciona y dispara a sangre fría, para cobrar su parte. ¿No hay leyes en Cuba que castiguen la producción de videos violentos en los que participan niños?

Qué triste vida la de Gilberto, el joven de 28 años que se disfrazaba de Gilbertman. Pero su caso, por extremo, es paradigmático: nadie encarnó tan literalmente el personaje del reguetonero audiovisual, del «triunfador» *made in USA*; nadie se jugó como él todas las cartas a

3 El Chala es el personaje protagónico del excelente largometraje cubano *Conducta* (2014) dirigido por Ernesto Daranas, el cual aborda la historia de un niño de 11 años que vive con su madre alcohólica en un barrio pobre, y de una maestra que lucha a toda costa por preservar y estimular en él valores positivos, a contrapelo del entorno social y familiar en el que se desenvuelve.

favor de la cultura del tener, del capitalismo, en su versión más grotesca, más vulgar. Y es paradigmático también en otro sentido: Gilbertman creía que el dinero, su superpoder, lo haría invencible en Cuba, como podría serlo en Miami o en Medellín. Tanto lo creyó que se anunciaba en Internet y alardeaba públicamente de su «fuerza». Sirva este aflictivo caso para tomar conciencia de que la guerra cultural contra el socialismo pasa por el envilecimiento y la corrupción de nuestros ciudadanos. No puedo hablar de ilegalidades hasta que fiscales y abogados de la defensa diriman responsabilidades, pero trabajemos por forjar sueños mejores en nuestros niños y jóvenes, porque los cubanos tengan un paradigma de vida superior.

Dudas y certezas de una visita⁴

(22 de marzo de 2016)

Que alguien nos lo recuerde, por favor. Han pasado 57 años y yo acababa de nacer. El presidente Obama no había nacido. ¿Cuál fue el punto de ruptura de Cuba y los Estados Unidos?, ¿por qué, apenas un año después de iniciada la Revolución, en diciembre de 1960, el Gobierno estadounidense suprimía la cuota azucarera que cada año reservaba al principal producto cubano de exportación?, ¿acaso porque se violaban los derechos humanos? No lo creo. La Revolución había derribado una dictadura que los violaba impunemente, que asesinaba a los jóvenes en las calles. Aquel ejército asesino y corrupto combatía a los insurgentes en las montañas orientales con armas estadounidenses. ¿Por qué, si no habían roto con Batista, rompían con el recién estrenado Gobierno Revolucionario? Ah, la doctrina imperial de seguridad nacional: el país no termina donde termina, se extiende hasta las torres de petróleo del Medio Oriente o de Venezuela, hasta cualquier lugar donde operen o pretendan operar las trasnacionales. Se le impuso el bloqueo económico, comercial y financiero a una semicolonía que se insubordinaba; algo que, ciertamente, afectaba sus intereses económicos trasnacionales.

Nuestro presidente ha propuesto al Gobierno de los Estados Unidos una convivencia civilizada que acepte y respete las diferencias.

4 Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

Pero cuando el presidente Obama habla de que el bloqueo no produjo los resultados esperados y que ha decidido por ello cambiar de estrategia (no de fin), dudo. ¿Será posible?, ¿querrán, de verdad, ellos? ¿No será que el multipartidismo que exigen y el desarrollo de la propiedad privada que desean se asocia no a la Carta de los Derechos Humanos, sino al Decálogo de una soñada Reconquista económica y política?

Creo que la visita de Obama es un paso positivo. Es un hombre carismático. Con su sonrisa y su inteligencia natural, conquista corazones. Nosotros, quiero decir, los cubanos de las últimas décadas, conocimos a otro tipo de líder. El candidato a un cargo político en aquella sociedad debe ser un producto apetecible para el potencial consumidor: debe saber reír con los humoristas de turno, y si es posible, hasta bailar. Los electores-consumidores lo tendrán en cuenta —se supone—, si es simpático, y parece seguro de sí. Su programa de gobierno recogerá dos o tres tópicos de gran demanda para el sector que representa y mantendrá el orden establecido. Yo agradezco que venga, y que intente capturar mis sentimientos. Pero los cubanos hemos estudiado, y eso sirve de algo: las medidas que ha tomado para desestructurar el bloqueo, en lo posible, eluden la colaboración con el Estado, que es, por cierto, quien asegura la salud y la educación gratuita de todos los cubanos, y la seguridad social de niños, ancianos y desvalidos. Su propósito, insiste en ello, es estimular el éxito de los llamados «emprendedores», los pequeños y medianos propietarios. Cree que ellos abrirán el camino hacia el capitalismo cubano. El capitalismo cubano, desde luego, no sería muy cubano. Y aquí está la bola escondida; porque si las trasnacionales regresan y se apoderan del país como antes, los pequeños y medianos propietarios serían barrios. Resulta que, paradójicamente, los cuentapropistas cubanos serán exitosos mientras vivan en una sociedad socialista.

A pesar de estas cavilaciones incómodas, me sentí satisfecho cuando dijo: «el destino de Cuba no va a ser decidido ni por los Estados Unidos ni por otra nación, el futuro de Cuba —es soberana y tiene todo el derecho de tener el orgullo que tiene— será decidido por los cubanos y por nadie más». ¿Entenderá lo que para nosotros significa, en términos de soberanía nacional, que ocupen ilegalmente por más de cien años parte de nuestro territorio en Guantánamo?

Si la idea es que nuestros pueblos se encuentren y compartan con libertad sus criterios, aceptamos el reto. Nosotros también tenemos cosas que aportar y criterios que defender; no es gratuito el interés mutuo por desarrollar investigaciones médicas conjuntas, y por colaborar en el control de epidemias que afectan por igual a todos los pueblos del mundo, como las del cólera en Haití, el ébola en África o el zika, más recientemente. Entonces, no entiendo por qué Obama, si elogia la actitud de Cuba en África, mantiene el programa que estimula la desertión de los médicos y enfermeros que colaboran en otras naciones.⁵

La lógica de la convivencia civilizada conduce a la eliminación incondicional del bloqueo. Y descarta frases como esta: «hay mayor interés en el Congreso para eliminar el embargo. Como dije anteriormente, la rapidez con que ello suceda, en parte va a depender de que podamos solventar ciertas diferencias sobre asuntos relacionados con derechos humanos». La no aceptación del sistema político cubano, digámoslo de una vez, nada tiene que ver con principios o convicciones humanistas, sino con intereses económicos imperialistas. Fidel y Raúl —tanto como Camilo y el Che, entre otros— conquistaron el corazón de los cubanos en 1959, no por un estudiado carisma eleccionario, sino porque primero pusieron en juego el suyo propio, porque más que con palabras —y no se puede decir que hablaban poco— hablaron con hechos. Es el tipo de líder al que se acostumbraron los cubanos. Obama no pudo resistir la tentación de fotografiarse con la silueta del Che a sus espaldas; él nada tuvo que ver con su muerte, desde luego, pero es el presidente del imperio que la decretó. ¿Intentaba apoderarse del símbolo o solo se llevaba a casa un souvenir? La apropiación y la manipulación de los símbolos podría ser tema de otro artículo.

Que acepten nuestro socialismo pacífico no es un grave problema, Cuba no es una amenaza para los Estados Unidos. Pero si el imperialismo no se contiene, por naturaleza, en sus fronteras, ¿qué hacemos? Esta visita ya es histórica. Hacía 88 años que no venía un presidente de ese país; antes del 59, la colonia se administraba desde la embajada. El puente de la confianza debe construirse desde las dos orillas.

5 Pocos días antes de abandonar la Casa Blanca, el presidente Obama anunció la cancelación de la política de estímulo a la desertión de médicos cubanos y la conocida como *Pies secos, pies mojados*, que estipulaba la aceptación inmediata de todo cubano que arribara a los Estados Unidos por vías ilegales. Ambas políticas, sin embargo, nunca se desarticularon completamente, y han sido retomadas con el tiempo.

La patria posible⁶ (13 de mayo de 2016)

I

Todos los accesos al campo de batalla han sido minados. El campo es un círculo cerrado, y en él, un grupo de «ofendidos» apedrea al «ofensor». Si te unes a los que lanzan piedras, «defiendes» la libertad de expresión, la diversidad; si tratas de defender el derecho a opinar, y reconoces algún atisbo de verdad en la opinión del que se pretende estigmatizar, eres un censor. Las advertencias son claras: el articulista que ha desatado la ira —y propiciado el contraataque que, esperan ellos, constituya una lección definitiva para todos los que piensan como él—, es «vil», «mezquino», «un ser de las sombras».

Algunos transeúntes de las redes, ajenos al verdadero contenido de la discusión, asumen como ciertos los epítetos. Otros que saben que el supuesto ofensor lleva razón, callan, porque no quieren ser estigmatizados. El apedreado es un intruso, alguien que fue declarado con desprecio, en una contienda de «elevados» intelectuales, como un no intelectual, un político: «Por más que el inspirador de este texto [...] tiene nombre, blog y pupila, no lo leo como una polémica entre dos intelectuales, porque no lo es: falta uno», escribe una comentarista. Si un intelectual expresa su acuerdo o su coincidencia de criterios con el Partido, es un político «oficialista», y no entra en la «zona de prestigio trasnacional».⁷

Pero la sentencia discriminatoria no es exacta. El articulista atacado no está indefenso, esgrime argumentos profundos que quedan sin respuesta. A cambio, recibe insultos o manipuladoras evasivas. Es un revolucionario intelectual, o viceversa. Su texto incluye una larga cita de Fernando Martínez Heredia, uno de los más prestigiosos intelectuales cubanos, que no va en la dirección deseada por los aludidos, y es ignorada.

6 Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit. El contexto de este enunciado es el siguiente: el periodista y analista político Iroel Sánchez (1964-2023) en su blog *La pupila insomne*, había señalado las espurias fuentes de financiamiento y los propósitos veladamente subversivos del sitio web *Cuba Posible*, y recibía por esos días una andanada de insultos y descalificaciones de parte de colaboradores y seguidores de ese espacio.

7 Milena Recio: <https://www.facebook.com/milena.recio/osts/10153614505447817>

En la contienda participan los que surfean en la ola de los consensos de prestigio: viene la siguiente, y son expertos en montarse, en avanzar sin caer al agua, en hacerse visibles, aplaudibles. Jamás cambiarían un consenso por una verdad, es muy costoso. Aunque saben, no me cabe dudas, diferenciarlos. Los medios (re) productores de consensos en el capitalismo nos hacen comprar cualquier cosa, incluso la idea de que el suicidio —el capitalismo depredador— es bueno, pero sabemos (todavía lo sabemos) que no lo es.

La verdad, en términos sociales, no puede ser ajena a la ética, a la justicia. Y un revolucionario no puede defender la corriente de moda, aún si fuese acatada por la mayoría de la población, o de los jóvenes, solo porque coyunturalmente la mayoría lo piense; pero es costoso para el prestigio individual ir a contracorriente, y es sin embargo imprescindible, si somos o aspiramos a ser revolucionarios. En construir mayorías estúpidas —desde la ignorancia pura, pero también desde la tecnofilia o la falsa erudición, como la llamaba Martí—, de cualquier edad, se especializa el capitalismo. A veces es inevitable administrar consensos, pero un revolucionario debe, ante todo, construirlos.

Pudiera entrar a discutir un argumento o una frase del articulista «villano», decir que estoy en desacuerdo con tal razonamiento suyo para que me perdonen el desacuerdo con sus adversarios, en fin, tomar distancia de los implicados, situarme en el medio, hacer política bastarda; pero eso me repugna. Prefiero atenerme a las esencias: estoy de acuerdo con Iroel Sánchez, que escribe como ciudadano, y lo hace con la legítima pasión de los revolucionarios. Entremos pues en el tema de los centrismos.

II

La llamada desideologización o, dicho de otra manera, el desgaste social de la ideología revolucionaria, que para existir tiene que hacerse consciente y reproducirse de manera continua —a diferencia del proceso de reideologización conservadora, que puede transcurrir sin que el sujeto lo perciba—, transforma la duda en escepticismo, en abandono. El individuo se acomoda en el centro, equidistante de los puntos emisores de contenidos: es el lugar más cómodo, más seguro. La tesis es que todos tienen parte de razón (la razón libresca, de

espaldas a la vida), y esa sola sentencia derriba el interés por la Revolución. El «desideologizado» delega en los demás la actividad política, mientras recarga su nueva cosmovisión.

Cuba Posible se mueve con sigilo y atrae a este sector, mostrándose de la misma manera; usufructúa el cinismo, pero no lo cultiva: necesita construir las nuevas creencias para la reconversión ideológica, y coloca, sin prisa, sus rieles. Por el momento, disecciona como forense —manipula e hiperboliza, ofrece sus propias conclusiones como inobjetable puntos de partida— los males de nuestra sociedad, desde una aparente pluralidad de intenciones y doctrinas, de opiniones y consejos, que provienen de los más diversos orígenes; es su manera de eludir cualquier definición ideológica expresa: en ocasiones se acerca al lenguaje revolucionario, en otras, parece articularse en el reformismo socialdemócrata, a veces, en el más tradicional liberalismo.

Si el capitalismo funciona de forma inconsciente a nivel de individuo, y el socialismo lo hace de forma consciente, entonces la «desideologización» únicamente afecta a este último, lo desarma. Ideologizar en el socialismo es lo opuesto a una «falsa conciencia»; implica tomar conciencia de sí, hacerse cargo de que existimos en un mundo, en una época, donde pasado y futuro están interrelacionados. La presencia de todas las doctrinas en el mercado, dispersa y anula la revolucionaria. Donde no hay ideología visible, hay ideología capitalista.

Los fundadores de *Cuba Posible* han dicho que se oponen al «empeño por imponer un proyecto de país único, sin tomar en cuenta las otras propuestas que existieran. Estábamos y continuamos estando convencidos de que el gran cambio que demanda actualmente la nación implica todo lo contrario; o sea, la capacidad para que todos los proyectos puedan compartir el país y construirlo juntos».

Sin embargo, en lo que verdaderamente importa y tiene sentido histórico, solo hay dos proyectos de país. El de la justicia social que es el de la independencia, y el del capitalismo neocolonial. Lo demás son caminos, acertados o fallidos, que conducen a uno u otro lugar. ¿Quién dijo que el pluripartidismo implica en alguna parte la existencia de muchos y diferentes proyectos de país? ¿Alguien cree que, en los Estados Unidos, en sus zonas de poder, cohabitan más de un proyecto esencial de país? Claro que no es lo mismo Obama que Trump o que Sanders, o que la Clinton, pero por favor, ¿alguien cree

que alguno de ellos pretende y/o podría construir otro país? Por mucho menos, Kennedy fue asesinado. Que nadie pretenda traernos de contrabando, como opción posible, al capitalismo neocolonial.

El cinismo se siente, a pesar de todo, representado en *Cuba Posible*, porque este grupo construye espacios teóricos descontextualizados, para «denunciar» las grietas que el contexto ha generado entre la realidad y el discurso.

Dos formas diferentes de encarar la realidad y su conceptualización tienden puentes: *Cuba Posible* (la teoría) se hace acompañar de *OnCuba* (el desmontaje minimalista). Ambos procuran golpear los espacios de prestigio de la Revolución: la igualdad, la solidaridad, el heroísmo. Ambos son funcionales a la dominación imperialista, pero semejan ser radicales, rebeldes. No son críticos de lo mal hecho, de los desvíos y errores de nuestra Revolución —ese es el mito de presentación—, porque se sitúan más allá de ella, en el período «post»: no puede repararse lo que ya «no existe».

El proceso «descripción-teoría» avanza a rastras, en la oscuridad, se detiene en cada descorchado de la pared, de manera que el lector llegue a creer que ese minúsculo espacio es la imagen de un país. La extrañeza que el discurso de ellos provoca en nosotros y, probablemente, el de nosotros en ellos, se debe a que estamos situados en orillas diferentes: nosotros en la orilla de la convicción, y ¿por qué no?, de la fe (fe en el pueblo, en su capacidad de sostener y desarrollar la Revolución), ellos en la del descreimiento o dicho de modo más literario y autojustificativo, en la del desencanto. En este caso, la fe ve más; el descreimiento es ciego.

Cuando, airado, Veiga —uno de los fundadores de *Cuba Posible*— le responde a Iroel, parte de una creencia propia que enuncia como si fuese una verdad admitida por todos (en esto se parece a Obama): Cuba, su sistema, se encuentra en crisis y es preciso construir entre todos *una transición*. La palabra en sí porta significados dudosos, comprometidos con la historia: bajo ese término, por ejemplo, España y Chile dieron por finalizado el período de salvajismo capitalista militar y abrieron el del salvajismo capitalista «democrático», mientras que los países de Europa de Este saltaron de un socialismo trunco a un capitalismo «bananero con nieve» (el único posible para recomenzar). Y no creo que aluda al «período de tránsito al socialismo», como alegaban los manuales.

Quizás por eso apostilla que no sería «una transición al modo oligárquico o mafioso de la Europa del Este», con lo que nos intenta «tranquilizar»: sería sin dolor. Pero entonces cabría preguntarse, ¿nos conduciría al mismo lugar? Dice que Iroel representa «el pasado y el fracaso». ¿La Revolución, para estos hijos de la Revolución, ha fracasado? Son precisiones que quedan en la sombra y que nada tienen que ver con las prevenciones de Fidel y de Raúl —cuyas palabras manipula Veiga una y otra vez, con gestos literarios de cuadro político, para vender gato por liebre—, ni con la actualización o la reforma (no tengo reparos con el término, porque hacer una reforma no implica ser reformista, contra lo que sí tengo reparos), que se ha propuesto hacer más eficiente y justo nuestro socialismo. Cambiar todo lo que deba ser cambiado jamás ha significado en Fidel o en Raúl, o en los revolucionarios cubanos, cambiar el socialismo por el capitalismo. *Cuba Posible* apuesta por, e intenta construir, la República posrevolucionaria y sus fundadores se perciben como consejeros o asesores de un nuevo estamento político, que ya se declara «lealmente» opositor. Una lealtad dudosa.

Es usual en discusiones como esta que los aludidos se refugien en teorías, en citas eruditas, que mezclen lenguajes y conceptos pescados en este o en aquel libro; pero tras cada palabra, sépanlo ellos o no, sean o no partícipes o usufructuarios, cobren o no, palpita un interés de clase. Como decía el filósofo argentino Arturo Andrés Roig, hay que aprender a diferenciar entre discurso y direccionalidad discursiva, entre significado y sentido.

Si la derecha venezolana utiliza el lenguaje de los revolucionarios —con alusiones al pueblo, a sus derechos o necesidades, a la justicia social— para derrotar a los revolucionarios, ello no implica que se ha reubicado en «el centro», que aspira a dialogar con la «otra parte»; solo muta el color de su piel, como los lagartos, para igualarse al terreno por el que debe inevitablemente transitar, y defiende los intereses de una oligarquía que es antipopular y neocolonial. Una vez en el poder, arrasará con todo vestigio de dignidad adquirida por los Sin Nada. Ya hemos visto un adelanto en el Parlamento de aquel país.

El conflicto (el de siempre) entre los Estados Unidos y Cuba más que teórico es práctico, no surge de diferentes interpretaciones sobre los derechos humanos, es un conflicto de intereses económicos y geopolíticos, y aquellas diferencias conceptuales justifican o defienden

estos intereses opuestos, están a su servicio. A ningún congresista estadounidense se le ocurre debatir la peculiar interpretación de los derechos humanos en Arabia Saudita o en Israel.

Tampoco es suficiente el nacionalismo a secas porque, en primer lugar, no existe. La patria, la de Martí, no es la «tierra que pisan nuestras plantas». Es un proyecto y una experiencia colectiva de vida. Cuando, hallándose en Guatemala después del Pacto del Zanjón, le piden a Martí que regrese a Cuba, responde: mi Patria no está allá en la isla colonizada, la llevo conmigo. El nacionalismo burgués convive de manera armónica con el anexionismo; el imperialismo jamás permitiría su existencia independiente.

La patria que construimos es inclusiva. Pero los que atentan contra la justicia social y la dignidad de los otros, los que aspiran a una riqueza que se sustenta en la pobreza de las mayorías, los que intrigan y conspiran para ser colonizados —así sean fervorosos voluntarios o viles mercenarios—, se autoexcluyen de la patria. Es cierto que quienes desconfían de las capacidades de su pueblo y mitifican las del vecino, no dejan de ser cubanos. Son los reformistas de siempre, los autonomistas y anexionistas del siglo XIX, los neocolonizados del XX. Recordemos la sutil diferencia que establece Fernando Ortiz entre cubanidad y cubanía: los anexionistas son cubanos porque no pueden eludir las formas propias (costumbres, tradiciones, etc.) de la cubanidad, pero carecen de cubanía, que es la forma consciente en que se asume esa pertenencia.

III

¿Qué significa ser extremista?, ¿cuáles son los extremos del debate nacional? Para los revolucionarios cubanos, el extremista es quien adopta de manera irreflexiva consignas y frases hechas, cuyo fondo conceptual ignora o no comprende, y es incapaz, por tanto, de discernir qué es esencial en ellas y qué no lo es. El extremismo conduce al dogmatismo y a la doble moral. Lenin lo sentencia de manera inequívoca en una frase que el pueblo ha hecho suya: detrás de cada extremista hay un oportunista. Pero nada tiene que ver con la visión radical —que va a las raíces—, y a la postura revolucionaria frente a la realidad. No me atrevo a definir el extremismo reaccionario, porque el capitalismo no estimula ni propicia —a diferencia de la Revolución—

la participación ciudadana en la política real. De cualquier manera, ni el socialismo revolucionario ni el capitalismo, son los extremos en una supuesta «gama de ofertas» políticas. El centrismo político descalifica toda visión radical como extrema y no necesita buscar un equivalente en la visión conservadora. Lo que no es radical, ya no es revolucionario. El centro queda a la derecha del mapa.

¿Por qué Veiga y algunos de sus colaboradores respondieron con ira los señalamientos de Iroel? Con su lenguaje ambiguo y su teorismo supuestamente centrista, *Cuba Posible* pretende pescar en el río revuelto de la guerra cultural. «El rey está desnudo», ha dicho Iroel, y la ilusión ha desaparecido. Mi interés no es acusarlo de complicidades espurias: no porque sean bienvenidos en Washington y en Miami, o porque sus artículos sean reproducidos y elogiados por la derecha, la más inteligente, vamos a sospechar de sus gestores o a descartar el análisis de sus propuestas. Pero yo quiero felicitar a Iroel Sánchez, porque nos hizo pensar, raro oficio. La Cuba real contiene, al menos, dos Cubas posibles: la neocolonial e injusta del capitalismo dependiente y la de un socialismo revolucionario, más eficiente y democrático, pero real, por el que no dejaremos de pelear.

Papá, sé fuerte, todo va a estar bien¹ (2016)

El 18 de noviembre una Nota Informativa del Ministerio de Salud Pública de Cuba conmocionó al país.

El 16 de noviembre, el doctor Félix Báez Sarriá, especialista en Medicina Interna, miembro de la brigada del Contingente Internacional Henry Reeve que se encuentra en Sierra Leona en el enfrentamiento a la epidemia de ébola, y que ya había atendido a pacientes con este virus, comenzó a presentar fiebre de 38 y 39 grados, sin otros síntomas. Inmediatamente fue trasladado al Centro de Tratamiento para el ébola Kerry Town en la capital, designado para tratar funcionarios de Naciones Unidas, donde también laboran profesionales cubanos.

El pasado día 17 de noviembre se le realiza prueba diagnóstica de ébola, la que resultó positiva. Nuestro colaborador está siendo atendido por un equipo de profesionales británicos, con experiencia en el tratamiento a pacientes que han presentado la enfermedad, los cuales mantienen comunicación permanente con especialistas de nuestra brigada.

A propuesta de la Organización Mundial de la Salud, se ha decidido trasladar al Dr. Félix Báez Sarriá hacia el Hospital Universitario de Ginebra, en Suiza, al ser este un centro especializado con experiencia en el tratamiento y manejo de casos infecciosos de alta transmisibilidad.

Expertos y directivos mantienen el seguimiento a la evolución del paciente, quien hasta el momento se encuentra sin complicaciones y hemodinámicamente estable.²

1 Enrique Ubieta Gómez: *Zona roja. La experiencia cubana del ébola*, Casa Editora Abril, La Habana, 2016.

2 Ministerio de Salud Pública, 18 de noviembre de 2016.

Lo que más se temía había sucedido. En los primeros días, dos médicos cubanos habían salido, con sus trajes especiales, después de una jornada de intensa actividad —y más horas de las aconsejadas—, a recoger a un enfermo de ébola moribundo que unos ambulancieros habían tirado en la cuneta, como un saco inservible, a pocos metros del Centro de Kerry Town. No se sabe con exactitud, pero se presume que en ese esfuerzo inusual se produjo el contacto.

Ni siquiera Félix puede precisar el momento o el modo en que ocurrió. Unos días más tarde, debutaría con fiebre. Los doctores Luis Escalona y Felipe Delgado tuvieron contacto físico con él en Port Loko, unas horas después de que aparecieran los primeros síntomas y se sometieron al rigor de una cuarentena.

Escalona siente un escalofrío que le recorre la espalda cuando recuerda el sueño de la serpiente; Félix había amanecido con fiebre y sudoraciones, y le dijo: soñé con una enorme boa que me apretaba, abría mucho la boca e intentaba tragarme, y tú me salvabas. La muerte acechaba.

La apuesta parecía inclinarse hacia los peores vaticinios de la prensa enemiga. Pero no ocurrió lo que deseaba: que los cubanos, preocupados por sus familiares y amigos, por sus conciudadanos, se sintieran molestos por el envío de las brigadas. La noticia no inhibió, sino que desató los nudos de la solidaridad: todos los cubanos se sintieron parte de la familia de Félix. El breve y emotivo mensaje inicial del hijo en los sitios cubanos de Internet donde se reflejaba la noticia, funcionó como una bomba de profundidad en la sensibilidad nacional:

Hola, soy el hijo de Félix, me llamo Alejandro. Quiero agradecer a todos aquellos que de una forma u otra animan y dan esperanzas a nuestra familia y mi padre. Quiero reconocer también a las autoridades de la salud que hicieron posible que mi papá comenzara a recibir atención médica tan pronto y lo trasladaran a Ginebra para ser atendido con todos los medios.

Yo sé que todo saldrá bien y en unos meses esto será solo una historia para contar. Por otro lado, ánimo a los que aún están allá cumpliendo con su hermosa labor a pesar del riesgo que implica y les agradezco por cuidar de mi papá mientras yo no estoy, todas nuestras esperanzas

están con ustedes. Un saludo a todos. Papá, sé fuerte, todo va a estar bien, aquí está toda Cuba esperando por ti.³

Cientos de mensajes llegaron a la redacción de esos sitios. Si antes de este hecho se percibía como heroica la decisión de viajar a combatir el ébola, la posibilidad real de la muerte lo ratificaba en el imaginario popular. Una vez más se confirmaba, pese al pragmatismo que parece dominar la atmósfera social del nuevo siglo, que los héroes no pasan de moda.

La gente esperaba con ansiedad cada noticia y contaba cada día de vida transcurrido como una victoria. Las noticias eran promisorias. Alejandro Báez, el hijo, enviaba un nuevo mensaje:

Bueno, muchas gracias por hacer que mi comentario se extendiera a todos y así lograr que todos apoyaran la causa de nuestros médicos en África que es lo que más necesitan después de esto, demostrémosles nuestra aprobación a lo que hacen a pesar de que es una tarea arriesgada. Esa es nuestra mejor forma de hacerlos sentir seguros y darles ánimo para seguir adelante con tan importante misión. Sí, mi papá enfermó, pero eso no quiere decir como muchos dicen que no debió ir. Yo digo que es todo lo contrario, mi papá estaba allí porque él se sintió en el deber de ayudar a quienes más lo necesitan poniendo su vida en riesgo. ¿Pero acaso no es esto lo que nos hace humanos? digo yo, porque lo que nos hace humanos es nuestra capacidad de poner el bien común por encima del personal y ser capaces de darlo todo por ayudar a quien necesita una mano. Aprovecho y agradezco nuevamente a todos por demostrar tanto apoyo y amor hacia nuestros colaboradores de la salud, en especial el que han mostrado hacia mi papá.⁴

Desde sus prisiones en territorio estadounidense, Gerardo, Tony y Ramón, seguían con ansiedad las noticias sobre la salud de Félix. Tony le expresaría al propio Félix su inmensa alegría de saberlo definitivamente curado, en una carta escrita apenas diez días antes de que fuesen liberados.

3 «Mensaje en *Cubadebate* del hijo del Dr. Félix Báez», 19 de noviembre de 2014, <http://www.cubadeba-te.cu/noticias/2014/11/19/mensaje-en-cubadebate-del-hijo-del-dr-felix-baez/>

4 «Hijo de Félix Báez agradece muestras de solidaridad hacia su padre», *Cuba por siempre*, <https://micubaporsiempre.wordpress.com/2014/11/22/fuerzafelix-hijo-de-felix-baez-agradece-muestras-de-solidaridad-con-su-padre-cuba/>

Querido Dr. Félix Báez, hermano.

Hay noticias de esas que a uno le dan una alegría inmensa y una fuerza indescriptible. Tenía la convicción de que vencerías al ébola con tus fuerzas y con toda la atención médica y solidaria que te rodeaba.

Cuando leo las noticias de tu regreso a la patria siento una gran felicidad. Cuando leo además que desde el primer momento dijiste y ahora ratificaste que tú «vuelves a Sierra Leona y terminas lo que empezaste» se me llena el corazón de una resistencia invencible y de un tremendo orgullo de ser cubano.

Eso me hace recordar cuando tuve la dicha de estar en las audiencias de sentencias de mis hermanos y los vi decir sin temor, llenos de convicción y de moral, en sus alegatos ante una jueza que sabíamos nos daría las más duras e injustas sentencias, que ellos estarían dispuestos a volver a hacer todo lo que hicieron para detener los actos terroristas contra nuestro noble pueblo.

Aquí queda tu ejemplo, seguro de la victoria.

Cinco abrazos fuertes.⁵

Los días en Ginebra

El doctor Jorge Pérez Ávila, director del Instituto de Medicina Tropical Pedro Kourí de La Habana fue un testigo excepcional de su recuperación en Ginebra:

Recibo la noticia y de momento, no le presto atención al nombre, sé que es un colaborador, alguien dice, Felito, pero más nada. Regreso a mi casa y comento, parece que hay un colaborador que tiene fiebre allá y lo están descartando. Y salta una persona que estaba en la casa y dice, coño, ese debe ser Felito. Entonces caigo en que Felito era un familiar de la esposa mía, un primo. Era Félix Báez, yo sí lo conocía, pero hasta ese momento no me había dado cuenta. Poco después, quizás unas horas después, el ministro me llama y me dice, prepara las maletas que te vas para Ginebra que Félix dio positivo, y tienes que estar al tanto de todo lo concerniente al diagnóstico y al tratamiento de Félix, incorpórate al hospital de Ginebra. La embajadora Anayansi

5 Antonio Guerrero Rodríguez: «Carta al Dr. Félix Báez», Prisión Federal de Marianna, 7 de diciembre de 2014, <http://argentinaporlos5.blogspot.com/2014/12/carta-de-antonio-guerrero-felix-baez.html>, 10 de diciembre de 2014.

Rodríguez, representante de Cuba ante la ONU, y el personal de la embajada nuestra te ayudarán.⁶

Esa misma noche abordaba el avión. Casi simultáneamente, el doctor (entonces paciente) Félix Báez, iniciaba el recorrido hasta Ginebra. El viaje le parecería infinito o casi; primero, en una ambulancia que nunca terminaba de moverse y aullar, hasta el aeropuerto de la ciudad; después, en aquel avión con todas las condiciones de una terapia intensiva, que tuvo que reabastecerse de combustible para un vuelo de muchas horas. Durante el viaje le pusieron el traje especial que se utiliza en la zona roja. Así bajó la escalerilla del avión, semiconsciente y desorientado, sostenido por dos médicos que se habían vestido como él. Félix no sabía dónde ni con quiénes estaba, tenía fiebre alta. Lo acostaron en una camilla y lo envolvieron en papel celofán.

De nuevo en una ambulancia, esta vez escoltada por dos autos de la policía de Ginebra, algo verdaderamente inusual en la ciudad. Entran al hospital por un túnel subterráneo. Todo transcurre muy rápido, sincronizado, como en las películas de ciencia ficción: lo bajan, asistido por agentes de seguridad, que se protegen también con trajes especiales, aunque están nerviosos, es el primer caso de ébola que reciben; las puertas electrónicas se abren, unas tras otras, en el preciso instante en que pasan, hasta que llegan a la sala donde estará internado, una unidad VSL 4, con todas las condiciones y aislamiento total. Cuando lo desvisten, bajo la sábana, queda como viajó, como llegó al hospital, como nació, completamente desnudo, porque Félix ahora volverá a nacer. Toda su ropa anterior fue incinerada en Sierra Leona. La película, digo, nos la podemos imaginar, pero Félix no la ve, está inconsciente.

El doctor Jorge ya se encuentra en Ginebra, en el hospital, ha esperado toda la noche junto a la embajadora Anayansi Rodríguez. No existe, en ese instante, otra tarea más importante para la representación cubana que atiende varias comisiones de las Naciones Unidas en esa ciudad. A las cinco y media de la mañana Jorge conversa con el doctor Pugin: «Me dice que no está bien, sigue inconsciente y tiene mucha fiebre, parecía estar haciendo alguna complicación

6 Enrique Ubieta Gómez: Conversación con el doctor Jorge Pérez Ávila, encargado de la recuperación del doctor Félix Báez en Ginebra, durante los días que enfermó de ébola.

neurológica; la transaminasa alta, la amilasa alta, o sea, dicho de otra manera, tiene un trastorno hepático y uno en el páncreas, y está deshidratado». Desde entonces, lo acompañará. Félix no lo reconoce hasta pasadas las primeras 12 horas. De repente nota su presencia del otro lado del cristal, y sonríe. Es un rostro conocido, de la tierra. Hablan por teléfono a través del cristal que siempre los separará, pero a veces no coordina bien; él no lo percibe, pero el doctor Jorge sí. En esas primeras horas de reencuentro, Félix sorprende al doctor Jorge, que cree haberlo vivido todo, cuando le dice: profe, yo me siento mal, pero me voy a curar y regreso a Sierra Leona. «Yo me emocioné muchísimo —me cuenta—, porque este hombre se estaba muriendo (edematoso, la cara hinchada, los ojos un poco rojos), y de repente dice: “yo regreso a Sierra Leona”». ⁷

Después supo que antes de partir de Freetown se lo advirtió a sus compañeros. El doctor Jorge intervendrá en los debates sobre el estado del paciente con el equipo suizo que lo atiende.

Él se puso muy rojo —cuenta—, y los médicos llegaron a pensar que uno de los medicamentos le estaba haciendo daño. Y yo les dije, no, ese es un rash viral, no lo toquen ni le cambien el tratamiento. Todos los síntomas fueron mejorando, pero a mí me interesaba saber cómo estaba la carga viral de Félix, llegó con más de 10 000 000 de copias del virus, después empezó a bajar, yo lo evaluaba clínicamente, se logró que siguiera con los medicamentos, y no hubo problemas, y sí, discutíamos mucho cómo iba, nos llamaba mucho la atención una enzima muscular que se llama difofo creatin quinasa que estaba muy alta, indicando que tenía un detritus muscular, una destrucción importante de músculos, y la milasa como la transaminasa, que estaban muy altas, luego empezó a bajar y a bajar... Después de la aplicación del medicamento y con sus propias defensas fue bajando la replicación viral, hasta el punto de que llegó el momento en que ya no se registraba. Nosotros estuvimos 17 días allí, eso fue como al día 14. A las 72 horas, 76 quizás, que yo vi ese cambio favorable en él, ya yo llamé y dije, este no se muere, ¿sabes por qué? Lo primero que me dijo Félix fue, tengo hambre, quiero comer, y no podía, ese es el mejor síntoma que podía tener, los análisis iban progresando y la viremia iba bajando. ⁸

7 Ibidem.

8 Ibidem.

Seguirá los detalles e informará a Cuba, día tras día, sobre su recuperación. A través de los médicos que directamente lo atienden, le enviará las palabras que publicó su hijo en la prensa cubana. Meses más tarde, en Freetown, cuando los cubanos partían ya de regreso a la Patria, me encontré con Félix Báez. Era la víspera del 23 de marzo, su cumpleaños 44.

Después del abrazo obligado, accedió a responderme algunas preguntas. Entonces me dijo:

Estando yo en Ginebra, como al quinto día de mi ingreso, el doctor Jerome Pugin, jefe de cuidados intensivos del Hospital Universitario, me habló del mensaje de mi hijo. Un día por la noche me lo trajo, lo pude leer y me emocioné mucho, hasta lloré. No lloré cuando me sentí mal, pero lloré cuando leí la carta de mi hijo. Me emocionó muchísimo, porque tengo confianza en él, pero no esperaba una actitud tan altruista, tan bonita.

Cuando la carga viral ya no fue detectable, se hizo evidente que debían abandonar el hospital y la ciudad. El costo de la recuperación —que la OMS y el propio hospital sufragaban— ascendía a casi medio millón de dólares. «Félix se encontró con un colectivo médico en Ginebra de excelencia —quiso recalcar el doctor Jorge—, con un hombre como Pugin, que hizo tremendas relaciones con nosotros, y que ama a Cuba».⁹

La embajadora Anayansi Rodríguez le compró ropa nueva. En complicidad con los médicos, lo sacaron por una puerta trasera del hospital y lo acompañaron en un rápido recorrido por la ciudad. Volvía a la vida, pero seguía delicado. Se cansaba rápido, no caminaba con agilidad. Al atardecer, la embajada organizó una recepción de bienvenida. Y al siguiente día partieron, los doctores Jorge Pérez Ávila y Félix Báez Sarriá, de regreso a la patria.

Todavía y durante un período indeterminado de tiempo podría transmitir el virus por el semen. La televisión cubana recogería el momento de su arribo a La Habana, con su esposa y su hijo. Un mes más tarde regresaba a Sierra Leona, como había prometido, pero antes pasaría por Ginebra, para donar su sangre (superpoblada de anticuerpos) a otro paciente de ébola que debía ser internado en ese hospital. Cuando se produjo su definitivo regreso a Cuba, todos los análisis realizados sobre su semen habían sido felizmente negativos.

9 Ibidem.

Durante nuestro encuentro en Freetown me dijo también:

Tuve referencias del apoyo que recibí en Cuba. Estando en Ginebra, leí un artículo que se llamaba «Once millones de cubanos esperan por ti», muchas intervenciones en *Cubadebate* y *Cubasi*, cerca de 85 000 visitas al Twitter y al Facebook, de todo eso me enteré en el hospital y es asombroso, pero no me veía como Félix sino como un cubano más que desafortunadamente estaba enfermo y que recibía la solidaridad de todo un pueblo y de todo el mundo también. Creo que esto sirvió para despertar algunas conciencias alrededor del mundo, para que se supiera que la brigada médica cubana estaba luchando contra el ébola en África y que había que ayudar a los africanos, creo que también despertó muchas conciencias. Incorporarme nuevamente a la misión fue muy positivo. Primero, porque me convertía en un estandarte para la brigada, en una punta de lanza moral, era una demostración de que se podía salvar a las personas, que la Revolución siempre nos iba a dar su apoyo, que no importaban los gastos en que se incurrieran, que íbamos a estar bien atendidos. Yo me sentí realmente muy emocionado cuando regresé a Sierra Leona, mis compañeros todos me recibían abrazándome, decenas y decenas de fotos y abrazos, fue muy emocionante. Fui seleccionado entre los primeros 200 cubanos que iban a Nueva Orleans, después del paso del huracán Katrina, fui fundador del contingente Henry Reeve, y estoy muy orgulloso de haber sido de los primeros y de estar aquí, en los dos puntos, en los dos momentos más difíciles del Contingente (Pakistán y Sierra Leona), en el desastre más grande y en la epidemia más grande. Para mí eso es muy importante. Esas son mis dos misiones. Mi esposa me ayudó mucho, me apoyó en todo, y cuando tomé la decisión de regresar, me dijo que no podía ser de otra forma, que yo era así, que si no, no era su esposo, y que ella me apoyaba y me entendía.

Reinaldo Villafranca Lantigua, Coqui¹⁰ (2016)

Coqui no había nacido con suerte. Se la hizo a golpes de voluntad. Daba tumbos por la vida cuando la Revolución le tendió la mano. No magnifico esa mano, muchos no la toman cuando pueden —sin la voluntad individual de salvarse, nadie se salva—, pero Coqui se aferró a ella como un náufrago.

10 Enrique Ubieta Gómez: *Zona roja. La experiencia cubana del ébola*, ed. cit.

Empezó a estudiar Enfermería gracias al proyecto de Fidel de rescatar a los jóvenes desvinculados. Algunos de los profesores eran más jóvenes que él. Empezaba a descubrirse: sentía una profunda vocación por la Enfermería, un deseo interior de servir. El licenciado José Raúl Milán, uno de sus profesores y compañero en la batalla contra el ébola, lo recuerda de entonces: «Era como todos, muy jovial, muy cuentista, a veces le tenía que recordar que estábamos en clase». No fue fácil. En algún momento se desalentó y estuvo a punto de retirarse. «En dos ocasiones fui a visitarlo a su casa —prosigue José Raúl—, porque quería dejarme la carrera, y en esas visitas pude apreciar sus necesidades, sus carencias; yo sabía que él tenía un futuro como enfermero, era muy humilde, pero muy inteligente, un ejemplo de sacrificio, de voluntad». Obtuvo el título. El impulso le alcanzó para seguir en un diplomado de posgrado y, sobre todo, para granjearse el cariño de sus compañeros de trabajo y de sus pacientes, en el policlínico de su pueblo natal. Coqui tenía mucho que dar, y que darse. Cuando supo lo del ébola, fue de los primeros en presentarse. El licenciado Víctor Lázaro Guerra Viera lo vio llegar, empapado, un día de cielo plomizo y abundantes aguas, a la Unidad Provincial de Cooperación Médica de Pinar del Río, para inscribirse en el grupo que aspiraba a integrar la brigada de los combatientes del ébola:

Ese día estaba cayendo un aguacero tremendo. Vino desde Los Palacios a traer su expediente y me dijo que había salido de un turno de guardia, que estaba cansado, que tenía que regresar otra vez, en una guagua o al dedo, que vivía lejos. Entonces empezamos a revisar el expediente y le faltaban cosas. Ya se iba bajo aquel aguacero, y me dicen, avísale, y yo lo alcanzo y lo hago regresar. Ese fue mi primer encuentro con Coqui.

Los que lo conocían de antes, no sospechaban que sería el único pasajero que abordaría el ómnibus en Los Palacios. A su madre le dejó una puerca parida, para que le sacase en su ausencia un poco de dinero.

Durante el entrenamiento se destacó, no solo por sus habilidades como enfermero, sino además por su conocimiento del inglés, aprendido de manera autodidacta en otra vida de marginal. A sus antiguos profesores le prestó la colección de discos de *Inglés sin fronteras*, que adquirió no se sabe cómo. Pero temía que no lo eligiesen, porque eran 300 candidatos, muchos de ellos con más años de experiencia y con

misiones anteriores. Los amigos lo ayudaron a controlar el nerviosismo durante el chequeo médico, porque padecía de hipertensión.

Fue elegido. Lo eligieron, a pesar de su escaso currículum y de su pasado «oscuro». El licenciado Juan Carlos Curbelo Fajardo fue testigo de ese momento: «Fue uno de los primeros en colocarse el traje, en probarse el PPE, y lo hizo muy bien, mostraba competencia. Cuando fuimos elegidos entre los 103 enfermeros que partirían a Sierra Leona, Coqui se sintió muy orgulloso, lloró al salir del teatro y me dijo que había pensado que no lo lograría».

Nunca había viajado en avión y tenía miedo. Juan Carlos, su ex-profesor y ahora compañero, se sentó a su lado, y permitió que ante cada salto del avión se agarrase de su mano, como una vez hizo con la oportunidad de estudiar en la universidad.

Comenzaba un nuevo período de su vida, se sentía parte de un colectivo que lo aceptaba como era, sin mutilaciones, y se tuteó con la muerte sin dejar de sonreír, como hacen los héroes. Víctor Lázaro recuerda: «Coqui tenía un espíritu tremendo, muy alegre, uno se preguntaba de dónde sacaba tanto ánimo y fuerza, porque mientras algunos se mostraban cansados, él se mantenía despierto, atento, jodiendo. La gente que trabajaba en Kerry Town nos decía que era un caballo trabajando, sin miedo».

Villafranca quiso rebasarse, rehacer su destino. Sí, ello implicaba salir de la «prisión» material que lo achicaba, mejorar sus condiciones de vida y la de su madre, pero también construirse un nuevo rostro social, rehacerse como persona. Lo logró con creces.

La enfermedad —la malaria cerebral, ese fantasma aceptado y temido de los misioneros— lo asaltó de manera sorpresiva. Cuenta Juan Carlos:

Inmediatamente que se decide su traslado a Kerry Town, empezamos todos a comunicarnos, especialmente con Frank, que era la persona que más cerca estuvo de él. Durante el tiempo que estuvo viviendo en el hotel Compañero, a pesar de que estaban en habitaciones diferentes, fueron amigos. Y Frank me comunica: se acaban de llevar a Coqui con toda esa sintomatología aparatosa. Ya el domingo en la mañana nos informa que estaba crítico, que empeoraba su estado. Que se esperaba por un segundo test sobre ébola, ya el primero había dado negativo, y que esto decidiría sobre su traslado a un buque de la Armada británica que estaba anclado en medio del océano, para que recibiera un tratamiento más especializado para su patología. Esta noticia nos

empezaba a chocar a todos, sabíamos lo que había sucedido con el compañero de Guinea.

El impacto de su breve presencia en la Unidad de Tratamiento al ébola fue enorme, su repentina muerte sacudió a todos los cubanos y a sus compañeros de otras nacionalidades. El licenciado Frank, su amigo, lo describe así: «Era una persona alegre, muy dedicada a su trabajo..., se hacía querer por todo el mundo, estaba pendiente del estado de ánimo de cada persona a su alrededor». Los médicos y, sobre todo los enfermeros de la Unión Africana, a quienes había enseñado lo que sabía con generosidad, lo despidieron llorando, de pie a ambos lados del camino, mientras pasaba el féretro.

«El 15 de enero regresaba el doctor Félix y casi simultáneamente fallecía Coqui —comenta Juan Carlos—; estábamos recibiendo una inyección de estímulo moral, de patriotismo, de sentido de pertenencia, cuando ocurre lo de Coqui, pero aquello no mermó nuestra responsabilidad, ni afectó nuestra decisión de estar allí».

Un periodista quiso usar su origen para descalificar el costado heroico de su muerte. Solo desde el cinismo, desde la absoluta falta de fe en los seres humanos, esa persona pudo —en nombre de la verdad— ignorar al nuevo, al verdadero Villafranca, que con buena dosis de voluntad Coqui había construido sin dejar de ser el de siempre, y obligarlo a ser el ya falso Villafranca de sus orígenes marginales. Interpretar sus actos desde ese origen de partida, es ignorar el duro trecho recorrido. Escamotearle el título de héroe, desde una visión reductora de sus motivaciones, es despojar de sentido su muerte (y su vida). El periodista cínico no describía a Coqui, se describía a sí mismo.

Un almendrón,¹ ¿dos banderas?² (4 de octubre de 2016)

I

No hay mejor lugar de trabajo para un sociólogo que el asiento trasero de un almendrón que «botea» por las calles de La Habana. Estrujado, entre una señora enorme con una niña a la que han vestido de adulta —labios pintados, collar de cuentas y pantaloncito ajustado—, y un joven que mira con desgano por la ventanilla, pero lleva una bata blanca cuidadosamente doblada en las piernas, observo y escucho lo que acontece. En el asiento delantero se ha acomodado a sus anchas un hombre que exhibe sus músculos y sus cadenas de oro. Entre este y el chofer, sobrevive una adolescente vestida con el uniforme de secundaria, a la que parece no importarle nada fuera de su celular. Encima de la pizarra del carro hay dos banderas, una cubana y una estadounidense.

1 Los cubanos llamamos almendrones a los carros de las décadas de los cuarenta y de los cincuenta del siglo pasado que se han conservado y circulan, muchos de ellos como taxis ruterios, por las calles del país. «Botear» es el verbo que emplean los cubanos para designar el acto de conducir uno de esos taxis ruterios. «Botero» es como llaman al conductor de esos carros de alquiler. La unificación monetaria decretada del año 2021 elevó equitativamente los salarios y los precios de todos los productos, pero la inflación y la especulación sobre una oferta mermada volvió a golpear a los trabajadores. Aunque los hechos transcurrirían de otra manera hoy, la esencia de lo expuesto en este artículo se mantiene.

2 Enrique Ubieta Gómez: *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

La señora a mi lado le agradece al chofer por habernos recogido: «es que nadie va para la Víbora». Por un momento, el reguetón de moda en la reproductora del carro parece anular sus palabras. Pero El Musculoso suelta de repente una carcajada: «todos van para la Víbora señora, pero dividen el viaje en dos para ganar más». El chofer es bueno, en el buen sentido de la palabra, y añade: «yo sé que a esta hora la gente está desesperada y recojo a todo el mundo». El fortachón, que se baja cerca, replica: «pues eso es lo que tienes que aprovechar, el momento, siempre aparece alguien dispuesto a pagar el doble». El joven médico lo mira, pero no puedo descifrar la expresión de sus ojos. Irrumpe un silencio incómodo que nos traslada al espacio ético del reguetón, que ahora lo llena todo.

Algunos choferes, al pasar, hacen con la mano la señal de que se quedan cerca. Si uno la reciproca, se detienen. Pero no recogen a nadie que vaya hasta la Víbora o hasta Playa o hasta el Capitolio —según los diferentes itinerarios—, a no ser que el pasajero proponga los veinte pesos o se encuentre situado en la segunda mitad del trayecto. Así es como burlan el tope de precio establecido por el Estado para proteger a la población. Es cierto que tienen que pagar impuestos, y mecánicos (a veces, tan inescrupulosos como ellos), y gasolina o petróleo y piezas de reposición, etc. Pese a todo, sacan en limpio en un día, tanto o más que lo que esos viajeros desesperados al mes.

Hay otros choferes, como el de mi cuento, que aparecen como ángeles salvadores para los menos desesperados o los con suerte. Este, es ya un hombre maduro. Sabe que su tarea diaria no es ganar dinero, sino prestar un servicio a la sociedad por el que gana dinero (parece lo mismo, pero no es igual); le dijo a una anciana que se montó por un breve tramo en el carro, al ver que buscaba insegura en su cartera: «no se preocupe abuela, si no tiene el dinero no importa».

No pretendo reducir la sociedad toda al mínimo espacio de un almendrón, que solo adquiere representatividad en el conjunto de sus viajes y pasajeros. Pero tomaré de modelo ese escenario para la reflexión.

II

¿La ganancia máxima de unos pocos, está por encima de la voluntad y de los intereses de la sociedad?, ¿de la sociedad socialista, quiero

decir? Me construí una historia de vida para el joven médico: puede que estuviese en un consultorio de montaña, o en un policlínico urbano, o que se haya expuesto, quizá, durante el terremoto de Haití o en uno de los países africanos afectados por la epidemia del ébola. Su salario fue incrementado, es cierto (el botero, aún así, gana mucho más). Trajo de esos países algún dinero, que ahorró como buen padre de familia. Pero, ¿maximizó las ganancias?, cuando le pidieron su disposición para asistir a los enfermos de ébola, ¿pensó en maximizar las ganancias?, ¿lo hizo cuando atendía a cualquier otro botero de la capital en el consultorio de la familia o en un gran hospital? Algunos quieren ganar más a costa de la necesidad de los otros, pero, ¿están dispuestos a poner sus propias necesidades en juego?, ¿qué sociedad queremos construir?

Las dos banderas que el chofer o el dueño —no siempre son la misma persona—, ha colocado frente al parabrisas del carro, representan las opciones, los símbolos a elegir: dos banderas, dos historias, dos modos de vida. Los símbolos no permanecen estáticos, con el decursar del tiempo añaden nuevos significados al que les dio origen; la bandera de los fundadores de los Estados Unidos no es la actual, aunque sea idéntica en sus formas y colores. Tampoco lo es la bandera cubana.

La norteamericana, la de las barras y las estrellas, ha incorporado el comportamiento interno y externo del país que representa y es hoy uno de los símbolos mundiales más visibles del imperialismo. Digo esto, consciente de que la gente de pueblo, en ambas orillas, tiene mucho en común. Pero en cada bandera, en cada símbolo, se objetiva una historia, más allá de la voluntad de los individuos.

Hay cambios de ruta que determinan, a veces, cambios de bandera: la República española tuvo una enseña diferente a la que conocemos hoy —es común en el Estado español que los proyectos de vida autonómicos, se hagan representar por banderas diferentes según su filiación clasista—, y algunos símbolos, como el de la *swástica*, alcanzan tal negatividad histórica que sepultan cualquier contenido previo.

Los cubanos no tuvimos que cambiar de símbolo, porque nuestra bandera, la mambisa, expresa un concepto de Patria vigente, que aspira a la solidaridad y a la justicia social entre todos sus ciudadanos. Pero la historia reciente de Cuba ha enriquecido ese símbolo. Cuando

un extranjero enarbola su solidaridad con la Revolución Cubana y levanta para ello nuestra enseña, aparecen en ella las aspiraciones de los revolucionarios de todos los tiempos. A veces, algunos latinoamericanos dibujan el rostro del Che en la bandera cubana; es un acto redundante. El Che y Fidel, Mella y Guiteras, Martí y Maceo, están inscritos ya en sus colores y formas.

Supongo que el dueño o el chofer del almendrón no reivindica, al colocar la bandera de las barras y las estrellas, su esencia imperialista, sino su imagen seductora y neocolonizadora: el *american way of life*. Confunde Hollywood con la sociedad estadounidense. Sin embargo, José Martí luchó para que Nuestra América pudiese construir una sociedad diferente a la de los Estados Unidos. Como ha destacado Roberto Fernández Retamar, el Apóstol no tuvo una visión completa de aquel país hasta que se asentó en él: «Solo entonces sabría en qué medida profunda nuestra América no solo es distinta de ‘la América europea’, sino de que no puede realizarse más que por otras vías que las que tomaran los Estados Unidos».³

Esas banderas simbolizan también dos concepciones de vida en pugna: la que prioriza el tener y la que prioriza el ser. En aquel sistema de valores, lo que sitúa a un actor en el *star system* no son sus cualidades histriónicas, el personaje que ha interpretado, si Hamlet o Rambo, sino la cuantía del pago recibido. El origen de la riqueza es intrascendente: no importa si es heredada, o resultado del juego, si es robada (en tanto no sea atrapado el ladrón de «cuello blanco» o de pistola en mano), si proviene de un matrimonio «afortunado» o si fue amasada a base de talento y esfuerzo; en cualquier caso, el «triunfador» será reverenciado por su dinero.

No se suponía que la nueva sociedad empezaría a construirse en una isla sin recursos naturales, pobre y bajo hostigamiento económico y mediático, pero la apuesta es diferente: el socialismo no desestima el bienestar material, pero aspira a que cada individuo tenga según lo que es (lo que aporta), porque el sentido de la vida lo determina el ser.

Cuando llega una persona que es, y tiene, nadie nota lo segundo. Por lo común, aquel que necesita mostrar que tiene, no está seguro de lo que es o no le importa. Es un problema de prioridades. La moda

3 Roberto Fernández Retamar: «La revelación de Nuestra América», *Cuba Socialista*, 4.^a época, 1: 138, enero-abril de 2016.

y las marcas imponen los gustos, pero el dilema es otro: hacernos servir por los objetos que adquirimos, o servir a los objetos; que ellos existan para hacernos la vida más cómoda y bella, o vivir para ellos, lo que implica vivir para mostrar lo que tenemos.

Que una sonrisa inteligente valga más que una cadena de oro, es también parte de nuestra tradición cultural. José Martí se lo explica, de manera insuperable, a su niña María Mantilla. Si he hablado de banderas, de símbolos y de conceptos de vida, es porque mis compañeros de viaje en el almendrón, de alguna manera, sabiéndolo o no, se acercan o se alejan de ellos. Recordar a Martí, después de un viaje «a bordo» de un almendrón, es tarea útil:

[...] Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica, y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no en el costo. La elegancia del vestido, —la grande y verdadera—, está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. [...] Deja a otras el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa.⁴

Las coordenadas de la Utopía⁵

(22 de noviembre de 2016)

Vivimos tiempos difíciles. La tierra que antes se divisaba en el horizonte y que nos compulsaba a remar con fuerza, sin reparar en obstáculos y sacrificios, se desdibujó en los años noventa; los agoreros del Apocalipsis dicen y repiten que no podrá alcanzarse, que apenas era un motivo literario que nos ayudaba a crecer, lo que nos dejaría a solas con el presente, un presente que sin pasado y sin futuro, sin

4 José Martí: «Carta a María Mantilla, 9 de abril de 1895», *Obras completas*, t. 20, pp. 216-220, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

5 Enrique Ubieta Gómez: ob. cit.

una visión móvil, un desde y un hacia, se convierte en charco sucio, en agua estancada. Ciertas tendencias en la literatura, el teatro o el cine —y fuera o dentro del arte, en la crítica social—, son el reflejo del corte de luz, de la falta de percepción de (o la renuncia a) un horizonte. Son miradas miopes —no ven más allá de lo inmediato— que las trasnacionales promueven, las que establecen el nuevo dogma que debe paralizar la navegación. Un profesor de fotografía decía a sus alumnos, mientras mostraba la foto de un anciano desvalido que pasaba junto a un almendrón roto: esta es la imagen que tipifica a Cuba en el mundo. La que ellos quieren, desde luego. Es una verdad a medias decir que el arte refleja la realidad, también la construye.

Digamos que el capitalismo jamás renuncia a fabricar sentidos de vida, aunque falsos y de corte individualista: las mayorías que respiran en puntas de pie sobre el agua, sueñan con un golpe de suerte que los catapulte hacia el éxito económico personal. Los que habitan las favelas de Río no se ofenden si las telenovelas brasileñas no reflejan sus vidas y presentan a sus coterráneos en lujosas mansiones: ellos sueñan con vivirlas. El capitalismo se las arregla para que los explotados sueñen con ser explotadores. Pero si se cancelan los sueños, los destinos, el mundo colapsa. Obama y Trump, por muy diferentes que sean o parezcan, lo saben, y les dicen a los suyos, a los estadounidenses simples, que tienen una misión, divina o histórica, da igual.

Si durante el viaje perdemos los puntos cardinales, si el socialismo, que solo puede entenderse como un viaje hacia otro mundo, pierde los referentes de partida y de llegada, todo termina: decir que el pasado que nadie vivió era peor y que un futuro capitalista que nadie ha vivido también sería peor, es pura abstracción. Pésima explicación para los jóvenes. El futuro es esperanza y si lo queremos socialista, no basta con alertar sobre las seguras consecuencias de uno capitalista. Son los límites sobre los que se encuadra el dilema, pero el dilema es el hoy.

Si los ciudadanos perciben que ha comenzado la era posrevolucionaria, buscarán sus islas personales, harán maletas para sus viajes privados. Nadie puede vivir sin un sentido, sin una ruta de viaje y un horizonte por alcanzar. Y la cultura del tener, la capitalista, nos rodea, parafraseando a Virgilio Piñera, como la maldita circunstancia del agua por todas partes. Nuestros ciudadanos descreídos no reparan en lo obvio que tienen, quieren al fin dos pantalones vaqueros,

un celular «inteligente» y un auto; los jóvenes descreídos del «primer mundo» (al que, por cierto, no pertenecemos) tienen los dos pantalones, el teléfono y el auto, y pelean en la calle contra las fuerzas antimotines por aquello que los nuestros tienen y a veces no valoran. Hay que soñar alto. Si los jóvenes cubanos soñaran bajito, a ras de tierra, el futuro de la patria estaría hipotecado.

¿Pero por qué los jóvenes deben defender la Revolución, el presente al que llamamos Revolución? ¿Por lo que han hecho sus padres y abuelos? No es poco lo que han hecho, pero ese es apenas el punto de partida. Debemos defenderla por lo que ellos (los jóvenes) harán. Para los que no han perdido la fe —y creo que son mayoría— no basta lo mucho que hicimos: la Revolución debe defenderse porque todas las pequeñas, medianas y grandes imperfecciones actuales, las que ellos detectan con justa inconformidad y todas las conquistas invisibles (porque ya se asumen como naturales), podrán superarse o mantenerse solo si esta se preserva.

Solo la Revolución puede superar a la Revolución y hacernos avanzar; solo si la pasión por la justicia social no cede, si no se renuncia a la búsqueda de un camino alternativo que garantice el consumo y dignifique la vida, pero que eluda el consumismo y las visiones pragmáticas; solo si los sueños no se domestican, si no se nos cortan las alas en nombre de una racionalidad castrada, podremos construir un futuro más digno para todos los cubanos. Donde no hay «imposibles» por conquistar, no hay revolucionarios.

Ser revolucionario es defender a los humildes, a los «pobres de la tierra». No puede existir otra interpretación.

Esta es una Revolución de, por y para los humildes. Raúl lo ratificó el primero de enero del 2014, cuando recordó las palabras fundacionales de Fidel: «La Revolución llega al triunfo sin compromisos con nadie en absoluto, sino con el pueblo, que es al único que le debe sus victorias», y reiteró Raúl: «Cincuenta y cinco años después, en el propio lugar, podemos repetir con orgullo: ¡La Revolución sigue igual, sin compromisos con nadie en absoluto, solo con el pueblo!». ⁶

6 Raúl Castro Ruz: «Discurso de Raúl en Santiago: No cederemos ante agresiones, chantajes ni amenazas», *Cubadebate*, 1 de enero de 2014, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2014/01/01/discurso-de-raul-en-santiago-no-cederemos-ante-agresiones-chantajes-ni-amenazas-fotos-y-video/>

A veces, sin embargo, ante la ausencia de una teoría que salve y demuela, que restaure el concepto de socialismo por caminos nuevos, nos acecha el espejismo socialdemócrata. En justo escape de esquemas y dogmas, caemos en los brazos de la socialdemocracia: una puerta enmarcada con luces de neón, que nos conduce de vuelta al capitalismo. Los cambios en Cuba son imprescindibles y están en marcha. Hay quienes pretenden empujarlo, subrepticamente, hacia el capitalismo. Y hay quienes se oponen a ellos, porque viven cómodamente instalados en las telarañas de la burocracia. Ni los primeros ni los segundos se interesan por el pueblo.

En Cuba hay personas que viven en condiciones aún más difíciles. Son hombres y mujeres entrampados en las redes de la pobreza. Los revolucionarios cubanos tenemos que pelear por ellos; son los más afectados por el bloqueo estadounidense, por la abrupta caída del imperfecto pero justo sistema socialista de relaciones comerciales y por la impericia, el despilfarro y la corrupción. Que no carezcan de la alimentación elemental, puedan estudiar y reciban atención médica gratuita de primero, segundo y tercer grados, los diferencia de sus pares latinoamericanos.

Pero la Revolución quiere más, los revolucionarios queremos más. Son sobrevivientes de una guerra que ya sobrepasa las cinco décadas. Para ello tendremos que ser eficientes, a pesar del implacable bloqueo económico, financiero y comercial, de la guerra abierta y solapada, de la subversión y de los funcionarios ineptos. La defensa de lo que somos, permitirá que avancemos hacia lo que nos proponemos ser, hacia una patria próspera, más socialista, justa y solidaria. Solo desde la pelea del hoy podrán visibilizarse las coordenadas del movimiento: lo que fuimos y lo que queremos y podemos ser.

No hay que ser solemne para decir una verdad sencilla y rotunda: qué grandes nos hizo a los cubanos, a los latinoamericanos, Fidel y esa Revolución que su generación, y atrás otra, y después la mía y las que llegan ya, hicieron, hacen, harán. Qué grandes nos hizo el Che o Allende, Chávez o Evo, y antes Bolívar, Martí, Zapata y Sandino, con sus maneras distintas e iguales de enarbolar la dignidad de nuestros pueblos. Qué grande y qué fuerte es un pueblo que tiene un Camilo y, unas pocas décadas después, un Gerardo, un Tony, un Ramón, un Fernando, un René. Que sabe que hay hijos que actúan en el silencio o el anonimato, ahora mismo, porque conoce el rostro de los pocos que

finalmente fueron revelados. Que acuna a jóvenes intelectuales comprometidos con su tiempo y a médicos capaces de saltar sobre todas las previsiones individualistas y curar a los necesitados en África o donde sea. No hay que ser solemnes, pero tenemos derecho a sentirnos orgullosos y optimistas.

Las falacias en su centro⁷ (18 de julio de 2017)

La verdad social puede ser escurridiza. No basta con pretenderla. A diferencia de la manzana de Newton, no siempre cae hacia abajo. En gran medida su descubrimiento depende de nuestros ojos; y más que de los ojos, de nuestra mirada, o para ser más exactos, de nuestro ángulo de visión, de nuestra atalaya. Existe con independencia de los individuos; pero la guerra en torno a su legitimación expresa intereses. Las simplificaciones más comunes acogen extremos falsos: que la verdad está repartida entre todos, que es la suma de todos los ángulos de visión; que sin la verdad de los explotadores es parcial e incompleta la verdad de los explotados. Es curioso, pero los extremismos se ubican, paradójicamente, en la comodidad del centro.

Algunos textos de apreciados colegas que fueron publicados en medios digitales y la entrevista que *Cubadebate* me hiciera —aparecida también en las páginas de *Granma*—,⁸ todos sobre el pretendido centrismo de corrientes ideológicas que intentan asentarse en Cuba, provocaron un enorme revuelo en diversas plataformas digitales, algunas de abierto perfil contrarrevolucionario. Lo paradójico es que, al menos en las primeras jornadas, los aludidos y los que no habían sido aludidos —pero sintieron que podían serlo—, en lugar de discutir los argumentos, invirtieron los roles: nos acusaron de victimarios, de censores. La exigencia de que hablásemos de los problemas de la agricultura, o de la burocracia, o de cualquier asunto no resuelto, y no de tendencias ideológicas, paralizaba el debate. Pero la excusa es

7 Enrique Ubieta Gómez: *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

8 Pueden consultarse los textos de Enrique Ubieta Gómez, Iroel Sánchez, Elier Ramírez Cañedo, Maikel Pons Girart, Carlos Luque Zayas-Bazán, de una parte, y de Arturo López Levy, Aurelio Alonso y Lennier López, de la otra, en el dossier «Debate: Cuba Posible y las plataformas no confrontacionales de restauración capitalista», *Cuba Socialista*, 4.ª época, 5: 90-172, mayo-agosto de 2017.

insostenible: ninguno de los problemas actuales que enfrenta el país podrá ser resuelto si perdemos la Revolución.

Iniciaré estas reflexiones, que pretenden rescatar el debate extrañado, con una breve referencia al artículo que *Cuba Posible* —principal plataforma en la web del más sutil pensamiento restaurador del capitalismo— coloca como primera respuesta a la denuncia de su intención desmovilizadora, e iré abriendo el análisis a otros tópicos.

El autor del texto, Lennier López, acepta y reivindica el término desde el propio título: «La centralidad del tablero es radical, democrática, socialista e ilustrada». Para ello apela a dos o tres ideas muy simples, impracticadas e impracticables: hay que eliminar los «discursos polarizadores», la «política de guerra», porque según su aséptica comprensión, la política «es la administración efectiva del poder», y no «una batalla desleal, sin reglas», por lo que propone sustituir el eje «izquierda-derecha» por «la centralidad del tablero [...] de una partida en desarrollo».⁹

Todo esto, reconozcámoslo, dicho de forma elegante, desde una torre que llaman «laboratorio de ideas» —como se autodenomina esa Cuba que solo sería posible si perdemos a Cuba— construida, según declaración reciente de sus fundadores, para propiciar «una evolución gradual del actual modelo sociopolítico cubano», mientras otros desde Washington, y desde algunas otras sedes alternas y subcapitalistas de América Latina, mueven en Caracas los hilos de la «política de guerra», de la violencia, o alternan funciones en el reparto de zanahorias y garrotes para Cuba (Obama dixit).

Lennier insiste en la metáfora de la partida de ajedrez —empleada antes por el derechista Aznar, cuando era primer ministro de España y respondida por Fidel— para entender la política: «las piezas —dice el articulista citado— están dispersas ocupando columnas, diagonales y casillas en todos los sectores del tablero. La centralidad resulta, entonces, un intento de hacer política desde la transversalidad».¹⁰ Viene al caso la respuesta de Fidel al político español: «hubo un caballerito que como en un tablero de ajedrez me dijo que, si Cuba movía fichas, ellos movían fichas y yo le dije que el destino de un país no se

9 Lennier López: «La centralidad del tablero es radical, democrática, socialista e ilustrada», *Cuba Socialista*, 4.ª época, 5: 96-98, mayo-agosto de 2017.

10 Lennier López: ob. cit., p. 96.

juega en un tablero de ajedrez». ¹¹ Lennier, desde luego, no pretende una discusión de pueblo, aunque la invoque y enumere deficiencias o carencias no estructurales para eludir los temas de fondo.

Hay señales de olor en el texto que atraen al público entendido, capaz de «degustarlo»; actitudes correctísimas, que prestigian mucho: Lennier defiende, por supuesto, la razón y adopta el discurso de la Ilustración, el de la burguesía en ascenso, en una suerte de utopía reaccionaria, aunque se declara, a la vez, moderno, postmoderno y postestructuralista. Pretende estar en el centro, ser antidogmático, pero asume todos los dogmas de la derecha. Hay que reconocer que fue creativo al utilizar el término centralidad... ¡qué hallazgo! Como me comentaba alguien que no respeta esa portentosa imagen: es un gato en el centro del tejado de zinc caliente. Y en un quejido lastimero declara: «¡Qué desperdicio para una nación el dejar fuera de la participación política a varios segmentos de sí misma!». ¹² ¡Sí, qué desperdicio, digo yo, que haya clases y lucha de clases, naciones opresoras y naciones oprimidas, patriotas y vendepatrias! Lennier es tan socialista como Felipe González.

Porque en lo común no se trata de perspectivas o de opiniones diferentes, sino de intereses contrapuestos. Repito y preciso: intereses de clase. El conflicto histórico de los Estados Unidos con Cuba, el que hoy todavía nos separa, nada tiene que ver con una diferente comprensión de los derechos humanos. Batista, Trujillo, Somoza, Pinochet, fueron socios —en el sentido cubano del término— del imperialismo (no hablo de los gobernantes estadounidenses como individuos). Donald Trump acaba de regresar de Arabia Saudita, adora a los jeques sauditas —el nombre del país se deriva del apellido de la familia real—, y les venderá armas con componentes israelíes. No se confundan: no es el abrazo final de árabes y judíos, es el abrazo de árabes ricos, judíos ricos y estadounidenses ricos en contra de sus respectivos pueblos.

En los años setenta del siglo pasado, los hippies enfrentaron al sistema con audacia y candor: «hagamos el amor y no la guerra», decían y recibían una paliza tras otra como respuesta, mientras los B52 partían con sus armas químicas —ahora son drones o misiles «inteligentes»,

11 Fidel Castro Ruz: «Hubo un caballerito que como en un tablero de ajedrez...».

12 Lennier López: ob. cit., p. 98.

la muerte se administra por computadora—, sordos de ira, hacia Vietnam. La guerra imperialista en Indochina terminó porque el pueblo vietnamita expulsó con las armas en la mano a los invasores y a sus mercenarios locales ¿Es cosa del pasado?

¿Los frentes amplios de la izquierda son centristas?

Todo pareciera conducir en el mundo al centrismo: los movimientos revolucionarios construyen frentes amplios que incorporan a una militancia no tradicional, históricamente desmovilizada y descreída, que exige el cumplimiento real de la democracia burguesa. Ello es saludable, es un paso de avance y una estocada de muerte, ya que sabemos que en tiempos de crisis el sistema ni quiere ni puede cumplir con unas reglas que fueron concebidas para reproducir el poder burgués, no para socavarlo. Sin embargo, el proceso debe servir para educar a las masas, y sobre todo, a los dirigentes; la democracia burguesa solo los llevará al gobierno si está rota, si alguno de sus conductos de oxigenación está obstruido por la crisis, y aun así, nunca al poder; entonces, ya en el gobierno, tendrán dos alternativas: o mantienen un perfil anodino, de infinitas dejaciones y concesiones, de espaldas al pueblo, lo que desilusionará a los electores en la próxima ronda (y no evitará la cruenta demonización mediática) o intentan tomar el poder, es decir, radicalizarse.

Si anuncian que van a por más, que quieren el poder, el tigre (que no es de papel) saltará al cuello, a morder la yugular; y si lo anuncian y no se mueven, ¡la pierden! Si, en cambio, permanecen en los límites precisos de la democracia burguesa y a pesar de ello entorpecen los proyectos de enriquecimiento trasnacional —de los que la viceburguesía antinacional obtiene siempre alguna ganancia—, el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), por ejemplo, el sistema judicial encargado de proteger a los ricos intentará castigarlos de manera drástica. Para eso existe la «separación» de poderes, todos en manos de una minoritaria clase social. Escoja usted la variante más eficaz: golpes de estado judiciales (Honduras, Paraguay, Brasil), procesos y condenas a expresidentes «indisciplinados» que conservan el apoyo de las masas y pueden regresar al Gobierno —nunca tuvieron el poder— (Dilma y Lula en Brasil, Cristina Fernández en Argentina).

Finalmente, si el frente amplio toma el poder, será declarado totalitario, antidemocrático, y populista (una palabra que despojan de sus significados históricos y concretos para reducirla a la acepción más grosera, la de demagogia). Y vaya paradoja, los restantes frentes que puedan existir en el mundo en lucha electoral, tendrán que moderar aún más el lenguaje, evitar hablar de los que consiguieron llegar, desmarcarse de ellos. Da igual, el sistema los acusará de ser sus cómplices o peor, sus seguidores: ahora por ejemplo está de moda espantar al electorado colonizado —y a los políticos «correctos»— con la amenaza de que la nueva izquierda quiere convertir el país en otra Cuba, o en otra Venezuela.

Así las cosas, mientras el sistema hace aguas en medio mundo, sus ideólogos intentan reciclarlo asfixiando revoluciones y retornándolas de vuelta al redil. Si le exigen a una Revolución en el poder que restaure la democracia burguesa (separación de poderes, pluripartidismo y medios de comunicación privados), porque esa democracia es importante (para que ellos puedan recuperar lo perdido, desde luego), y sitúan como ejemplo a quienes buscan el poder en países burgueses construyendo frentes amplios —a estos los acusan de ser como nosotros, a nosotros nos acusan *de no ser como ellos*—, ya sabemos lo que quieren.

Entiéndase esto: la única validación aceptable para el sistema de que hemos introducido correctamente esos instrumentos suyos, es que perdamos las elecciones, el gobierno y el poder. Venezuela es un ejemplo clásico: el respeto estricto a todos los códigos de esa democracia nunca obtuvo (ni obtendrá) la certificación imperialista. Porque si esa «democracia» existe para impedir que la voluntad popular derribe el sistema de dominación, allí donde este ha sido derribado y en los siguientes cinco o diez años no ha logrado restaurarse —esto puede afirmarse de modo «científico»—, funciona mal.

En realidad, queremos democracia, sí, eso son las revoluciones, grandes saltos democráticos, y de lo que se trata es de echar a andar la nueva visión que tenemos de ella, no de restaurar sus viejos postulados. No estamos conformes con el nivel alcanzado en el ejercicio de esa nueva democracia, pero no porque queramos la otra, la que ya sabemos inservible: la comparación es y será con nuestros propios ideales. Porque, hay que recordarlo, en Cuba no pretendemos tomar el poder, ya lo tenemos.

Es cierto que Fidel, como Martí en el siglo XIX, fue el artífice de la unidad de todas las fuerzas revolucionarias. Fidel salvó para la Revolución a seres humanos honestos, que eran revolucionarios o que se hicieron revolucionarios con los acontecimientos o que nunca fueron contrarrevolucionarios, pero no integró de manera ecléctica diferentes tendencias ideológicas, ni incluyó a una sola persona pagada desde los Estados Unidos o Europa. Blas Roca como presidente y Raúl Roa como vicepresidente de la primera Asamblea Nacional, conformaron un dúo simbólico: ambos pusieron su talento y su capacidad creadora al servicio de la más radical de las miradas posibles, la de Fidel, la del Partido, que bajo su liderazgo todos contribuyeron a construir.

Fidel no hizo pactos, construyó un nuevo consenso, el que emanaba de la justicia social postergada y anhelada por el pueblo. Rechazó el Pacto de Miami, en momentos en que parecía más necesario que nunca, con argumentos diáfanos: «lo importante para la revolución —escribió—, no es la unidad en sí, sino las bases de dicha unidad, la forma en que se viabilice y las intenciones patrióticas que la animen».¹³ No adoptó el camino socialista, porque el Gobierno estadounidense fuera hostil, esa es una afirmación reductora, aunque sin dudas aquel fue un factor catalizador. En septiembre de 1961 escribió:

La Revolución no se hizo socialista ese día [16 de abril]. Era socialista en su voluntad y en sus aspiraciones definidas, cuando el pueblo formuló la Declaración de La Habana. Se hizo definitivamente socialista en las realizaciones, en los hechos económicos-sociales cuando convirtió en propiedad colectiva de todo el pueblo los centrales azucareros, las grandes fábricas, los grandes comercios, las minas, los transportes, los bancos, etcétera.

El germen socialista de la Revolución se encontraba ya en el Movimiento del Moncada cuyos propósitos, claramente expresados, inspiraron todas las primeras leyes de la Revolución.

El 16 de abril se reafirmó y se llamó por su nombre, lo que orientaba ya hacia el ideal socialista desde el día mismo en que, frente a las aspilleras de la fortaleza militar de Santiago de Cuba o en sus celdas de tortura y muerte o frente a los pelotones de criminales —que defendían un poder caduco—, daban su vida casi un centenar de jóvenes que se proponían lograr un cambio total en la vida del país. Y dentro de un

13 Fidel Castro Ruz: «Carta dirigida a los firmantes del Pacto de Miami», Sierra Maestra, 14 de diciembre de 1957.

régimen social semicolonial y capitalista como aquel, no podía haber otro cambio revolucionario que el socialismo, una vez que se cumpliera la etapa de la liberación nacional.¹⁴

En su última alocución pública, que a la postre fue su despedida, frente a los delegados al Congreso del Partido —abril de 2016—, Fidel reafirmó su credo comunista: «A todos nos llegará nuestro turno, pero quedarán las ideas de los comunistas cubanos», dijo.

No me sorprende que Arturo López Levy, uno de los asiduos ideólogos de *Cuba Posible*, en uno de los artículos más transparentes de la última semana, escribiera: «La pregunta central de este debate sobre opciones ideológicas no debe formularse en términos históricos, sino políticos [olvidemos la historia, pedía Obama]. No debe ser sobre lo que hubiese hecho Fidel Castro hoy [...] Cuba pertenece a las generaciones actuales de cubanos».¹⁵ Este autor, que se declara socialdemócrata y sionista, coloca varias carnadas en su anzuelo, pero en un comentario al debate abierto, termina donde debe terminar: «El día en que se acabe el bloqueo / embargo, soy partidario de que se inicie un proceso hacia la instauración de una democracia multipartidista en Cuba, con libertades de prensa, asociación, y todas las otras recogidas en la Declaración Universal de Derechos Humanos, tal como se entienden por los comités que han estado a cargo de manejar su interpretación».¹⁶ El título del artículo, sin embargo —que manipula una frase de Martí, el más radical de los cubanos— revela ya su sentido: «La moderación probada del espíritu de Cuba».¹⁷ Volveremos a él.

¿Lo mejor de uno y otro sistema?

¿Por qué ha causado tanto escozor mi afirmación de que no es posible integrar «lo mejor» del capitalismo y lo «mejor» del socialismo?

14 Fidel Castro Ruz: «Editorial», *Cuba Socialista*, 1.ª época, 1: 2, La Habana, septiembre de 1961.

15 Arturo López Levy: «La moderación probada del espíritu de Cuba», *Cuba Socialista*, 4.ª época, 5: 104, La Habana, mayo-agosto de 2017.

16 Arturo López Levy: «La moderación probada del espíritu de Cuba», 13 de julio de 2017, edición digital, <https://cubaposible.com/la-moderacion-probada-del-espiritu-cuba/>

17 *Ibidem*.

Tal manera de concebir la coexistencia (nada pacífica en términos sociales) de elementos de uno y otro sistema, algo que es inevitable, parece establecerlo como fin y no como punto de partida. Hablo desde la perspectiva de un revolucionario (que defiende los intereses de los desposeídos), que es diferente a la de un reformista (que le teme a las masas, aunque las invoque mientras procura resguardar sus intereses). La prensa trasnacional hegemónica, al mencionar los cambios que el pueblo cubano decidió introducir, utiliza el vocablo «tránsito» —reiterado por Veiga, uno de los fundadores de *Cuba Posible*— como si fuese el inicio de un proceso de restauración capitalista.

La promoción de cambios no es *per se* revolucionaria; tampoco es reaccionaria o conservadora la intención de conservar algo. Todo depende de lo que se quiera cambiar y de lo que se pretenda conservar. En ambos casos, el punto determinante está en las necesidades de los más humildes («con los pobres de la Tierra quiero yo mi suerte echar»,¹⁸ escribía Martí), solo en relación a ellos se es o no se es revolucionario. La condición del revolucionario no se mide ni por los métodos que se utilizan, ni por la intención de cambios; puede sintetizarse en dos cualidades: va a la raíz de los problemas (es radical) y siente como agravio personal la injusticia, donde quiera que se cometa.

Pero aviso a los académicos burgueses (sordos, ciegos y mudos para la verdad): en el siglo xx lo que fracasó, definitivamente, fue el capitalismo. Y los que aman las estadísticas deberían saberlo: el uno por ciento de la población mundial tiene tanto dinero como el otro 99 % (datos de la ONG Oxfam divulgados por la BBC). Según RTVE, el 1 % de los españoles acumula tanta riqueza como el otro 88 %, lo que significa decir que 466 000 personas poseen tanto como 37,3 millones de conciudadanos.

Algunos autores que desde una supuesta moderación abrazan la idea de «fundir» los dos sistemas, es decir, retornar al capitalismo, aseguran con cinismo que se preservarían las conquistas sociales y la soberanía nacional, aunque saben —claro que lo saben, y los que no, amigos, son unos ignorantes— que a la larga se perderían ambas, por eso exigen que se «profundicen» los cambios. Sabemos el sentido

18 José Martí: *Obras completas*, vol. 16, p. 67, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

que tiene para ellos el verbo profundizar. Por eso en la entrevista que me hizo *Cubadebate*¹⁹ insistí en la necesidad de desentrañar la direccionalidad discursiva de cada discurso, no a partir de la posición que cada cual se atribuye, sino a partir de una pregunta simple, que Lenin usó con efectividad: ¿a quién sirve?

La palabra cambio implica para los revolucionarios cubanos que se perfeccione el socialismo; para los contrarrevolucionarios, que se desarticule, que evolucione hacia su contrario. Esta no es una discusión teórica ajena a los intereses del pueblo: todas las dificultades, insuficiencias, errores, que hoy padecemos, tendrán solución o no, en la medida en que triunfe o fracase el socialismo cubano. Por eso, sin subestimar las contradicciones (antagónicas) que los elementos de capitalismo y de socialismo generan en Cuba, como en cualquier otro lugar, las preguntas claves son estas: ¿a cuál de los dos sistemas se subordinan?, ¿a cuál sirven?, ¿hacia dónde nos proponemos ir?

La Conceptualización del Modelo, discutida y aprobada por decenas de miles de cubanos en reuniones auténticamente democráticas, que recogían y clasificaban cada criterio, y en la Asamblea Nacional, con las enmiendas derivadas de esos debates, dice en su primer capítulo:

[Este documento] [...] sirve de guía para avanzar hacia la materialización plena de la Visión de la Nación: independiente, soberana, socialista, democrática, próspera y sostenible, mediante el Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social a largo plazo, y otras acciones.

Los objetivos estratégicos de la actualización del Modelo son: garantizar la irreversibilidad y continuidad de nuestro socialismo afianzando los principios que lo sustentan, el desarrollo económico y la elevación del nivel y calidad de vida con equidad. Todo ello, conjugado con la necesaria formación de los valores éticos y políticos, en contraposición al egoísmo, el individualismo y el consumismo enajenante y depredador.²⁰

19 José Raúl Concepción: «¿Es posible unir lo mejor del capitalismo y el socialismo?», entrevista a Enrique Ubieta Gómez (6 de julio de 2017), *Cuba Socialista*, 4.ª época, 5: 92-95, La Habana, mayo-agosto de 2017.

20 Conceptualización del Modelo Económico y Social cubano de desarrollo socialista, capítulo I: «Los principios que sustentan el modelo y sus principales transformaciones», p. 16, <http://media.cuba-debate.cu/wp-content/uploads/2021/06/documentos-partido-cuba.pdf>

Desde luego, la interacción y lucha de elementos capitalistas y socialistas en el mundo en el que vivimos es una realidad de múltiples aristas. De una parte, el capitalismo, en su guerra por la sobrevivencia, ha incorporado ciertos mecanismos y visiones socialistas de carácter colateral: las luchas sindicales, de género, las victorias anticolonialistas, las revoluciones del siglo **xx**, la existencia de experiencias, fallidas o no, de construcción socialista, han introducido elementos de justicia social, sobre todo en los países más ricos. No cometamos el error de atribuirle al capitalismo —en su versión de bienestar social, en países que fueron usufructuarios del sistema colonial y neocolonial, tuviesen colonias o no, y de la injusta división internacional del trabajo, o simplemente, a sus conquistas laborales—, los huecos de la nueva sociedad (uso de manera libre una imagen de Lenin), engendrados por la resistencia al capitalismo. El capitalismo, como sistema, es el mismo en todos los países ¿Por qué tomamos de ejemplo a los países nórdicos y no a los del sur, que comparten nuestra historia de expoliaciones, y son, además, la mayoría? ¿Por qué el capitalismo en Cuba —si solo se tratara de copiar un sistema— nos llevaría a ser como Suecia, Suiza o Reino Unido y no como Honduras o Haití? Pero en Suecia, dicho sea, también, hay elementos del nuevo orden socio-económico por el que luchamos, que niegan en alguna pequeña medida, el que allí existe.

Es decir, la superación del capitalismo ocurre por diferentes vías, de manera simultánea. Cuando los países latinoamericanos, por ejemplo, adoptan una posición común que se opone a la injerencia imperialista o rescatan la soberanía nacional —que solo puede ser defendida como valor regional—, más allá de sus razones puntuales, están golpeando al sistema. Si un sector de la burguesía argentina o de la brasileña decide reivindicar sus intereses y enfrentar la hegemonía económica y política del imperialismo, el golpe no es bilateral, es sistémico. Todo golpe al imperialismo es un golpe al capitalismo. Los sectores más radicales de esos países en ocasiones no perciben que ese gobierno burgués, a pesar de sí mismo, es un aliado de «lo nuevo que nace». El imperialismo sí lo percibe, y le declara la guerra.

Por otra parte, la cultura socialista (anticapitalista) existe como contracultura aún en los países donde hay gobiernos revolucionarios, e incluso en aquellos donde las transformaciones han sido más radicales, porque la cultura del capitalismo (hablo de sus modos de

vida, de sus conceptos de éxito y de felicidad) es hegemónica. La base material que sustenta a la nueva cultura es aún débil, de resistencia, tiene un alcance limitado. Un partidario e incluso un protagonista de la revolución, puede ser también un adicto acrítico a los *realitys shows* de Miami o un reproductor de la cultura del tener, es decir, del capitalismo; puede trabajar durante toda la semana por la consolidación del gobierno revolucionario, y reproducir en su vida privada, en sus sueños más íntimos, los valores del sistema que combate.

Como el triunfo en el capitalismo se asocia indefectiblemente al dinero, sin importar su origen, y el esfuerzo personal en el trabajo no suele conducir al éxito prometido, el sistema abre pequeñas válvulas de entrada, ajenas al aporte social del individuo: la herencia, el juego en todas sus modalidades, el matrimonio de conveniencia, lo mismo para la mujer que para el hombre, el robo de cuello blanco o de pistola en mano (siempre que el autor logre evadir la justicia). El mercado del deporte se convierte para los pobres en un camino a transitar. Ningún otro relato clásico expresa la esencia de este postulado como el de Cenicienta: un cuento recreado y actualizado de todas las maneras posibles. La corrupción es un subproducto del capitalismo. Si el origen del dinero no es importante, y su posesión establece el rango de éxito o fracaso social del individuo, las vías fraudulentas son un recurso tolerado. Decir que el socialismo genera también burocratismo o corrupción, significa reconocer que hay bolsones de capitalismo en su seno.

¿Qué supone la normalización de relaciones con los Estados Unidos?

Se ha dicho que quienes nos oponemos a las máscaras de centro, conformamos un grupo duro opuesto a la normalización de relaciones entre los Estados Unidos y Cuba. Nada más ajeno a la realidad. Es una idea que reproduce el esquema que otorga una falsa paridad a los supuestos extremos de la Florida y La Habana: si bien el extremo floridano pudiera asociarse al terrorismo y a la politiquería anticubana, es decir, al lacayismo proimperialista ¿a qué se asocia el de La Habana?, ¿a la defensa de la patria socialista? Ningún revolucionario cubano viajó en lanchas rápidas para ametrallar poblados floridanos,

ni colocó o pagó para que colocasen bombas en industrias o centros recreativos de Miami. Ni siquiera quemó banderas estadounidenses.

Pero existe un tercer elemento, que es decisivo: el imperialismo de ese país. Un blog contrarrevolucionario ya de capa caída, publicó hace algunos años un artículo esclarecedor de un tal Castillón:

Pocos luchan mejor por sus países de adopción que los inmigrantes. La historia norteamericana está llena de ejemplos [...] Posada Carri-les ha sido soldado estadounidense en tiempo de guerra y eso le da derecho a estar en Estados Unidos. Porque Posada, a pesar de haber luchado en un campo de batalla diferente, no es tan distinto de todos esos otros soldados. Porque, aunque nos hayamos olvidado de ella y la hayamos relegado a ese cajón en que se guardan los recuerdos molestos, la Guerra Fría fue una guerra real. Una guerra en la que participaron numerosos exiliados en contra de los estados que dirigían sus naciones.²¹

Es aquí donde aparecen las reminiscencias autonomistas y anexionistas. Ambos proyectos decimonónicos, que no conciben el desarrollo nacional sin la presencia dominadora de una potencia extranjera, empalman con el reformismo contemporáneo, gústele o no a López Levy. Evidentemente, no existe concordancia entre el extremismo lacayo y la defensa radical de la soberanía nacional. Permítaseme que me cite brevemente:

¿Qué significa ser extremista? —decía en el artículo «La patria posible»— ¿cuáles son los extremos del debate nacional? Para los revolucionarios cubanos, el extremista es quien adopta de manera irreflexiva consignas y frases hechas, cuyo fondo conceptual ignora o no comprende, y es incapaz por tanto de discernir qué es esencial y qué no lo es. El extremismo conduce al dogmatismo y a la doble moral. [...] Pero nada tiene que ver con la visión radical —que va a las raíces—, y a la postura revolucionaria frente a la realidad.²²

Los revolucionarios cubanos (no pertenezco a ningún grupo) abogamos por unas relaciones «normales» entre vecinos civilizados; no

21 Juan Carlos Castillón: «Bambi, absuelto», *Penúltimos días*, 9 de abril de 2011 (ya retirado de la web), aparece citado en el blog *La isla desconocida*, 9 de abril de 2011 <http://la-isla-desconocida.blogspot.com/2011/04/posada-castillon-y-fernandez-busto.html>

22 Enrique Ubieta Gómez: «La Patria posible», *La isla desconocida*, 13 de mayo de 2016, <http://la-isla-desconocida.blogspot.com/search?q=La+Patria+posible>, ob. cit., pp. 209-217.

obstante, lo que me parece más peligroso de esa suposición que se nos imputa es que revela lo que algunas personas entienden por normalización. Ya se sabe que el restablecimiento de relaciones diplomáticas es el primer paso, y que la normalización, tal como la proyecta Cuba, implica la derogación absoluta del bloqueo económico, comercial y financiero, la devolución de la Base Naval de Guantánamo y el cese de las actividades subversivas en el país. Sin embargo, López Levy es osado y —no puedo evitar la palabra— cínico, al escribir:

No caben dudas de que como priorizamos los intereses de desarrollo económico y bienestar del pueblo cubano, así como el alejamiento de un conflicto militar con Estados Unidos que puede ser devastador para Cuba, los «centristas» tenemos visiones distintas a las de Iroel Sánchez y Enrique Ubieta sobre las relaciones a buscar con Estados Unidos. Una política de distensión, incluso de acciones persuasivas de corte hegemónico, es preferible a la estrategia de coacción imperial por sanciones y financiamiento directo de opositores. [...] Este ambiente distendido permite, también, avanzar en reformas dirigidas a una economía de mercado y a una sociedad más plural en lo político, con afinidades a posiciones como las nuestras, pues Cuba tendrá una interacción mayor con un mundo más favorable a ese rumbo.²³

De esa manera, casi al finalizar su artículo, el socialdemócrata López Levy declara abiertamente su respaldo al proyecto obamista de eliminar el bloqueo por ineficaz —en términos políticos— y no por inmoral y criminal, y sustituirlo por otra política igualmente injerencista, pero menos confrontativa, que reinstaure en Cuba el capitalismo (y la subordinación a Washington). Aceptamos el reto —creemos que este pequeño David puede batir a Goliat en el terreno de las ideas—, a pesar de que el articulista sabe, más por viejo que por diablo, que se trata de una guerra de baja intensidad, con financiamiento a proyectos subversivos de corte no confrontacional como *Cuba Posible*. Pero igual, cobren o no, el que intente retornar a Cuba a un pasado de capitalismo semicolonial, es mi enemigo. No creo en los centrismos; nadie, ni ellos mismos, creen que sea posible «estar en el medio».

23 Arturo López Levy: ob. cit., p. 108.

Jóvenes y viejos²⁴ (26 de diciembre de 2017)

Mi generación nació en los meses previos y en los primeros años posteriores al triunfo de la Revolución de 1959. Cuando los barbudos tomaron Santiago, y luego llegaron en caravana hasta La Habana, la República Popular China contaba apenas con una década de fundada y los Estados socialistas de Europa del este no rebasaban los quince años de vida. La Revolución soviética y su Estado multinacional, en cuyas ciudades y naciones muchos de nosotros estudiaríamos, era la más antigua: 40 años de resistencia frente al capitalismo internacional y al fascismo. Pero, adolescentes al fin, en los años setenta creíamos que nuestros padres y sus revoluciones eran viejos (algunas revoluciones lo eran, en efecto, pero no por razones de calendario).

He revisitado en estos días mis fotos de los años ochenta, cuando recién graduados de la Universidad blandíamos con ímpetu la espada juvenil, convencidos de que estábamos destinados a instaurar de una vez y para siempre la verdad, la razón y la justicia revolucionarias, y he sacado cuentas: nuestros padres, entonces, eran más jóvenes que nosotros hoy. ¡Ay de quienes no intentaron transformar el mundo en sus primeros pasos por la vida, incluso con cierta dosis de autosuficiencia!, esos nunca fueron jóvenes. Los que al paso de los años y las décadas no cejaron en su intento de transformarlo, sin embargo, no pueden considerarse viejos.

Poco a poco descubrimos que la vanguardia revolucionaria es supratemporal, aunque sea muy de su tiempo; conecta bajo tierra (donde crecen y se extienden las raíces) con las vanguardias anteriores y la integran hombres y mujeres de edades diversas. Si alguna duda persiste, Gómez y Martí, Baliño y Mella, podrían despejarla; pero también, el puente histórico que une a Martí y a Fidel. De no ser así, ¿cómo explicar la necesidad que sienten los revolucionarios latinoamericanos de invocar el hacha, el sable o el machete de sus antepasados? Ellos insisten en ser llamados martianos, sandinistas, zapatistas, bolivarianos, fidelistas. Los héroes del pasado alientan a los nuevos, discuten con ellos como jóvenes apasionados que son. No pueden ser embalsamados, son camaradas de lucha.

Todavía recuerdo con emoción el instante mágico en que un millón de jóvenes de todas las edades tributaba al Comandante en Jefe

24 Enrique Ubieta Gómez: *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

de la segunda mitad del siglo xx la más alucinante despedida que un héroe pueda recibir: «yo soy Fidel», proclamaba su pueblo con el puño en alto, lo que significa decir, «no te dejaremos morir». Fidel le había dicho lo mismo a Martí, en el año de su centenario, pero las épocas son diferentes: el Apóstol había sido abandonado, y Fidel no lo está.

Hay que aprender a identificar a un joven. No se trata, es obvio, de cuán tersa sea su piel o negro el pelo, tampoco sirve preguntar la edad. Esos son datos confusos. Los moncadistas eran, aparentemente, como sus coetáneos, pero mientras ellos asaltaban el Moncada muchos otros bailaban en los carnavales. Hay que desconfiar de quienes insisten en acatar los consensos que la moda, las transnacionales de la comunicación o el cansancio han sembrado. Por otra parte, «lo que los jóvenes piensan» es una frase que admite manipulaciones diversas y un truco muy usado por los viejos para justificar su propia deserción. Los consensos se construyen —es lo que hacen los medios transnacionales y en sentido opuesto, lo que deben hacer los revolucionarios— y en la medida en que responden o no a los intereses reales de las mayorías, de los humildes, se acercarán o no a la verdad. La vanguardia de los jóvenes revolucionarios es intergeneracional. No existe un Partido de los de menos edad (estos tienen intereses tan disímiles como el resto de la sociedad); existe en cambio el Partido de los jóvenes de cualquier edad, el que enarbola el ideal comunista.

Es cierto que cada generación aporta un ángulo de visión diferente y que esa mirada otra descubre aspectos soslayados, sensibilidades no percibidas con anterioridad; pero el eje moral de un revolucionario, no importa el siglo en el que viva, es la justicia, la posible y la que aparenta no serlo. Para ello tratará de que las desigualdades de hoy —las inevitables, las que son o parecen «justas»— sean temporales. No se conformará. Ese es el horizonte, la tierra difusa que se vislumbra en la niebla, hacia la que hay que remar: toda la justicia. Nadie remaré si desaparece, si deja de ser invocada. Y es imprescindible el relevo de remadores, que todos nos asumamos como protagonistas de este esfuerzo colosal.

El hecho que motiva estas reflexiones es sencillo: en unos días empezaremos a vivir el año 60 de la Revolución, y nosotros, sus primeros hijos, en el transcurso de este y de los siguientes años, alcanzaremos esa edad. La Revolución Cubana ya tiene más años que los que tenían

los Estados socialistas de Europa cuando desaparecieron. El Estado multinacional soviético no existe más. Hemos sido el referente de otras revoluciones latinoamericanas más recientes, sin que nadie intentara copiar nuestros modos y maneras. Muy cerca de estas costas, al acecho, con las fauces abiertas, están los depredadores del gran Capital. Algunos amigos esgrimen razones para la rendición. Dicen, comprensivos: no podemos exigirle al pueblo cubano más sacrificios. Me pregunto si la entrega de nuestras conquistas es un sacrificio menor, si el capitalismo dependiente que espera en las aguas estancadas del barranco al que nos empujan, no acrecentaría el sufrimiento de las mayorías y les arrebataría la posibilidad de pelear por un futuro mejor. Todas las insuficiencias que los revolucionarios detectan, todas las insatisfacciones, podrán ser resueltas si (y solo sí) somos capaces de conservar la Revolución.

Mientras avanza el año 60 de la Revolución —los adolescentes de hoy nos suponen muy viejos, es natural— conmemoraremos otras efemérides: el aniversario 150, por ejemplo, del inicio de la guerra de Independencia. Alguna vez Fidel se refirió a que en Cuba solo había habido una Revolución, la iniciada por Céspedes en La Demajagua, lo dijo hace medio siglo, cuando éramos muy jóvenes y no sabíamos que nuestros padres lo eran también. En aquella oportunidad, Fidel afirmó: «nosotros debemos saber, como revolucionarios, que cuando decimos de nuestro deber de defender esta tierra, de defender esta patria, de defender esta Revolución, hemos de pensar que no estamos defendiendo la obra de diez años, hemos de pensar que no estamos defendiendo la revolución de una generación: ¡Hemos de pensar que estamos defendiendo la obra de cien años!». Eso explica también por qué la Revolución Cubana del 59 no se fue a bolina cuando las otras cayeron. Explica el engarce de las generaciones en una guerra que, para ser anticolonialista, en el siglo XIX, y antimperialista en el XX, tuvo que ser anticapitalista.

Soy cuatro meses mayor que la Revolución que me educó, y tan joven como ella. Una Revolución que se renueva, valga la redundancia, que se refunda. A pocos días de iniciarse el nuevo año —un final y un comienzo que nos otorgamos para la meditación—, no hallo mejor arenga patriótica que la del joven José Martí:

No ha muerto la leyenda. ¡Indómitos y fuertes, prepáranse sus hijos a repetir sin miedo, para acabar esta vez sin tacha, las hazañas de

aquellos hombres bravos y magníficos que se alimentaron con raíces; que del cinto de sus enemigos arrancaron las armas del combate; que con ramas de árboles empezaron una campaña que duró diez años; que domaban por la mañana los caballos en que batallaban por la tarde!²⁵

Por una cultura de vida diferente²⁶ (14 de diciembre de 2018)

En la historia, los cubanos siempre han interpuesto algún recurso de impugnación a las declaraciones derrotistas: ante el Pacto del Zanjón (la firma en 1878 de un pacto de paz sin independencia con España), la Protesta de Baraguá ese mismo año y luego el reinicio de la guerra en 1895; ante la debacle del llamado campo socialista europeo, el grito de «socialismo o muerte»; una tradición cultural que engendró y sostuvo a la Revolución antes y después de su triunfo en 1959.

Es una combinación de fe en la victoria —irreconciliable con la idea de la derrota— y de no aceptación de compromisos desmovilizadores, que nos hagan desistir del ideal soñado. «Convertir el revés en victoria», es la frase que Fidel enarboló ante el fracaso de la llamada Zafra de los Diez Millones en 1970, y que puede tomarse como símbolo del espíritu de la Revolución Cubana.

La guerra de las conciencias, la que transcurre en los medios, intenta pautar esa fe y achicar la noción de lo posible. En la década de los noventa, declaró el fin de la historia, es decir, la imposibilidad de superar el capitalismo. Sin embargo, a partir de 1998 fue evidente que la historia se movía y mucho, al menos en América Latina y el Caribe. Veinte años después se habla del fin del ciclo de las izquierdas. Pero los hechos demuestran lo contrario: los pueblos de la región no han renunciado a sus sueños de paz y justicia social, la ofensiva imperialista no se apoya en la reconquista del electorado, sino en actos criminales, golpes de Estado, enjuiciamiento de líderes de izquierda

25 José Martí: «Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York, 24 de febrero de 1880», *Obras completas*, t. 4, p. 190, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

26 Texto leído en la Comisión de Cultura del IV Encuentro del Foro de São Paulo, celebrado en La Habana, tomado de Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): ob. cit.

que tendrían las mayores posibilidades de victoria en las urnas, asesinato de líderes políticos y sociales.

La ofensiva imperialista intenta arrasar con cada gobierno o líder rebelde, se apropia con cinismo del discurso tradicional de la izquierda y deshuesa sus contenidos, para mellar su alcance. A pesar de ello, casi la mitad del electorado colombiano votó por un candidato de izquierda, y en México no fue posible arrebatárle el triunfo, como otras veces, a López Obrador.

Sin embargo, los triunfos electorales de la izquierda descolonizadora y no sistémica —son no sistémicos todos aquellos gobiernos que rompen un eslabón de la cadena de control imperialista, por pequeño que sea— expresan una «rotura del sistema», porque este es infranqueable, no está hecho para que esa izquierda venza.

Ello no minimiza la conquista, ni escamotea el trabajo en las bases, pero ubica en su contexto el resultado. Una vez conseguida la victoria, la izquierda no puede olvidar que no solo hay que entregar tierras y casas, que no basta con legislar a favor del pueblo; el impulso concientizador de la victoria debe conducir a un cambio de paradigmas de vida, debe convertir a las masas en colectividades de individuos, en protagonistas, para iniciar la construcción permanente de una cultura diferente a la del sometimiento, a la del consumismo.

Hace unos días conversaba con un amigo sobre la impunidad con la que el imperialismo miente. No importa que al correr de los días se descubra la falsedad: la mentira permitió la acción deseada y dejó una huella en la conciencia de las masas. Reflexionaba que la guerra que se nos hace no es, en sentido estricto, de pensamiento, no es una batalla por la verdad, sino por la toma del poder y por su conservación; para el imperialismo, vale todo.

Sin embargo, la guerra, la nuestra, sí es de pensamiento: no se dirime ante el enemigo, cínico y sordo; pero debe demostrar a los potenciales lectores-espectadores oyentes que los mensajes que ha recibido son trampas que explotarán en sus manos.

Es una batalla que no puede prescindir de la verdad, del conocimiento —hay que elaborar estrategias, caminos, construir una conciencia crítica—, pero no debe confundirse con el debate académico.

Esta doble condición —que solo existe para los revolucionarios—, crea divisiones que el enemigo aprovecha bien, porque no siempre coincidimos en la identificación de la verdad. El imperialismo en

cambio la desprecia, su intención única es mantener el poder político. El resultado es que la izquierda se divide y la derecha se une. La unidad también es un hecho cultural que debe construirse sobre el reconocimiento de las diferencias y las identidades marginadas.

Reivindiquemos toda la justicia (todo acto de justicia, por pequeño que parezca es grande) y sobre ese presupuesto, no nos dejemos arrebatar la unidad mayor: la de los oprimidos frente a los opresores. Porque el enemigo último, el decisivo, de todas las injusticias, es el capitalismo. La ideología de una Revolución surge, se alimenta y crece en guerra contra la ideología que debe sustituir, esencialmente contrarrevolucionaria, contra la ideología que es hegemónica en el mundo de hoy, y que cuenta para su reproducción con los medios transnacionales de influencia y con la industria del entretenimiento, en todas sus variantes.

El mismo televisor que transmite un discurso de Fidel, de Chávez o de Maduro, de Evo, una hora más tarde transmite una película cuyo contenido ideológico, enmascarado, conduce en sentido contrario las emociones, los deseos, y las ideas del espectador.

La ideología revolucionaria, aun cuando sea la vencedora en una Revolución, convive en permanente combate con la ideología contrarrevolucionaria. No llega empaquetada como regalo de cumpleaños: avanza entre obuses y minas enemigas.

En sus inicios, los consensos son más políticos que ideológicos, la prioridad es alcanzar el gobierno, lo que no es aún el poder; pero una vez logrado ese objetivo, el imperialismo empujará a los gobernantes a nuevas definiciones, que necesariamente requerirán de consensos ideológicos más comprometidos con un ideal.

Esa es precisamente una zona de la guerra en la que los revolucionarios no reparan lo suficiente: la batalla cultural, que es probablemente la más difícil y, a la vez, la decisiva. No existe sociedad nueva sin cultura nueva.

El socialismo, o es el triunfo de una cultura de vida diferente, o es nada. No se trata desde luego de la sustitución o el abandono de tradiciones artísticas y literarias —no hablo del arte y la literatura, aunque estas se presupongan—, ni de una empobrecedora pretensión de descontaminar la cultura nacional de influencias foráneas, en un mundo cada vez más interconectado. Por cierto, las concepciones sobre la economía, sobre la sociedad en todas sus aristas, son expresiones culturales.

Hablo de la necesaria transformación del proyecto de sociedad y también del proyecto integral de felicidad y de éxito personal de sus ciudadanos, que en el capitalismo se asocia más al tener que al ser, al consumismo depredador, al individualismo destructor de individualidades. Podemos medirlo así: según sea el modelo de éxito personal de los ciudadanos, así será el modelo de sociedad que construimos.

Si los beneficiados de la justicia revolucionaria no logran cambiar su paradigma de vida —hegemónico en filmes, telenovelas, canciones, en las páginas «sociales» de los grandes diarios, y en general, en los medios de comunicación, en fin, en la cultura que prevalece y reproduce los valores del sistema— si la ilusión, palabra clave, de que los explotados pueden llegar a ser y a vivir como sus explotadores (la ilusión refrendada por los medios de que es posible el milagro de Cenicienta, visión por demás explícitamente machista) no se deshace, no se reconstruye, las revoluciones serán siempre reversibles.

Para ello es necesario entender que el socialismo tiene que hacer efectivas las mayores cuotas de democracia, pero de una democracia diferente a la burguesa, esa que ha reacomodado su primigenio carácter liberador al de simple protector de sus élites, valladar para el triunfo de los desposeídos. La nuestra es la democracia popular, y el acceso a ese tipo de democracia presupone una revolución cultural: transformar a las masas en colectividades de individuos, en protagonistas de su destino.

Mencioné la palabra mágica: ilusión. De ella vive el capitalismo.

Al socialismo no le interesó en sus inicios, porque el asalto al cielo la convertía en esperanza, en una certeza que solo parecía reclamar esfuerzos superiores. No había que parecer si ya, al fin, se había conquistado el ser. Gran error en un mundo donde la verdad se diluye entre miles de pistas falsas, meticulosamente construidas y en el que los gigantescos obstáculos retrasan, alargan, la realización de las metas. El socialismo tiene que ser y parecer.

Los revolucionarios tenemos que enarbolar metas cercanas —más pequeñas que las de la historia, que las de la humanidad, y por eso, inmediatas y demandantes— que sean apetecibles y alcanzables. Pero no podemos renunciar tampoco al horizonte soñado, más radical y duradero, más humano y revolucionario.

El socialismo tiene que ser próspero, sostenible, democrático, de una manera diferente a como se anuncia el capitalismo. Sin un

horizonte visible o imaginado, pero creíble, nadie remarará con entusiasmo. Desde antes del primer día, hay que empezar a construirlo: si la cultura alternativa queda invisibilizada, cada conquista material solo aparentará ser un escalón en el ascenso social capitalista, y los «de abajo» seguirán soñando con ser «los de arriba». Los que creen que el capitalismo no podrá ser vencido, han sido culturalmente vencidos.

Por otra parte, el futuro necesita de un pasado, de ahí que se libre una enconada lucha en torno a los héroes y a las efemérides. El debate historiográfico en Cuba y Venezuela —lo digo solo a modo de ejemplo— sobre Martí y Bolívar, está transido de ideología: es también un debate sobre Fidel y Chávez, sobre el futuro de nuestros dos países y de Nuestra América. Cualquier interpretación del pasado está determinada por la visión de futuro de quienes la enuncian.

En Miami y en La Habana, por ejemplo, existen monumentos a los «héroes» de Playa Girón (o de Bahía de Cochinos). El primero se erige en honor a los mercenarios que invadieron la Isla desde barcos estadounidenses; el segundo, en honor a los milicianos que defendieron la soberanía nacional y el socialismo. Dos visiones de la historia, dos proyectos de país. *La otra Historia de los Estados Unidos*, de Howard Zinn, será un libro imprescindible para otro Estados Unidos, pero esa no es la historia que sustenta el actual *American way of life*.

El presidente Obama pedía a los cubanos que rebasaran lo histórico; apenas un año después, el secretario de Estado del nuevo presidente estadounidense reivindicaba la Doctrina Monroe. Sin embargo, nuestros hijos «aprenden» historia, a veces, de la peor manera: en los videojuegos, en las series, en las películas, que es el único lugar donde los soldados estadounidenses han logrado vencer a los vietnamitas. En ellos, los superhéroes sustituyen a los héroes de la historia; cuidan el orden, la estabilidad del sistema y no son imitables. La prensa social sitúa como modelo imitable de héroe a los explotadores. Los revolucionarios tenemos otros modelos: «seremos como el Che», decimos, y reafirmamos hoy en las plazas de Cuba, «yo soy Fidel».

La izquierda debe reescribir, recomponer ese saber, recuperar la mirada, la voz de los oprimidos: hacer que se reconozcan todos más allá de sus fronteras nacionales. Si queremos marchar unidos, debemos conocernos mutuamente. Tenemos una cultura rica y diversa, una historia hermosa, enemigos comunes y un futuro promisorio.

«Los pueblos que no se conocen —escribía José Martí— han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos». Y agregaba: «Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes».²⁷

Debates ideológicos, intereses económicos²⁸ (noviembre de 2018)

Mi primera visita a México —la primera a un Estado capitalista— ocurrió en 1989, en el borde de dos épocas: acababa de consumarse el más evidente fraude electoral de la historia mexicana y, a lo largo del año, el gobierno sandinista caería en elecciones condicionadas por la guerra sucia; la Alemania occidental se tragaría a la oriental para derribar la pieza decisiva de un juego de dominó puesto en fila, al que —como se vería después— Cuba no pertenecía, y entre otros hechos trascendentes, Panamá sería allanado como si fuese una casa en un barrio estadounidense para apresar a su presidente (y en la acción morirían masacrados miles de panameños «colaterales»). En Cuba comprobaríamos con dolor que algunos héroes también pueden degradarse hasta anular su pasado de glorias.

Yo era un simple estudiante de posgrado con una beca de investigación de tres meses, pero aquella estancia me obligaba a cargar con una representación que no había buscado ni recibido: para mis colegas sería, simplemente, el cubano (una definición de pertenencia a la Revolución, no una simple ubicación territorial), y como tal, debía responder todas las preguntas y ofrecer todas las explicaciones. Recuerdo que en una de aquellas discusiones políticas un profesor estadounidense abandonó la argumentación para situarse retadoramente en una posición de fuerza: «Ok, no se trata de si tienes razón o no. Los Estados Unidos son más fuertes. Así es la política y la vida, y en ello no valen criterios morales. No te dejes avanzar y punto, ¿qué vas a hacer?».

27 José Martí: «Nuestra América, 10 de enero de 1891», *Obras completas*, t. 6, p. 15, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

28 Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

Cerca de la capital federal, en el México profundo, un campesino «desinformado» me haría una pregunta desconcertante que, sin saberlo, respondía a la del yanqui, porque anunciaba el nacimiento del mito: «¿Es verdad que Fidel existió?». Si escribo estas líneas casi 30 años después, es porque la Revolución Cubana avanzó pese a todo. El sabio campesino intuía que Fidel no solo resistía, sino que junto a su pueblo vencía y vencería el acoso del guapetón del barrio, del Gigante de las Siete Leguas, al que paró en seco con su honda de ideas, con su actitud consecuente, con su desdén al miedo. Traigo esta anécdota a colación porque la escalada injerencista del Gobierno estadounidense vuelve a retomar, en la segunda década del siglo XXI, el espíritu de la Guerra Fría. El discurso contrarrevolucionario que siempre se proclamó anticastrista —porque negaba la adopción en Cuba de un sistema y de una ideología, en su intento de reducir el cambio social a la voluntad de una sola persona— ha topado con una realidad: para restaurar el capitalismo, antes necesita liquidar, en la conciencia social, la versión del socialismo que se asocia al horizonte comunista. Mientras avanza en un laborioso proceso desideologizador —«necesitamos comer, no defender ideologías», suele decir—, teje en revistas teóricas y en programas *light* la ideología sustituta. «¡Abajo los viejos dogmas!», grita en tanto inocular verdaderos dogmas que son aún más viejos y rotundamente fracasados, pero nuevos para los que no vivieron el capitalismo. Quieren «vaciar» de ideología a las instituciones de la Revolución; es el camino que llevaría a su destrucción. El debate de hoy es ideológico, aunque las motivaciones sean económicas. Hay una arista del conflicto que suele escamotearse: lo que nos sitúa como enemigos del imperialismo no son nuestras diferentes concepciones sobre la democracia y los derechos humanos; el conflicto real es de carácter económico y geopolítico. Nuestra diferente comprensión de la democracia es aborrecida por el poder global porque impide la neocolonización de Cuba, la sumisión de la Isla al orden internacional imperialista; porque atenta contra ese orden y lo cuestiona de raíz. Por eso nos llaman radicales. Y el imperialismo, ¿respeto la democracia burguesa cuando falla en su función revitalizadora del poder burgués? Nadie ha seguido con más empeño en el continente americano las reglas de juego de esa democracia que la Revolución Bolivariana. Al mismo tiempo, nadie ha despreciado más esas reglas que el imperialismo, ante el evidente descalabro de

sus intereses: mienten, satanizan, organizan golpes de Estado (militares, parlamentarios, judiciales) y magnicidios, y asesinan física o moralmente. Han construido la matriz mediática, por solo citar un ejemplo, de que los venezolanos huyen de su país en crisis mientras silencian o criminalizan a las decenas de miles de centroamericanos que avanzan en caravana hacia la frontera estadounidense. Sucede que los mecanismos tradicionales de la democracia burguesa para sostener en el poder a la burguesía trasnacional ya son inoperantes en las naciones del sur, por ello recurre a posiciones de fuerza abiertamente antidemocráticas o a la puesta en escena de actos fraudulentos, que la prensa a su servicio intenta legitimar. Cuando una farsa, impuesta a la fuerza, pretende ser tomada en serio —ya sea en la Cumbre de Panamá, en la de Lima, o en la sede de Naciones Unidas en Nueva York—, hay que abuchear a los timadores. Estos, desde luego, dueños de las empresas trasnacionales para la conformación de estados de opinión —me refiero a lo que hoy llaman prensa—, se ofenden cuando quedan en ridículo, cuando un país rebelde o un niño dice, como en el clásico infantil: *El rey está desnudo*, y añade: «Con Cuba no te metas». Quieren que los que parecen menos fuertes callen y den por serio aquello que definitivamente mueve a la risa. Aspiran a que los grandes salones marmóreos donde se reúnen el emperador y sus acólitos sean respetados y tomados en serio, aunque en ellos se mienta o se confabulen estrategias contra nuestros pueblos. Se molestan cuando los diplomáticos cubanos deciden (ante la negativa de otorgársele la palabra, lo cual permitiría revelar el absurdo tramado) dar golpes en la mesa, corear consignas y cantar himnos, mientras cipayos vestidos de doctores intentan actuar. Y aparecen, ya sabemos que siempre aparecen, los analistas que llaman a la medida, al debate de argumentos. Pero, ¿realmente se trata de un debate académico?, ¿al imperialismo le interesa la verdad?

Desde luego, esos analistas son decentes. En un texto de fina arquitectura,²⁹ Arturo López Levy valida los desplantes cubanos ante la insolencia imperial, pero rechaza por inútil la confrontación, y se molesta con Trump, el presidente obtuso, y con la percepción de que esos jóvenes irreverentes se han comportado como héroes. La victoria,

29 Arturo López Levy: «Si quieres que te vaya diferente no puedes hacer lo mismo», edición digital, 22 de octubre de 2018, <https://oncubanews.com/cuba/si-quieres-que-te-vaya-diferente-no-puedes-hacer-lo-mismo/>

advierde, no sería la ya predecible votación, casi unánime, de los Estados miembros de Naciones Unidas contra el bloqueo; la victoria se alcanzaría solo si los Estados Unidos —el «más fuerte» del barrio, que no hará caso del reclamo universal— acceden benévolutamente a levantar el bloqueo. ¿Cómo lograrlo? Los héroes de nuestro tiempo no serían los que «denuncian», sino los que «anuncian» (son los verbos que emplea) los cambios que tanto desea: «que el Gobierno cubano se acabe de comprometer con un nuevo modelo económico y político». Por eso le resulta incomprensible e irritante que los cubanos insistamos en «construir el comunismo». Entre dos políticas de fuerza —al parecer queda fuera de la discusión el «derecho» del imperialismo a ejercer una política de fuerza, como decía el profesor yanqui que hallé en aquella lejana visita a México—, como cualquier hijo de vecino, prefiere la más suave: «las acciones persuasivas de corte hegemónico» al estilo obamista, antes que la «estrategia de coacción imperial por sanciones y financiamiento directo de opositores», según había escrito en un texto anterior.³⁰ El Padrino de Ford Coppola era «muy persuasivo», dicho sea de paso. Obama fue el presidente que más dinero destinó a la subversión en Cuba; su gobierno tramó y respaldó los golpes de Estado en Honduras y Paraguay, calentó los disturbios callejeros en Venezuela y atizó la guerra en Irak y Siria. López Levy nos recomienda la discreta y negociable aceptación de los requerimientos del más fuerte, no porque los exija, aclara, sino porque nos conviene. Esto es lo que pide también James Williams, presidente de Engage Cuba, una coalición bipartidista que lucha por abrir compuertas a la «normalización» de las relaciones (la cual es bienvenida, aunque sus motivaciones no sean exactamente las nuestras) desde la frase que da título a su entrevista: «La esperanza es que el cambio venga desde el gobierno cubano».³¹ La diferencia es que Williams no es cubano, y su percepción está atravesada por el supremacismo yanqui:

Estados Unidos cree que tiene la responsabilidad de defender determinados valores e ideales. Y eso no quiere decir que todo el mundo

30 Arturo López Levy: ob. cit.

31 Marita Pérez Díaz: «James Williams: “La esperanza es que el cambio venga desde el gobierno cubano”», edición digital, 5 de octubre de 2018, <https://oncubanews.com/cuba-ee-uu/james-williams-la-esperanza-es-que-el-cambio-venga-desde-el-gobierno-cubano/>

vaya a seguir lo que decimos. Obviamente no lo hacen. China no está siguiendo nuestro ejemplo. Cuba no está siguiendo nuestro ejemplo. Pero creo que es nuestro imperativo moral intentarlo. No quiere decir que siempre estemos en lo correcto, nosotros cometemos muchos errores aquí. Pero creo que es importante que mostremos liderazgo.³²

Williams se opone al bloqueo económico, financiero y comercial, porque es inoperante para lograr que Cuba adopte los «valores e ideales» estadounidenses. «Hay asuntos terribles en Cuba que necesitan ser atendidos», afirma convencido. Su argumentación ignora, como es natural, los intereses imperialistas que subyacen tras esos «valores e ideales». Es difícil el camino a recorrer. No son simples naciones vecinas con espacios culturales e históricos comunes; una alberga al imperialismo hegemónico, y la otra simboliza la resistencia a la dominación imperial. ¿Cómo establecer relaciones normales?, ¿dejaremos de ser nosotros un coto de resistencia?, ¿dejarán ellos de ser imperialistas?, ¿tiene el imperialismo estadounidense relaciones normales con alguno de sus amigos o aliados? Cuba exige el cese incondicional del bloqueo. Aspira a relaciones normales y de respeto mutuo con todos sus vecinos, así como al cumplimiento de manera estricta de la Proclama de Paz que firmaron todos los presidentes latinoamericanos y caribeños, y a que las relaciones internacionales no se rijan por la fuerza, sino por la razón. ¿Alguien cree que pide demasiado?

Ideología y Revolución: a 60 años de la partida³³ (31 enero de 2019)

Hace veinte años nos reunimos en Casa de las Américas algunos intelectuales latinoamericanos, para conmemorar y homenajear las cuatro décadas del triunfo de la Revolución Cubana. Yo acababa de

32 Ibidem.

33 Texto leído en el Panel «El 60 Aniversario de la Revolución y el legado de Martí y de Fidel» de la Conferencia Internacional por el equilibrio del mundo, integrado, además, por el brasileño Frei Betto, el argentino Atilio Boron, la mexicana Yeidckol Polevnsky y los cubanos Eusebio Leal, Miguel Barnet, Elier Ramírez Cañedo y René González Barrios, Abel Prieto fungió como moderador, tomado de Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

leer *El cuento de la isla desconocida* de José Saramago, en una edición especial de Alfaguara cuya recaudación estaría destinada a los damnificados por el huracán Mitch en Centroamérica —a donde también irían las brigadas médicas cubanas, para revitalizar el internacionalismo que el derrumbe del llamado socialismo en Europa del Este había descartado— y escribí una parábola del cuento. La imagen de una isla convertida en barco que navega por mares procelosos en busca de una isla, me hacía pensar en Cuba. Una isla buscada y otra que buscaba, que eran de repente una sola: el ideal, la utopía, que se hallaba y se construía a sí misma.

El cuento ofrecía todas las metáforas necesarias para la recreación: el destino buscado, el movimiento perenne, la vida de a bordo siempre azarosa, con espléndidos amaneceres y días de tormenta, con escasas provisiones y la vista puesta en el horizonte. Tuve el privilegio de leer mis palabras ante Fidel y ante el propio Saramago.

Veinte años después de aquel encuentro, todavía a bordo, volvemos a festejar, en ocasión de su 60 aniversario; esta vez sin la presencia física de su líder histórico, pero con similar ímpetu navegador. Basta con decir que tengo la edad de la Revolución, a la que solo me adelanto cuatro meses, que mi vida, la de la mayor parte del pueblo cubano, ha transcurrido a bordo de esta nave de esperanza, de fe, de constancia, y también de hallazgos y realizaciones. Para impedir que la Isla siga buscando nuevas islas, algunos han intentado retirar del puente de mando los mapas y las fotos que nos orientan. Mapas y fotos de expediciones previas, y de corrientes de pensamiento que trazan la línea imaginaria de las constelaciones que nos guían, un entramado que conforma la ideología de la Revolución.

Me referiré pues al contenido de esa palabra, ideología, que nos ha acompañado por décadas, y que constituye la brújula del barco. Palabra estigmatizada en el discurso restaurador de la inmovilidad, aquel que nos vende el regreso a la «tranquilidad» del puerto, a «la normalidad» sibilina y glamorosa de las injusticias. Lo ideológico (de izquierda, naturalmente) es presentado hoy como la rémora, el dogma, el obstáculo que impide el regreso a tierra, la convivencia pacífica y «alegre» de explotados y explotadores. Pero lo ideológico jamás desaparece, es sustituido, no admite vacío alguno. «Hay ideología allí donde se ponen en juego los ideales sociales, donde se producen,

circulan y se consumen ideales sociales», resume el filósofo cubano Rubén Zardoya.³⁴

El grito de guerra de Jair Bolsonaro en Brasil, por ejemplo, es la desideologización de la política, su tecnificación —la peor versión de la burocracia es la tecnocracia, la que no percibe que su relación es con seres humanos, no con números—, pero ello en realidad significa su reideologización vergonzante, su puesta al servicio del capital.

Hagamos un poco de historia. No hubo un solo camino de llegada a la Revolución; cada uno representaba una tradición diferente, potencialmente revolucionaria (martiana, marxista, nacionalista, cristiana, para solo citar las más visibles, aunque pudiera igualmente aludirse a la ética de las religiones afrocubanas), pero un único y fuerte hilo las enhebraba: la indignación ante la injerencia del imperialismo, es decir, ante la no consumación de la independencia nacional y ante la injusticia social, que se asociaba a la corrupción, aunque estas compartían las mismas raíces. Fue precisamente Fulgencio Batista quien cerró toda posibilidad de lucha electoral en 1952, con su golpe de Estado. Los «indignados» de entonces acudieron a las armas.

Pero la nuestra no fue una explosión anárquica, sin liderazgo ni objetivos. El discurso de autodefensa de Fidel Castro en el juicio del Moncada sirvió de documento programático para una Generación que se proponía rescatar a José Martí, uno de los más profundos y radicales pensadores anticolonialistas de Nuestra América, en el centenario de su natalicio. El vínculo histórico era (es) de tal magnitud, que al triunfar la Revolución un gran poeta resumió en una frase el sentir popular: «Te lo prometió Martí, y Fidel te lo cumplió».

Cabe, sin embargo, insistir en una obviedad: la unidad primaria de una Revolución (de cualquier movimiento revolucionario) no es ideológica, sino ética. Aunque la moral establece los cimientos de la orientación ideológica. El primer impulso que mueve a un revolucionario no proviene de sus lecturas, sino de sus vivencias, de su vocación de justicia. El pedagogo y filósofo cubano José de las Luz y Caballero (1800-1862), lo sentenció así: «el sentimiento de justicia» [es el] «sol del mundo moral».³⁵ Ernesto *Che* Guevara insistiría en aclarar este proceso:

34 Rubén Zardoya Loureda: «La ideología de la Revolución Cubana» (debate), *Cuba Socialista*, 4.ª época, 8, 2018.

35 José de las Luz y Caballero: *Obras. Aforismos*, vol. 1, p. 153, Imagen Contemporánea, La Habana, 2001.

En toda revolución se incorporan siempre elementos de muy distintas tendencias que, no obstante, coinciden en la acción y en los objetivos más inmediatos de ésta [...] / pero / los hombres que llegan a La Habana después de dos años de ardorosa lucha en las sierras y los llanos de Oriente, en los llanos de Camagüey y en las montañas, los llanos y ciudades de Las Villas, no son, ideológicamente, los mismos que llegaron a las playas de Las Coloradas, o que se incorporaron en el primer momento de la lucha.³⁶

El cumplimiento de aquellos objetivos desató la ira imperialista, y propició el rápido aprendizaje ideológico de los revolucionarios cubanos. No hubiese sido posible enfrentar la escalada agresiva del imperialismo si el pueblo no estuviese dispuesto a avanzar hasta el final y asumir la consigna de patria o muerte. El 16 de abril de 1961, en el entierro de las víctimas del ataque aéreo al aeropuerto de San Antonio de los Baños y a pocas horas de la invasión mercenaria por Playa Girón, Fidel declaraba el carácter socialista de la Revolución. «La Revolución no se hizo socialista ese día [...] —diría unos meses después—. El germen socialista de la Revolución se encontraba ya en el Movimiento del Moncada, cuyos propósitos, claramente expresados, inspiraron todas las primeras leyes de la Revolución [...]».³⁷ Y añadía: «Dentro de un régimen social semicolonial y capitalista como aquel, no podía haber otro cambio revolucionario que el socialismo, una vez que se cumpliera la etapa de liberación nacional».³⁸ La conexión que une a Martí con Marx habrá que buscarla en la historia: si se atenta contra el colonialismo y el neocolonialismo, se atenta contra el orden internacional capitalista e imperialista. Julio Antonio Mella, el fundador en 1925 del primer Partido Comunista cubano, sería también el primero en reclamar el estudio del llamado Apóstol de nuestra independencia.

El proceso de consolidación de la unidad ideológica revolucionaria abarcaría un período relativamente prolongado: de 1959 a 1965. En esos años, los miembros del Directorio Revolucionario, del Partido Socialista Popular (Comunista) y del Movimiento 26 de julio, las

36 Ernesto Che Guevara: «La ideología de la Revolución Cubana», <https://archivo.juventudes.org/er-nesto-che-guevara/ideolog%C3%AD-de-la-revoluci%C3%B3n-cubana>

37 Fidel Castro Ruz: «Cuba Socialista. Editorial», *Cuba Socialista*, 1.^a época, 1: 2-3, septiembre de 1961.

38 *Ibidem*.

tres fuerzas principales que habían contribuido a la Revolución, se unificarían en una organización política, cuyo nombre definitivo fue (es) Partido Comunista de Cuba. La unidad no fue nunca la suma de ideologías, no surgió de pactos, ni de alianzas, como aquellas que se construyen para ir a las urnas allí donde no existe una Revolución. Se construyó en permanente lucha contra otras ideologías que se revelaban como insuficientes o francamente contrarrevolucionarias, sobre la base de la honestidad de sus miembros, y sobre el consenso que la propia confrontación ideológica propiciaba: patriotas tan diversos como Blas Roca, Raúl Roa y Armando Hart, para solo citar tres ejemplos, abrazarían una misma ideología revolucionaria, la del Partido que nacía con el estandarte comunista y el liderazgo de Fidel.

La unidad ideológica alcanza su plenitud después del triunfo revolucionario, y permite que la ética sobre la que se sustenta pueda avanzar hacia la consecución de sus fines. Desde luego, unidad, aunque no siempre lo hayamos entendido así, no significa unanimidad: existen, y es saludable que existan, divergencias, criterios encontrados, en un propósito ideológico común. La palabra consenso apunta al hecho de que la unidad emerge de la diversidad, como acto consciente.

Ninguna de las líneas ideológicas primigenias dejó de marcar su huella; ni la idea de un Dios que encarna en los seres humanos concretos, y apuesta por la justicia terrenal (ni siquiera en los años en que diferentes iglesias cristianas, en especial la católica, conspiraban contra la Revolución y esta abrazaba un ateísmo doctrinal, piénsese sino en el libro germinal de Cintio Vitier que enarbolaba la frase de Luz, *Ese sol del mundo moral* (1975)); ni el patriotismo, cada vez más radical, que va de «No hay Patria sin virtud» del padre Félix Varela (1788-1853), hasta «Patria es Humanidad» de José Martí; ni el martianismo de alas de cóndor, cumbre de ese pensamiento, que salta sobre el abismo de la seudociencia que insectea en lo concreto y vence falsos imposibles, para el cual el amor a la patria «no es el amor ridículo a la tierra, / ni a la yerba que pisan nuestras plantas»,³⁹ sino un proyecto colectivo de justicia y dignidad humanas, ese que se

39 José Martí: «Abdala», *Obras completas*, t. 18, p. 19, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

define «con los pobres de la Tierra»⁴⁰ y trabaja arduamente y en silencio «para impedir que los Estados Unidos caigan con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América»⁴¹ (porque en Martí se junta aquel cristianismo —que para él significaba «ser como Cristo»—, y este patriotismo); ni el marxismo en sus diferentes vertientes, con todo su legado emancipador y su rigor científico, dentro del cual destaca el leninismo, que aporta la experiencia revolucionaria. Pero ninguna de esas líneas puede, sin traicionarse, deshacer hoy su vínculo esencial con las restantes, esa cualidad nueva que adquirió con la Revolución, y el aporte de Fidel. He hablado de su sentido anticapitalista y antimperialista, solidario e internacionalista, de su vocación de justicia y de su ética revolucionaria, pero no pretendo establecer decálogo ideológico alguno, apunto solo sus fuentes y la necesaria imbricación entre ellas. Si de principios rectores se trata, acudamos a la definición del concepto de Revolución propuesta por Fidel, sin divorciar sus palabras del contexto de su propia vida y obra.

El discurso contrarrevolucionario pretende hoy desarticular esa unidad ideológica. En vida de Fidel ignoraba la existencia del país que laboriosamente se construía, y reducía el alcance de la Revolución a su figura. Se proclamaba anticastrista y cifraba todas sus esperanzas en la desaparición física del líder. Hoy adopta nuevas formas. Necesita extirpar la ideología de la Revolución, vaciar el concepto de socialismo de su sentido revolucionario, deshuesar al Partido; oponer o distanciar sus fuentes: a Marx de Lenin, a Martí de Fidel, y a los dos primeros de los segundos. Quiere restaurar las diferencias originarias de los combatientes, para enarbolar el pluralismo ideológico que la Revolución pudo superar en sus inicios, porque era condición de vida. La nueva contrarrevolución emplea el lenguaje de la izquierda, que es el que el pueblo identifica como suyo. Critica a la Revolución por supuestamente apartarse de la Revolución y a la vez, la empuja a que se aparte. Pero la democracia revolucionaria trasciende las formas y la falsa libertad del derecho burgués; en Cuba la carta náutica se discute y se rehace en la calle, las políticas se encauzan con

40 José Martí: «Versos sencillos», verso III, *Obras completas*, t. 16, p. 67, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

41 José Martí: «Carta inconclusa a Manuel Mercado», *Obras completas*, t. 20, p. 161, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

el consenso del pueblo. Sin la unidad ideológica interna, no hubiera sido y no será posible el desarrollo de una política exterior de principios que sea a la vez flexible, capaz de procurar la convivencia con actores y gobiernos de signo contrario.

Los consensos ideológicos ni se construyen ni se mueven solos; cuando los revolucionarios, en lugar de construir los suyos, se dedican a administrar los que «espontáneamente» surgen, pierden la Revolución: no existen consensos espontáneos, estos no solo son el resultado de realidades nuevas o no superadas, en su reconstrucción trabajan a toda hora las transnacionales de la (des)información y los medios reproductores del imaginario capitalista. Para vencer es imprescindible que la realidad revolucionaria, no los elementos contrarrevolucionarios que subsisten o resurgen en esa misma contradictoria realidad, muevan la ideología a su ritmo. Cuando se reclama el abandono de ciertos postulados ideológicos a nombre de la Realidad, ya que esta nunca es estática, hay que discernir si se trata de la realidad que avanza o de la que retrocede.

Gracias a la sensibilidad y a la consecuencia de la Revolución, a la genialidad de Fidel, cada una de las seis décadas revolucionarias ha tenido características propias. La isla se ha movido, ha construido y descubierto nuevas islas, a pesar del bloqueo económico, comercial y financiero y de los errores y desvíos propios, señalados valientemente por Fidel y por Raúl en cada momento, y discutidos con el pueblo: alfabetizó a todos, elevó el nivel escolar promedio hasta el grado onceneno y propició que el 22, 2 % de sus trabajadores sean graduados universitarios (y que el 66 % de ese total sean mujeres). Masificó la práctica deportiva, como un derecho del pueblo, y generó un movimiento deportivo ajeno y superior al que se supedita al mercado.

Masificó la enseñanza artística y creó verdaderas escuelas de danza, de cine, de música, de artes plásticas, de sueños. Masificó la enseñanza científica y consolidó polos de producción e investigación. De 6000 en 1959 (de ellos, 3000 abandonaron el país, para conservar sus privilegios de clase), Cuba pasó a tener 85 000 médicos y el mejor indicador del mundo en el per cápita de estos profesionales: 7,7 por cada mil habitantes, o lo que es lo mismo, un médico por cada 130 personas. Como resultado, en 2017 y 2018 la tasa de mortalidad infantil alcanzó cifras difíciles de superar: 4,0 por cada 1000 nacidos vivos. Cultivó la solidaridad hasta convertirla en convicción íntima

para millones de hombres y mujeres. Transformó a las masas en colectividades de individuos, protagonistas de sus vidas y de su época. En Cuba no ha desaparecido ni la prostitución, ni la corrupción, ni el burocratismo, es cierto, pero los cubanos sabemos que si el capitalismo neocolonial regresa (no puede existir otro en América Latina), esos flagelos se harían crónicos.

Los Impostores de la Nueva Fe —la del capitalismo, tenga el apellido que tenga— pretenden hoy desorientar al lector u oyente acusando a los revolucionarios de Protectores de la Fe. Cuando escuchan la palabra ideología desenfundan el revólver, quieren que identifiquemos su significado con el dogmatismo. No somos revolucionarios porque adoptemos una ideología revolucionaria, sino porque estamos dispuestos a entregar la vida en defensa del pueblo, de la Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes. El socialismo no es una fe; es también el lugar y el camino hacia un lugar más justo, es el barco que busca, a medio construir, y también lo que el barco busca. Las herramientas de navegación son todo lo científicas que la época permite, y la fe que necesitamos es de otro tipo: «Tengo fe en el mejoramiento humano —le decía José Martí a su hijo, acaso también a la nueva generación— en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti».⁴² Existe, sí, una ideología de la Revolución que se renueva, sin renunciar a la justicia social y a la independencia que la hacen posible, es decir, a su sentido anticapitalista y antimperialista.

Darwinismo social y Destino Manifiesto⁴³

(22 de julio de 2019)

La foto es elocuente. Jordan B. Peterson mira fijo a la cámara. Cuidadosamente peinado, un inexplicable mechón de pelo cae sobre su frente para contradecir la impresión de que es un hombre demasiado preocupado por su apariencia. Está seguro de que lo sabe todo, de que en todo lleva razón. El título de su libro lo anuncia: *Doce reglas*

42 José Martí: «Ismaelillo» (dedicatoria), *Obras completas*, t. 16, p. 17, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992

43 Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

para la vida. Así se presenta, las palabras y las imágenes se complementan. Pero la periodista del diario español *El Mundo*, afirma algo inquietante: «Este sicólogo clínico canadiense se ha convertido en una figura de culto entre los *millennials*, sobre todo masculinos». Antes ha colocado la etiqueta de marketing: «El intelectual más odiado por la izquierda». La entrevista es de 2018.

Todo en Peterson es sistémico, desde su pose de vendedor de felicidad, hasta su engreimiento de falso profeta. Cree en las jerarquías que establece la naturaleza (en eso es muy burgués, no recurre a la autoridad divina), y él, claro, se sitúa en la cima. Confieso que nunca antes había escuchado su nombre, pero sin duda, es modélico.

Peterson, en pleno siglo XXI, es un furibundo darwinista social. Los seres humanos actúan, dice, como las langostas: «Los machos tratan de controlar el territorio, las hembras de seducir a los machos más fuertes y exitosos». ⁴⁴ Elitista, machista, cínico, su discurso recupera todos los desechos tóxicos de la pasada centuria.

La izquierda en general considera que las jerarquías son malas —dice—. Es normal: las jerarquías producen ganadores y perdedores. [...] La izquierda tiene derecho a preocuparse. A lo que no tiene derecho —porque es científicamente falso— es a culpar de la desigualdad al capitalismo, a Occidente o al presunto patriarcado. Ocurre también con la riqueza. [...] Pero no es culpa de nadie. Es un fenómeno enraizado en la naturaleza. ⁴⁵

Peterson es, o cree ser, un auténtico ganador. Ha localizado un nicho de mercado que el capitalismo promueve: la mediocridad. Su fanfarronería solo atrapa a los tontos.

No merece respuesta. Sin embargo, vale la pena reflexionar sobre el revivido darwinismo social, tan ajustado a la mentalidad del individualismo burgués: el más apto vence, y tiene derecho a explotar a los demás. Me preocupa, sobre todo, porque el capitalismo no solo lo usufructúa como forma individual de vida, sino también como doctrina de Estado. Sí, hablo del imperialismo estadounidense, ungido en las aguas «benditas» del Destino Manifiesto. Y, desde luego, del

44 Cayetana Álvarez de Toledo: «Hay una crisis de la masculinidad porque se culpa a los hombres por el mero hecho de serlo», entrevista a Jordán B. Peterson, Madrid, *El Mundo*, 13 de febrero de 2018, <https://www.elmundo.es/opinion/2018/02/12/5a80aa-4746163f61168b4622.html>

45 *Ibidem*.

autoproclamado (está de moda el término) emperador. Peterson engaña a los tontos que el sistema produce. Gana dinero con ello. Pero Donald Trump puede desatar guerras, provocar la muerte de miles de seres humanos, también de jóvenes estadounidenses.

Existen doctrinas filosóficas que generan estados de espíritu, para decirlo de alguna manera, corrientes espirituales no estrictamente adscritas a su núcleo teórico. Una de ellas es el positivismo, en el cual se enmarca el darwinismo social. En determinadas épocas reaparece con fuerza, acompañado de cierto hálito cientificista. Son épocas oscuras, y en ellas, las ciencias sociales, como decía Martí, parecen «insectear» por lo concreto.

Que los políticos estadounidenses acepten como válida la regla de que la fuerza otorga el derecho, que puedan mentir, sancionar, confiscar el dinero ajeno —incluso amenazar a familiares de gobernantes extranjeros con su secuestro en terceros países, o con la confiscación de sus bienes, como haría la mafia siciliana o neoyorkina—, castigar con medidas económicas o bloquear a otros pueblos, con el fin de doblegarlos, asestar golpes «quirúrgicos» (el lenguaje de la medicina que salva vidas, para hablar de la muerte) o invadir a otras naciones para apoderarse de sus recursos naturales y reacomodar el tablero de la geopolítica, es muy peligroso. No aceptan que un Estado soberano pueda nacionalizar sus recursos y, sin embargo, asumen que todos debemos aceptar el robo que hacen e incluso anuncian, de los nuestros.

Pueden sustituir lo verdadero por lo verosímil, construir escenarios falsos de paz o de guerra de carácter permanente, según convenga. Pero hay algo perturbador: la manera en que manejan los hilos de la buena voluntad de su propio pueblo, cómo manipulan sus sentimientos de justicia para sojuzgar a otros pueblos. El estadounidense común puede llegar a creer que una guerra de conquista es una guerra de liberación, y sus soldados se sienten frustrados cuando los nativos por «liberar» no los reciben con flores. Una franja de esa población, incluso, acepta con orgullo que su país siendo el más fuerte, haga uso (a su favor) de esa fuerza. Los medios y los políticos se encargan de reafirmarlo: para ellos, ser antimperialista es ser antiestadounidense.

Es paradójico que una nación, después de haber expulsado a los colonialistas, emprenda de inmediato una cruzada colonizadora de

nuevos territorios. En los libros oficiales de historia se describen como territorios deshabitados, o casi. Hollywood explica, por ejemplo, en atractivas imágenes, cómo los invasores «buenos» vencían o aislaban en *guettos* a los indios «malos». También recolora, sin visos de culpa, la usurpación de más de la mitad del territorio mexicano. La violencia de esos emprendedores fundacionales (que buscaban oro con la misma fiereza que los europeos siglos antes) ha generado una entretenida saga de películas de *cowboys*.

Obama prefería olvidar la historia, sobre todo, que la olvidemos. A veces, una tímida mención reconocía lo que eufemísticamente llamaba «errores» o «visiones diferentes»; por ejemplo, haber mantenido a Nelson Mandela en su famosa lista de terroristas internacionales, incluso después de haber sido excarcelado y reconocido oficialmente como héroe (por el contrario, miles de cubanos pelearon en Angola contra el ejército invasor del apartheid e hicieron posible el fin de ese régimen); o haber apoyado a los más sangrientos dictadores latinoamericanos, a los Somoza, Duvalier, Trujillo, Batista, Bánzer, Stroessner, Pinochet o Videla. «Pequeños errores» que se basaban en la necesidad de sobreponer los intereses estadounidenses a los derechos humanos.

Lo dijo Obama en La Habana: «Hemos desempeñado papeles muy diferentes en el mundo», y también: «Hemos estado en el lado contrario de muchos conflictos en el continente americano».⁴⁶ No podría haber elogio mayor para Cuba. Claro que existe una historia gloriosa de luchas por los derechos llamados civiles, que puede hallarse en obras marginales como la del gran historiador Howard Zinn. Es la historia de las luchas obreras en los Estados Unidos. Pero no es esa la que se enseña en las escuelas y se lleva al cine. El gobierno de Trump, más transparente, ha reivindicado sin sonrojos la Doctrina Monroe. Nuevos personajes son ahora sus procónsules: los Macri, los Bolsonaro, los Duque, los Piñera. Serán barridos por la historia, pero antes lo serán por sus pueblos. La violencia revolucionaria no es consustancial al espíritu revolucionario, es, a veces, la única respuesta que nos dejan ante la violencia de la dominación, que es estructural en el capitalismo. La paz solo es posible donde no existen dominados y dominadores.

46 Barack Obama: «Discurso del presidente Obama al pueblo cubano», Gran Teatro de La Habana, 22 de marzo de 2016, <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2016/03/22/discurso-del-presi-dente-obama-al-pueblo-cubano>

Los *comics* reflejan la imagen que el imperialismo tiene de sí mismo. El superhéroe (la supernación) defiende el *statu quo*, salva a los elegidos sin reparar en los muertos «colaterales», divide el planeta en buenos y malos; acata solo la Ley supranacional que defiende los intereses de su pequeña comunidad. Puede llamarse Superman, o simplemente Rambo. ¿Cuántas horas pasa Donald Trump frente a su espejo mágico?, «dime, ¿habrá otro más fuerte, más inteligente que yo?». Se contempla y ve a Superman. No es el espejo, son sus ojos. Gesticula, entorna la mirada, aprieta los labios; en cada tuit mañanero, como un semidios, imparte condenas y absoluciones. Es menos sofisticado que Peterson, pero hace más daño.

La violencia es quizá un legado atávico que la humanidad puede y debe extirpar como tendencia social, y no puede ser justificada o aceptada como natural. Es cierto que su comprensión (y su justificación moral) tiene condicionamientos históricos; la humanidad en su desarrollo descubre nuevos espacios de injusticia que antes no eran percibidos. Pero hay una corriente histórica que justifica el ejercicio de la fuerza en los Estados poderosos, desde la más remota Antigüedad, pasando por la Roma imperial, hasta el imperialismo estadounidense. El terrorismo de Estado es tanto o más abominable que el de sectas o individuos, porque entraña la distorsión de una responsabilidad social superior.

Sin embargo, la leyenda del pequeño David, vencedor del gigante Goliat, demuestra que la fuerza no es solo un hecho físico o material. La supernación fue derrotada en Cuba. También en Vietnam. Será derrotada en Venezuela. Como decía el cantautor uruguayo Quintín Cabrera, «lo que el yanqui necesita, es una aumentada dosis de jarabe vietnamita».⁴⁷ Trump se retuerce, rojo de furia, rojo, como el carapacho de una langosta. Pero no pierde la compostura, ciego de ira, o de impotencia, sigue el consejo de Peterson: «Haced como las langostas: caminad erguido, con los hombros hacia atrás».⁴⁸

47 Quintín Cabrera Pronuario criminal (jarabe vietnamita), canción, puede escucharse en <https://www.cubainformacion.tv/cuba/20070624/32646/32646-pronuario-criminal-jarabe-vietnamita-quintin-cabrera-y-pancho-amat>

48 Cayetana Álvarez de Toledo: ob. cit.

Diez frentes de combate de la nueva cultura⁴⁹ (26 de julio de 2019)

«La cultura es lo primero que hay que salvar»,⁵⁰ alertaba Fidel. No hablaba solo del arte y la literatura. La nueva sociedad exige un individuo «nuevo», es decir, una mujer y un hombre que participen conscientemente en su construcción. La cultura que llamamos socialista es de hecho una cultura de tránsito. No existe como meta, sino como proceso, en franca guerra contra la cultura dominante. Una Revolución en el poder debe luchar contra la cultura global hegemónica (modo de vida, modelo de éxito) que es la capitalista, en todos los ámbitos de su reproducción. Pero los revolucionarios no pueden esperar a tener el poder, o el gobierno (en el peor pero más probable de los casos) para iniciar esa lucha, que es vital: lo que comúnmente identificamos como concientización de las masas, es un hecho cultural. La cultura dominante en el mundo es la de la clase dominante, y la nueva cultura avanza y retrocede, su éxito siempre es parcial.

«El socialismo no es un problema de cuchillo y tenedor. Es un movimiento de cultura, una grande y poderosa concepción del mundo»,⁵¹ decía Rosa Luxemburgo. Para alcanzar esa nueva cultura se necesita una base material que la sustente —algo que con frecuencia se olvida—, pero la tarea no puede postergarse. Las revoluciones auténticas, cuando se producen, impulsan esa nueva mirada colectiva. Un

49 Intervención en el taller Cultura y Liberación de los Pueblos del XXV Foro de São Paulo, Caracas, 26 de julio de 2019, tomado de Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

50 Fidel Castro Ruz: «Pero la gente aprendió a convivir con todos esos valores y yo lo he apreciado. Todas esas manifestaciones que veo, para mí son manifestaciones de lo profundamente arraigadas que están en nuestra sociedad y en nuestro país determinadas ideas, determinados valores, determinadas creencias que se han puesto aquí de manifiesto; pero lo menos que puedo sugerir aquí es que seamos capaces de mantener nuestro apego y nuestro amor por todos esos valores, en estos tiempos tan difíciles en que tantas cosas nos amenazan, en que tantos riesgos nos amenazan. Y la cultura es lo primero que hay que salvar, y si estamos dispuestos a darlo todo por restaurar La Habana Vieja y salvarla, cómo no hacerlo con la cultura», Intervención en el V Congreso de la UNEAC, *Granma*, 25 de noviembre de 1993, Memorias del V Congreso de la UNEAC, La Habana, diciembre de 1993, pp. 3-7.

51 Rosa Luxemburgo: «Carta a Franz Mehring», 27 de febrero de 1916, <https://www.marxists.org/espanol-/luxem/1916/2/letters.htm>

millón de personas en la Plaza de la Revolución no son una masa sin rostro, son un millón de protagonistas individuales. Pero la guerra cultural entre los dos modos de vida, incluso en una Revolución que ha alcanzado el poder, no cesa. Abordaré algunos aspectos de la batalla por la cultura que me parecen importantes, desde la experiencia revolucionaria cubana.

Romper los tabiques que separan lo «culto» de lo «popular», integración de saberes

Debe procurarse una integración de saberes, que desdibuje las fronteras de las culturas etiquetadas con los adjetivos de «alta» y «popular». En *Palabras a los intelectuales* (1961) Fidel le dice a los más importantes escritores y artistas cubanos de entonces:

En días recientes nosotros tuvimos la experiencia de encontrarnos con una anciana de 106 años que había acabado de aprender a leer y a escribir, y nosotros le propusimos que escribiera un libro. Había sido esclava, y nosotros queríamos saber cómo un esclavo vio el mundo cuando era esclavo, cuáles fueron sus primeras impresiones de la vida, de sus amos, de sus compañeros. Creo que puede escribir una cosa tan interesante que ninguno de nosotros la podemos escribir.⁵²

Uno de los más jóvenes oyentes de ese discurso escribió algunos años después un libro emblemático de la literatura de la Revolución: *Biografía de un cimarrón* (1967). La vida de un hombre sencillo se convertía en literatura clásica.

En sentido inverso, el primer libro que publicó la Revolución en su recién creada Imprenta Nacional, a un precio casi simbólico y en una tirada millonaria, fue la obra de Cervantes, *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Una obra clásica, la más representativa de la cultura hispana, se puso al alcance de las mujeres y los hombres de pueblo. Por otra parte, la Revolución Cubana creó un amplio sistema de escuelas de arte en todo el territorio nacional y abrió sus puertas a los «hijos más humildes del pueblo».

Hugo Chávez manejaba dos conceptos prácticos de cultura: la que se entiende como tradición, hogar, hábitat, territorio, alma colectiva

52 Fidel Castro Ruz: «Palabras a los intelectuales», La Habana, 16, 23 y 30 de junio de 1961, <https://www.presidencia.gob.cu/es/noticias/palabras-a-los-intelectuales/>

de cada pueblo, una visión en la que no hay jerarquías, cualquier cultura es tan importante como la otra, no hay cultura desarrollada y cultura no desarrollada y que, vista en un proceso evolutivo y de enriquecimiento constantes, puede definirse como identidad cultural; y la que responde al sentido martiano de «ser cultos para ser libres», como instrumento de liberación, de superación, de crecimiento espiritual, como manejo de información, de comprensión del mundo. Las revoluciones necesitan integrar los saberes, eliminar las barreras culturales y espaciales que separan a las clases sociales.

Saber y participación social

La «nueva» cultura en construcción no es pasiva. Su rasgo principal es que existe solo si la sociedad y el individuo la asumen conscientemente. No se consume, se protagoniza. Es, más claramente que cualquier otra, un modo de vida. El primer acto de una revolución tercermundista es la alfabetización masiva de su población. El conocimiento es indispensable, porque determina la capacidad crítica del individuo. El saber académico y el que emerge de la participación protagónica se enriquecen mutuamente en una Revolución. No puede cultivarse un saber desentendido de los problemas sociales, ni pueden abordarse esos problemas sin una integración de saberes.

En Cuba miles de adolescentes y jóvenes, ciudadanos de clase media, partieron a las zonas rurales del país; muchos se separaban por primera vez de sus padres, y se hospedaban en los humildes hogares de los que serían alfabetizados. La alfabetización era doble: el joven enseñaba a su alumno —por lo general, mucho mayor en edad—, a leer y a escribir, y su presencia era también una lección del significado de la Revolución. Por otra parte, el alfabetizador se alfabetizaba; su aprendizaje, abrupto, era de otro tipo: conocía otro mundo inimaginado antes por él, e interactuaba con sus habitantes. En meses, la alfabetización concientizaba al maestro y al alumno, era una intensiva escuela política.

El método empleado en Venezuela («Yo, sí puedo») se apoya en la tecnología y no requiere la movilización masiva de jóvenes de la ciudad, pero introduce una perspectiva nueva. El propio alumno

se convierte en su maestro, auxiliado por videos y cuadernos especialmente concebidos para ello. Existe un «facilitador», un miembro de la comunidad, un «alumno ayudante» un poco más avanzado que sus compañeros, pero el sujeto activo es el que se alfabetiza, el que se convierte en «vencedor», en protagonista de su propio crecimiento.

Las misiones bolivarianas son mecanismos de inserción y empoderamiento de las masas en la transformación del país. El triunfo de una Revolución es convertir a las masas en colectividades de individuos conscientes. El mayor peligro es crear, con la masividad de la educación, jóvenes informados de libros, y analfabetos de vivencias sociales y políticas. José Martí, lector voraz y erudito, recelaba de la «falsa erudición», la que se oponía a la naturaleza humana y a las particularidades de nuestra región.

Reconstrucción de la historia

La interpretación de la historia depende del proyecto de futuro que tengamos. La historia oficial de un país selecciona hechos y personajes, evade o silencia otros. La obra del historiador estadounidense Howard Zinn es elocuente: con su libro *La otra historia de los Estados Unidos* demuestra que esta puede ser narrada desde la perspectiva de los humildes, desde las luchas obreras. No es, por supuesto, la historia que se enseña en las escuelas de ese país. En Cuba, con la Revolución, adquirieron relevancia los protagonistas de las luchas obreras y campesinas y los combatientes revolucionarios. La historiografía contrarrevolucionaria se esfuerza en descalificar a esos héroes de la nueva Cuba: presenta al Che Guevara, por ejemplo, como un criminal, y trata de reivindicar al tirano Fulgencio Batista. Por otra parte, la industria del entretenimiento complementa la labor de la educación burguesa y despliega una amplia gama de recursos «correctores»: banaliza la historia nacional de los pueblos del sur, convierte en héroes a los invasores y en villanos a los patriotas, reafirma el mito de la superioridad y la invencibilidad de los imperialistas. Todo ello llega empaquetado en video juegos, series de televisión, películas, redes sociales.

El enemigo, que es el mismo para todos, nos divide desde la ignorancia. Los que compartimos fronteras nacionales y episodios esenciales de la historia (con frecuencia incluso hasta una lengua), ignoramos las vivencias del vecino y desconocemos a sus héroes, que

son nuestros también. Es imprescindible, para nuestra mejor defensa, que aprendamos la historia de Nuestra América, que hagamos nuestros a sus héroes populares. «La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia»,⁵³ pedía José Martí en 1891.

La fragmentación y la reunificación de sentidos

La izquierda debe reconocer el hecho de que la violencia de género, la racial o étnica, y la ecológica (también se ejerce violencia sobre la naturaleza) y cualquiera de las multiplicadas fobias sociales que hoy existen, si bien no están adecuadamente expuestas, como alguna vez se pensó, en la crítica a la violencia de clase, tampoco son ajenas a ella, ni pueden ser pensadas como fenómenos autónomos, capaces de ser solucionados por sí mismos. Las contradicciones de la sociedad capitalista actual no pueden reducirse a las contradicciones entre clases, pero estas no pueden ignorarse o subestimarse. La violencia imperialista expresa la esencia de un sistema que nació y creció de la explotación del mundo colonial y neocolonial, y de sus propios trabajadores. La estrategia de los defensores de la violencia, es fragmentar su comprensión, hacer que nuestros jóvenes la combatan en sus manifestaciones no estructurales. Es necesario construir vasos comunicantes entre los frentes de lucha porque todos son importantes, y la izquierda no puede darle la espalda a ninguno de ellos, pero tampoco puede detenerse o aislarse en alguno de ellos. El enemigo final siempre es el capitalismo.

Identidad cultural

La identidad cultural no es estática. Está en permanente proceso de construcción, de ensanchamiento, aunque conserve sus matrices esenciales. América Latina es poseedora de una gran riqueza cultural: esa diversidad es una ventaja, siempre que conservemos o abramos sus vasos comunicantes. El imperialismo necesita detener y diluir

53 José Martí: «Nuestra América», en *Obras completas*, t. 6, p. 18, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991. (Publicado en *La Revista Ilustrada* de Nueva York, Estados Unidos, 10 de enero de 1891, y en *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891).

las identidades que se expresan al interior de una nación y aquella que representa a la nación misma, así como la regional, por motivos mercantiles que funcionan también como ideológicos, porque facilitan la dominación. La estrategia revolucionaria debe ser proteger y consolidar toda manifestación de unidad y de diversidad culturales. Frente a la estrategia imperialista de dividirnos, los revolucionarios tenemos la obligación de promover y defender la identidad «nuestro-americana», sin desconocer o relegar su diversidad.

En una Revolución, la identidad nacional empieza a integrar elementos nuevos que surgen del proceso de transformaciones. La contrarrevolución celebra el trabajo diluyente de la industria del entretenimiento yanqui, pero a la vez, pretende paralizar el movimiento de la historia, con el pretexto de que defiende sus tradiciones. En realidad, se niega a aceptar la existencia de las nuevas tradiciones creadas por la Revolución. Cuando un contrarrevolucionario despliega hoy la bandera nacional de Cuba, produce una contradicción de sentidos, más allá de su voluntad y de su comprensión: esa bandera ha incorporado al entramado simbólico de sus formas y colores, los nuevos hitos y héroes de la Revolución. Es por ello que los revolucionarios de cualquier país o región del mundo pueden enarbolarla como propia. Cuba ya no es y no podrá volver a ser, el país que existía antes de 1959.

La cultura de la solidaridad

La Revolución es generadora de solidaridad entre países y pueblos (a lo interno y a lo externo), porque no puede hacerse sin el concurso de todos, y porque su fin inmediato son los más humildes. No se concibe tampoco como un hecho aislado, inconexo con otras realidades. La Revolución Cubana se autoproclamaba «primer territorio libre de América», precisamente porque aspiraba a la liberación de los restantes, porque se asumía como un eslabón en el proceso emancipatorio de todos los pueblos.

La cultura de la solidaridad, la que se recibe y la que se da, no se concibe como un favor que se dispensa, sino como un deber insoslayable. Desde los primeros momentos la Revolución Cubana cultivó la solidaridad en todos los ámbitos posibles, y educó al pueblo en ella. La campaña mediática que se empeña en desacreditar e incluso criminalizar la solidaridad médica de Cuba en el mundo, pretende

desarticularla, porque su sola existencia, es una escuela política que no se propone ni necesita «formar» a nadie. Los movimientos sociales y los partidos políticos no pueden desentenderse de las causas justas, para hacer avanzar la suya; se traiciona a sí misma la causa justa que evade su responsabilidad con la justicia de los otros. «Patria es humanidad», sentenciaba José Martí.

Los símbolos y los paradigmas del éxito

Las revoluciones no pueden subestimar la guerra de los símbolos. La industria del entretenimiento se apoya en el mercado para difundir los del capitalismo. Las páginas «sociales» de la prensa burguesa, narran historias de vida de sus hombres y mujeres de éxito: banqueros y empresarios, deportistas y estrellas del arte, y también duques, príncipes y reyes, es decir, de los famosos y ricos. Ser como ellos, es la consigna implícita; en sentido inverso los niños cubanos repiten cada mañana en sus escuelas, «seremos como el Che». En el capitalismo no importa el cómo: se triunfa si se consigue acceder al nivel más alto de consumo, por una herencia, por un «buen» matrimonio, por el robo de cuello blanco o a mano armada, por la lotería, etc. La cultura del tener, asentada sobre el consumismo depredador del medio ambiente, se presenta de manera atractiva, como el único camino hacia la felicidad.

Apropiación de las formas

Hoy el imperialismo pretende apropiarse de las formas tradicionales de la izquierda. Subrayo «de las formas», porque el procedimiento conlleva un vaciamiento de sus contenidos revolucionarios. Ello incluye la utilización y, a veces, el secuestro de términos y conceptos tradicionales de la izquierda. En Cuba hemos visto la aplicación de ese procedimiento en «huelgas de hambre» y en marchas de «madres» vestidas de blanco como las de la Plaza de Mayo. Se utiliza el término de «Revolución de colores» y símbolos como el puño cerrado para aludir a movimientos reaccionarios monitoriados por la CIA. Por otra parte, nos induce a desechar e incluso a repudiar palabras que son imprescindibles en nuestro léxico, como comunismo o imperialismo.

Las nuevas tecnologías

Todos los aspectos antes descritos alcanzan mayor intensidad en las redes de Internet. La izquierda debe aprender a usar esta herramienta, lo que implica conocer sus ventajas y sus peligros. La guerra por el poder desecha por inservible la verdad, y las redes compulsan al elector a decisiones que pueden atentar contra sus propios intereses. Es un medio que suele utilizarse para aislar y desmovilizar al individuo (especialmente al joven), y reagruparlo en colectivos «rebeldes» pero inocuos. Los revolucionarios no podemos desechar la verdad, aun cuando avancemos en el terreno movedizo del mercado electoral. Una experiencia positiva son las redes de redes, que permiten la movilización horizontal y transversal, en aspectos compartidos, entre personas y movimientos no siempre afines. Un ejemplo es la Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad.

El político revolucionario

Es indispensable que el pueblo aprecie la diferencia entre los políticos tradicionales y los revolucionarios. Es una diferencia que debe sustentarse en la ética de su conducta y en los procedimientos que emplea. La participación en los mecanismos de la democracia burguesa no puede desdibujar la identidad de un revolucionario. El fin no justifica los medios. Un revolucionario no puede mentir jamás, y debe estar siempre en la primera línea de combate, allí donde pide que estén los otros.

Diario de Turín¹ (2020)

Turín, Piamonte, jueves 23 de abril

Hoy, por primera vez, el día es soleado. Aún con abrigos ligeros sentimos el abrazo benéfico del sol, un pariente que nos agobia en la Isla, pero que extrañamos y necesitamos en cuanto pisamos otras tierras.

Desde el cuarto observo el patio interior de un edificio de viviendas en el que aparece, al fin, un niño aburrido, o más bien desesperado, que estira el cuerpo lanzando una pelota contra la pared, mientras el padre lo vigila, a él y al perro, un mastodonte que trata de participar en el juego...

De repente, un médico me interrumpe. Tiene lágrimas en los ojos. Me arrastra hasta su habitación, al otro lado del pasillo. Desde que traspaso la puerta la veo por los cristales de la ventana: es mi bandera, la bandera cubana, en el edificio de enfrente los estudiantes la han puesto. Se ve grande, hermosa.

Nos asomamos. Llegan más médicos y enfermeros. Al vernos, los estudiantes aplauden. No podemos distinguirlos bien, solo las manos sobresalen por las ventanas. Aplaudimos nosotros también. Esta ya es otra crónica, creo, no la que pensaba escribir, pero ¿qué voy a hacer? Ahora soy yo el que tiene lágrimas en los ojos. Tomo fotos. ¿Cómo engarzo este suceso conmovedor con el calor del día, con el sol que ahora resplandece, no en el cielo, sino dentro de cada uno de nosotros?

1 Enrique Ubieta Gómez: *Diario de Turín*, Casa Editora Abril, La Habana, 2021.

Crema, Lombardía, jueves 30 de abril

Una tarde, al salir del hostel, los brigadistas cubanos de Crema vieron a un niño de cuatro años, solo, en la acera de enfrente, con una banderita cubana en las manos. Al día siguiente, a la misma hora, el niño volvió. Y al otro, siempre con su banderita. Indagaron. Los padres, en realidad, lo vigilaban de cerca, vivían a pocos metros. Su nombre es Alessandro. El niño, pudiera decirse, se convirtió en el líder de una generación de infantes que empezó a reunirse a la misma hora todos los días frente al hostel. Traían a sus padres, no sus padres a ellos, y les hacían portar banderas de Cuba y de Italia. Se convirtió en una tradición.

La alcaldesa Stefanía Bonaldi, una mujer sencilla como su gente, me lo explica así: «Los pobladores de Crema, sorprendidos, agradecen que unos médicos hayan cruzado el océano para venir a Italia a ayudar a su pueblo. Eso les ha infundido mucha esperanza». Hoy los brigadistas le hicieron un regalo al pequeño. Cruzaron la calle y le entregaron una bata de médico de su tamaño, una mascarilla (nunca la llevaba puesta, ni los otros niños) y un estetoscopio. No sé qué se gesta, pero alguna sorpresa debe depararnos el futuro.

Turín, Piamonte, viernes 8 de mayo

No es un ejercicio placentero escuchar, ni qué decir ver, a Luis Almagro. No soy lombrosiano, ya seguramente no quedan muchos en Italia. No se trata de la conformación, creo yo, de su cráneo, ni de estereotipos de belleza o de fealdad, siempre relativos. Quizás sea la conjunción de sus gestos y sus palabras, la mirada huidiza, el brillo sudoroso, la ausencia casi total de dignidad, lo que provoque repulsa en su rostro.

Es posible que cada bajeza o acto despreciable, cada mentira dicha con plena conciencia, hayan marcado surcos en su cara que, dicen, es el reflejo del alma. Pero juro que traté de escucharlo. Llegué al minuto nueve. Una proeza. En ese breve lapso, el vocero de la democracia imperial empleó el lenguaje totalitario de su patrón: diez veces dijo «definitivamente», y otras tres, «absolutamente». Ayer trató, una vez más, de descalificar el extraordinario esfuerzo internacionalista de nuestro pueblo. Sus palabras chocan contra el muro de los hechos.

En Italia, por primera vez, el pueblo no lee en la prensa lo que supuestamente son o hacen los médicos cubanos; lo viven y, a veces, sobreviven gracias a ellos. El imperialismo no se conforma: mientras existan mujeres y hombres que sientan en el pecho el golpe de la virtud como imperativo de vida; mientras exista un pueblo que sienta orgullo de esos hombres y mujeres y los considere modelos a imitar, y los aplauda cada noche, se sentirá amenazado.

Me senté a conversar con dos médicos que salían de su turno de guardia en la zona roja. Apunto sus datos. Manuel Emilio López Sifontes es camagüeyano. Tiene cincuenta y dos años, dos especialidades médicas (MGI e intensivista) y ha cumplido ya tres misiones: en Mali (2004-2006), en Venezuela (2013-2016) y en Bolivia (2017-2019), interrumpida esta por el golpe de Estado que derrocó al gobierno de Evo Morales. Su esposa, Luz Angélica Leyva Barceló, es bióloga, profesora de Morfofisiología del Instituto Superior de Ciencias Médicas de Camagüey. El hijo, de veintiocho años, es ingeniero informático. Miguel Acebo Rodríguez es villaclareño. Tiene treinta y siete años y dos especialidades: MGI y neumólogo, y estuvo antes en Venezuela, desde el 2008 al 2014. Su esposa es peluquera, se llama Lisandra Rivero López, y la hija de ambos tiene cuatro años.

Mi primera misión, en Mali, fue por el Programa Integral de Salud (PIS), con pocas gratificaciones económicas —me cuenta Manuel Emilio—; era un honor que tenían todos nuestros profesores que habían cumplido misiones internacionalistas prácticamente por el salario que devengaban en Cuba y más nada, por convicción. Mali es un país muy pobre, tuve la suerte de ir como intensivista, pero mis colegas médicos de familia iban a los pueblitos de provincia, bien lejos y bien intrincados, donde estaban solos o quizás acompañados por otro cubano en la misma situación. Queríamos seguir el ejemplo de nuestros antecesores. Yo pensé que en cualquier momento me movilizarían como intensivista para enfrentar la covid-19, en cualquier lugar de Cuba. No, me llamaron para ayudar fuera del país. Y dije que sí, de la misma manera que lo hubiera dicho para trabajar en Cuba. Este mal es de la Tierra, no del terruño.

Sin titubear dije que sí.

En primer lugar, porque soy un especialista joven —ahora es Miguel quien habla— y esta tarea es un reto profesional para mí. No solo nos regocija desde el punto de vista humano, también nos aporta profesio-

nalmente. Esa disposición estaba desde mucho antes, porque cuando el coronavirus era todavía algo lejano en Cuba, me llamaron para que atendiera a un bailarín cubano que residía en China y que había llegado a Cifuentes con síntomas respiratorios. Recibí a ese paciente y me quedé con él durante veinticuatro horas, hasta que se definió su diagnóstico. Aquello me llenó de fuerza. Finalmente, no fue covid-19, era una influenza que había adquirido en nuestro país.

En Cuba todos los días por la noche los aplauden —les dije a los dos—, y cuando cuento en mi perfil de Facebook de sus vidas y hazañas aquí, llegan decenas y decenas de comentarios que expresan la admiración que sienten los cubanos por ustedes. ¿Qué piensan de ese reconocimiento popular tan inmenso, cómo se ven a sí mismos?

Nos tocó a nosotros —interviene Manuel Emilio—, los trabajadores de la salud. Es nuestra guerra: las epidemias, las enfermedades. Y sí, es bonito sentir que se valora el trabajo que hacemos, pero esa es nuestra responsabilidad como médicos. Tenemos que enfrentar la enfermedad, cualquiera que sea y donde sea. No podemos tenerle miedo. Lo que sí tenemos que saber es cómo trabajar con ella y cómo cuidarnos, porque en nuestra profesión siempre estaremos expuestos. El reconocimiento que nos da la población nos emociona, aunque en este momento estemos en nuestra guerra, la que nos toca.

Bueno, yo sí estoy al tanto de los comentarios que llegan a tu perfil —me dice Miguel—. Estamos muy contentos y emocionados por lo que escriben. Cada vez que escucho unos aplausos o veo un reportaje de nuestro trabajo, el de aquí o el de Cuba, porque aquellos son tan bravos como los que están aquí, es como si me removieran por dentro todos los órganos. Eso nos llena de fuerza y de alegría. Y siempre pienso en mi niña; mi esposa, cada vez que puede, me manda un video de Paola dándole a un caldero y aplaudiendo por su papá. Cada vez que lo veo se me estruja el corazón.

Crema, Lombardía, sábado 23 de mayo

La plaza es pequeña, pero quizás lo parezca más por la altura de la iglesia. El conjunto es hermoso. Casi en la esquina de la acera opuesta a la monumental iglesia, está la alcaldía. En un pequeño balcón cuelga una bandera cubana. Hay otro más amplio al lado, con tres astas, y en cada una de ellas, las banderas de la Unión Europea, de Italia y del municipio, respectivamente. Falta quizás una cuarta, que

no existe: los seres humanos debiéramos tener una bandera común para todos, que señale nuestro compromiso con el planeta en que vivimos. Pero la pared contiene otros mensajes: uno permanente, la constancia en mármol de que Giuseppe Garibaldi, el paladín de la independencia y de la unidad de Italia, se dirigió a su pueblo desde ese balcón el 10 de abril de 1862; más abajo, otro circunstancial, un cartel que reproduce el rostro de José Martí (tenía nueve años cuando Garibaldi hablaba desde ese balcón) y su frase ejemplar: «Patria es humanidad». Precisamente Martí había escrito del italiano (que en 1850 estuvo unos días en La Habana): «De una patria, como de una madre, nacen los hombres: la Libertad, patria humana, tuvo un hijo, y fue Garibaldi...».² En la plaza están formados, a una distancia prudencial uno del otro, los 52 médicos y enfermeros de la brigada cubana Henry Reeve. Llevan todos un pulóver con la leyenda: «Me dicen Cuba». Es una marca, significa: «Traigo la solidaridad».

Detrás de una valla, al final de la plaza, se aglomeran los pobladores agradecidos con banderas cubanas y carteles hechos a mano. Entonces se produce un acontecimiento inesperado: algunos médicos rompen la formación y se acercan a la valla. Rescatan a una mujer tímida que observa desde allí. La traen de la mano dos brigadistas, el resto empieza a aplaudir. Ella mira incrédula, sorprendida, y se integra a la formación. Lloro. Es una enfermera cubana que vive en Crema desde hace veinte años y que trabajó de manera voluntaria junto a la brigada en la zona roja del hospital de campaña. Se llama Ailed, pero en la fila, su nombre es Cuba.

Al niño van a buscarlo también, porque estaba invitado. Lo han traído sus padres. Es el niño de la bandera. Se deja retratar, sonríe, devuelve el saludo, intuye que se ha convertido en símbolo y parece asumir esa responsabilidad con aplomo. Han llegado unos cuarenta alcaldes de los municipios que el hospital de Crema atiende. Todos llevan la banda tricolor. Uno tiene la camisa desabrochada y, debajo, un pulóver con la bandera cubana.

Suenan las notas del Himno Nacional de Cuba y lo cantamos todos, pero un nudo me amarra la voz. Después, viene el de Italia. Se suceden los oradores, el secretario de Salud de la Región, el prefecto,

2 José Martí: «Carta al director de La Opinión Nacional, 16 de septiembre de 1881», *Obras completas*, t. 14, p. 100, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.

el cura, la alcaldesa... Me detengo en ella. Esa mujer menuda, toda nervio y corazón, le da un vuelco al discurso y lo sitúa en contexto: «Los extrañaremos, pero no desaparecerán, porque nuestras conciencias guardarán todo lo que nos donaron y nos fortalecerán en la convicción de que nadie debe ser extranjero en Crema, de ahora en adelante tendremos un argumento decisivo para oponernos a quienquiera que desee perjudicar o disminuir nuestro sagrado deber de hospitalidad». Irma Dioli, presidenta de la Asociación de Amistad Italia-Cuba, la convierte en miembro de honor de la organización. Nuestro embajador saluda y reconoce la labor de los médicos y enfermeros italianos que compartieron la angustia y el empeño de salvar vidas. De repente, las campanas de la iglesia empiezan a tañer; todos lo sienten como un homenaje involuntario a la solidaridad de Cuba. Los cubanos reciben placas y diplomas de reconocimiento, un medallón con las banderas de Italia y Cuba, pero, sobre todo, aplausos, aplausos y agradecimientos sinceros.

Veo rostros conocidos. Hay dos viejos amigos, estuvieron en el combate al ébola. Leonardo, el mayor, cree que esta es su última misión, tiene sesenta y siete años, pero no sabe, «si me necesitaran...», agrega quedo. Graciliano, de sesenta y cuatro años, me mira sonriente. Alrededor hay jóvenes, para algunos fue su primera vez. Maykel Pons, de treinta y cuatro años, resume así su visión sobre los más experimentados:

La relación ha sido magnífica. No le miento: inicialmente teníamos un poco de temor, pero hemos recibido de ellos mucho apoyo, y la experiencia de sus misiones anteriores, sobre todo del ébola. El comportamiento de los más viejos ha sido un estímulo para nosotros, y hoy somos uno solo: no tenemos ni cinco ni diez años de experiencia, fuimos todos el mismo hombre, trabajando en el mismo frente.

Hay relevo. Se «apagan» las luces. Ha terminado el acto. Se cierra oficialmente la misión en Crema, en la región de Lombardía, la primera en llegar a Italia.

Turín, Piamonte, domingo 14 de junio

Esta es una reflexión de domingo, y es mi manera de homenajear al médico guerrillero Ernesto Guevara en su cumpleaños. El 19 de agosto

de 1960, el Che le dijo a los primeros estudiantes de Medicina de la Revolución triunfante:

Ya había viajado mucho —estaba, en aquellos momentos en Guatemala, la Guatemala de Árbenz— y había empezado a hacer unas notas para normar la conducta del médico revolucionario.

[...]

Entonces, me di cuenta de una cosa fundamental, para ser médico revolucionario o para ser revolucionario, lo primero que hay que tener es revolución. De nada sirve el esfuerzo aislado, el esfuerzo individual, la pureza de ideales, el afán de sacrificar toda una vida al más noble de los ideales, si ese esfuerzo se hace solo, solitario en algún rincón de América, luchando contra los gobiernos adversos y las condiciones sociales que no permiten avanzar.³

Lo primero que debo advertir entonces es que la solidaridad no es un lujo en una Revolución: es su esencia. Y si no se desborda, si no se expresa lo mismo dentro que fuera de sus fronteras, no es solidaridad ni es Revolución. Ahora bien, ¿cómo se expresa? Estos apuntes exponen, en síntesis, algunas conclusiones:

1. La medicina cubana acumula una larga experiencia en dos rubros importantes: la prevención de salud en la comunidad, de una parte, y el enfrentamiento a epidemias y eventos meteorológicos inesperados, de la otra. Esos son, precisamente, los aspectos más necesarios en cualquier caso de emergencia sanitaria. Ha desarrollado el método clínico debido a las limitaciones tecnológicas que el bloqueo estadounidense impone y por convicción profesional. Todo médico cubano al graduarse realiza, por lo general, una primera especialidad en Medicina General Integral (médico de familia) antes de iniciar los estudios de una segunda especialidad. Que mire más al paciente en su contexto de vida y se interese por evitar la enfermedad antes que por curarla, son sus fortalezas.
2. Por otro lado, el médico cubano no es ni se siente parte de una clase social superior a la de sus pacientes, ni necesita pertenecer

3 Ernesto Che Guevara: «El médico revolucionario», discurso en la inauguración de un curso de adiestramiento en el Ministerio de Salud Pública, 19 de agosto de 1960, recuperado de <http://www.cubadebate.cu/especial-les/2020/06/14/el-medico-revolucionario/amp/>

- a ella para ser respetado; se sienta a la mesa pobre de cualquier campesino o indígena, lo toca con sus manos sin desagrado, está dispuesto a realizar, si es necesario, cualquier tipo de trabajo, incluso físico, ajeno a sus funciones habituales; educado en una sociedad compartidora, ve a su paciente como a un vecino.
3. No son médicos aislados los que viajan a esos países. No son simples brigadas o contingentes. Detrás de todos ellos hay un Estado. Los voluntarios, al conformar una brigada, dejan de pertenecer a una provincia o a un centro médico, en términos deportivos se diría que son un equipo Cuba. No actúan como entes independientes: cuando se trata de salvar la vida de un paciente, todas las brigadas que radican en un país interactúan al unísono, se convierte en el problema de todos. De igual manera, colaboran con médicos u ONG de cualquier otra nacionalidad. No existe rivalidad, porque el objetivo primario de las brigadas es salvar vidas: todo el que aporte en esa dirección es bienvenido. En África Occidental los cubanos trabajaron codo a codo con especialistas británicos, estadounidenses y franceses.
 4. Los médicos y enfermeros cubanos no se inmiscuyen en la política local ni hacen proselitismo político; se relacionan, por el contrario, con todo aquel que facilite el desarrollo de las políticas de salud, respetan sus creencias, atienden a cualquiera que lo necesite o solicite —aunque la ubicación de sus puestos médicos se halle en los lugares más desprotegidos—, a contentientes locales de un bando o de otro. En pueblos pequeños o muy aislados se alían a los líderes religiosos (sacerdotes, pastores, imanes, curanderos, etc.), y ofrecen sus orientaciones epidemiológicas a la población en el local en el que estos ejercen, o en compañía de ellos. La colaboración médica tiene, además, una dimensión antropológica. Ofrece sus servicios en contextos sociales y culturales muy diferentes. Es admitida en las más diversas comunidades étnicas y religiosas: culturas precolombinas o africanas, pueblos musulmanes o europeos. En marzo de 2020 había 28 729 colaboradores en cincuenta y nueve países de África del Norte y subsahariana, Medio Oriente, Asia, América Latina y el Caribe. Entre 2015 y 2018 llegó a tener más de cincuenta mil colaboradores en sesenta y ocho países. Cuba ha enviado brigadas médicas, durante las seis décadas de Revolución,

a 164 países. No existe una guerra de civilizaciones, ni el choque es entre la civilización y la barbarie: el respeto al pueblo que se atiende garantiza el éxito de la atención.

5. En cada país, y en cada grupo étnico dentro de un mismo país, las brigadas médicas cubanas dan y reciben, enseñan y aprenden: es decir, no se trata solo de llevar el conocimiento, la sabiduría de la medicina Occidental. Los pueblos originarios no son ignorantes, tienen sus propias tradiciones curativas. Muchas están vinculadas a ritos mágicos o religiosos, algunas funcionan, otras no: el médico debe relacionarse con esas tradiciones con mucho respeto, y comprobar su eficacia posible.

Los métodos tradicionales de curación se aplican sobrepuestos a la técnica médica moderna —escribía el psiquiatra, antropólogo y filósofo martiniqueño Frantz Fanon en el acápite «Medicina y colonialismo» de su clásico *Sociología de una Revolución*—: Dos remedios valen más que uno. Debemos recordar que, con frecuencia, el colonizado que acepta la penicilina o la digitalina sigue simultáneamente el tratamiento prescrito por el curandero de su pueblo o de su barrio.⁴

Desde mi experiencia, existe un ejemplo paradigmático. Las autoridades nacionales y las ONG que trabajaban en los países de África Occidental durante la epidemia del ébola cometieron un costoso error —según nos explicara Alpha Condé, entonces presidente de Guinea Conakry—: ignorar a los líderes locales (imanes y curanderos) para la campaña de concientización, de una parte, y de la otra, prohibir tradiciones profundamente enraizadas en la vida de los habitantes de esos países, porque resultaban epidemiológicamente nocivas. Era imposible ganar una guerra en la que el pueblo se aliaba para hacer exactamente lo contrario a lo que se indicaba. Los hospitales de campaña para la atención al ébola eran vistos con sospecha y temor por la población. Fue necesario conciliar las tradiciones con las recomendaciones epidemiológicas: estas últimas tienen que adaptarse a las primeras y no al revés. La brigada cubana tuvo que revertir ese temor, propiciando visitas de los pobladores y familiares a los hospitales de campaña, e interactuando desde la zona verde con los enfermos que se encontraban en la zona roja.

4 Frantz Fanon: *Sociología de una Revolución*, Ediciones ERA, México, 1976, p. 106.

6. La colaboración médica también se ofrece a países con gobiernos muy diferentes. Se han enviado contingentes médicos de ayuda solidaria, sin retribución monetaria alguna, a países que no mantenían relaciones diplomáticas con Cuba, e incluso, a algunos cuyos gobiernos eran francamente hostiles al nuestro. Tal fue el caso, por ejemplo, de la Nicaragua del último de los Somoza, en 1972, tras un devastador terremoto, o la propia Nicaragua de 1998, después del paso del huracán Mitch, cuyo Gobierno neoliberal exigió que la brigada cubana llevase sus propios alimentos y sus casas de campaña, lo que se cumplió de manera estricta. Se le ofreció ayuda sin remuneración al Gobierno estadounidense después del huracán Katrina en 2005, a pesar de que este mantenía, y mantiene, un férreo bloqueo económico, comercial y financiero sobre nuestro país. Fue el origen del Contingente Henry Reeve, cuyo estreno se produjo simultáneamente en dos países: Guatemala y Pakistán; con este último, en ese momento, no existían relaciones. Se habla peyorativamente de que son acciones diplomáticas que benefician la «imagen» de Cuba. Yo aspiro a que todas las naciones del mundo ejerzan ese tipo de diplomacia, en la que los «embajadores» voluntarios ponen en riesgo sus vidas para salvar la de los nacionales. Sería un mundo mejor.
7. Para una sociedad que promueve y premia el espíritu solidario, el internacionalismo médico tiene una doble función: contribuye a salvar vidas, pero también forma o termina de formar la vocación solidaria de sus propios trabajadores de la salud. La experiencia ha sido extraordinariamente enriquecedora. La pandemia ha posibilitado que los ciudadanos de este planeta llamado Tierra nos reconozcamos como seres humanos, antes de que como nacionales de uno u otro país; que comprendamos que debemos, en lo adelante, andar juntos. No fueron paradójicamente los ricos los que ofrecieron ayuda a los más necesitados, sino los «pobres». No dejemos pasar este momento histórico: que la muerte, la enfermedad y el imprescindible confinamiento, que los problemas económicos que se derivarán de ellos afiancen la certeza de que es posible construir un mundo más solidario. Hagámoslo realidad. Los seres humanos dependemos de otros seres humanos. Ningún país, por fuerte que sea o parezca, puede vivir aislado.

Turín, Piamonte, viernes 26 de junio

Elena es rumana. Su historia de vida es complicada. Los recuerdos que guarda de su infancia son maravillosos; pero su abuelo fue un opositor al socialismo, al que pretendía existir en Rumanía —le habían expropiado su empresa de aceites y sus tierras—, sin embargo, ella estudió Pedagogía y Ciencias Económicas en la universidad y se casó con un estudiante de Energía y Petróleos. Tuvieron una hija. En 1989, a los veintisiete años, el país abandonó el rumbo socialista o lo que fuese que estaban «construyendo» y Elena se convirtió en la jefa del departamento económico de una gran empresa. Sus subordinados eran todos mayores que ella. Fue feliz. «Yo había estudiado mucho —dice—, y tenía un buen sueldo. Pensaba que obtendría una buena jubilación y que llevaría a mis nietos a pasear por todo el mundo, que visitaría a Papá Noel. Ese era mi sueño»; pero la crisis económica se interpuso. A los cuarenta y ocho años, en 2009, el presidente de la República recortó los salarios a la mitad, y ella sintió que le habían robado su dinero. Su esposo trabajaba en el Medio Oriente, y Elena decidió irse, primero a Israel y luego a Italia:

Mi tía me recomendó que estudiara sanidad, que así podría trabajar en algún hospital. Ya para entonces tendría cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años, y pensé: «¿Volver a empezar otra vez?», pero lo único que me interesaba era ganar dinero para retomar la responsabilidad de mi familia. Entonces comencé otra vez desde cero.

Empecé a entender cómo se hacen todos los procedimientos. Llegué a la escuela sanitaria el lunes, después de haber arribado el sábado a Padua, para mi entrevista. Y ahí comenzó la etapa más dura, porque de noche estudiaba y de día trabajaba. Así durante dos años. En esos dos años empecé a tener dolores en las articulaciones, porque en esta parte de Europa, donde está el mar Adriático, hay mucha humedad. Y pensé que tenía que mudarme a una región donde no hubiese mar. Entonces busqué empleo en Turín. He trabajado en diferentes hospitales, y me contaminé con la covid-19; no sé cómo pasó, porque había respetado todas las reglas. En Turín compartía con una amiga un apartamento grande, para que la familia y los amigos nos pudieran visitar.

Cuando fui al hospital Martini, porque me dolían los riñones, no tenía ningún síntoma de la covid-19. Al principio las pruebas dieron negativo, pero los dolores continuaban, hasta que el tercer PCR fue positivo. Empecé a respirar mal, y con la covid vino la tragedia. Tuvieron que

operarme. Finalmente me llevaron para la OGR. Yo trabajé durante un tiempo en el Coto de Lencua y protesté, me dije: «¿Por qué en la OGR?», pero al llegar he encontrado a estas personas maravillosas. Al primero que encontré fue a Miguel, y me dijo: «Yo soy un médico neumólogo cubano». «Ah, qué bien —respondí—, he hablado con una amiga que es neuróloga y le dije: «Me envían a la OGR», y ella me contestó: «Quédate tranquila porque allí ha llegado un equipo de médicos cubanos y son muy buenos, no te preocupes. Si tienes algún problema me llamas, pero tranquila». Desde que llegué, el doctor Miguel y el doctor Luis Miguel, que podría ser mi hijo, me han atendido. Ya mi PCR es negativo.

Regresó el 9 de junio a su casa, pero el 8 había fallecido su madre, y se le cayó el cielo. La conversación se extendió durante hora y media. Elena me confesó que escribe un libro sobre su vida. Después le consultó a Luis Miguel sobre algunos medicamentos y procedimientos. Nos intercambiamos las direcciones electrónicas. La vida sigue, y Elena volverá alguna vez a Rumanía para reencontrarse con su hija y su esposo.

Turín, Piamonte, miércoles 1 de julio

Siento la respiración sincopada y profunda de los maratonistas. Este es el tramo más difícil, cuando la meta está lo suficientemente cerca para ser avistada y lo suficientemente lejos para exigirnos un último esfuerzo. No podemos perder el ritmo, ni relajarnos, ni siquiera podemos pensar en la victoria. Somos maratonistas. Los espectadores empiezan a aplaudir, se anticipan, pero nada ha cambiado, nada, hasta que se pisa la meta. Es primero de julio y se inicia el conteo regresivo.

Hoy es miércoles y la semana que viene el hospital, nuestro hospital en Turín, cierra al menos por unos meses. Se prepara la despedida, pero nosotros todavía corremos. Hemos venido por una emergencia y nos retiramos cuando cesa. Que la emergencia se suprima es una victoria.

Pero aún hay alrededor de veinte pacientes en el hospital, algunos muy antiguos y queridos, como Martina y María, las dos amigas. Un PCR acaba de darle negativo a María, pero Martina aún es positiva. Martina y yo nos escribimos por Facebook. Me ha enviado fotos de

los pacientes «amotinados» diciéndonos adiós, y un pequeño video donde todos claman al unísono: «¡OGR!» [...] Si ella no se cura, la victoria no es completa. Siempre habrá maratonistas, la carrera nunca termina, somos nosotros los que terminamos, ahora, aquí, para seguir mañana allá, o en cualquier otro lugar. La meta es provisoria, personal, entregamos el batón a otros corredores. Pero dejamos atrás afectos, bellas experiencias, satisfacciones incomparables.

Este edificio, alguna vez, volverá a ser un centro cultural recreativo. En la enorme zona roja, despojada de cubículos y camas, se reunirá una muchachada dispuesta a bailar hasta la madrugada. En el escenario, una banda de rock estremecerá las paredes de la OGR y las luces de colores recorrerán los rincones donde antes lucharon por la vida enfermos y médicos. Serán mejores tiempos. Pero en algún otro lugar del planeta, los médicos y enfermeros de la brigada Henry Reeve iniciarán o terminarán otra carrera. Los que salvan vidas son maratonistas. No hay descanso para ellos. Empiezan a escucharse los aplausos, pero aún corremos. Nunca dejaremos de correr.

Turín, Piamonte, martes 7 de julio

1

«Un día estaba yo en una casa de descanso y ella pasó en una bicicleta, la vi, y fue amor a primera vista». La narración tiene visos cinematográficos, podría ser una escena de una película del neorealismo italiano. Pero transcurre en Santa Clara. Es el punto cero de una historia de amor entre el doctor santiaguero Mauro González Hernández, especialista en Medicina General Integral y en Endocrinología, y la ingeniera industrial Yirenia Quintero López. «Todos me dijeron: “No médico, ahí no”, “¿Por qué no?”, bajé y la intercepté, me puse delante de la bicicleta y me presenté» —cuenta el todavía joven enamorado.

«Después de muchos días comenzamos una relación, ya llevamos ocho años de casados y tenemos una niña preciosa de tres. Es una relación sólida». Hoy Mauro cumple treinta y dos años. Ella tiene veintisiete, cumple en noviembre, como la niña. A pesar de su juventud, mi entrevistado es uno de los especialistas más reclamados por

los pacientes del hospital covid-OGR de Turín, a donde llegó como integrante de la brigada Henry Reeve, en su primera misión internacionalista.

Durante la adolescencia no pensó que su camino sería la Medicina. Era buen estudiante, participaba en concursos de Matemática, de Física y de Química. Le gustaban las ciencias.

En el pre mis padres insistían en que estudiara Medicina, pero yo, entonces, no me veía médico. En 12 grado me inclinaba por algo que tuviese que ver con la técnica, algo en lo que pudiera aplicar la ciencia. Mis padres siempre respetaron mi opinión, pero sin duda influyeron en la decisión final. Y es curioso, porque muchos de mis profesores del pre también me veían como médico, hasta los de Matemática y de Física, y yo me decía: «No puede ser que todos estén equivocados». Pero creo que lo que veían en mí era el hecho de que me gusta ayudar a la gente. Y creo que la primera virtud de un médico es esa: si no eres altruista, solidario, dejas de ser médico. «Dejarás de tener tu vida, para vivir la vida de los demás», dice uno de los preceptos de Esculapio. Finalmente pedí y obtuve Medicina. Pasamos los primeros cuarenta y cinco días de la carrera en un policlínico, allí recibimos una «introducción» de lo que sería la profesión, y fue impactante para mí, quedé profundamente enamorado de la Medicina.

Ya usted lo sabe: Mauro se enamora así, de golpe y para siempre. Sus dos amores lo corroboran: Yirenia y la Medicina.

2

Tiene cinco misiones y cinco hijos. Pero no, amigo lector, no enlace esos números, no guardan relación alguna. Norberto Pena Peña, licenciado en Enfermería, de Puerto Padre, Las Tunas, cumplió ayer en Turín cincuenta y siete años. Su esposa, Mayelín Miguel Ávila, es también licenciada en Enfermería y trabaja con él en los servicios de hemodiálisis del Hospital Docente de Puerto Padre. Es la madre de la menor, de siete años. Son cinco hijos y cuatro nietos. La mayor tiene treinta y siete.

Su primera misión fue a los diecinueve años, durante el servicio militar, pero ya era enfermero. Como tal vivió la guerra de Angola, de 1985 a 1987. Entonces, no trataba solo con virus o enfermedades extrañas, también con balas, metrallas y esquirlas de granada. Estuvo

en la provincia de Malanche y luego en el sur, en la provincia de Lubango. Entre 2008 y 2010 cumplió misión en Zimbabwe, en la parte sur del país, y en 2014 estuvo seis meses en Sierra Leona, enfrentado el ébola y su estela de dolor y muerte. Lo ubicaron en el hospital de Port Loko, que administraba una ONG estadounidense. «Nos llevábamos bien —rememora—, hacíamos nuestras entregas de guardia, pero los que entrábamos a la zona roja éramos nosotros, ellos hacían el trabajo administrativo y llevaban las estadísticas. Un día nos dijeron: “Los cubanos o son locos o son guapos”». Después de haber colaborado en tres países africanos, en 2019 viajó a Bolivia, y permaneció allí hasta que se produjo el golpe de Estado, nueve meses después. Lo ubicaron en Santa Cruz de la Sierra, un poblado mayoritariamente opositor a Evo Morales. Y brindó servicios por igual a opositores y a partidarios del Gobierno revolucionario. «Entre los seleccionados para integrar las brigadas que han enfrentado la pandemia de la covid-19 en diferentes países, estuvimos los que ya teníamos la experiencia del ébola. Ya está cerca el regreso a casa. Ha sido una gran experiencia».

3

Hoy evacuaron a Martina y a María. Habían conquistado el cariño de médicos, enfermeros y de este escritor. Todos las extrañaremos. Primero salió María, y unos minutos más tarde, en otra ambulancia, Martina. Ambas se despidieron llorando. Un día, sorprendido, supe que Martina leía las crónicas diarias que escribía y publicaba en mi perfil de Facebook. Las traducía el «amigo» Google. Eso, desde luego, destruía mis esfuerzos de estilo, pero al menos se enteraba de las actividades y reflexiones cotidianas de la brigada. Después descubrí que ella, a su vez, escribía unas bellas crónicas en su perfil, que me traducían igualmente Google. Y a ratos nos escribíamos, siguiendo el mismo procedimiento. Estuvo ingresada casi los tres meses que estuvimos en Turín, hasta el cierre del hospital, y aunque no presentaba síntomas, todos los PCR que se hacía daban positivos. Cuando al final tuvo que ser trasladada, todavía positiva por covid-19, un numeroso grupo de médicos y enfermeros cubanos e italianos la despedimos, a distancia, en su breve paso desde la puerta de entrada-salida de enfermos, hasta la ambulancia que la esperaba. Le grité

mi nombre, porque solo me había visto con el traje protector puesto y, desde luego, no podía identificar mi rostro. Entonces sucedió algo inesperado: saltó hacia mí, con los brazos abiertos, dispuesta a darme un abrazo. Yo retrocedí unos pasos, y los que miraban la escena le gritaron que no hiciera eso, que aún era portadora del virus. De repente comprendió lo inapropiado del gesto y frenó en seco. Todos reímos, ella también; pero creo que estaba tan avergonzada como yo. Sé que leerá estas líneas, y quiero decirle que también yo hubiera querido abrazarla. Hay abrazos que no son físicos. Nosotros, todos, nos llevamos el suyo.

La Habana, lunes 20 de julio

No somos una ONG, somos un país. No somos un grupo de locos, somos un país de «locos». Cuando el avión aterrizó en La Habana y detuvo sus motores, sabíamos que el pueblo nos esperaba. El pueblo no es una palabra abstracta, es nuestra familia, son nuestros vecinos, nuestros compañeros de trabajo, son su gente sencilla y trabajadora. Estábamos nerviosos, contentos, expectantes. Los muchachos se arreglaron la bata blanca, símbolo de la solidaridad, y se anudaron con torpeza la corbata, como novios ante la cita definitiva. La puerta se abrió. Los restantes pasajeros, cubanos varados en Italia durante meses, aplaudieron.

Solo una señora, incapaz de comprender, se atrevió a decir: «Pidan que les suban el salario». Creo que escuchó la respuesta en nuestra mirada. Minutos más tarde ya pisábamos la tierra sagrada de nuestros amores.

No somos extraterrestres, somos los hijos de esta tierra, de su historia, de sus valores. No somos héroes —nos llena de orgullo, sí, pero nos asusta la palabra—, porque el heroísmo entraña cierta exclusividad; somos los hijos de un pueblo heroico. Por eso, aunque en otras latitudes parezca extraño o exagerado, nuestro presidente nos dio la bienvenida. Y las esposas, madres e hijos de estos médicos y enfermeros, en un video previamente elaborado, enarbolaron una frase enigmática para el sistema que todo lo compra y vende: «Estamos orgullosos de ustedes». Durante el recorrido hasta el lugar donde pasaremos la cuarentena, pensé en aquella fotografía italiana

que deseaba acompañarnos para captar con su lente y, quizás, quién sabe, para entender ella misma cómo era posible, dónde estaba el secreto, la magia de aquel recibimiento, en pleno siglo XXI, a unos simples mortales que no acababan de ganar un campeonato de fútbol, ni habían pisado la luna. Ellos solo habían arriesgado sus vidas, para salvar las de otros. La respuesta, espontánea, la vi en la calle. Por tramos no aparecía gente, incluso vi pasar a uno o dos indiferentes, que no se sintieron motivados a saludar. Pero en los barrios humildes por donde la pequeña caravana se adentró, la gente se apresuraba a salir, a vitorear a los recién llegados; desde las ventanas de sus casas, o reunidos con premura en los portales, familias enteras, desde el integrante más pequeño hasta el más anciano aplaudían con frenesí. En zonas muy pobladas decenas de vecinos esperaban para vernos pasar. ¿Cómo podría olvidar esas escenas, esos rostros?, ¿cómo ignorar el compromiso que implicaban? No sabía, lo confieso, si tomar la cámara y actuar como reportero, desde la privilegiada posición del pasajero supuestamente ajeno a los hechos, o dejar que las emociones colmaran mis ojos, mis sentidos, cada vez que un anciano o un joven, después de aplaudir, se tocaba repetidamente el pecho con su mano, ofreciéndonos el corazón.

Me pregunto si aquella fotógrafa, excelente profesional, hubiese sido capaz de hacer sus fotos sin derramar una lágrima. ¡Qué grande es mi pueblo! Cuánta furia siente el imperio al no poder comprar esos aplausos. Queremos una vida decorosa, próspera, en correspondencia con nuestro trabajo y nuestra entrega, en cualquiera de las profesiones. Por eso, y porque es lesivo a nuestra dignidad, condenamos el bloqueo. Pero esos aplausos infunden miedo a los egoístas, porque hablan de otro mundo posible, que se avizora como real. Los médicos y enfermeros cubanos representan hoy la vanguardia del mundo que emerge.

No podemos respirar⁵ (2020)

Hace algunos años se decía que lo que no se transmitía por la CNN, no había sucedido. Existo porque me ven, porque estoy en las imágenes de la televisión. La CNN, por supuesto, decidía lo que debía

5 Enrique Ubieta: *Diario de Turín*, Casa Editora Abril, La Habana, 2021.

o no debía existir. Las nuevas tecnologías, de repente, empezaron a mostrar los sucesos que la CNN —la mención de ese canal es solo simbólica—, oculta, es decir, empezaron a darle vida. George Floyd, un afroamericano de cuarenta y seis años, fue asesinado durante un arresto policial. El hecho, escandaloso, no proviene de la CNN, ni de otra gran trasnacional de la comunicación, sino de los teléfonos celulares de unos testigos de ocasión. Cuando las imágenes tomadas fueron colocadas en las redes sociales, la muerte cobró vida, y las trasnacionales de la comunicación tuvieron que transmitirlo.

A Floyd se le acusaba de haber comprado unos cigarrillos con un billete falso de veinte dólares. Se desconocen las interioridades del hecho. Ya no importan. El hombre está muerto. No había asaltado un banco ni una tienda de víveres. No era un ladrón de cuello blanco. No tenía el rostro blanco. Era negro como la noche. Es decir, sospechoso. El policía, ecuaníme, colocó su rodilla durante casi nueve minutos sobre el cuello del acusado que yacía esposado en el piso. Pero bastaron los seis primeros. Durante unos minutos se le oyó decir al detenido: «no puedo respirar». Algunos transeúntes apelaron al policía para que retirara la rodilla. Pero el agente, blanco como el día, se mantuvo imperturbable.

No debiera importar el color de los protagonistas. José Martí había escrito en 1891:

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color.⁶

Pero no era la primera vez que ocurría un hecho similar. «No puedo respirar» fueron también las últimas palabras de Eric Garner, otro afroamericano que fue estrangulado en 2014 por un policía durante su detención. El abuso policial ha cobrado muchas vidas de afroamericanos: Trayvon Martin, Michael Brown, Eric Garner, Tamir Rice, Eric Harris, Walter Scott, Jonathan Ferrell, Sandra Bland, Samuel DuBose, Freddie Gray y George Floyd, entre otros. Un

6 José Martí: «Nuestra América, 10 de enero de 1891», *Obras completas*, t. 6, p. 22, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.

poteroso movimiento social ha adoptado el nombre de *Black Lives Matter* (Las vidas negras importan).

En los años sesenta no se filmaban las detenciones. Hoy sí. Han sido cámaras no profesionales o de seguridad, las que captan y difunden las imágenes. No estamos vivos, ni siquiera muertos, si no aparecemos en las imágenes. En el mundo hay fantasmas que nacen, malamente viven y mueren sin ser registrados, ya no por una cámara, sino por un simple notario. Pero no basta con que los afroamericanos, y los latinos, y los pobres tengamos que aportar la mayoría de los enfermos y los muertos en esta pandemia mortífera; no basta con el hambre, y las enfermedades crónicas y las curables; no basta con que las cárceles encierran a un número desproporcionado de afroamericanos, con respecto al por ciento que representan en la sociedad: también se nos impone la muerte repentina, insólita, un día cualquiera, si un agente cree que debe y puede colocar su rodilla y el peso de su cuerpo sobre el cuello de un afroamericano que yace esposado en el piso.

Es curioso, pero el sistema comprendió de manera inmediata la gravedad, para sí, del hecho, su peligrosidad potencial. Y se sucedieron declaraciones «políticamente correctas» de políticos para nada correctos, que condenaron con energía el hecho. Hasta las autoridades policíacas se desmarcaron rápidamente. Los responsables fueron detenidos y encausados con relativa rapidez. El único que no entendió el peligro o lo entendió en función de un electorado blanco ignorante, al que sabe manejar atizando, precisamente, los peligros, fue desde luego Donald Trump.

Barack Obama había presumido en La Habana del significado de su elección como presidente, obviando, desde luego, las más profundas enseñanzas de las décadas de los sesenta y de los setenta. Porque no son los seres humanos concretos los que reproducen el racismo y las desigualdades sociales —aunque encarne y deba combatirse también en ellos—, es el sistema. La admiración de Malcolm X por la Revolución Cubana y la rápida radicalización de su pensamiento tenían de trasfondo un contexto internacional de luchas populares. La guerra de Vietnam marcaría un antes y un después, y contribuiría a la concientización del pueblo de los Estados Unidos: ¿quién no recuerda las imágenes de los últimos estadounidenses que abordaban, precisamente a fines de un mes de abril de 1975, el helicóptero que los evacuaría desde la azotea de su Embajada en Saigón?

De ser líder de los negros, el afroamericano se transformaría en líder de los oprimidos, en un luchador anticapitalista. Ese cambio radical le costaría la vida. Su concepto de «revolución negra» adquiriría un sentido clasista: «Ahora la revolución negra se ha estado desarrollando en África, y Asia y América Latina; cuando digo “revolución negra” —son sus palabras de 1964—, me refiero a todos los que no son blancos: los negros, los morenos, los rojos o los amarillos»,⁷ es decir, a los explotados del sur (que incluye a los del Norte). No se trata del color de la piel. Y en 1965 era todavía más claro: «Es incorrecto clasificar la revuelta del negro como un simple conflicto racial de los negros contra los blancos o como un problema puramente estadounidense. Más bien, lo que contemplamos es una rebelión global de los oprimidos contra los opresores, de los explotados contra los explotadores».⁸

La ira de millones de ciudadanos, de ascendencia europea, o afro, o asiática, u originaria, fue saldada en las calles de más de treinta ciudades estadounidenses. Tomo las estadísticas que ofrece Jesús Arboleya:

Según ACLED, una organización no gubernamental que monitorea los conflictos en todo el mundo, desde mayo, se han producido 10 600 demostraciones populares en Estados Unidos, el 73 % asociadas al movimiento Black Lives Matter (BLM), aunque con una significativa participación de otros grupos sociales estadounidenses, en especial jóvenes blancos. El 95 % de estas manifestaciones tuvieron un carácter pacífico, pero el 54 % fue reprimida por la policía. También se produjeron 360 manifestaciones en contra, entre ellas unas cien por parte de grupos supremacistas blancos, incluyendo a milicias armadas y el KKK, que generaron los mayores niveles de violencia.⁹

Todo derecho humano violado o desconocido es (o debe ser) una bandera de la izquierda. Toda lucha por la justicia, la de un pequeño

7 Malcolm X: «La revolución negra, 8 de abril de 1964», *Habla Malcolm X. Discursos, entrevistas y declaraciones*, Pathfinder, New York, 1993, p. 67.

8 EFE: «La muerte de George Floyd despierta los traumas de EE. UU. y desata una nueva noche de protestas por toda la nación», *Público*, 31 de mayo de 2020, <https://www.publico.es/internacional/muerte-george-floyd-despierta-traumas-eeuu-y-desata-protestas-nacion.html>

9 Jesús Arboleya: «La “sorpresa” de Donald Trump», *Progreso semanal*, 9 de septiembre de 2020, se reprodujo en *Cubadebate*, 17 de septiembre de 2020, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2020/09/17/la-sorpresa-de-donald-trump/>

sector o la de grandes mayorías, es parte de la lucha de la izquierda. Pero la atomización de cada reclamo, su desgajamiento del sistema-mundo que lo sustenta, nos divide y nos aleja de soluciones efectivas.

La Brigada cubana en Turín está compuesta de cubanos diversos, provenientes de pueblos y ciudades de toda la geografía nacional, incluso de sus más alejados rincones: hay médicos y enfermeros de Baracoa, Puerto Padre, Manatí o Báguano, en el Oriente, y de Guanés, Minas de Matahambre o La Palma, en el Occidente de Cuba, todos pueblos pequeños, distantes. Es una brigada del color de Cuba: en ella hay negros, mulatos, blancos, seleccionados por sus competencias y trayectorias. El jefe de la Brigada es negro. Pero en realidad, todos sus miembros somos mestizos. En esta Brigada, específicamente, no hay mujeres (han partido brigadas, por el contrario, en las que no hay hombres). Pero de los 3782 colaboradores que hasta el 5 de septiembre habían viajado a socorrer a otros pueblos en esta pandemia, el 61 % son mujeres, que es el por ciento aproximado que ocupa la población femenina de Cuba entre todos los profesionales del país.

Estamos viviendo la peor crisis sanitaria, social y económica del siglo en el planeta. La enfermedad social que permanecía latente, de trasfondo, se manifiesta con toda su fuerza. Dos virus recorren la geografía estadounidense, y se alimentan uno del otro: el de la desigualdad, el de la injusticia, y el llamado SARS-CoV-2. La reacción del cuerpo (social o biológico) ante la enfermedad, puede ser la ira o la fiebre. Las consecuencias de la enfermedad social son altamente contagiosas. Y se difunden rápidamente por todo el mundo.

La memoria de George Floyd es deshonrada por alborotadores, saqueadores y anarquistas —dijo Donald Trump, para criminalizar a los manifestantes—. La violencia y el vandalismo son liderados por la Antifa (movimiento antifascista) y otros grupos radicales de izquierda que aterrorizan a gente inocente, destruyendo empleos, dañando negocios y quemando edificios.¹⁰

El sistema intenta hacer un adecuado «control de daños». Alcaldes, gobernadores y autoridades diversas acompañan a los manifestantes.

10 Donald Trump: *Infobae*, 30 de mayo de 2020, <https://www.infobae.com/america/eeu-u/2020/05/30/-donald-trump-la-memoria-de-floyd-fue-deshonrada-por-los-revol-tosos-los-saqueadores-y-los-anarquistas/>

Así, todos caben, y la rebeldía juvenil no se concentra en el racismo, sino en los racistas, no en el sistema, sino en los policías que se han extralimitado. Trump ha llegado a decir que las protestas son conducidas desde Cuba o Venezuela. Pero su manera de actuar es típica. Es lo que Donald Trump trata de hacer: poner su rodilla sobre el cuello de los pueblos que se rebelan ante el imperialismo. Es la esencia del bloqueo económico, comercial y financiero a Cuba. «No puedo respirar», es una frase peligrosa para el sistema si la sienten y repiten millones de personas.

El día después¹¹ (2020)

En el borde exterior de la crisis —cuya expresión más visible es sanitaria, pero que es antecedida y se ramifica en otras: económica, social, ecológica, política— hay dos caminos, uno nos puede conducir a la extinción. Algunos de mis entrevistados, médicos, políticos, son pesimistas: todos hablan de cambios, los médicos, naturalmente, de procedimientos y conceptos médicos y algunos políticos los adecuan a sus intereses. Un vocero oficioso del imperialismo para América Latina, Andrés Oppenheimer, sugiere que la clave está en la psicología (los conflictos en el mundo no son sociales, sino psicológicos, sugiere): sueña con que el virus una a «sociedades profundamente divididas», y sobrevenga la paz en ellas, una paz que mantenga esas divisiones, y garantice la convivencia armónica de explotados y explotadores.¹² Es tan evidente la necesidad de un cambio, que una constelación de estrellas de Hollywood —la imagen social de algunas de ellas contradice la posibilidad de que hayan entendido en realidad el cambio que se necesita—, ha firmado una proclama que llama nada menos que a transformar el orden económico y social del mundo. Pero hay películas hollywoodenses de «acción» que ponen en boca de grupos terroristas que han robado una sustancia, un código, o un arma, capaz de provocar la muerte de decenas o de cientos de miles de ciudadanos inocentes, una frase equívoca: «vamos a cambiar el orden mundial».

11 Enrique Ubieta: *Diario de Turín*, ed. cit.

12 Andrés Oppenheimer: «¿Un mundo mejor después de la pandemia del covid-19?», *El Nuevo Herald*, 06 de abril de 2020, <https://www.elnuevoherald.com/opinion-es/opinion-col-blogs/andres-oppenheimer-es/article241-754686.html>

Finalmente, un grupo de economistas de clara filiación neoliberal, le presenta a Cuba la solución inversa: la extinción del socialismo (un capitalismo «bueno».¹³ Mi admirado Atilio Boron insiste en que no son los virus (ni los autoproclamados *think tanks*, en inglés, como les gusta llamarse, añadido yo), sino los pueblos, los que cambian la historia, pero advierte: «un espectro ronda no solo por Europa, sino por todo el mundo: el espectro del postcapitalismo».¹⁴

También para las ciencias sociales hay un mercado: a la derecha, y a la izquierda. Hay firmas que son marcas registradas. Si un autor entra al ruedo del pensamiento social y no las cita, a favor o en contra, queda descalificado. El paradigma del científico social revolucionario (suele decirse cientista, quizás porque el científico para los lectores es el matemático, el biólogo o el químico), a partir de Marx, ha variado: el conocimiento es praxis, se valida en la justicia, hace a veces la función de un bisturí, pero otras se convierten en «la bala» que perfora y liquida al explotador. ¡No se trata solo de explicar el mundo, hay que transformarlo! El saber en este caso es liberador, pero el proceso no es indoloro. La conclusión no suele adornarse, la verdad se entrega en consignas de combate.

Sin embargo, en un mundo tan performático, en la época de la postverdad, de las *fake news* (noticias falsas), la espectacularidad —indolora y entretenida—, parece ser la única que activa los sentidos embotados. Los políticos se transforman en *show man*. Para vender hay que participar de la feria. En los primeros días de la pandemia decenas de firmas reconocidas de izquierda, de las llamadas imprescindibles, lanzaron sus conclusiones. Mientras más espectaculares, mejor: «no existe epidemia alguna, es solo una nueva estrategia de dominación», «el capitalismo ha llegado a su final, reinventemos el comunismo», «nos acecha la sociedad orweliana, basada en el control digital». Algunas frases contienen importantes dosis de verdad (de verdad potencial, no realizable sin la actividad consciente de los seres humanos), pero la presentación desborda sus márgenes.

13 Autores varios: «La covid-19 en Cuba y sus consecuencias en la etapa de postpandemia: visión y propuestas», Instituto de Política Internacional, Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, en <https://ipi-ufv.com/covid-19-cuba-vision-propuestas/>

14 Atilio Boron: «La pandemia y el fin de la era neoliberal», 29 de marzo de 2020, <http://atilioboron.com.ar/la-pandemia-y-el-fin-de-la-era-neoliberal/>

El paradigma marxista no ha perdido vigencia —aunque los acontecimientos se adelantan, y casi arrastran al teórico entretenido— pero el saber y su portador adoptan a veces los modos suaves, performáticos, del vendedor de feria. Recuerdo al teórico marxista esloveno Slavoj Žižek en un debate transmitido en vivo por la televisión transnacional desde el Sony Centre for the Performing Arts de Toronto, con un público de coliseo romano, entusiasta, ansioso de escuchar giros retóricos inusitados, respuestas ingeniosas, dispuesto a aplaudir con frenesí cada golpe verbal, cuyo tema o título de convocatoria era «Felicidad: capitalismo vs. marxismo». Su «opponente», Peterson, era un famoso escritor de libros de autoayuda, superficial, misógino y darwinista social, pero muy mediático.

El escritor cubano Víctor Fowler reseña el encuentro en *La Jiribilla*, y describe así un momento del debate:

[...] entre confundido e irritado por la conducta del público, que aplaudió y celebró los argumentos con los que Žižek terminó su exposición para hacer lo mismo minutos después cuando Peterson concluyó, el filósofo esloveno recordó al público que no se trataba de una competencia, sino del serio intercambio de ideas a propósito de temas igualmente serios.¹⁵

Imagino que el público quedó desconcertado: en los espectáculos habituales que adoptan ese formato, la profundidad y la frivolidad, la seriedad y la diversión, son lo mismo. Se me dirá con razón: alcanzó más oídos receptivos. No son los oídos receptivos a los que aspiraba el Che Guevara en el momento de su sacrificio. Pero son otros los tiempos. Aun así, no sé si son los oídos receptivos que necesita la Revolución.

Uno de los grandes escollos que ha frenado o ralentizado la solución de los conflictos esenciales que enfrenta la humanidad ha sido la aceptación, casi diría que inconsciente, a nivel emocional, de que no es posible o necesario derrotar el capitalismo. Ello conduce a la búsqueda de soluciones reformistas esencialmente enlazadas a una visión pragmática de la realidad.

De ahí que resurja el mito de la socialdemocracia como solución, incluso en partidos, movimientos y personas de procedencia revo-

15 Víctor Fowler: «La versión Žižek», *La Jiribilla*, 869, 20 de marzo-16 de abril, <http://www.lajiribilla.cu/-articulo/la-version-zizek/>

lucionaria. En el esfuerzo por hacerla reverdecer, el lenguaje moderado y los pasos cortos salpicados de gestos y demandas radicales, se tornan confusos: a veces, parece una táctica para llevarnos más lejos (algunos de sus ideólogos anuncian, incluso, el advenimiento de una era poscapitalista); a veces, sin embargo, parece una táctica para apaciguarnos y dejarnos en el mismo lugar.

La «actualización» de la socialdemocracia —que elude, por cierto, la utilización del término—, puede ser representada por una mujer / hombre con la camisa o blusa remangadas, metidos los brazos hasta el codo en el fango capitalista, y una frase: «¡ya verás cómo te reformo!». De alguna manera, es un grupo que lucha por ocupar la locomotora de un tren que avanza impetuosamente hacia el despeñadero. Los pasajeros, ya sean de primera o de tercera clase, en ausencia de otro posible conductor o ante el inminente peligro de que asuma el mando un suicida, se sienten esperanzados (lo peor: pronto se sentirán defraudados).

La paradójica radicalización de la derecha —intransigente en la defensa de sus ganancias y privilegios—, necesita clasificar el «renacimiento» de la socialdemocracia o del socialismo reformista, como una expresión de extrema izquierda. No solo porque esa «clasificación» asusta a los pequeños y medianos propietarios y permite su manipulación, también porque, en un contexto de crisis general del sistema, realmente la percibe así. No admite, parafraseando a la inversa al Che, «ni un tantico así» de pérdida de poder.

Si la socialdemocracia europea anterior a la década de los ochenta del siglo pasado fue funcional al sistema, hoy no lo es. Todo lo que obstaculice, perturbe, reordene, el curso de sus ilimitadas ganancias, es antisistema; los latinoamericanos, para quienes esa opción nunca fue admitida, lo sabemos. ¿Apoyamos el asalto a la locomotora (ya que nadie intenta conquistar el cielo) de los nuevos pretendidos conductores del tren, cuando restan pocos kilómetros para el abismo? En una pelea que tiende a radicalizarse, ¿estarán sus militantes honestos, que los hay y son muchos, en capacidad de evolucionar hacia posiciones revolucionarias y dispuestos a detener y cambiar la ruta del tren?

Desde luego, el impacto social de la «nueva» socialdemocracia depende también de su contexto. Es, por ejemplo, la solución preferida que el imperialismo intenta exportar a Cuba, mediante un extraño

batido de ideas de diversa y a veces opuestas procedencias. Entre otras, la aceptación de las normas de la «democracia burguesa», como plataforma legal insustituible de la democracia, precisamente cuando la burguesía se desentiende de ella. Es un inusitado regreso en círculo: el sistema se hace cada vez más antidemocrático según sus propias normas, y los que lo combaten las enarbolan, reclaman su real cumplimiento, en lugar de apostar por una democracia de nuevo tipo.

En ese comportamiento esquizo influye, naturalmente, la sensación de que el socialismo revolucionario del siglo xx fracasó, y de que no existe una concepción teórica y, sobre todo, práctica, que lo restaure. Todos, desde la ultraderecha hasta las más disímiles versiones de la izquierda, debaten sobre el mundo pospandémico. Perdón: la derecha no debate, actúa. Prepara un mundo con menos derechos y libertades, con más control social. Es de esperar una rápida radicalización de las opciones: fascismo vs. socialismo. Si es así, ¿será necesaria la construcción de un nuevo Frente Amplio, como el de los años 40 del siglo xx?

Ignacio Ramonet expone la angustia de los sociólogos y los politólogos anclados en el pasado de hace apenas unos meses: «Nadie sabe interpretar y clarificar este extraño momento de tanta opacidad, cuando nuestras sociedades siguen temblando sobre sus bases como sacudidas por un cataclismo cósmico. Y no existen señales que nos ayuden a orientarnos... Un mundo se derrumba. Cuando todo termine la vida ya no será igual».¹⁶ Porque el cambio que necesita el mundo «del día después», no es cosmético: para acabar con la depredación del medio ambiente —que nos trae estos virus «nuevos»—, con la violencia clasista, de género, racial y cultural —formas autónomas de violencia, pero interdependientes—, para refundar la democracia sobre bases diferentes a las ya inoperantes de la burguesía, y acceder a la justicia social, premisa de la verdadera libertad individual, para que la nave llamada mundo no naufrague, con sus actuales comunistas y neoliberales, todos pasajeros del mismo barco, es necesario un cambio de paradigmas, de modos de vida, de concepciones sobre el éxito y la felicidad.

16 Ignacio Ramonet, Abel Prieto y Atilio Boron: *Ante lo desconocido... La pandemia y el sistema-mundo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2020, p. 5.

La mística revolucionaria¹

(24 de septiembre de 2021)

Yo también lo he pensado y lo he dicho: no podemos ser aburridos, la verdad no puede carecer de *glamour* (tan impregnados de sus efectos estamos). Pero, ¿por qué las revoluciones y los revolucionarios atraen a la juventud? El capitalismo encandila —el exceso de iluminación evita el escrutinio—, apela a las luces de neón y a los fuegos de artificio, ofrece castillos, princesas, alfombras rojas, la gloria posible en un juego de azar o en un amor imposible, según el manual no escrito de cualquier película hollywoodense.

No hay que subestimar su capacidad de seducción: en un mundo tan enredado, se siente bien flotar bocarriba en las aguas mansas de una playa. Todos no alcanzarán la gloria, pero quizás tú sí. Dicen que el socialismo, en cambio, es un largo y tedioso discurso en una ciudad semi iluminada, y las luces —que no se encienden porque el bloqueo, que se presenta como un ser vivo, autónomo, irracional, lo impide de manera alevosa—, vienen o no con uno.

Y, sin embargo, hay jóvenes valientes para los que hacer la Revolución es como hacer el amor, para los que el rostro de la amada puede transmutarse en el de la patria, o viceversa. Hay una mística revolucionaria que no nos viste, ni nos arrulla de comodidades, ni promete sofisticados objetos de consumo y sin embargo, convoca y enamora, y hay miles de jóvenes que entre canciones y poemas, besos y risas,

1 Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

construyen, se juegan la vida. Nunca el cuerpo es más carnal, y a la vez, más espiritual. Hacer el amor, es hacer la revolución (y viceversa). Las revoluciones tienen algo que el dulce encanto de la burguesía no consigue: un sentido trascendente de la vida que llena de luz el efímero instante en que dos cuerpos se unen.

Lo que necesitamos conservar, entonces, no es el glamur del mercado, es la mística de la Revolución. Para un autor como José Manuel Prieto, la caída del socialismo este-europeo se debió a su desprecio por «lo nimio, lo aparentemente falto de importancia: la moda, los hits musicales, los chokolatines suizos, las fragancias de marca».² No es cierto. Se debió (entre otras causas) a la extinción paulatina de la mística revolucionaria o en algún caso a su inexistencia de origen, que dio paso entonces a «lo nimio» mercantil (la moda, los jits, las marcas) que desvirtuaba el intento socialista de humanizar el consumo, que no es ajeno, como ideal, a la belleza y al confort.

El capitalismo lo sabe e intenta apropiarse de la mística revolucionaria, usurpar sus conceptos y símbolos. Como no puede resignificarlos, los rellenan de paja; vende un producto trucado, una «posverdad». Utiliza la palabra «revolución» para reconquistar el poder, pero evade su contenido inevitablemente antimperialista e intenta encandilarnos (es lo que sabe hacer) con palabras de atrezo: «revolución de colores», dice. Una «revolución» conducida por la ultraderecha, ¿puede ser tratada como tal?

¿Qué sucede cuando la mística revolucionaria es sustituida por el glamur?, ¿cuándo se propone una alegre, casi ingenua sentada frente al Ministerio de Cultura de la Revolución —todo un símbolo—, y los jóvenes se toman de la mano y cantan, y alguien llena de regocijo sus corazones al afirmar: «ustedes están haciendo historia», cuando en realidad la hacen otros?, ¿cuándo se combinan los tenis Converse, el vestuario ligeramente informal pero de marca con el puño en alto y las falsas huelgas de hambre (otra vez la posverdad), y se sustituye el grito de *yanquis go home* por el de *Trump is my president*? ¿Cuándo se construyen movimientos «a imagen y semejanza» de los que combaten el sistema, para defender el sistema?, ¿cuándo se organiza una rebeldía recompensada como forma de enfrentar la más alta

2 José M. Prieto: «Nunca antes habías visto el rojo», *Cuba y el día después*, Mondadori, Barcelona, 2001.

expresión de la rebeldía, que es la Revolución? Cuando las palabras se trasmutan en su antítesis para sojuzgar a los pueblos, estamos en presencia de métodos fascistas.

El atractivo de una Revolución está en su mística. Es el punto trascendente en el que confluyen la verdad, la justicia y la belleza. No es (solo) un problema de formas. No se reduce al uso de nuevas tecnologías, de materiales audiovisuales; no se trata de cambiar las palabras, de emplear un supuesto léxico juvenil. No emana de discursos mejor o peor elaborados, sino de actos, de acciones, de sueños asumidos. Cada nueva generación descubre, descubrirá deslumbrada, las «viejas» palabras y los «viejos» actos de Martí, de Marx, de Mella, del Che Guevara, de Fidel.

Cuba no es una isla, es una llave³ (agosto-diciembre de 2021)

I

El sistema capitalista (hoy imperialista) asume que es como la naturaleza, y que sus acciones y reacciones son ajenas a la voluntad humana: cualquier acto de rebeldía tiene consecuencias, de la misma manera en que el sol intenso de la mañana en los países tropicales provoca lluvia en las tardes. La prensa trasnacional y sus analistas orgánicos lo advierten: si un izquierdista gana las elecciones, cae la bolsa de valores; si aplica políticas que benefician a las mayorías empobrecidas, el capital emigra y los inversionistas se alejan. Tras las inversiones y los capitales no hay seres humanos. Si la ley «natural» es la de máxima ganancia, nadie podrá evitar ese desenlace. El bloqueo económico, comercial y financiero a Cuba es, según este esquema de pensamiento, una reacción «natural» ante el desafío de

3 Este ensayo integra las principales ideas expuestas en dos textos independientes: «Compromisos», publicado en formato digital por la revista *Alma Mater* (30 de agosto de 2021) y el que con el mismo título del presente texto apareció en la revista griega *Con lente gran angular*, n.º 3, diciembre de 2021, del Instituto Nicos Poulantzas, tomado de Enrique Ubieta Gómez (pról. Néstor Kohan): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, ed. cit.

una isla pequeña que rompe el orden de ganancias establecido por el más fuerte. Como me objetó alguna vez un colega gringo en una universidad mexicana: no se trata de si es o no es ético, los Estados Unidos son más fuertes y punto. Por eso, cuando los ideólogos de la contrarrevolución hablan del «mal manejo» de la economía cubana no mencionan el bloqueo: este, supuestamente, es su consecuencia (no se supone que se enfrente al poderoso). Si usted desafía a la naturaleza, esta responde.

Sin embargo, como revela un documento de 1960, desclasificado por el Departamento de Estado, los que sostienen el bloqueo ejecutan, conscientemente, un crimen:

La mayoría de los cubanos apoyan a Castro. El único medio posible de alienar el apoyo interno es a través del descontento y el desaliento basado en la insatisfacción y las dificultades económicas. [...] [para ello es necesario] negar dinero y suministros a Cuba, para disminuir el salario en dinero y el salario real, con el objetivo de provocar hambre, desesperación y derrocar al gobierno.⁴

El darwinismo social, descalificado por la ciencia, es una justificación que manipula el sentido común. Pero la razón, una vez que entra en juego, no puede prescindir de la ética. Por eso es tan repugnante la decisión estadounidense de intentar asfixiar a Cuba en tiempos de pandemia, cuando sus principales fuentes de recursos (por ejemplo, el turismo) se encontraban paralizados (Trump firmó 240 nuevas sanciones durante su mandato y Biden no solo las mantuvo, sino que ha añadido, hasta ahora, otras 60). Apelar al decoro, a la justicia o a la ética, parecen actos inútiles, paradójicamente irracionales, pero es preciso hacer visible la magra humanidad (que no es igual a humanismo) del imperialismo. En la sociedad existen leyes objetivas, sin dudas, pero no se cumplen por encima o al margen de la acción o la voluntad de los seres humanos, somos seres responsables. Una supuesta verdad social, si no es justa, es mentira. Y como en los textos sagrados, David derriba a Goliat.

4 Lester Mallory, subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos de los Estados Unidos, fragmento del Memorando secreto del 6 de abril de 1960, <https://history.state.gov/historical-documents/frus1958-60v06/d499>

Cuba y los Estados Unidos están a solo noventa millas de distancia. La Florida es un dedo que apunta a la isla caribeña. Durante todo el siglo XIX en Cuba hierve el ajiaco de una nación en cocción, mientras que en los Estados Unidos el capital inicia su proceso de concentración y de expansión. Nace algo nuevo que varias décadas después Lenin conceptualizaría. Pero un ojo avizor detecta el cambio y el peligro. José Martí, unas horas antes de caer abatido en combate, le confiesa a un amigo mexicano:

[...] ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso [...].⁵

Cuba instauraba su República en Armas, machete en mano, y daba el impulso definitivo a la conformación de su nación, en el instante en que a noventa millas de sus costas nacía y se desarrollaba el imperialismo. Desaparecidos Martí y Antonio Maceo, en 1895 y 1896 respectivamente—los dos grandes veedores de la independencia cubana—, la profecía se cumple de la peor manera: en 1898 Cuba es el escenario principal de la primera guerra imperialista de la Humanidad y la isla pasa a ser una neocolonia de los Estados Unidos.

Durante el siglo XIX dos corrientes políticas habían establecido los contornos del reformismo insular: el autonomismo (que defendía el mantenimiento de los lazos coloniales con España) y el anexionismo (que inicialmente anhelaba la unión a los estados estadounidenses del sur, garantes del trabajo esclavo, pero que después supuso, con la integración al coloso emergente, la aspiración a la modernidad). Las dos corrientes, a pesar de su aparente oposición cultural (de una parte, se asumía la identidad hispana; de la otra, la apertura al pujante mundo anglosajón), están unidas por la desconfianza en el pueblo cubano, en las capacidades propias y por el miedo a que la guerra y la revolución que Martí preconizaba derribaran las viejas jerarquías

5 José Martí: «Carta a Manuel Mercado. Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895», *Obras completas*, t. 4, p. 167, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

sociales. El reformismo era esencialmente conservador y parecía asirse a lo posible. Sin embargo, nunca lo fue.

La conciliación, el pacto pacifista que aún hoy nos propone el reformismo, sigue siendo el abrazo entre explotados y explotadores, entre independentistas y neocolonialistas a cambio de pequeñas concesiones (con sus expresiones locales, los neoautonomistas o neoanexionistas, tienden hoy lazos de dependencia a los Estados Unidos). Es decir, no la supresión de la explotación o de la sumisión a intereses foráneos, algo que ellos consideran inevitable, sino su aceptación comprensiva por los de abajo, como si una u otra no fuesen formas directas e indirectas de violencia, como si la recompensa que obtendrían los de arriba debiera ser deseada por los de abajo. «No nos entendemos», había ya respondido el general Antonio Maceo ante el Pacto del Zanjón (paz sin independencia) en 1878. ¿Estaba entonces preconizando la violencia, o reaccionando ante ella?

El independentismo más radical, el de Martí —el de la nueva generación de libertadores, compuesta por generales de origen humilde, que habían adquirido los grados por méritos propios en la guerra anterior y por descendientes de esclavos— era, a pesar de todo, la única opción real. Lo que parecía imposible era lo único posible.

Durante un reciente recorrido por Italia, alguien me preguntó por qué la más reciente Revolución en Cuba había asumido el ideal comunista. Tuve que explicarle cómo la independencia nacional en nuestro caso implicaba una ruptura con el sistema imperialista, y cuáles eran los nexos reales entre el pensamiento anticolonialista de la Generación de Martí y el antineocolonialista de la Generación del Centenario de Martí. La Revolución Cubana de 1959 tuvo que ser simultáneamente socialista y de liberación nacional. El conflicto histórico no era entre dos países (Cuba y los Estados Unidos), mucho menos entre dos gobiernos; era un conflicto entre el imperialismo (el capitalismo contemporáneo) y una pequeña nación. Una isla atravesada en el Caribe, a la que los primeros cartógrafos representaban como una llave que abriría la entrada al Nuevo Mundo. Un acto de rebeldía que es sistémico no solo afecta a las clases más directamente vinculadas a la dominación y no solo a las potencias que usufructúan de manera directa ese dominio, afecta a todo el sistema internacional de relaciones imperialistas, porque retira un eslabón de la cadena. Ello explica por qué el capital trasnacional se subordina al

imperialismo estadounidense en la guerra contra la isla insurrecta. También explica por qué cualquier movimiento de carácter nacionalista en América Latina, por tímido que sea, es acusado de comunista. Y explica por qué, si un movimiento nacionalista latinoamericano se queda varado en la indecisión, si es respetuoso y moderado ante la explotación, se estanca y perece. No habrá paz. Es una guerra que no conoce normas éticas y en la cual no existen comportamientos o soluciones de convivencia que no se sustenten en la fuerza o en la conveniencia.

III

Ya José Martí, inconforme con las sociedades que imperaban en el continente americano —lo mismo en el norte impetuoso, que en el sur desunido y caudillista—, preconizaba la necesidad de crear un modelo de vida alternativo. Sobre los Estados Unidos —donde vivió un exilio de 15 años— escribió mucho y dijo: «Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado, para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!». ⁶ Eso es el socialismo: un proceso de reconversión del sentido de vida de sus ciudadanos, que se inicia con el reordenamiento de las relaciones de producción. El socialismo no es un lugar de llegada, sino un camino: un largo y difícil cambio civilizatorio, a contracorriente de la cultura hegemónica. Un cambio de la cultura del tener (consumista, un concepto que no puede confundirse con el de consumo) a la cultura del ser, en el que las personas deben valer por lo que son (sus virtudes, sus aportes a la sociedad), no por lo que tienen. Ello no implica la insatisfacción de necesidades materiales, ni la adopción de un igualitarismo sustentado en la pobreza común.

No puede olvidarse que la cultura hegemónica en el mundo es la capitalista y que la que llamamos socialista es apenas una contracultura, sin una inserción económica estable en el mercado global. Alemania del Este estaba obligada a competir en bienes de consumo con el Oeste y, a pesar de que el nivel de vida de los alemanes orientales

6 José Martí: «Carta al director de La Opinión Nacional, 16 de septiembre de 1881», *Obras completas*, t. 14 (Europa), p. 100, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.

era muy alto —no solo con respecto a los países de economía más débil—, fracasó en el empeño. El consumismo, resultado de una relación esencialmente capitalista entre los seres humanos y los objetos, y necesario tanto para el crecimiento económico de ese sistema como para la reproducción de sus valores, acabó imponiendo sus normas inalcanzables y contradictorias para el socialismo. La prosperidad, en términos miamenses, no solo es inalcanzable para Cuba en el contexto de una guerra de intereses trasnacionales, también es indeseable para su proyecto nacional.

De cierta manera, los profesionales cubanos de la salud constituyen una vanguardia en ese proceso de reconstrucción de mentalidades.

Entre abril y julio de 2020, cuando el epicentro mundial de la pandemia se hallaba en el norte de Italia, acompañé a la brigada cubana de médicos y enfermeros que trabajó en un hospital de campaña en Turín de forma gratuita. Quiero narrar ahora solo el momento del regreso. Por raro que pueda parecerles a muchos, cada brigada médica que arribaba a la patria recibía la bienvenida del presidente Miguel Díaz-Canel. Recorrimos en dos ómnibus algunas calles de la ciudad camino al hotel donde pasamos la cuarentena, y la gente sencilla en sus barrios aplaudía con frenesí. Algunas personas desde el balcón de sus casas se tocaban repetidamente el pecho con el puño cerrado, ofreciéndonos el corazón. El pueblo, en medio de tantas carencias producidas por el bloqueo, sentía orgullo de sus médicos internacionalistas. Esos trabajadores de la salud simbolizan la esencia de la sociedad que los cubanos nos empeñamos en construir: una sociedad solidaria hacia dentro y hacia afuera. ¿Alguien cree posible que una madre o un hijo puedan sentirse orgullosos de que sus seres queridos sean esclavos, como el imperialismo los cataloga? La vara de medir del sistema capitalista no es la misma que la nuestra, por suerte y gracias a la Revolución. Mientras ese orgullo exista, Cuba está a salvo. La guerra que se nos hace también es de símbolos.

IV

Hace décadas que el capitalismo trasnacional —cuya cabeza visible son los Estados Unidos— trabaja en el desmontaje de la unidad (consenso) de la Revolución. Se me dirá con razón que la propia realidad

resultante del llamado Período Especial reabrió y estimuló las desigualdades latentes en la sociedad cubana y que la estrepitosa caída del llamado campo socialista desestructuró el discurso y desdibujó el horizonte. Fidel era consciente de ello, y en la segunda mitad de los años noventa del siglo pasado, lanzó dos cruzadas aparentemente ajenas una de la otra, pero íntimamente enlazadas, que más allá de la teoría resituaban a la ideología de la Revolución en su verdadero centro: de los humildes, por los humildes, para los humildes. Me refiero a la Batalla de Ideas en lo interno (el rescate, protagonizado por los jóvenes, de los más desfavorecidos por circunstancias biográficas y sociales) y al internacionalismo médico cubano, una tradición de la Revolución que era retomada en las nuevas condiciones. La Batalla de Ideas no rescataba a los jóvenes ofreciéndoles mejoras materiales, sino dotando sus vidas de sentido, haciéndolos saltar desde los márgenes de la sociedad al protagonismo social.

En cuanto al internacionalismo médico, me atrevo a decir que sus efectos estaban concebidos más hacia adentro que hacia afuera, aunque en última instancia la solidaridad revolucionaria, socialista, no concibe fronteras. Su sentido era más ideológico que económico. Las dos retomaban la práctica de la solidaridad, que es el corazón del socialismo en su largo y permanente proceso de conquista de la justicia total. Ambos programas buscaban reciclar, desde el protagonismo juvenil, la vocación revolucionaria. Entre los años 1999 y 2000, en pleno tránsito de siglos, conviví con los médicos y médicas del Programa Integral de Salud en Centroamérica. Los internacionistas percibían apenas cincuenta dólares mensuales y eran ubicados en las zonas más apartadas de cada país, sin mayores comodidades. La misión era asumida con orgullo. En los últimos años, el Contingente Henry Reeve ha relanzado ese espíritu quijotesco, nunca desaparecido en las múltiples misiones dispersas en el mundo, pero no siempre asumido de la misma manera por todos sus integrantes. Desde la primera gran misión en Paquistán, pasando por el heroico combate al ébola en África Occidental, pero, sobre todo, por su magnitud y significado, en estos casi dos años de pandemia, el Contingente encarna el sentido revitalizador de la ideología revolucionaria concebido por Fidel.

El imperialismo necesitaba diluir la ideología de la Revolución —sobre todo después de la desaparición física de Fidel—, que en el

caso cubano es el nudo que sella la unidad. En la segunda mitad de los años noventa del siglo pasado intentó fracturar y desacreditar los nexos del marxismo con la tradición cubana de pensamiento, en especial con el legado martiano. Pero en el nuevo siglo se concentró en el ataque frontal al comunismo. «Hay ideología allí, y solo allí —asumo la interpretación del filósofo cubano Rubén Zardoya—, donde se ponen en juego los ideales sociales, donde se producen, circulan y se consumen ideales sociales».⁷

Cito dos esfuerzos paradigmáticos de la estrategia imperialista:

- a) Revertir el impacto ideológico del internacionalismo médico cubano, convirtiéndolo mediáticamente en una mera transacción comercial, en la que el trabajador de la salud dejaba de ser héroe para ser «esclavo». Es decir, anular su excepcionalidad de hombre-mujer nuevo, dispuesto a salvar vidas a riesgo de la propia sin un interés de lucro, para insertarlo en el mundo de la compra-venta e igualarlo, con pérdidas materiales, al resto de sus colegas del mundo. No se trata solo de impedir nuestras posibles ganancias económicas, entiéndase: para el enemigo es más importante que parezca que todo se trata de pérdidas y ganancias.
- b) Desvalorizar el deporte revolucionario y oponerlo al profesionalismo —en el que algunos de nuestros deportistas pueden convertirse en millonarios—. Convencernos que este es superior y fue un error habernos alejado de él y, sobre todo, que los triunfos deportivos cubanos, en la burbuja amateur, eran una ilusión propagandística del gobierno revolucionario.

En ambos casos —más en el segundo que en el primero—, esas campañas enemigas encontraron defensores ingenuos o malignos en el seno de nuestra sociedad. Ha sido muy positiva en mi opinión la movilización de los brigadistas cubanos del Contingente Henry Reeve hacia el interior del país durante los días más difíciles de la pandemia, porque rompe con el falso concepto de que existen dos solidaridades, la externa y la interna.

La intención de desideologizar a la juventud cubana, que como he dicho en otras ocasiones, no es más que una reideologización en sentido inverso, discurre en los circuitos intelectuales por tres caminos:

7 Rubén Zardoya y otros: «La ideología de la Revolución Cubana», *Cuba Socialista*, 4.^a época, 8: pp. 127-128, mayo-agosto de 2018.

1. La reactivación de las líneas ideológicas que precedieron a la unidad de los revolucionarios cubanos, superadas o congeladas por la victoria de la unidad fidelista, tanto de las corrientes derrotadas (por ejemplo, el anticomunismo) como de aquellas que se integraron a la nueva visión, cualitativamente diferente a todas. En este sentido, se ensalza el período de intensa lucha ideológica que precedió a la conformación de esa unidad como un momento de máxima creatividad. Esa lucha, sin embargo, no podía tener otro resultado que el triunfo de una de las tendencias o, gracias a la genialidad de Fidel, la conformación de una ideología unitaria, que incluyó a todos los exponentes auténticamente revolucionarios, pero que, no seamos ingenuos, excluyó y apartó (por «las buenas» o por «las malas») a quienes no acataban la unidad revolucionaria. Léase como demostración de la falsedad de la tesis, que idealiza el debate de esos años, el aleccionador libro *La historia en un sobre amarillo. El cine en Cuba (1948-1964)* de Iván Giroud, recientemente publicado por el ICAIC.
2. La interpretación del diálogo o de la unidad como el lugar de convergencia de todas las ideologías, sin la preeminencia de ninguna. Se argumenta que la diversidad actual de la sociedad cubana exige la aceptación de todas las corrientes ideológicas, así como del multipartidismo. Recordemos que, de cuántas ideologías existen, solo la que parte del marxismo es radicalmente anticapitalista. En este punto los ataques se centran en el Partido Comunista —objeto de una permanente demonización— que, constitucionalmente, rige los destinos de la Patria. Es necesario comprender el contexto regional, donde los esfuerzos de construcción de caminos anticapitalistas se sustentan más en concertaciones políticas ideológicamente diversas, que en una construcción ideológica unitaria como la cubana. Ello debido, fundamentalmente, al hecho de que esas experiencias regionales surgen de elecciones burguesas, multipartidistas y de que, a pesar de las medidas revolucionarias, siguen siendo democracias burguesas, al menos formalmente. No puede desconocerse tampoco el hecho de que muchos teóricos y antiguos militantes perdieron la fe y han renunciado en los hechos a la superación del capitalismo, aunque su discurso siga invocándolo.

3. La negación de lo ideológico. La ideología como dogma a superar, como un obstáculo o rémora del pasado que impide la aceptación de soluciones pragmáticas. El pueblo no necesita «discursos», sino comida, dicen, como si las formas de producción y distribución de alimentos, en cualquier país y momento histórico, no respondieran a determinados modelos de sociedad. Como si las ideas, los ideales (las metas, los horizontes) no se articularan en palabras; como si la ideología revolucionaria pudiese existir solo en palabras, de espaldas a la práctica.

V

Un video ampliamente promocionado del barrio habanero San Isidro mostraba a un cubano insultar impunemente a la policía revolucionaria en la calle. Cuando fue detenido, las redes lo convirtieron en víctima. Hay quienes no creen en el pueblo y se alían al fortachón del barrio (los Estados Unidos). Piensan que sacarán ventaja cuando los explotadores regresen. «[...] Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses —escribió José Martí—. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol [...]».⁸

La ofensiva contrarrevolucionaria de los últimos años ha intentado rehabilitar con cinismo dos aspectos históricamente repudiados por el pueblo: a) Que no está mal que los opositores al sistema (hago la salvedad que no se oponen al gobierno, sino al sistema; en el capitalismo se tolera la oposición al gobierno, nunca al sistema) reciban dinero de entidades del Gobierno estadounidense; b) La exhibición pública de admiración a los Estados Unidos (desde el uso de prendas de vestir con la bandera estadounidense y la irrupción en actos públicos con ella, hasta la declaración frente a las cámaras, en inglés, *my president is Trump*). Se pide abiertamente la intervención armada de los Estados Unidos en Cuba.

A estos rebeldes contrarrevolucionarios, neanexionistas, se les compara con el *Black Lives Matter*, porque en los barrios más humildes,

8 José Martí: «Nuestra América», *Obras completas*, t. 6, p. 16, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.

por razones históricas (la esclavitud, vigente en Cuba hasta la segunda mitad del siglo XIX y el racismo clasista de la burguesía cubana que se extendió hasta el triunfo revolucionario de 1959, y que no pudo ser totalmente superada a partir de leyes y aperturas formales), hay más pobladores negros que blancos (omito la palabra raza, anticientífica). Esta pretensión debe analizarse con detenimiento: la derecha insiste en secuestrar, apoyada en su dominio de los medios, el lenguaje y las formas de lucha de quienes la adversan, para diluir las fronteras entre izquierda y derecha. Puños en alto, huelgas de hambre (o simulacros de ellas), «madres» pagadas vestidas de blanco como las dignas Abuelas de la Plaza de Mayo, consignas recicladas. En los días previos a las más recientes elecciones peruanas, un grupo de mujeres enjoyadas, reunidas en una calle de Miami, portaba carteles de apoyo a la candidata presidencial de la corrupta derecha y coreaba «peruanos unidos, jamás serán vencidos».

Pero los cálculos, fallidos, han apostado al inmediato derrocamiento del gobierno revolucionario. La guerra se torna virulenta. Las redes «sociales» acosan a los revolucionarios. Se hacen actos de repudio contra los artistas que no se pronuncian contra su Patria. Algunos se quiebran, otros no. Amenazan a los que viven del otro lado del mar: pueden perder sus propiedades, su permiso de residencia, sus contratos. Los autores e intérpretes de la canción «patria y vida» (una formulación implícita en la consigna revolucionaria «patria o muerte», porque la patria implica la vida como es obvio, pero que pretende pasar como su opuesto) iban y venían sin obstáculos a Cuba, donde también ofrecían conciertos y expresaban respeto hacia la Revolución, hasta que los quebraron. Renunciaron a su dignidad para conservar sus privilegios. Los quebró la violencia de los actos miamenses de repudio. Pero la prensa trasnacional habla de actos de repudio en Cuba, se alarma cuando los revolucionarios salen a las calles. Repudiamos la violencia y cualquier acto lesivo a la dignidad humana. La razón, la verdad, en un mundo que la desprecia, es nuestra fuerza. Pero hay quienes pretenden que entreguemos el poder pacíficamente, para que el imperialismo recupere el control de nuestras vidas y recursos.

Hago una salvedad necesaria: a la protesta del 11 de julio, meticulosamente preparada y conducida desde el exterior, se unieron personas apolíticas de barrios humildes, agobiadas por la crisis económica que

la pandemia y el bloqueo ocasionan. Todos, sin embargo, asumieron las consignas abstractas de la derecha. La maquinaria del golpe blando, según los manuales, se había puesto en marcha.

VI

En sus primeros años de vida, la Revolución removió los viejos cimientos mentales e institucionales del racismo y del machismo. Una Revolución dentro de una Revolución, la calificó Fidel. No pocas películas del recién creado ICAIC reflejaron ese acto revolucionario, necesariamente violento (porque enfrentaba una violencia histórica, institucionalizada) de liberación de la mujer cubana y, en general, de los oprimidos todos. Los cambios no se producían por decreto: los imponía la acción protagónica de las masas compuestas de individuos conscientes. Y el diálogo. La primera premisa del diálogo fue la alfabetización, la enseñanza general y gratuita. Fidel no le pedía al pueblo que creyera, sino que leyera. El diálogo creció en la Plaza, en los centros de trabajo, en las aulas. Se convocó para aprobar declaraciones, congresos, constituciones, lineamientos, ayudas internacionalistas.

Cuando se repasan las luchas por la igualdad racial y de género en los Estados Unidos y en el Brasil de los años sesenta del siglo pasado, se comprende cuánto había avanzado este pequeño archipiélago. Barack Obama había presumido en La Habana del significado de su elección como presidente, obviando, por supuesto, las más profundas enseñanzas de las décadas de los sesenta y de los setenta. La admiración de Malcolm X por la Revolución Cubana y la rápida radicalización de su pensamiento tenían de trasfondo un contexto internacional de luchas populares. De ser líder de los negros, el afroamericano se había transformado en líder de los oprimidos, en un luchador anticapitalista. Ese cambio radical le costaría la vida.

Con los años, la Revolución ha podido visibilizar nuevos espacios de injusticias y expande su fuerza rectificadora sobre ellos: el camino hacia la justicia total nunca termina. El cambio que necesita el mundo no es cosmético: para acabar con la depredación del medio ambiente —que nos trae estos virus «nuevos»—, con la violencia clasista, de género, racial y cultural —formas autónomas de violencia,

pero interdependientes—, para refundar la democracia sobre bases diferentes a las ya inoperantes de la burguesía y acceder a la justicia social, premisa de la verdadera libertad individual, para que la nave llamada mundo no naufrague, con sus ricos, sus pobres y sus desahuciados, todos pasajeros del mismo barco, es necesario un cambio de paradigmas, de modos de vida, de concepciones sobre el éxito y la felicidad.

Contra la violencia reaccionaria se irguió la Revolución. Y estableció un referente ético, político, humano, de justicia social, de inclusión, de democracia. Por eso resulta tan extraño que los firmantes de una llamada «Articulación plebeya» clamen por establecer un «nuevo» referente. No puede obviarse el contexto: el imperialismo es más agresivo, acude a métodos que abiertamente contradicen la legalidad internacional, mientras la inmensa mayoría de los cubanos aprueba una Constitución que proclama el Estado socialista de Derecho. El imperialismo abandona el marco legal y ético del sistema burgués, que ya no logra sostener y reproducir su poder, y promueve golpes de Estado, fraudes electorales, asesinatos selectivos, golpes quirúrgicos, invasiones, bloqueos económicos y militares; pero hay una «izquierda», sistémica al capitalismo, que persiste en enarbolar aquel marco inoperante y une su voz y su firma a la de representantes de la derecha, y a la de conocidos e impresentables mercenarios.

Los conceptos que se proclaman de forma abstracta, el capitalismo los hace suyos. Sus portadores en Cuba se miran arrobados en el espejo roto de la Constitución cubana de 1940 (progresista para su época), de la República neocolonial. El pluralismo político (y el pluripartidismo, que defienden, algunos de forma sutil, otros abiertamente), es la base sobre la que se erige la violencia capitalista: dentro del sistema, todo, porque el dinero construye la hegemonía y da gato por liebre.

¿De verdad creen los firmantes del manifiesto «Articulación plebeya», que la supresión «del lenguaje político polarizante, [es la] condición para la superación de todas las formas de violencia y desigualdad?»⁹, ¿creen de verdad que estos tienen su origen en el lenguaje? La «reconciliación» de la que hablan, ¿es entre explotados y

9 Ahmed Correa y otros: «Articulación plebeya», 28 de noviembre de 2020, <https://eltoque.com/es/-articulacion-plebeya-a-proposito-de-los-sucesos-en-el-ministerio-de-cultura>

explotadores, entre servidores del imperialismo y defensores de la independencia y la justicia social?

El «todos» de Martí, por lo tanto, no es meramente cuantitativo —insistía Cintio Vitier en mayo de 1995, en un panel en el que tuve el honor de participar—, parte de un abrazo de amor, pero también de un rechazo crítico, rechazo que no es inapelable pero que solo puede convertirse en abrazo si los que engañan, yerran o «mienten», aceptan la tesis central del discurso, que es la viabilidad histórica de una Cuba independiente y justa.¹⁰

Aunque desde el punto de vista semántico patria y socialismo no son lo mismo, desde un punto de vista histórico lo son: sin socialismo, solo nos queda el regreso al capitalismo neocolonial.

VII

No podrá haber una cultura nueva sin una base material que la respalde. Pero la relación no es directamente proporcional. Puede avanzarse en la construcción de sentidos más allá de lo que la economía —atenazada por el bloqueo y por relaciones universales capitalistas, es decir desiguales e injustas— pueda, en lo inmediato, crecer. La caída del llamado campo socialista fue, sin embargo, un duro golpe en ese proceso: el colapso de la economía cubana se acompañó de una pérdida momentánea de horizontes. El país y sus ciudadanos tuvieron que adoptar medidas de sobrevivencia. Como en cualquier río, la sequía provocó que emergiesen las rocas que estaban bajo el agua. Aunque no se aplicaron medidas de choque, las capas sociales más humildes, las que arrastraban el fardo de siglos de exclusión, fueron las más afectadas. La Revolución había eliminado todos los obstáculos legales que amparaban el racismo, por ejemplo, no pudo cambiar, sin embargo, las tradiciones familiares y las condiciones materiales que estimulaban o inhibían a ciertos jóvenes a realizar estudios superiores. Fidel lanzó la Batalla de Ideas. No se trataba de más discursos o de más libros de texto: era involucrar a jóvenes desfavorecidos por circunstancias familiares e históricas, que ni estudiaban ni trabajaban, en el rescate de otros jóvenes de iguales circunstancias a las suyas y luego ofrecerles una carrera universitaria.

10 Cintio Vitier: «La Cuba de Martí: proyecto, realidad y perspectivas», *Vigencia del pensamiento martiano*, CREART, La Habana, 1995, pp. 13-14.

En Cárdenas, cuya cercanía a la playa de Varadero permite que la mayoría de sus habitantes alcance un nivel de vida por encima de la media nacional, a partir de empleos, estatales o privados, relacionados con el turismo —todos momentáneamente paralizados por la pandemia—, y donde, por la misma razón primera, se consume más televisión miamense que cubana —una de las ciudades donde más personas salieron a protestar el 11 de julio— conocí a una doctora, relativamente joven, que dirigía un policlínico. Ella había sido rescatada por la Batalla de Ideas: de origen muy humilde, quedó embarazada siendo una adolescente y no pudo continuar los estudios. El programa fidelista la convirtió en trabajadora social, pudo nivelar los estudios y matriculó medicina. Hizo la especialidad en medicina familiar y fue internacionalista en la selva brasileña. Ahora salva vidas en su barrio pobre, el mismo donde siempre vivió, donde antes había sido salvada. Los jóvenes rescatados no mejoraban las condiciones materiales de vida, al menos no gracias al programa; en cambio, obtenían lo más valioso que puede tener un ser humano: un sentido para su vida. La doctora salió el 11 de julio a la calle, a defender su Revolución.

Pero el programa contenía elementos que lo hacían materialmente insostenible. Los trabajadores de las industrias que en ese período cerraban, como ocurrió con muchos centrales azucareros, recibían una posibilidad insólita: podían hacer estudios universitarios y durante ese tiempo devengaban el salario íntegro del puesto que antes ocupaban. Otros hechos malograron el esfuerzo: algunos de sus dirigentes juveniles, que recibieron un poder excesivo de manera abrupta, se corrompieron. El programa de la Batalla de Ideas se interrumpió. El 11 de julio nos hizo ver la necesidad de retomar sus principios, no para reproducirlo en todos sus aspectos, pero sí en su esencia. En un país pobre y bloqueado, cuyo horizonte sigue siendo la justicia total, aunque solo se alcance la posible, hay que tender la mano a los rezagados. El Estado cubano, sus instituciones y la sociedad civil se han volcado a los barrios, no para dirigirlos (no para intervenirlos, dice Díaz-Canel), sino para escucharlos, para abrir caminos colectivos.

Por otra parte, ¿podría un país pequeño y de recursos limitados en rebeldía (es decir, en guerra con la dominación transnacional) acceder a una prosperidad material? Creo que sí, pero es imprescindible redefinir el concepto de prosperidad desde la cultura socialista. La que

propugna el capitalismo, está basada en la cultura del tener y no solo es inalcanzable, también es indeseable. La palabra prosperidad, tal como señalaba José Martí en su semblanza de los Estados Unidos, tiene que ser enmarcada en un proyecto diferente de sociedad.

La condición de cualquier programa político la determina su sentido. En este caso, la apertura de un camino de desarrollo para el socialismo anticapitalista, en condiciones excepcionales —un solo país, pequeño y pobre, frente al imperialismo estadounidense y mundial—, y ese objetivo nos sirve de brújula para los ajustes necesarios. La brújula no es la letra de un manual o de cualquier otro texto aprobado en un congreso; la brújula, como siempre dijo Fidel es el pueblo. Lo confirmaba Raúl en Santiago de Cuba, el primero de enero de 2014:

Estrechamente vinculada con estos conceptos de alcance estratégico, verdaderamente estratégico para el presente y el futuro de la Patria, está la frase pronunciada por Fidel aquí, casi a esta misma hora, desde ese balcón exactamente, hace hoy 55 años, con la que, por su eterna vigencia deseo concluir mis palabras, cito: «La Revolución llega al triunfo sin compromisos con nadie en absoluto, sino con el pueblo, que es al único que le debe sus victorias». Cincuenta y cinco años después, en el propio lugar, podemos repetir con orgullo: ¡La Revolución sigue igual, sin compromisos con nadie en absoluto, solo con el pueblo!¹¹

Desde luego, no se trata de hacer todo lo que «la gente» dice o piensa (ya sabemos cómo se construyen en el mundo los estados de opinión, cómo repetimos opiniones prefabricadas como si fueran nuestras), que por lo general es lo que un grupito dice que «la gente» dice. Estar con el pueblo es ser parte de él.

VIII

El alza repentina de casos de covid-19 en los meses de julio y agosto de 2021, confirmó la existencia en Cuba de una juventud comprometida. En Matanzas, a donde me trasladé y permanecí cuando la

11 Raúl Castro Ruz: «Discurso de Raúl en Santiago: No cederemos ante agresiones, chantajes ni amenazas», *Cubadebate*, 1 de enero de 2014, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2014/01/01/discurso-de-raul-en-santiago-no-cederemos-ante-agresiones-chantajes-ni-amenazas-fotos-y-video/>

provincia se convirtió en epicentro de la pandemia, encontré a cientos de jóvenes voluntarios, procedentes de todos los rincones del país (estudiantes universitarios o recién graduados de diferentes profesiones), que iban a entregar su aporte en la tarea más afín a sus saberes, o simplemente, a servir los alimentos, o incluso, a realizar tareas de limpieza en los centros de aislamiento. En el hospital más importante de la ciudad pregunté a una muchacha muy joven y delgada, que pasaba frente a mí, dónde se encontraba la oficina del director. Con amabilidad, pero sin detenerse, me dijo: sígueme. Llegamos al local y entonces pregunté por el director. «Soy yo», respondió la muchacha sonriente. Fueron mayoritariamente científicos jóvenes los autores de las tres vacunas y los dos candidatos vacunales que Cuba posee, y con los cuales ha inmunizado a más del 90 % de la población total, incluidos sus niños a partir de los dos años de edad. En Cuba la vacunación no es obligatoria, pero el pueblo confía en sus científicos, en sus médicos. Las brigadas internacionalistas que llegaban del exterior se incorporaban al trabajo en Matanzas, sin que sus integrantes pudiesen abrazar primero en sus provincias de residencia a los familiares, de los que habían estado separados durante meses. Pese a todos los acosos y las carencias, Cuba fue un país exitoso en el manejo de la pandemia.

La frase que da título a este ensayo, se la escuché durante la presentación de mi libro *Diario de Turín* (2021), en Nápoles, a la destacada intelectual italiana Alessandra Riccio. La interpreto libremente. Cuba es una llave que puede abrirle o cerrarle caminos hoy a la Humanidad. Cuando Martí intentaba detener con la independencia de Cuba el avance del imperialismo estadounidense, escribió estas palabras proféticas: «Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos».¹²

Las palabras y los actos (18 de abril de 2022)

Enciendes el intermitente que indica que tomarás el carril de la izquierda y doblas a la derecha. El truco es viejo. Ni las luces, ni las palabras son definitorias: lo son las acciones. Cuando quieres destruir

12 José Martí: «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano, 17 de abril de 1894», *Obras completas*, t. 3, p. 143, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.

una Revolución victoriosa, porque dices que no es perfecta, cuando colaboras en ese empeño con el imperialismo o intentas impedir que aquella se defienda, cuando obstaculizas cualquier proceso de corte nacionalista (necesariamente ant imperialista, en países neocolonizados) en contubernio con la derecha o te alías a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) o a la Organización de Estados Americanos (OEA) en sus intentos para conservar o recuperar la hegemonía imperialista, militas en la derecha.

Da igual si te autodenominas libertario o te crees trotskista. No es posible asociar el nombre del revolucionario León Trotsky, quien llegó a decir desde su exilio mexicano que, si los nazis invadían la URSS, él iría a defenderla, con los parásitos de la doctrina. No basta con que nos declaremos contrarios al bloqueo, si nuestras acciones han sido diseñadas para justificar su recrudecimiento o, incluso, para justificar una invasión armada.

Conozco a algunos de esa calaña: aprobaron las intervenciones de la OTAN (del imperialismo estadounidense) en el Medio Oriente en nombre de la democracia y ahora firman condenas a la Revolución Cubana —que los acogió, cuando sus vidas flotaban en el limbo exclusivo de las palabras—, porque, caramba, se defiende y no se deja intimidar.

En la sala de mi casa y ante mi observación de que, entonces, según su concepto, la OTAN debería intervenir en su país de origen (miembro activo de la OTAN), donde las masas indignadas ocupaban de forma indefinida el centro de la capital, uno de esos firmantes respondió, sin asomo de vergüenza, «no, porque mi país es una democracia». Esa y otras «democracias» análogas, apalean a los manifestantes en las calles, los balean y los enjuician duramente. En los Estados Unidos, cuyo gobierno se arroga el derecho de definir quién es y quién no es democrático, la policía «mató a disparos a 1055 personas el año pasado (2021), la cifra más alta en siete años», según la prensa internacional.¹³ También los hay en el patio: utilizan el lenguaje de la izquierda, hablan desde un centro, supuestamente equidistante de todas las militancias, y actúan según el guion imperialista. Estos «izquierdistas» que se indignan con la justicia revolucionaria que

13 Informativos Telecinco, Madrid, https://www.telecinco.es/noticias/internacional/-policia-estadosuni-dos-record-2021-muertes-disparos-be5ma_18_3282045813.html

responde a los actos de violencia, al intento planificado de subvertir el socialismo libremente elegido por el pueblo —algunos firmaron la primera versión de un documento que los delataba, porque no mencionaba siquiera la existencia del bloqueo y después se unieron al que una mente más sinuosa elaborara, con las variables adecuadas: hay bloqueo, pandemia, pero la Revolución tiene la culpa—, son recibidos con entusiasmo en los palacetes de la derecha, donde anarquistas e imperialistas, socialdemócratas y neoliberales, bailan tomados dulcemente de la mano para, aseguran, construir una Cuba «inclusiva». Digámoslo como es: con sus errores, virtudes y defectos, hemos sorteado y rebasado en lo posible el bloqueo y la pandemia, gracias a que existe una Revolución.

Pero la puesta en escena distribuye papeles. Una activista contrarrevolucionaria de las artes visuales (*artivista* le gusta llamarse) interpreta un personaje rico en matices: se une a la declaración (es la acción que la define) y después dice no estar de acuerdo con los términos utilizados por los firmantes «de izquierda» (su tarea es hacerlos creíbles, pero son solo palabras).

Ante una acción y unas palabras, me quedo con la acción. Pero es interesante saber que para ella el bloqueo no existe, que en cualquier caso debe llamarse embargo, como le dijo que dijera el Departamento de Estado de los Estados Unidos. El truco, ya lo dije, es viejo.

La Agencia llevaba tiempo dándole a una idea —escribe Frances Stonor Saunders en su documentado libro *La CIA y la Guerra Fría Cultural*—: ¿Quiénes mejor que los ex comunistas para luchar contra los comunistas? [...] Por supuesto, para la CIA, la estrategia de promover a la izquierda no comunista habría de ser el ‘fundamento teórico de las operaciones de la Agencia contra el comunismo durante las siguientes dos décadas’.¹⁴

Pero estos izquierdosos, amigos del imperialismo —los juzgo por sus actos, no por sus palabras—, no ejercen la democracia que predicán. Están molestos con la emergencia de una nueva generación de jóvenes revolucionarios, audaces e inteligentes, que tiene su propio lenguaje, sus códigos de conducta, que asume la continuidad no de las formas,

14 Frances Stonor Saunders: *La CIA y la guerra fría cultural*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, pp. 96-97.

ni de las metas alcanzadas, sino del esfuerzo colectivo por conquistar nuevos cotos de justicia y dignidad, que son los principios básicos que sostienen la Revolución. Jóvenes que saben que sin la Revolución en el poder nada podría hacerse.

Los vi en la ciudad de Matanzas, cuando la pandemia azotó esa provincia como huracán de máxima intensidad. Eran directores de hospitales y de centros de aislamiento, ingenieros ocupados en hacer más funcional y rápida la distribución de camas, estudiantes universitarios convertidos en ayudantes de limpieza y de cocina en zona roja, boteros que ofrecían sus *almendrones* para el traslado de los sospechosos de estar enfermos, soldados y oficiales que transportaban balones de oxígeno.

Eran también los científicos que trabajaban, codo a codo, con otros más veteranos en la concepción y producción de vacunas, o de respiradores artificiales hechos en casa. Todo el odio se centraba en esos muchachos que destruyen el relato de una juventud cubana apática y descreída, y vencen el bloqueo, no con palabras, sino con actos.

Uno de esos jóvenes, irónico y sagaz, que hace valer el nombre de su programa de televisión, *Con filo*, ha sido invitado a participar en un evento sobre Cuba organizado por la Universidad de Nottingham, en el Reino Unido. La contrarrevolución ha escrito cartas para impedirlo. La democracia que defienden se siente amenazada ante sus verdades simples y rotundas. Algunas firmas se repiten —sin principios rectores, cualquier documento es bueno para canalizar el odio—, pero no quiero citar nombres. No puedo dejar de sonreír, al pensar con pena en los burgueses destronados y sus viejos y nuevos ideólogos que durante seis décadas han pedido, cada 31 de diciembre, la reconquista de sus antiguos privilegios en Cuba.

Sus libros anuncian «la hora final» de Castro, sus blogs prometen que estos serán nuestros «penúltimos días», sus canciones proclaman la llegada del día final. Preparan para luego deshacer, ante cada fiasco, las maletas del regreso, así sea la invasión mercenaria de Playa Girón, la caída del Muro de Berlín, o la partida física de Fidel. Tratan de engañarnos y se autoengañan. El afiche de Ares, «Cuba post-castro», provoca en ellos la mayor de las pesadillas: el rostro de Fidel aparece multiplicado, convertido en pueblo.

Rebeldes ante la apatía (2 de enero de 2023)

Me dice un compatriota descreído que el novio de su hija adolescente es un muchacho muy inteligente. Su padre lo tiene todo (no pregunto qué entiende por todo, pero lo presumo: dinero). No estudia, no le interesa, así que compra los exámenes. Quiere tener el título de bachiller. Aunque la afirmación me golpea, trato de no detenerme en ella. ¿Y de verdad tú crees que es muy inteligente? Sí, está aprendiendo inglés para cuando llegue a los Estados Unidos. Allí trabajaría en cualquier cosa, hasta que pueda montar su negocio. Es un crack en eso de las redes sociales. Lo tiene todo pensado. Vuelve con el todo: en su país lo tiene todo (dinero, algo que no le sobra a casi nadie, y grandes ideas de cómo «triunfar» allá). Triunfar significa —como en las páginas sociales de la prensa sistémica— tener una vida material holgada.

En mi juventud la mayoría de los adolescentes aspiraba a estudiar en la universidad. Los hijos de los profesionales, claro, porque sus familias valoraban altamente el prestigio y las posibilidades que otorga el saber. Los hijos de los trabajadores de la ciudad o del campo, porque sus hijos podían cumplir los sueños que ellos no pudieron realizar. La Revolución situaba las aspiraciones y los proyectos de vida en el cielo, y los más humildes, los dueños de la Revolución, podían saltar y tocarlo. Algunos adolescentes y jóvenes, a veces hijos de profesionales, piensan hoy que estudiar es una pérdida de tiempo, que es mejor encontrar un oficio por donde colarse en el Primer Mundo (si ya son profesionales, no les importa renunciar al ejercicio de lo aprendido) y beber de sus riquezas. Los he conocido: visten a la moda y su aspecto, sus maneras, no delatan sus lagunas espirituales. Todavía pueden saltar y tocar el cielo, pero prefieren avanzar a ras de suelo. Son rebeldes ante la rebeldía. El cielo, claro, parece ser inmaterial. La tierra, en cambio, está llena de pepitas de oro.

Siempre he repetido una máxima de mi padre: para ser feliz no es necesario ser profesional, basta con amar el oficio escogido. En la Tierra hay un lugar exacto, el suyo, para cada ser humano. El lugar, la profesión o el oficio que puede hacerlo útil y feliz. No todos lo encuentran y es legítimo buscarlo. Pero no se trata de eso. La felicidad que yo conozco no viene envuelta en sábanas de seda. Cuando el sueño de esos jóvenes no rebasa, en altura, el techo de sus casas,

aunque sea extenso hacia los lados, algo anda mal. Algo hemos hecho mal. Y no es que las cosas sean tan obvias: la balanza entre el ser y el tener debe mantener cierto equilibrio, aunque el tener pese más en un mundo diseñado para el consumismo. Pero el desbalance no solo se debe a la crisis económica y moral que atraviesa la humanidad —pandemia, guerra, sanciones, desdén hacia la verdad y hacia la justicia—, agravada como es natural en un país pobre y bloqueado, sin grandes recursos naturales. Pequeño David que soporta, sin rendirse, el asedio de Goliat. No se trata solo de que el peso de lo material se ha incrementado; es que ha disminuido el peso de lo espiritual, que se necesita para el contrapeso. Las causas del desbalance no son solo económicas.

De repente, las válvulas de la sociedad se disparan por accidente (literalmente): una pandemia que pone en peligro la vida de todos, un tornado o un huracán, la explosión en un hotel en reparación o un incendio en tanques de petróleo, y la solidaridad espontánea de los jóvenes se escapa de los fríos cálculos materiales. Esos mismos jóvenes que parecían indiferentes. La sociedad tiene reservas, pero exige que las movilizemos. El más difícil de los heroísmos, el cotidiano, necesita del estímulo permanente. Ya sé, sin comer o vestir no se puede vivir, pero creo que sin actos heroicos que trasciendan la inmediatez tampoco, sin horizontes lejanos, pero visibles hacia los que remar con fuerza. Surgen entonces grupos de jóvenes emprendedores para la solidaridad, hambrientos no de comida (aunque coman mal), sino de Revolución. Rebeldes ante la apatía.

Si algo ha sido saludable, paradójicamente, ha sido la falta de salud. Nos ha hecho reparar en una vanguardia juvenil que vuela más alto, que se parece más a la vanguardia de sus padres (no a sus padres), a la vanguardia de todas las épocas precedentes, que a su época y a sus coetáneos. No en lo formal, no en lo externo —maneras de vestir, de hablar, de comportarse—, sino en lo esencial. El imperio transnacional tratará de disuadirla de su «error», de contraponerla a las instituciones revolucionarias, de encerrarla en la cárcel de «lo rebelde» para extraerle hasta la última gota de causa. Pero es nuestra y es necesaria: su rescate nos va la vida.

Entretanto, la pandemia revitaliza viejos prestigios: durante meses aplaudimos, en la ventana o la puerta del hogar, a esos médicos y enfermeros que antes mirábamos con indiferencia, pero que

se juegan la vida por nosotros. Y mientras el ómnibus que los traía del aeropuerto, cuando llegaban de algún país lejano —no de atendernos a nosotros, sino de jugársela por otros—, pasaba por barrios humildes, sus moradores, carentes de mucho (aunque no de todo), apretaban el puño sobre el pecho a modo de saludo o de entrega, orgullosos de ellos (hijos, hermanos, padres, vecinos). Descubrimos con asombro que los científicos cubanos, antes invisibles, encerrados en sus laboratorios durante días y madrugadas, son capaces de crear vacunas reservadas para los países del primer mundo y para el lucro de las transnacionales. Surgen entonces canciones y audiovisuales que los enaltecen y que tocan las fibras del alma nacional. Comprobamos que existen ingenieros, matemáticos e informáticos muy jóvenes, que inventan soluciones, que vencen los límites de lo posible. Y en plena conmemoración de aniversario reparamos en que, medio siglo después de la fundación del Movimiento musical que acompañó a la Revolución —en plena crisis material y de valores—, aún hay trovadores que no se venden al mercado, que deambulan de plaza en plaza, acompañándonos con su canto rebelde. Hay niños que ahora sueñan con ser médicos o científicos o ingenieros o trovadores, que trabajarán con ahínco para hacer crecer la patria socialista. Son retoños de una mística que renace, todavía incierta. Hagámosla crecer, aunque adelgacemos de cuerpo.

En este nuevo año, Cuba responde como ayer: ¡No nos entendemos!, ¡Patria o Muerte! Pero a diferencia de entonces, no habrá tregua fecunda para el reinicio de la contienda por la vida, la que elegimos —porque no hubo ni habrá Zanjón—. No habrá pausa en la lucha por la prosperidad socialista y la libertad que deseamos, por la independencia que conquistamos y que defendemos, porque hay jóvenes en Cuba que son rebeldes, como sus antecesores, ante la apatía, y están dispuestos a llevar la consigna fidelista hasta el final: ¡Venceremos!

Bibliografía

- ABREU, JUAN: «Banderas», *Penúltimos días*, 20 de noviembre de 2008.
- ALBA RICO, SANTIAGO: «Apología del apagón», *La calle del medio*, 21, enero de 2010.
- ÁLVAREZ DE TOLEDO, CAYETANA: «Hay una crisis de la masculinidad porque se culpa a los hombres por el mero hecho de serlo», entrevista a Jordán B. Peterson, *El Mundo*, Madrid, 13 de febrero de 2018, <https://www.elmundo.es/opinion/2018/02/12/5a80aa47-46163f61168b4622.html>
- ARBOLEYA, JESÚS: «La “sorpresa” de Donald Trump», *Progreso semanal*, 9 de septiembre de 2020, se reprodujo en *Cubadebate*, 17 de septiembre de 2020, <http://www.cuba-debate.cu/-opinion/2020/09/17/la-sorpresa-de-donald-trump/>
- AUTORES VARIOS: «La covid-19 en Cuba y sus consecuencias en la etapa de postpandemia: visión y propuestas», Instituto de Política Internacional, Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, en <https://ipi-ufv.com/covid-19-cuba-vision-propuestas/>
- BORON, ATILIO: «La pandemia y el fin de la era neoliberal», 29 de marzo de 2020, <http://atilioboron.com.ar/la-pandemia-y-el-fin-de-la-era-neoliberal/>
- BARREIRO, RAQUEL: «Es una toma inédita en el país», entrevista a Guillermo Bolinaza, *El Universal*, Caracas, 11 de septiembre de 2005.
- BERMÚDEZ ROTHE, BEATRIZ: «Los pueblos indígenas de Venezuela», texto manuscrito, inédito (gentileza de la autora), s. f.
- BORGES, HÉCTOR: «La importancia del 4 de diciembre», *El Universal*, Caracas, 19 de octubre de 2005.
- BLANCO FOMBONA, RUFINO: *Diarios de mi vida*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1991.

- CARDOZA Y ARAGÓN, LUIS: *Guatemala: las líneas de su mano*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1955.
- CASTILLÓN, JUAN CARLOS: «Bambi, absuelto», *Penúltimos días*, 9 de abril de 2011; *La isla desconocida*, 9 de abril de 2011, <http://la-is-ladesconocida.blog-spot.com/2011/04/posada-castillon-y-herandez-busto.html>
- CASTRO RUZ, FIDEL: «Como revolucionarios, no podremos jamás olvidar a Haití», *Granma*, p. 5, La Habana, 12 de noviembre de 1998.
- CASTRO RUZ, FIDEL: *Palabras a los intelectuales*, https://biblioteca-repositorio.clac-so.edu.ar/bitstream/-CLACSO/-15436/1/boletin_se_dice_cubano_no.9.pdf
- CASTRO RUZ, FIDEL: «Palabras a los intelectuales», La Habana, 16, 23 y 30 de junio de 1961, <https://www.presidencia.gob.cu/es/noticias/palabras-a-los-intelectuales/>
- CASTRO RUZ, FIDEL: «Editorial», *Cuba Socialista*, 1.ª época, 1: 2-3, septiembre de 1961.
- CASTRO RUZ, RAÚL: «Discurso de Raúl en Santiago: No cederemos ante agresiones, chantajes ni amenazas», *Cubadebate*, 1 de enero de 2014, <http://www.cuba-debate.cu/opinion/2014/01/01/discurso-de-raul-en-santiago-no-cederemos-ante-agresiones-chantajes-ni-amenazas-fotos-y-video/>
- CÉSAIRE, AIMÉ: *Toussaint Louverture. La Revolución francesa y el problema colonial*, Instituto del Libro, La Habana, 1967.
- CONCEPCIÓN, JOSÉ RAÚL: «¿Es posible unir lo mejor del capitalismo y el socialismo?», entrevista a Enrique Ubieta Gómez (6 de julio de 2017), *Cuba Socialista*, 4.ª época, 5: 92-95, La Habana, mayo-agosto de 2017.
- CORREA Y OTROS, AHMED: «Articulación plebeya», 28 de noviembre de 2020, <https://eltoque.com/es/-articulacion-plebeya-a-proposito-de-los-sucesos-en-el-ministerio-de-cultura>
- Cubadebate*: «Conceptualización del Modelo Económico y Social cubano de desarrollo socialista», capítulo I: «Los principios que sustentan el modelo y sus principales transformaciones», p. 16, <http://media.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2021/06/do-cumentos-partido-cuba.pdf>
- Cubadebate*: «Mensaje del hijo del Dr. Félix Báez», 19 de noviembre de 2014, <http://www.cubadebate.cu/noticias/2014/11/19/mensaje-en-cubadebate-del-hijo-del-dr-felix-baez/>

- Cuba Socialista*: «Debate: Cuba Posible y las plataformas no confrontacionales de restauración capitalista», 4.ª época, 5: 90-172, mayo-agosto de 2017.
- Efe: «La muerte de George Floyd despierta los traumas de EE. UU. y desata una nueva noche de protestas por toda la nación», *Público*, 31 de mayo de 2020, <https://www.publico.es/internacional/muerte-george-floyd-despierta-traumas-eeuu-y-de-sata-protestas-nacion.html>
- El Universal*, p. 2 / 2, Caracas, 15 de septiembre de 2005.
- El Universal*, p. 2, Caracas, 2 de octubre de 2005.
- El Universal*, p. 2, Caracas, 26 de diciembre de 2005.
- El Universal*, p. 1 / 2, Caracas, 30 de diciembre de 2005.
- El Nacional*, p. A / 14, Caracas, 18 de febrero de 2006.
- El Universal*, p. 1 / 10, Caracas, 23 de enero de 2006.
- El Universal*, p. 2 / 4, Caracas, 1 de octubre de 2005.
- El Universal*, p. 2 / 9, Caracas, 18 de diciembre de 2005.
- El Universal*, p. 2-9, Caracas, 18 de diciembre de 2005.
- El Universal*, p. 2 / 12, Caracas, 11 de septiembre de 2005.
- El Universal*, p. 9 / 11, Caracas, 15 de enero de 2006.
- El Nacional* (edit.): «La calle como un río», p. A / 8, Caracas, 24 de enero de 2006.
- Encuentro en la Red*, 26 de diciembre de 2005, Internet.
- Encuentro en la Red*, 5 de enero de 2006, Internet.
- FANON, FRANTZ: *Sociología de una Revolución*, Ediciones ERA, México, 1976.
- FANON, FRANTZ: *Piel negra, máscaras blancas*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: «La revelación de Nuestra América», *Cuba Socialista*, 4.ª época, 1: 138, enero-abril de 2016.
- FORNET, JORGE: *Los nuevos paradigmas. Prólogo narrativo al siglo XXI*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2006.
- FOWLER, VÍCTOR: «La versión Zizek», *La Jiribilla*, 869, 20 de marzo-16 de abril, <http://www.lajiribilla.cu/-articulo/la-version-zizek/>
- GALBÁN, LOLA: «Ser o no ser noble: he ahí la obsesión», *El País*, 23 de noviembre de 2012, https://elpais.com/elpais/2012/11/23/gente/1353692623_441411.html
- GALLEGOS, RÓMULO: *Doña Bárbara*, Editorial Panapo C. A., Caracas, 1999.

- GUERRERO RODRÍGUEZ, ANTONIO: «Carta al Dr. Félix Báez», Prisión Federal de Marianna, 7 de diciembre de 2014, <http://argentina-porlos5.blogspot.com/2014/12/carta-de-antonio-guerrero-felix-baez.html>, 10 de diciembre de 2014.
- GUEVARA, ALEIDA: *Chávez, un hombre que anda por ahí. Una entrevista con Hugo Chávez*, Ocean Press, La Habana, 2005.
- GUEVARA, ERNESTO CHE: «La ideología de la Revolución Cubana», <https://archivo.juventudes.org/er-nesto-che-guevara/ideolo-g%C3%AD-de-la-revoluci%C3%B3n-cubana>
- GUEVARA, ERNESTO CHE: «El médico revolucionario», discurso en la inauguración de un curso de adiestramiento en el Ministerio de Salud Pública, 19 de agosto de 1960, <http://www.cubadebate.cu/especia-les/2020/06/14/el-medico-revolucio-nario/amp/>
- GUILLÉN, NICOLÁS: «Digo que yo no soy un hombre puro», sitio web oficial de la Fundación Nicolás Guillén, <http://www.fguillen.cult.cu/guigale/074.htm>
- HERRERA, ERNESTINA: «Buhoneras de la droga pagan por su pobreza en La Pica», *El Nacional*, Caracas, 20 de noviembre de 2005.
- Informativos Telecinco, Madrid, https://www.telecinco.es/noticias/internacional/-policia-estadosuni-dos-record-2021-muer-tes-disparos-be5ma_18_3282045813.html
- La Prensa de Anzoátegui*: «Chávez no aceptará chantajes de empresarios», Puerto La Cruz, Anzoátegui, 24 de septiembre de 2005.
- LEVENE, RICARDO (DIR. GRAL.): *Historia de América*, t. 7, pp. 397-406, Jackson editores, Buenos Aires, 1940.
- LEÓN, MARIELA (ENTREVISTA): «A Asdrúbal Aguiar le preocupa deterioro del derecho a la propiedad», aparecida en «Liquidando modelo capitalista», *El Universal*, Caracas, 3 de octubre de 2005.
- LÓPEZ, LENNIER: «La centralidad del tablero es radical, demócrata, socialista e ilustrada», *Cuba Socialista*, 4.ª época, 5: 96-98, mayo-agosto de 2017.
- LÓPEZ LEVY, ARTURO: «La moderación probada del espíritu de Cuba», *Cuba Socialista*, 4.ª época, 5: 104, La Habana, mayo-agosto de 2017.
- LÓPEZ LEVY, ARTURO: «La moderación probada del espíritu de Cuba», edición digital, 13 de julio de 2017, <https://cubapossible.com/la-moderacion-probada-del-espíritu-cuba/>
- LÓPEZ LEVY, ARTURO: «Si quieres que te vaya diferente no puedes hacer lo mismo», edición digital, 22 de octubre de 2018, <https://>

oncubanews.com/cuba/si-quieres-que-te-vaya-diferente-no-puedes-hacer-lo-mismo/

- LUXEMBURGO, ROSA: «Carta a Franz Mehring», 27 de febrero de 1916, <https://www.marxists.org/-espanol-/luxem/1916/2/letters.htm>
- LUZ Y CABALLERO, JOSÉ de la: *Obras. Aforismos*, vol. 1, p. 153, Imagen Contemporánea, La Habana, 2001.
- MARTÍ, JOSÉ: «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano, 17 de abril de 1894», *Obras completas*, t. 3, p. 143, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
- MARTÍ, JOSÉ: «Los dos príncipes» (idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson), *Obras completas*, t. 17, pp. 156-157, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
- MARTÍ, JOSÉ: «Una distribución de diplomas en un Colegio de Estados Unidos», *Obras completas*, t. 8, p. 442, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
- MARTÍ, JOSÉ: «Diarios: De Montecristi a Cabo Haitiano», *Obras completas*, t. 19, p. 183, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- MARTÍ, JOSÉ: «Carta a María Mantilla, 9 de abril de 1895», *Obras completas*, t. 20, pp. 216-220, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- MARTÍ, JOSÉ: «Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York, 24 de febrero de 1880», *Obras completas*, t. 4, p. 190, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- MARTÍ, JOSÉ: «Nuestra América, 10 de enero de 1891», *Obras completas*, t. 6, p. 15, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- MARTÍ, JOSÉ: «Abdala», *Obras completas*, t. 18, p. 19, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- MARTÍ, JOSÉ: «Versos sencillos», verso III, *Obras completas*, t. 16, p. 67, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- MARTÍ, JOSÉ: «Carta a Manuel Mercado. Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895», *Obras completas*, t. 4, p. 161, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- MARTÍ, JOSÉ: «Ismaelillo» (dedicatoria), *Obras Completas*, t. 16, p. 17, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- MARTÍ, JOSÉ: «Carta al señor director de La Nación, 30 de octubre de 1889», *Obras completas*, t. 12, pp. 350-351, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.

- MARTÍ, JOSÉ: «Carta al director de La Opinión Nacional, 16 de septiembre de 1881», *Obras completas*, t. 14, p. 100, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
- MALCOLM X: *Habla Malcolm X. Discursos, entrevistas y declaraciones*, Pathfinder, New York, 1993.
- MALCOLM X: «La revolución negra», 8 de abril de 1964, *Habla Malcolm X. Discursos, entrevistas y declaraciones*, Pathfinder, New York, 1993.
- MALLORY, LESTER: «Memorando secreto del 6 de abril de 1960», <https://history.state.gov/historical-documents/frus1958-60v06/d499>
- MORENO, SARAH: «El Encanto, templo habanero de la elegancia», *El Nuevo Herald*, 1 de junio de 2008.
- NÚÑEZ, ELIZABETH: «Borges propuso democratizar propiedad en barrios y pueblos», *El Nacional*, Caracas, noviembre de 2005.
- OBAMA, BARACK: «Discurso del presidente Obama al pueblo cubano», Gran Teatro de La Habana, 22 de marzo de 2016, <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2016/03/22/discurso-del-presi-dente-obama-al-pueblo-cubano>
- OPPENHEIMER, ANDRÉS: «¿Un mundo mejor después de la pandemia del covid-19?», *El Nuevo Herald*, 6 de abril de 2020, <https://www.elnuevoherald.com/opinion-es/opin-col-blogs/andres-oppenheimer-es/article241-754686.html>
- PÉREZ, OMAR: «Intrusos», *Últimas Noticias*, Caracas, 19 de octubre de 2005.
- PÉREZ DÍAZ, MARITA: «James Williams: “La esperanza es que el cambio venga desde el gobierno cubano”», edición digital, 5 de octubre de 2018, <https://oncubanews.com/-cuba-ee-uu/james-williams-la-esperanza-es-que-el-cambio-venga-desde-el-gobierno-cu-bano/>
- PRIETO, HUGO: «El “método Chaz” se asienta en la precaria titularidad de la tierra», *El Nacional*, Caracas, 9 de octubre de 2005.
- PRIETO, HUGO: «Nadie puede negar que hay una distribución injusta de la tierra», *El Nacional*, Caracas, 9 de octubre de 2005.
- PRIETO, JOSÉ MANUEL: «Nunca antes habías visto el rojo», *Cuba y el día después*, selección de textos e introducción de Iván de la Nuez, Mondadori, Barcelona, 2001.
- PRIETO, JOSÉ M.: «Nunca antes habías visto el rojo», *Cuba y el día después*, Mondadori, Barcelona, 2001.

- POLEO ZERPA, WILMER: «El ultraje a las galenas causó indignación», *Últimas Noticias*, Caracas, 27 de noviembre de 2005.
- QUINTERO P., JESÚS R.: «El caso de La Marqueseña y la cuestión de la propiedad privada», *El Nacional*, Caracas, 4 de octubre de 2005.
- RAMONET, IGNACIO, ABEL PRIETO y ATILIO BORON: *Ante lo desconocido... La pandemia y el sistema-mundo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2020.
- RECIO, MILENA: <https://www.facebook.com/milena.recio/posts/10153614505447817>
- RIVAS, NORMA: «Viaje al corazón de las tinieblas», *El Nacional*, Caracas, 11 de septiembre de 2005.
- RODRÍGUEZ CARECÍ, ALBERTO: Conversación personal con el lingüista venezolano.
- ROWAN, MICHAEL: «Se puede derrotar la pobreza», *El Universal*, Caracas, 7 de febrero de 2006.
- ROWAN, MICHAEL: «La mayor amenaza al mundo», *El Universal*, Caracas, 31 de enero de 2006.
- ROWAN, MICHAEL: «La certidumbre de Chávez», *El Universal*, Caracas, 14 de febrero de 2006.
- SADER, EMIR: «Ser de izquierda (y de derecha)», *Rebelión*, 18 de septiembre de 2003, Internet.
- SARAMAGO, JOSÉ: *El cuento de la isla desconocida*, Alfaguara, Madrid, 1998.
- SEGHERS, ANNA: *La confianza*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1986, p. 209.
- SELSER, GREGORIO: *Sandino, general de hombres libres*, t. 2, pp. 257-258, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
- STONOR SAUNDERS, FRANCES: *La CIA y la guerra fría cultural*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- TRUMP, DONALD: *Infobae*, 30 de mayo de 2020, <https://www.infobae.com/america/eeuu/-2020/05/30/-donald-trump-la-memoria-de-floyd-fue-deshonrada-por-los-revoltosos-los-saqueadores-y-los-anarquistas/>
- UBIETA GÓMEZ, ENRIQUE: *Ser, parecer, tener. Debates en y por la Isla desconocida*, Casa Editora Abril, La Habana, 2014.
- UBIETA GÓMEZ, ENRIQUE: *La utopía rearmada. Historias de un viaje al nuevo mundo*, Casa Editora Abril, La Habana, 2002.

- UBIETA GÓMEZ, ENRIQUE: *Venezuela rebelde. Solidaridad vs. dinero*, Casa Editora Abril, La Habana, 2006.
- UBIETA GÓMEZ, ENRIQUE: *Cuba, ¿revolución o reforma?*, Casa Editora Abril, La Habana, 2012, 2.ª ed., Ocean Sur, La Habana, 2017.
- UBIETA GÓMEZ, ENRIQUE: *Zona roja. La experiencia cubana del ébola*, Casa Editora Abril, La Habana, 2016.
- UBIETA GÓMEZ, ENRIQUE (PRÓL. NÉSTOR KOHAN): *La isla posible. Debates sobre ideología y revolución en Cuba*, Acercándonos Ediciones, Buenos Aires, 2022.
- UBIETA GÓMEZ, ENRIQUE: *Diario de Turín*, Casa Editora Abril, La Habana, 2021.
- VARGAS LLOSA, MARIO: «Raza, botas y nacionalismo», *El País*, España, *El Nacional*, Caracas, 22 de enero de 2006.
- Vea, Caracas, 3 de octubre de 2005.
- VITIER, CINTIO: «La Cuba de Martí: proyecto, realidad y perspectivas», *Vigencia del pensamiento martiano*, CREART, La Habana, 1995, pp. 13-14.
- WEFFER CIFUENTES, LAURA: «Chávez afirma que todas las tierras pertenecen al Estado venezolano», *El Nacional*, Caracas, 24 de septiembre de 2005.
- WEFFER CIFUENTES, LAURA: «Chávez: o se acaba el latifundio o muero en el intento», *El Nacional*, Caracas, 26 de septiembre de 2005.
- ZARDOYA LOUREDA, RUBÉN: «La ideología de la Revolución Cubana» (debate), *Cuba Socialista*, 4.ª época, 8, 2018.
- ZARDOYA Y OTROS, RUBÉN: «La ideología de la Revolución Cubana», *Cuba Socialista*, 4.ª época, 8: 127-128, mayo-agosto de 2018.